

A graphic banner with a pink background and a black section. The word "PROYECTO" is written in black on a white background within the black section. The word "AMANDA" is written in large, bold, white letters on the black section. To the right of "AMANDA" is a silver floral and vine illustration. A small bird is perched on the top left of the banner.

PROYECTO
AMANDA

invisible

AMANDA VALENTINO
Y MELISSA KANTOR

Sweet Obsession

Agradecimientos



Transcripción:

Bela123 Mary Ann ♥
Darkiel Mirigemma16
Denissa Levou Monzze
Dyanna Ninaaa
Karlaberlusconi Susana
Karliiz Valeria
Laura Vannia
Leslie Virgie
Lili28 Yahaira
Liz Yurani
Lornian

Corrección:

Ana
Coni
LucyLightwood
Scath

Revisión y Recopilación:

Coni

Diseño:

Vannia

Índice



Sinopsis	004
Capítulo 1	005
Capítulo 2	010
Capítulo 3	015
Capítulo 4	020
Capítulo 5	024
Capítulo 6	029
Capítulo 7	039
Capítulo 8	047
Capítulo 9	058
Capítulo 10	062
Capítulo 11	067
Capítulo 12	072
Capítulo 13	078
Capítulo 14	085
Capítulo 15	089
Capítulo 16	094
Capítulo 17	103
Capítulo 18	110
Capítulo 19	116
Capítulo 20	121
Capítulo 21	127
Capítulo 22	135
Capítulo 23	154
Capítulo 24	165
Capítulo 25	173
Capítulo 26	186
Capítulo 27	192
Capítulo 28	198
Capítulo 29	210
Capítulo 30	216
Capítulo 31	227
Capítulo 32	239
Próximo Libro... Desde Ninguna Parte.	246
Sobre la Autora... Melissa Kantor.	247

Sinopsis



Callie, Hal y Nia son tres chicos que, accidentalmente, se encuentran en el despacho del director del instituto; aparentemente, no tienen nada en común... solo que conocen a una chica que se llama Amanda. Pero se dan cuenta de que lo poco que saben de su vida es totalmente falso.

¿Quién es Amanda? ¿Qué relación la une con los tres chicos? Una novela de misterio que no dejará indiferente a nadie.

Capítulo 1



¿Por qué será que cuando no quieres pensar en algo, no puedes dejar de hacerlo?

Desde que me desperté, la escena que había presenciado Amanda en mi casa el día anterior se había repetido en mi cabeza como si fuera un vídeo de YouTube. Uno de esos que, nada más terminar, comienza de nuevo, en un bucle, con una reiteración enfermiza. Estuve pensando en ello mientras me vestía, mientras pedaleaba hasta el instituto, e incluso mientras estaba con Kelli junto a su taquilla, y ella intentaba acordarse del argumento de una película de Reese Witherspoon que había pillado empezada la noche anterior. Ahora estaba en clase de historia, pero la explicación del señor Randolph sobre las causas de la Primera Guerra Mundial quedó eclipsada por una voz en el interior de mi cabeza. Era la de mi padre, que repetía las mismas palabras una y otra vez. Me pregunté qué es lo que habría escuchado Amanda exactamente. Probablemente, todo. El teléfono había sonado cuando yo estaba en el piso de arriba, buscando mi cuaderno de notas. Regresé a la cocina. Mi padre daba voces, así que era obvio que había contestado y que la conversación había comenzado un rato antes. Amanda y yo hablábamos mucho, por lo que ella ya habría intuido que pasaba algo. Sabía más que cualquier otra persona en el instituto. Pero hasta ayer no lo sabía todo. No conocía la peor parte. Sí, estaba enterada de lo de mi madre, pero no tenía ni idea de lo del dinero.

Ahora ya lo sabía.

Lo asombroso fue que no parecía sorprendida. Era como si, de algún modo, lo hubiera adivinado hacía ya mucho tiempo.

—... Y por esta razón, el asesinato del archiduque supuso el catalizador del estallido del conflicto, pero no la causa *per se*.

Normalmente me gustan las clases del señor Randolph, y eso que no soy lo que se dice una apasionada de la historia. Es muy agradable y paciente, explica las cosas con claridad y es uno de los pocos profesores del Endeavor que realmente te prepara para los exámenes. Pero aun así, aquella mañana me resultó imposible concentrarme en la lección.

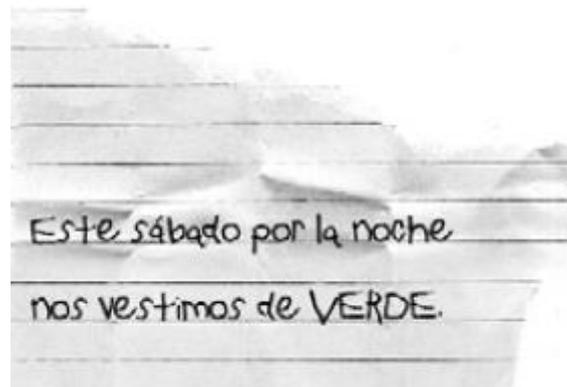
Negué con la cabeza, me enderecé en mi asiento y saqué una nueva punta de mi portaminas. Tal vez si adoptaba la actitud de una estudiante atenta podía convertirme en una.

—¿Habéis anotado eso? Alianzas enmarañadas. Es lo más importante, con lo que os debéis quedar de la clase de hoy.

La pizarra estaba cubierta de anotaciones, pero el señor Randolph había encontrado hueco suficiente para escribir «alianzas enmarañadas» en letras grandes, y subrayó lo de «enmarañadas» unas cincuenta veces. Puse los ojos en blanco y empecé a copiar aquella frase tan crucial. No había duda de que esas alianzas serían lo único que recordaría de aquella clase. Lástima que no supiera lo que eran ni quiénes las habían entablado.

Justo en el momento en que empezaba a escribir «enmarañadas», Lexa Brooker, que estaba sentada a mi lado, deslizó un trozo de papel arrugado sobre mi cuaderno.

Era una nota de Heidi. La recogí con mano experta —Heidi y yo habíamos pasado tantas clases juntas que era capaz de hacer desaparecer sus notas en un nanosegundo— y terminé de copiar la palabra. Después desdoblé el papel cuidadosamente.



Levanté la mirada. En el aula del señor Randolph los pupitres están dispuestos en forma de herradura. Heidi estaba sentada justo en el otro extremo, pero nuestras miradas se encontraron y ella levantó las cejas, que llevaba muy bien perfiladas. Asentí de forma casi imperceptible, agradecida por tener algo en que pensar aparte de la cuestión de que Amanda supiera aún más cosas sobre mi desquiciada familia de las que

había sabido hasta la semana pasada. La fiesta del sábado iba a ser increíble, y las Chicas I —Kelli, Heidi, Traci y yo (sí, durante un tiempo escribí mi nombre con una *i*, pero ¡no pienso volver a hacerlo!)—, las actuales reinas de segundo, íbamos a ir de verde. ¡Qué guay! Tengo una camiseta ajustada de color verde oscuro, que me puse una vez que fuimos juntas al cine. Lee estaba por allí, y me dijo que el verde resaltaba mucho el color de mis ojos. Al pensar en Lee, la cara se me puso de un tono rosado, que es lo que nos pasa a las irlandesas pelirrojas cuando nos ruborizamos. O cuando nos asustamos. O cuando tenemos calor. O a la más mínima sensación de nerviosismo o incomodidad. En resumen, entre veinte y mil veces al día.

—¿Calista Leary?

Levanté la cabeza como un resorte en cuanto escuché mi nombre. ¿Acaso el señor Randolph había visto el trozo de papel mientras circulaba por la herradura de mano en mano? Hay profesores que, si te pillan pasando una nota, te hacen leerla en voz alta delante de toda la clase. No es que el contenido de esta fuese especialmente comprometedor, pero aun así no me habría hecho ninguna gracia que todo el mundo se enterase. Entonces me di cuenta de que había sido una voz de mujer la que había dicho mi nombre, y de que el señor Randolph ni siquiera me estaba mirando. Lo que estaba haciendo, al igual que el resto de la clase, era mirar hacia la puerta, donde se encontraba una de las secretarias de la dirección del instituto.

—Eh... Soy yo.

Todos se quedaron mirándome, y sentí una oleada de calor que se desplegaba por mi cara y por mi pecho, dejando a su paso un enorme rubor.

—Tienes que ir al despacho del subdirector.

Durante unos instantes, fue como si se hubiera dirigido a mí en un idioma que no fuera el mío. No fui capaz de entender las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Tengo que...? —repetí como una boba.

—Puedes recoger tus cosas —añadió inclinando la cabeza, coronada por un ceñido moño—. No volverás antes de que termine la clase.

Al ver mi cara de perplejidad, el señor Randolph dijo:

—Ya te dejarán mañana los apuntes, Callie. Ahora, ve con la señora Leong.

De repente mi confusión desapareció y pasó a convertirse en miedo. ¿Tendría esto algo que ver con mi madre? Me levanté a toda prisa, y estuve a punto de volcar mi pupitre. Entonces la mochila se enganchó con la silla. Me temblaban tanto las manos que a duras penas pude abrir la cremallera. Prácticamente podía escuchar a los demás alumnos compadeciéndose de mí.

Cuando pasé al lado de Heidi, me susurró:

—¿Qué ha pasado?

Al contrario que Traci y Kelli, Heidi sabía lo de mi madre, aunque nunca habíamos hablado de ello. Tampoco habíamos vuelto a hablar de lo que había ocurrido aquella noche. Nunca.

Negué con la cabeza para hacerle saber que no tenía ni idea. Ella alargó la mano para tocar la mía un instante; su adorable rostro estaba contraído por la preocupación. En ese momento, tuve un horrible pensamiento: «¿Está haciendo esto porque se preocupa por mí, o solo porque quiere aparentarlo?».

Últimamente tenía estos pensamientos con respecto a Heidi, pero antes de que pudiera darme la vuelta para comprobar la expresión de su rostro, estaba fuera del aula con la puerta cerrada detrás de mí.

Resultaba extraño caminar por unos pasillos tan vacíos. Normalmente solo me muevo por ellos entre clase y clase, rodeada de otro millar de estudiantes del Endeavor que avanzan entre empujones para llegar a su aula correspondiente. Pero ahora estaba tan silencioso que podía escuchar el eco de los gruesos tacones de la señora Leong. Me fijé en que se había descolgado un extremo de una vieja pancarta de la fiesta de antiguos alumnos, que ahora se mecía por una brisa imperceptible. «Veteranos del Endeavor: ¡No tenemos espíritu, SOMOS espíritus!». ¿A quién se le habría ocurrido la brillante idea de utilizar un fantasma como mascota del instituto? ¿Y por qué tenían que recordarme los fantasmas justo ahora? Cuando todo parecía señalar que estaba a punto de descubrir que mi madre había...

La señora Leong abrió la puerta que conducía a la zona de dirección. Allí no quedaba ni rastro de la tranquilidad que reinaba en los pasillos: una docena de teléfonos sonaba a la vez, una fotocopidora funcionaba

a más de cien revoluciones por segundo, y al menos dos secretarias más se afanaban en teclear en sus ordenadores. Me pareció que había entrado en la oficina de una gran empresa, en lugar de estar en la Escuela Unificada Endeavor de Primaria y Secundaria.

Al recordar la sugerencia de Amanda para un nuevo lema del instituto («Basta ya de fantasmadas»), mi ansiedad se calmó un poco. Pero se me hizo un nudo en el estómago en cuanto la señora Leong señaló el despacho del subdirector Thornhill.

—Entra. Te está esperando.

Tuve un segundo para considerar la ironía que suponía que el señor Thornhill fuera quien presenciara mi reacción al recibir las peores noticias posibles sobre mi madre. Por alguna razón que se me escapaba, mi padre lo odiaba profundamente, y ahora tendría que contarme la terrible verdad, precisamente en su despacho.

Abrí la puerta con el corazón retumbando en mis oídos, segura de que lo próximo que vería sería el rostro de mi padre cubierto de lágrimas.

Capítulo 2



Transcrito por Liz

Corregido por scath

Pero mi padre no estaba allí.

Había tres sillas dispuestas frente al escritorio del señor Thornhill. La del centro estaba vacía, mientras que las otras estaban ocupadas por Nia Rivera, la tía más rara de segundo, y por Hal Bennett, a quien podríamos considerar como un pringado en proceso de rehabilitación. Durante toda la Primaria, Hal había sido el típico flacucho que llevaba los pantalones tan subidos que le quedaban pesqueros; alguien a quien parecía que su madre le cortaba el pelo poniéndole un tazón en la cabeza. Pero al parecer se había pasado todo el verano en el gimnasio o con un asesor de estilo, porque, cuando regresamos al instituto en septiembre, estaba mucho más bueno. Llevaba camisetas *vintage* y pantalones desgastados que llenaba por completo —ya sabéis lo que quiero decir—, y se había dejado ese peinado enmarañado, de color rubio oscuro, que está tan de moda. Además, era un genio del arte. Tal vez lo hubiera sido siempre, pero este año había hecho una devastadora caricatura de Thornhill para el periódico del instituto que había causado sensación durante unos cuantos días, y en noviembre había sido elegido para ir a Nueva York a representar a todo el estado de Maryland en un concurso convocado por un conocido museo. Incluso había aparecido en el radar de las Chicas I. La semana anterior, durante el almuerzo, Kelli y Traci habían estado hablando sobre lo cañón que se estaba poniendo Hal Bennett; y, tras varios años temiendo que descubrieran que él y yo habíamos sido «amigos» antes de que me convirtiera en una Chica I, de repente tuve ganas de contárselo. Sin embargo, no les dije nada. Me di cuenta de que Heidi no había opinado nada al respecto. Además, ¿qué ocurriría si les contaba que habíamos estado juntos y de repente Hal volvía a convertirse en un friki?

—Siéntate, Callie —me indicó el señor Thornhill.

Confundida, me deslicé hacia el asiento vacío. Estaba claro que no me había mandado llamar para nada relacionado con mi madre.

El señor Thornhill tenía las manos cruzadas bajo la barbilla, y se atusaba con los dedos índices las puntas de su bigote corto y erizado, formando una V alrededor de su boca. La luz del fluorescente brillaba tanto sobre su calva que hacía sospechar que se pasaba las mañanas encerándose.

Todos estaban en silencio, y nadie más que el señor Thornhill pareció darse cuenta de mi llegada. Como nunca antes había estado en el despacho del subdirector, me puse a cotillear la habitación. Allí no había casi nada: ni diplomas ni fotos de su familia. Una pared estaba cubierta de archivadores con etiquetas dispuestas alfabéticamente, y en mitad del escritorio había una pequeña pila de carpetas; pero ni rastro de objeto personal alguno. No tenía cubiletes para guardar los lápices, ni un pisapapeles con las palabras «El mejor papá del mundo». Era rarísimo que el despacho fuera tan impersonal, teniendo en cuenta que el señor Thornhill era el subdirector desde que yo había empezado la Primaria.

El silencio era cada vez más profundo. Giré la cabeza ligeramente para observar primero a Hal y después a Nia, pero él mantenía la vista fija en el suelo y, en cuanto a ella, su gruesa melena le cubría la cara y me impedía ver su expresión. Mientras examinaba la habitación, mi mirada entró en contacto con la del señor Thornhill durante un instante, pero la suya era tan intensa que tuve que apartarla hacia otro lado. Era como si estuviera... enfadado conmigo. Por primera vez, tuve la sensación de que me había metido en un lío. ¿Por qué si no me habría llamado el subdirector? Traté de pensar en alguna norma que pudiera haber transgredida recientemente, pero no había fumado en los lavabos y siempre llevaba los deberes hechos.

—Bueno —habló al fin—, creo que todos sabéis por qué estáis aquí.

Aquello se estaba poniendo cada vez más raro. Ya me había dado mala espina desde el momento en que la señora Leong había pronunciado mi nombre. Me imaginé contándole la historia a Heidi, Traci y Kelli durante el almuerzo: «Y entonces Thornhill dio a entender que pensaba que yo había hecho algo malo ¡con Nia Rivera!». Durante los dos últimos años, el nombre de Nia Rivera había sido sinónimo de chiste para las Chicas I, así que sabía que se partirían de risa en cuanto yo lo pronunciara.

Nia fue la primera en romper el silencio.

—Pues, en realidad, yo no tengo ni idea —se apartó la larga melena castaña que le caía sobre el hombro, pero no en un gesto coqueto, típico de una Chica I, sino de impaciencia, como si le resultara molesto tener pelo.

Me sorprendió mucho que hablara con tanta seguridad, parecía no tener miedo del subdirector, y por un momento me acordé de que era la hermana de Cisco Rivera. Cisco era el tío más guay y popular de tercero. Cuesta creer que dos personas situadas en polos tan opuestos puedan estar mínimamente emparentadas, y menos aún que sean hermanos. Te hace pensar que sus padres realizaron alguna especie de experimento social con ellos cuando eran pequeños.

El señor Thornhill golpeó la mesa con tanta fuerza que pegué un brinco, pero Nia ni siquiera pareció inmutarse.

—No tengo tiempo para mentiras, Nia. Esta situación es muy seria.

Como ya he dicho, yo era novata en eso de ir al despacho del subdirector, pero sí que lo había visto cabreado otras veces. En realidad, la persona con la que le había visto perder los estribos era, precisamente, con Amanda. Desde que Amanda había llegado al insti en octubre, se había llevado multitud de broncas, y la más reciente había tenido lugar haría cosa de un mes. Yo me había pasado por dirección para dejarle los registros de asistencia de ese día a la señora Peabody. La puerta del despacho estaba abierta y pude oír los gritos del señor Thornhill. Fue la mañana siguiente, el Día del Presidente, cuando el subdirector, al abrir la puerta de su despacho, se encontró con un enorme cuervo disecado, tocado con un sombrero de copa y posado sobre su silla. No sé qué le había hecho pensar que era obra de Amanda. Ella nunca me lo confirmó. Pero de haber sido así, tampoco podía explicarme cómo había conseguido colarse en su despacho. El caso es que él estaba furioso. Y esa no había sido, ni mucho menos, la única vez. En otra ocasión, alguien había manipulado el reloj principal del instituto para que fuera más rápido, lo que supuso que acabáramos las clases antes de tiempo durante dos viernes seguidos. También entonces, mientras yo caminaba por el pasillo, había oído los gritos que salían de su despacho.

Y ahora estaba tan furioso como en esas ocasiones. Tan furioso como si Nia hubiera hecho algo realmente terrible.

Fuera lo que fuese, yo no tenía la menor gana de que me asociaran con ello. O con ella. Así que me aclaré la garganta y dije:

—Señor Thornhill, creo que ha habido un error. Nosotras ni siquiera nos conocemos.

A veces resulta sorprendente lo poco que se enteran los adultos de las cosas. No es que quiera dármelas de guay pero yo era una Chica I y Nia una leprosa social. ¿Acaso pensaba el señor Thornhill que podíamos ser amigas?

—Callie, siempre has sido una estudiante excelente con un comportamiento impecable —el señor Thornhill dio unos golpecitos en las carpetas que tenía encima de la mesa, y me pregunté si alguna de ellas hablaría de mí—. Dudo mucho que quieras estropear un expediente ejemplar por no contarme lo que sabes.

¿Eran imaginaciones mías, o el señor Thornhill había enfatizado la palabra «ejemplar»? Una vez más, volví a pensar en mi madre.

—Escuche, señor Thornhill, están diciendo la verdad —dijo Hal—. No salimos juntos ni nada de eso.

Al inclinarse hacia delante, el pequeño aro de oro que llevaba en la oreja brilló. Eso me hizo recordar lo que Traci había comentado sobre que Hal se habría puesto un tatuaje en alguna parte del cuerpo durante el verano.

—No, escucha tú, Hal. Estoy hablando de un grave acto de vandalismo. Quiero que me contéis lo que sabéis, y quiero que me lo contéis ya.

El señor Thornhill estaba tan cabreado que le palpitaba la vena del cuello. Debo reconocer que me dio un poco de miedo. Esta vez, cuando miré a Nia, vi que ella también me estaba observando, y comprobé que su expresión de desconcierto coincidía con la mía.

—¿Por qué no nos cuenta lo que sabe usted? —dijo Hal. Su voz era tranquila, conciliadora, como si pensara que el señor Thornhill estuviera loco de atar.

Algo que, dadas las circunstancias, no parecía del todo improbable.

El señor Thornhill se inclinó hacia delante y meneó el dedo en dirección a Hal.

—No trates de ser condescendiente conmigo, Hal Bennett. Todos sabéis lo que Amanda Valentino ha hecho esta mañana. Lo que quiero saber es por qué os ha implicado a los tres en su gamberrada.

Vale, esto ya sí que era increíble. Justo estaba pensando en Amanda cuando la señora Leong me había llamado para que fuera al despacho de Thornhill, y ahora él estaba furioso conmigo por algo que había hecho ella. Pero lo que estaba diciendo era absurdo. Sí, Amanda era amiga mía, pero no de Nia ni de Hal. De hecho, nadie era amigo de Nia, excepto tal vez alguno de esos bichos raros de las reuniones de Jóvenes Comprometidos, o del Club de Derecho, o de comoquiera que se llamase el lamentable club al que pertenecía. Y por muy guay que fuera Hal ahora, aún se movía con un grupillo de pringados cuyos nombres desconozco. Pero no con Amanda.

—Mire, es obvio que no va a creernos si le decimos que somos inocentes. Así que ¿por qué no se lo pregunta directamente a Amanda? Ella se lo dirá —sugirió Nia, y lo curioso es que ahora su firmeza no me recordaba tanto a Cisco como a Amanda, la única persona que conocía que nunca se achantaba ante la autoridad.

El subdirector Thornhill se levantó y se colocó delante de su escritorio. Después se apoyó en él, cruzó los brazos y nos miró uno por uno.

—Es una idea estupenda, Nia, y me encantaría llevarla a cabo. Pero tu plan tiene un inconveniente, y es que, como sabéis perfectamente los tres, Amanda Valentino ha desaparecido.

Capítulo 3



Transcrito por Laura

Corregido por scath

Más que hablarme, tenía la sensación de que el señor Thornhill me había golpeado la cabeza con un trozo de madera del taller de mi padre. ¿Que Amanda había desaparecido?

—Pero... —estaba a punto de decir que Amanda no había desaparecido, que el día anterior había estado en mi casa; pero antes de que pudiera terminar la frase, Nia me interrumpió.

—Pero es que no parece entenderlo, señor Thornhill. Nosotros no somos amigos de Amanda Valentino.

Levanté de golpe la cabeza para mirarla. Por un lado, sabía que Nia estaba diciendo la verdad. ¿Cómo era posible que Amanda fuera amiga de alguien tan...? Bueno, tan raro. Además, no había mencionado nunca a Nia, ni una sola vez. Por supuesto que no eran amigas.

Pero el rostro de Nia estaba más pálido que la mascota del instituto, y por la forma en que se aferraba al reposabrazos de la silla, daba la sensación de que estaba mintiendo. Lo cual significaría que Amanda y ella eran amigas. Pero eso era...

—Imposible, Nia —dijo el subdirector Thornhill, que ya parecía estar harto de su actitud—. Eso es sencillamente imposible.

Se dirigió hacia la ventana y subió la persiana.

—Venid a echar un vistazo.

El cielo estaba despejado tras la lluvia de la noche anterior, y el reflejo del sol sobre el húmedo suelo del aparcamiento era casi cegador. Entrecerré los ojos para protegerlos de la luz, y los tres nos levantamos para acercarnos a la ventana.

—¿Qué es lo que tenemos que mirar? —preguntó Hal, y entonces me di cuenta de que estaba tan absorta en mis pensamientos que casi se me había olvidado que teníamos que mirar algo.

—Mi coche —dijo el subdirector.

Por la forma en que lo dijo, no tardé ni un segundo en darme cuenta de cuál debía de ser su vehículo. Estaba aparcado en un extremo del aparcamiento del profesorado, y era el objeto más brillante que había a la vista. De hecho, podría haber sido el más brillante del mundo entero. Incluso desde lejos, parecía vibrar por su colorido. No pude descifrar todos los símbolos, pero había un gigantesco arco iris que se extendía desde la rueda delantera hasta la trasera, y un enorme símbolo de la paz que, cubría la mayor parte de la puerta del copiloto. También pude distinguir lo que parecía un grupo de estrellas en la puerta trasera, y un brillante sol amarillo en el tapacubos que había debajo.

El conjunto era tan extravagante que me eché a reír de repente. No pude evitarlo, era como si el coche entero fuera una de las bromas pesadas de Amanda. Y cuando empecé a reírme, ya no pude parar. Estaba segura de que los demás también se reirían, pero al ver que no lo hacían empecé a inquietarme, como si me estuviera dando un ataque de histeria. Casi deseé que alguien me tirara un vaso de agua helada a la cara.

—Me alegra que te parezca divertido, Calista —siseó el señor Thornhill.

Aunque no era un vaso de agua helada, el efecto fue el mismo. Como si tuviera un botón de encendido y apagado, dejé de reírme inmediatamente. El señor Thornhill dejó la persiana subida, volvió a su escritorio y se sentó. ¿Debíamos sentarnos nosotros también? Dado que ni Nia ni Hal hicieron ningún amago de volver a sus asientos, me quedé junto a ellos, al lado de la ventana. Pero no volví a mirar el coche. Temía que pudiera volver a entrarme un ataque de risa.

—Aunque Amanda le hubiera pintado el coche —dijo Hal—, ¿qué le hace pensar que nosotros hemos tenido algo que ver? Como ha dicho Nia, ni siquiera somos amigos suyos.

Cuando estaba a punto de abrir la boca para corregir a Hal y decirle al señor Thornhill que yo sí era amiga de Amanda, aunque evidentemente Hal y Nia no lo fueran, Hal me miró directamente con sus asombrosos ojos azules y añadió:

—No la conocemos de nada.

¿Era mi imaginación o me estaba intentando decir algo?

¿O trataba de decirme que me callara?

—Si no sois amigos suyos —dijo el subdirector Thornhill—, ¿entonces por qué, además de estropear mi coche, pintó con espray un símbolo en cada una de vuestras taquillas?

¿Amanda había pintado algo en mi taquilla? Estuve a punto de preguntar el qué, pero antes de que pudiera decir nada, el señor Thornhill prosiguió.

—Y quizá también podríais contarme si dejó algo dentro de vuestras taquillas.

¿Había abierto mi taquilla? ¿Por qué pensaba que lo había hecho? En cualquier caso, mi taquilla estaba cerrada y solo yo conozco la combinación.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Hal dijo:

—¿Cómo es posible que Amanda haya abierto nuestras taquillas?

Por primera vez desde que entramos en su despacho el señor Thornhill sonrió.

—Excelente pregunta, Hal —se colocó las manos detrás de la cabeza y se reclinó en su silla—. ¿Por qué no me lo decís vosotros?

—**M**e gusta tenerlas, saber que en alguna parte hay un candado que yo podría abrir si quisiera hacerlo.

Afuera estaba lloviendo. Era una gélida lluvia de febrero, y parecía que no iba a terminar nunca. La lluvia hizo que mi habitación, que ya es maravillosa de por sí, pareciera incluso más acogedora, como si fuera un pequeño refugio que ni el frío ni la humedad pudieran penetrar. Ni siquiera me molestó el silencio que reinaba en el taller de mi padre, aunque, probablemente, eso significaba que estaba bebiendo en lugar de trabajar. Amanda estaba contándome por qué coleccionaba llaves.

—No valen nada —le señalé.

Como de costumbre, mi mente se había dirigido rápidamente hacia el dinero. Es curioso: cuando no lo tienes, todos los caminos parecen terminar conduciéndote hacia él.

—Es cierto —asintió Amanda mientras toqueteaba aquella diminuta llave que parecía muy antigua. Siempre la llevaba con un lazo alrededor del cuello—. Pero me gustan por su valor simbólico.

Estábamos sentadas en el suelo. Amanda tenía la espalda apoyada en la enorme butaca y yo estaba frente a ella, apoyada en la cama. Las dos llevábamos un par de pantuflas. Yo tenía las piernas envueltas en el edredón. El día anterior, Amanda se había cortado el pelo muy corto, pero hoy llevaba una larga peluca de color platino. Le pregunté si la llevaba porque no le gustaba el corte, pero ella me respondió:

—No, sí que me gusta. ¿Por qué lo preguntas?

Lo dijo como si ponerse una peluca el día después de haberse cortado el pelo fuera la cosa más normal del mundo.

—Pero ¿dónde consigues esas llaves usadas? —le pregunté.

—Pues en mercadillos o en tiendas de antigüedades. Por otro lado, si alguien tiene un llavero enorme con un montón de llaves, normalmente hay al menos una que ya no utiliza —hizo balancear el suyo adelante y atrás, admirando su colección.

—Se parece a los que llevan los conserjes —dije.

Una vez vi a un conserje del Endeavor sacar algo de un armario de suministros. Aunque su anilla debía de tener por lo menos cien llaves, localizó la que necesitaba en menos de un segundo.

—Si yo tuviera tantas como ellos, sería incapaz de encontrar la llave correcta —comenté.

Amanda me miró.

—Nunca llevas la llave de tu casa.

Era una afirmación, aunque con un pequeño deje interrogativo; como si esperase una explicación, pero tampoco quisiera obligarme a dársela.

Mi familia no cerraba nunca la puerta principal. Tampoco es que tuviera mucho sentido hacerlo. Las casas de labranza construidas a finales del siglo pasado podían tener mucho encanto, pero no solían estar diseñadas con una seguridad inquebrantable. Aunque nos molestásemos en cerrar las puertas, si alguien quisiera echarlas abajo no necesitaría mucho más de diez segundos para hacerlo.

—No tengo llave —dije—. Mi madre vivió una temporada en Nueva York, y cuando mi padre y ella compraron esta casa, dijo que lo que más le gustaba de vivir en el campo era no tener que cerrar la puerta.

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que era posible que mi madre no volviera a abrir nunca a la puerta de nuestra casa, con o sin llave. Aquel pensamiento hizo que me ardieran los ojos.

Amanda permaneció en silencio. Apartó la mirada y se puso a examinar su llavero. Sé que no estaba evitando el tema, sino que me estaba dando unos instantes de privacidad. Inspiré profundamente.

—Toma —me dijo de repente, y pasó las llaves rápidamente alrededor de la anilla antes de sacar una—. Quédate esta.

Cogí la llave de su mano y la examiné. Era una llave normal y corriente, pero tenía un número de cinco dígitos y las palabras NO DUPLICAR grabadas en la parte superior.

—¿Qué es lo que abre? —pregunté.

Amanda se encogió de hombros. Después sonrió, y sus ojos, ya de por sí brillantes, centellearon cuando bromeó:

—Bueno, abra lo que abra, espero que la duplicaran antes de perderla.

Me reí y me guardé la llave en el bolsillo.

—Gracias.

—¡Desatornillemos los cerrojos de las puertas! ¡Liberemos a las puertas de sus jambas! —exclamó.

—Por supuesto —al ver que Amanda ignoraba mi expresión de perplejidad, me levanté—. Y ahora vamos a comer. Estoy hambrienta.

Capítulo 4



Transcrito por Leslie

Corregido por Coni

El subdirector Thornhill nos hizo ir hasta nuestras taquillas para que comprobásemos si Amanda había escondido algo allí. En el tiempo que estuvimos en su despacho, la primera hora de clase había terminado, dando paso a la segunda. Así que los pasillos volvían a estar vacíos. Más que inquietarme, esta vez me alegró que hubiera tanta tranquilidad; lo último que quería era que toda la gente del Endeavor nos mirase y nos señalara mientras registraban nuestras taquillas como si fuéramos criminales.

Me entretuve leyendo los anuncios del club de ajedrez, los ensayos de la banda, las peticiones de colaboraciones para el periódico, y el anuncio de la formación de un nuevo cuarteto de jazz en horas extraescolares. Ninguna de estas actividades era propia de una Chica I.

La taquilla de Nia estaba en el pasillo de humanidades, a poca distancia del despacho del señor Randolph. Me di cuenta de que había pasado por delante aquella mañana cuando me dirigía a clase, y lo cierto es que nada me había llamado la atención. Pero aunque hubiera visto algo extraño, tampoco habría sabido de quién era esa taquilla. Sin embargo, cuando nos detuvimos frente a ella, comprobé que en la esquina inferior derecha había un pequeño animal dibujado con una plantilla. Era una especie de pájaro pintado en un tono gris metálico, un poco más claro que el de la taquilla. La expresión de Nia cambió radicalmente en cuanto lo vio. Al salir del despacho del señor Thornhill tenía el ceño fruncido —cosa habitual en ella—, pero de repente su rostro se convirtió en la viva imagen del desconcierto. No obstante, aquella expresión se borró de inmediato, y no supe si el señor Thornhill habría reparado en ella.

—Podría haberlo hecho cualquiera, señor Thornhill —dijo Nia—. ¿Qué le hace pensar que fue Amanda?

Alargó la mano y dio la impresión de que iba a tocar el dibujo, pero pareció pensárselo mejor y la apartó enseguida. Cruzó con firmeza los brazos sobre su pecho y las mangas de su jersey azul pálido se le subieron hasta casi cubrirle las puntas de los dedos.

El señor Thornhill la miró detenidamente, pero se limitó a decir:

—Ábrela, por favor.

Nia dudó unos segundos, como si realmente tuviera algo que esconder, pero luego introdujo la combinación con mano experta y abrió la puerta.

No pude evitar sentir curiosidad por saber qué tendría alguien como Nia en su taquilla. Como era tan seria, no me habría sorprendido que tuviera una recopilación de casos del Tribunal Supremo o una colección de pegatinas con el lema «Salvemos las ballenas» escrito en diferentes idiomas. Mientras el señor Thornhill rebuscaba entre la inesperada pila de basura que había amontonada dentro —libros y cuadernos, dos gafas de sol rotas, un puñado de envoltorios de caramelo vacíos, una bolsa de canicas, unos abalorios de Mardi Gras—, miré furtivamente la postal que mostraba el cartel de una película titulada la cena de los acusados. Estaba en el reverso de la puerta, pegada con celo a otra imagen, la de un tipo con pinta de guerrero maya o azteca. Ambas estaban sujetas con un imán en forma de pez que tenía el nombre de Darwin escrito sobre él. La verdad, aquella taquilla tenía un contenido bastante más sorprendente de lo que me había imaginado.

El señor Thornhill no encontró nada que pudiera probar la culpabilidad de Nia de forma definitiva. Aquello, obviamente, le molestó. Cerró la puerta de golpe y reanudó la marcha. Hal y yo lo seguimos unos pasos por detrás. Cuando miré para ver qué había pasado con Nia, vi que estaba con la mirada fija en la puerta de su taquilla. Un minuto después, se dio la vuelta y echó a correr para alcanzarnos.

Cuando llegó a nuestro lado, dijo:

—Yo...

—Ahora no —dijo Hal, con una voz a medio camino entre un susurro y un bufido.

—Pero...

—Ahora no —repitió.

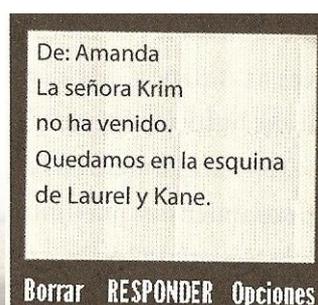
El rostro de Hal seguía siendo inescrutable cuando nos detuvimos frente a su taquilla. En ella había otro animal pintado con una plantilla —una especie de gato, o tal vez un león—. También en color gris claro, y esta vez en la esquina inferior izquierda. Hal apoyó la cadera en la taquilla contigua, como si aquello no fuera con él, y empezó a jugar.

con uno de los dobladillos de su camiseta blanca de manga larga. Mientras tanto, el señor Thornhill empezó a rebuscar entre sus pertenencias. La taquilla de Hal estaba muy ordenada para ser la de un chico. Había libros y cuadernos cuidadosamente apilados. Y del reverso interior de la puerta colgaba un pequeño estuche con un puñado de bolis de colores. En un momento dado, el señor Thornhill cogió de la balda lo que parecía ser un cuaderno de bocetos y lo sostuvo en alto, sin abrirlo, mirando a Hal para comprobar si reflejaba alguna muestra de inquietud.

Sin embargo, fui yo la que se inquietó en su lugar. No soy ninguna gran artista como Hal —apenas puedo dibujar un monigote con cuatro palos—, pero aunque no tenga ningún talento artístico, si el señor Thornhill curioseara alguna vez en mi cuaderno de notas, me moriría de vergüenza. Es algo tan... personal. Es lo más parecido que tengo a un diario, y la única persona a la que se lo he dejado ver es Amanda. Me di cuenta de que, si aquel día no me lo hubiera dejado en casa, el señor Thornhill, Hal y Nia habrían tenido la oportunidad de hurgar en mis pensamientos más íntimos, y me pregunté si esa sería la clase de cosas que dibujaba Hal. De ser así, debía de estar llorando por dentro.

Pero Hal permaneció inexpresivo mientras el señor Thornhill levantaba ligeramente el cuaderno. Después lo bajó, como si estuviera sopesando la decisión de abrirlo, literal y metafóricamente. Poco después, devolvió el cuaderno a su sitio y cerró la taquilla de Hal con otro portazo. Hal se quedó atrás para cerrar el candado después de que Thornhill reprendiera la marcha, y cuando me di la vuelta para comprobar si nos seguía, lo vi con la cabeza apoyada en el frío metal.

Sentí un nudo en la garganta cuando nos adentramos en el ala de ciencias, en donde se encontraba mi taquilla. Nunca me acerco a ella hasta después de la primera hora, ya que todas las clases que tengo en esa franja están tan lejos del ala de ciencias, que parece que está en las afueras de la ciudad. La última vez que había pasado por allí había sido el día anterior, justo antes de la clase de mates, la última del día. De hecho, estaba por allí cuando recibí el mensaje de Amanda.



Mi taquilla está en la mitad del pasillo, y el viaje hasta ella me pareció la prueba definitiva de la paradoja de Zenón, esa que dice que no puedes desplazarte del punto A al punto B porque primero tienes que llegar a la mitad entre esos punto, y antes, a la mitad de la mitad, y así hasta el infinito. Total, que el resultado es que no puedes desplazarte en absoluto. Pero la serie de números finalmente creció del 100 al 110, y después al 120, hasta que llegamos finalmente al 128. Mi taquilla.

Examiné la superficie rayada y metálica, pero no vi nada en la esquina donde encontramos el gato de Hal y el pájaro de Nia. Tuve tiempo para sentir una momentánea sensación de confusión y decepción, hasta que mis ojos se toparon con una forma, del mismo tono gris que las que ya habíamos visto, en la esquina superior derecha de la taquilla.

Era un osito. Al verlo, se me escapó un grito ahogado de sorpresa.

Capítulo 5



Transcrito por Denissa Levou

Corregido por Coni

«**V**as a ponerte el oso».

Era raro estar fuera del instituto tan pronto, pero como la clase de mates se había suspendido, Amanda me convenció para que la acompañara a la tienda de tatuajes de henna de Lakshmi. Me había dicho que quería ir porque estaba pensando en hacerse uno, pero en cuanto cruzamos la puerta, la conversación cambió del tatuaje que quería hacerse ella al que debía hacerme yo.

—Amanda, no voy a hacerme ninguno. Ni siquiera tengo dinero aquí —añadí lo de «aquí» rápidamente, aunque la afirmación habría sido igualmente cierta sin necesidad de esa precisión.

—Es un regalo.

Se acercó a la pared donde se mostraban los diseños de los tatuajes. Había corazones, anclas, letras y palabras.

Algunos diseños eran enormes, como un dibujo de los rascacielos de Nueva York con el Empire State Building en el medio, y otros diminutos, como las palomas y los símbolos de la paz que yo suelo asociar con los hippies.

Amanda estaba concentrada en un punto concreto de la pared.

—Creo que este es el apropiado.

—Estás loca —le dije, pero me acerqué para ver qué estaba mirando.

—Recuerda, el oso es tu tótem.

Amanda ya me había hablado de los tótems. Por lo visto, todos tenemos animales que nos protegen y nos guían. Normalmente hace falta tiempo para descubrir cuál es el espíritu animal con el que estamos conectados, pero debido a mi nombre, Amanda supo inmediatamente que mi tótem era el oso.

La mayoría de la gente recibe su nombre por cosas normales, como el que lo lleven otros miembros de su familia, o por personajes históricos. O gente famosa. Pero yo no. Yo recibí mi nombre por una constelación. Sí, lo dio en serio. Calista viene de Calisto, también conocida como Ursa Major. Sí, ya sé que a lo mejor no habéis oído hablar de ella. A todo el mundo le pasa igual, a no ser que su madre, como la mía, resulte ser una astrónoma mundialmente famosa. Si alguna vez habéis oído algo remotamente relacionado con Calisto, será sin duda la Osa Mayor (la cual, y lo siento por explotar vuestra burbuja, no es realmente una constelación, sino un asterismo), que forma parte de Calisto. Mi madre se llamaba Ursula, por Ursa Minor (en la que, lo habéis adivinado, la Osa Menor es la parte más conocida). Técnicamente, mi nombre viene tanto de Calisto como de Ursula. Vamos, que mi nombre completo es Calista Ursula Leary.

Miré el oso que había en la pared. Era un pequeño osito marrón apoyado sobre sus patas traseras, con la pazuña derecha levantada como si estuviera tratando de alcanzar un poco de miel, o lo que quiera que traten de alcanzar los osos, pero también tenía cierto gesto desafiante. Parecía firme y fuerte, y daba la impresión de que nada podría derribarlo. Sin darme cuenta, levanté la mano y toque el dibujo plastificado.

No me había dado cuenta de que Amanda me estaba mirando, pero cuando giré la cabeza, sus ojos estaban fijos en los míos.

—Estabas destinada a tener este tatuaje.

Me reí.

—No se puede estar destinado a tener algo que va a desaparecer en unos pocos días. El destino está reservado para cosas más importantes. Ya sabes, cosas que duren más, que sean permanentes.

—Nada es permanente —dijo Amanda—. Lo único permanente es el cambio.

Todo pareció detenerse durante un segundo, congelarse, como si toda la energía del universo estuviera concentrada en mí, en mi rostro, en mi brazo y en la taquilla que tenía frente a mí. Me faltaba el aliento, y sentí que mi mano se levantaba ligeramente como si el oso de mi taquilla estuviera llamando al que tenía tatuado en el antebrazo.

—Lo reconoces. Significa algo para ti —el señor Thornhill no estaba haciendo una pregunta, sino una observación.

Su tono era más agradable que el que había tenido durante toda la mañana, y por un segundo estuve tentada de decirle la verdad. «Sí, lo reconozco. Sí, es un mensaje de Amanda. ¿Dónde está? Tengo que hablar con ella».

—Mi nombre viene de Ursa Major —dije, y me sorprendió que no me temblara la voz.

—La Osa Mayor —Thornhill parecía estar pensando en alto—. ¿Quién podría saberlo?

Meforcé a encogerme de hombros.

—Supongo que cualquiera que conozca la leyenda de Calisto. O que sepa algo de la astronomía. No es que sea información privilegiada.

Recordando la soltura con que Hal se había apoyado en la taquilla mientras le miraba el señor Thornhill, hice un esfuerzo por sostener la mirada del subdirector.

—¿Lo sabe Amanda?

Volví a encogerme de hombros.

—No sé qué conocimientos tendrá de astronomía.

—Es una alumna brillante de matemáticas.

Es brillante en todo.

—La astronomía es algo más que matemáticas —dije.

El señor Thornhill me lanzó una mirada que me dejó claro lo furioso que estaba, y después me indicó con un gesto que abriera la taquilla. Una vez abierta, me eché a un lado para que Thornhill se sumergiera entre mis libros y cuadernos. Miré las fotos en las que estamos Heidi,

Traci, Kelli y yo, alineadas en el interior de la puerta. En todas salíamos sonriendo, como si nunca nos hubiera ocurrido nada malo. Como si nunca pudiera llegar a ocurrirnos.

El señor Thornhill no sacó nada de mi taquilla; solo se asomó un poco para ver lo que había dentro, pero se apartó enseguida: no parecía haber nada remotamente interesante allí. Si no me hubiera sentido tan aliviada, puede que me hubiera ofendido.

Cerré la puerta y deslicé el candado por la ranura del picaporte mientras el señor Thornhill empezaba a desandar el camino, de regreso a la zona de dirección. Me pregunté si se suponía que debíamos ir con él o si ya habría terminado con nosotros, tras comprobar que no estábamos ocultando nada. Pero apenas se había alejado unos pasos cuando dijo con brusquedad:

—Venid conmigo.

Entonces siguió avanzando con paso rápido, y yo tuve que correr un poco para no perderlo.

Cuando el señor Thornhill dobló la esquina que llevaba al vestíbulo principal, sentí una mano en el brazo. Miré hacia abajo y vi que Hal me estaba agarrando por debajo del codo. Al otro lado estaba Nia, y Hal la agarró de la misma forma que a mí.

Cuando comprobó que las dos estábamos mirando hacia abajo, nos soltó y se subió la manga de la camiseta unos pocos centímetros. En su brazo, en el mismo lugar que el mío, había un tatuaje de color rojizo que mostraba un gato idéntico al que habíamos visto en su taquilla. En cuanto lo vio, Nia levantó la mirada y, tras comprobar que el señor Thornhill seguía dándonos la espalda, levantó el brazo izquierdo y se subió la manga del suéter para describir la imagen que habíamos visto antes en su taquilla. Un segundo después, volvió a cubrirla con la manga.

—Vamos, chicos —apremió el subdirector. Ya estaba junto a la puerta de dirección, que había abierto con la espalda. No estábamos a más de seis metros de él.

Cinco metros. Cuatro metros. Levanté el brazo derecho delante de mi cara y me pasé la mano izquierda por el reverso, como si me picara el hombro y necesitara rascarme.

Tres metros. Dos metros.

Presioné la mano contra el bíceps y levanté la tela de la camisa lo justo para mostrar al oso que levantaba la pezuña.

—Dios mío —susurró Nia mientras cruzábamos el umbral que separaba el vestíbulo de los despachos.

Capítulo 6



Transcrito por Vannia

Corregido por Coni

—**S**entaos —nos indicó el subdirector, señalando tres sillas vacías que había en el exterior de su despacho—. Señora Leong, como ahora tengo una reunión, me gustaría que echara un ojo a estos tres. Quiero que se queden aquí sentados y en silencio hasta que regrese.

—De acuerdo, señor Thornhill —dijo la señora Leong.

—Bien —se dio la vuelta para dirigirse a nosotros—. Aunque, desde su llegada, Amanda ha supuesto que la asistencia al Endeavor era... opcional, parece que hoy ha decidido introducir un pequeño cambio, y en su ausencia ha elegido enviarme directamente a tres personas a las que poder preguntar por su paradero.

—Si tantas ganas tiene de saber dónde está —interrumpió Nia—, ¿por qué no llama a su casa?

Los ojos del señor Thornhill mostraron un brillo de irritación.

—Te agradecería que no me dijeras cómo hacer mi trabajo, Nia. Pero puedes quedarte tranquila, porque también estoy haciendo cosas en esa dirección. Mientras tanto, quiero que los tres penséis muy detenidamente en todo lo que habéis visto.

Mi corazón latía con tanta fuerza que apenas pude oír sus palabras, así que fue un alivio que Hal decidiera responder por los demás.

—Lo haremos, señor. Esté seguro de que lo haremos.

Aunque el señor Thornhill dio la orden de que permaneciéramos callados, pensé que tendríamos alguna oportunidad para hablar de nuestros tatuajes. Pero en cuanto Hal empezó a susurrar algo, la señora Leong levantó la cabeza de inmediato y nos lanzó una mirada tan furiosa que me dio hasta miedo. Pasaron dos clases más, durante las que intenté en vano encontrar un sentido a todo lo que estaba pasando, y cuando el señor Thornhill regresó y nos preguntó si estábamos listos

para hablar, me sentía tan confusa que incluso llegué a plantearme contarle todo lo que sabía de Amanda para que me ayudara a desentrañar el misterio.

Pero después de que Hal respondiera: «Estoy tan confuso como usted», y de que Nia dijera: «¿No se le ha ocurrido pensar, señor Thornhill, que nosotros también podemos ser víctimas de la broma pesada de una estudiante problemática?», no fui capaz de contar nada. Cuando me miró en busca de una respuesta, me limité a negar con la cabeza.

—Bueno, siento escuchar eso. Lo siento mucho. Puede que cambiéis de idea después de lavar mi coche esta tarde, cuando terminen las clases.

—Pero... —empezó a decir Nia.

—Y si no, seguro que un mes de castigo los sábados servirá para haceros hablar.

—Pero... —protestó Hal.

—Pero nada —sentenció el señor Thornhill—. A no ser que consigáis convencer a vuestra amiga Amanda Valentino para que venga a mi despacho a explicármelo todo.

En ese preciso momento sonó la campana, como si el señor Thornhill lo tuviera planeado.

—Podéis iros a comer.

Supuso que Nia, Hal y yo empezaríamos a contarnos todo lo que sabíamos en cuanto saliéramos al pasillo. Pero cuando la puerta de dirección se cerró, Nia prendió a Hal por el brazo y lo arrastró a través de la oleada de gente que llenaba los pasillos durante los cambios de clase. Era como si yo no hubiera estado con ellos en el despacho de Thornhill, como si no les hubiera enseñado mi tatuaje. No sabía qué hacer. ¿Debía salir corriendo detrás de ellos como un cachorrito desamparado? «¡Llevadme con vosotros! ¡Yo también quiero hablar de Amanda!».

Mejor no. Si se creían demasiado importantes como para excluirme de su pequeña reunión, peor para ellos. Lo mejor era ir a la raíz del asunto.

Los teléfonos móviles están totalmente prohibidos en el instituto, así que tuve que meterme en uno de los compartimentos del baño para marcar el número de Amanda.

—La vida es demasiado corta para esperar —dijo el mensaje del contestador—, pero no tanto como para no oír la señal.

Bip.

—Oye, escucha: estés donde estés, tienes que venir al instituto. ¿Qué es todo ese asunto del coche de Thornhill, las taquillas y todo lo demás? Llámame en cuanto escuches esto. Adiós.

Cuando colgué, pensé que debía haberle preguntado que cómo es que conocía a Hal y a Nia. ¿Pero qué podía haber dicho? «Resulta que me he enterado de que tienes otros dos grandes amigos en el Endeavor, además de mí». En ese momento, tenía una mesa llena de gente esperándome en la cafetería, así que no tendría por qué importarme el hecho que Amanda tuviera otros amigos.

Pero mientras me dirigía hacia la cantina, no pude negar que sí me importaba, y mucho. Después de que Amanda me eligiera, había asumido que yo era su única amiga de verdad, y ahora me enteraba de que había dos personas más a las que también había asignado un tótem. Y encima nos había hecho cómplices a los tres de su travesura, fuera lo que fuese. Ella sabía lo de las Chicas I, así que ¿por qué yo no sabía nada de Hal y Nia?

La cafetería estaba abarrotada, pero pude ver a Heidi, Traci y Kelli en nuestra mesa habitual. No había duda de que estaban esperando mi llegada, porque en cuanto entré en el recinto, Kelli levantó de golpe la mano y le dijo algo a Heidi, que se dio la vuelta para saludarme también. Mientras me dirigía hacia ellas, pasé junto a Hal y Nia, que estaban sentados en una de las mesitas que había al lado de las ventanas. Supongo que las habían puesto allí pensando que así el lugar tendría más pinta de cafetería. Estaban inclinados frente a frente, y Nia estaba hablando y gesticulando.

Aunque cada átomo de mi cuerpo deseaba saber qué estaba diciendo, no pude dejar de fijarme en la mesa de al lado, ocupada por chicos de cursos superiores que me estaban mirando. Reconocí a unos cuantos.

Me di cuenta de que todo el mundo debía de haberse enterado ya de lo del coche del subdirector. Y si sabían lo del coche, probablemente

también hubieran oído que tres personas habían sido llamadas a su despacho: Nia, Hal y yo.

¿Pensarían que los tres éramos amigos?

En nuestro instituto hay muchas personas en segundo a las que considero neutrales. Son aquellas que no son populares pero tampoco unas apestadas. Nia Rivera no pertenecía a ese grupo. La ironía del asunto es que se lo había tenido que currar para convertirse en la paria que era. A pesar de sus pantalones de chándal caídos, de sus grumosas coletas, sus gafas de empollona y su carácter airado y polémico, sigo pensando que, aunque solo fuera por su hermano, podría haber vivido perfectamente como una neutra social.

Y ciertamente podría, si no se hubiera chivado de Heidi y Traci cuando mis amigas copiaron en un examen de mates hacía un par de años. Al recordar la venenosa canción que Heidi había compuesto sobre Nia después de este incidente (canción que después le enseñó a toda la clase), me resultó más fácil dirigir mis pies en dirección a mi mesa habitual. Puede que quisiera saber lo que Nia estaba diciendo, pero este era un ejemplo perfecto de que la curiosidad puede matar al gato.

O, al menos, su vida social.

—¡Dios mío! —Heidi tiró de mí para sentarme a su lado—. ¡Me he enterado de todo!

—¡Es la mayor locura de la historia! —dijo Kelli.

—Todo el mundo está hablando de ello —dijo Traci.

—Nos hemos quedado flipadas —añadió Kelli.

Kelli y Heidi tienen una larga melena rubia; cuando salimos por ahí juntas, hay gente que piensa que son hermanas, y a veces fingen serlo. Traci heredó su pelo liso y negro de su madre, que es china, y los ojos azules de su padre. Las tres podrían ser modelos, lo cual, como os podréis imaginar, no ayuda mucho a la imagen que tengo de mí misma. No soy un monstruito ni nada por el estilo, pero mis piernas son un poco cortas, mi pelo es más crespo que rizado, y ni siquiera en mi mejor día podría pasar por alguien cuyo único trabajo sea tener buen aspecto. Lo cual es probablemente la razón número ciento cincuenta por la que es tan increíble que forme parte de las Chicas I, y que un tío tan bueno y

popular como Lee me haya elegido para ser su novia... O lo que quiera que seamos.

—¿Para qué te ha llamado Thornhill? Ni siquiera conoces a esa chica.

Heidi siempre decía «esa chica» para referirse a Amanda, como si no quisiera darle el gusto de pronunciar su nombre. La madre de Heidi es una especie de celebridad en Orion porque es una reportera de la tele, y su padre es el jefe de policía, así que todo el mundo los conoce. Aunque no fuera ni guapa, ni rica, ni popular por sí misma, Heidi seguiría siendo alguien por ser hija de sus padres. Todo el mundo en el Endeavor se siente un poco intimidado por ella. Hasta las chicas de cursos superiores (incluidas las chicas populares de cursos superiores) la saludan siempre que se la cruzan en los pasillos. Las cuatro éramos casi siempre las únicas novatas de primer año en las fiestas, y nadie se metía con nosotras porque íbamos con Heidi.

Pero Amanda nunca actuaba como si Heidi fuera alguien especial. Su primer artículo en *The Spirit*, el periódico del instituto, se titulaba «¿Ves lo mismo que yo? La visión de una recién llegada a Orion». En él contó que estaba viendo las noticias locales y se refirió a la madre de Heidi como una «reportera de pueblo». Heidi estaba furiosa, pero no tanto como después de enfrentarse con Amanda y de que esta le dijera: «Bueno, eso es lo que es, ¿no? No pretendía insultarla ni nada de eso. Pero Orion es un pequeño pueblo, y ella es reportera aquí». Desde entonces, Heidi aprovechaba cualquier excusa para meterse con Amanda, y lo cierto es que ella le proporcionaba muchas, como la vez en que le arrebató un papel para la representación de *Cabaret*, y después lo rechazó alegando que estaba demasiado ocupada.

En su segundo artículo en *The Spirit*, Amanda descubrió a una secretaria que había estado vendiendo a los alumnos autorizaciones para llegar tarde a clase. Cuando trasladaron a la secretaria se acabó el chollo, y Heidi nos dijo que Amanda era el demonio, porque la señora Rifkin solo estaba dando un servicio, y hay ocasiones en que te hace muchísima falta una autorización; y Amanda había tenido que echarlo todo a perder. El tercer artículo de Amanda hablaba de cómo los profesores tenían miedo de los alumnos populares. Decía que si un estudiante tenía muchos amigos, o unos padres forrados de pasta, había muchas menos probabilidades de que le gritaran en clase, o de que le castigarán, le suspendieran o le pidieran explicaciones si no traía los deberes hechos a tiempo. El artículo, que salió justo después de las vacaciones de

febrero, causó un tremendo revuelo, lo cual me pareció un poco raro, teniendo en cuenta que lo que había dicho Amanda era algo obvio. Todo el mundo sabe que la forma de decidir quién se mete en líos y quién no es injusta, así como que los profesores tienen sus alumnos favoritos, y que hay chicos que básicamente pueden hacer lo que les dé la gana en ciertas clases.

Pero supongo que incluso algo que todo el mundo sabe puede causar un escándalo, especialmente porque Amanda respaldó sus argumentos con toneladas de evidencias estadísticas. Como dijo el señor Thornhill, Amanda es un genio de las matemáticas, y se las ingenió para conseguir un montón de datos a los que su puestamente no debería tener acceso, como quién había estado castigado, cuándo y por qué. Después de todo este revuelo, algunos estudiantes (como Heidi) que habían disfrutado de un cierto... estatus privilegiado —como no tener que ajustarse a las fechas de entrega de los trabajos, ni explicar cómo habían resuelto un problema de matemáticas aunque los hubiesen pillado copiando, ni llevarse broncas por hablar en clase—, se encontraron con que, después de la charla que el subdirector Thornhill había dado al profesorado del Endeavor sobre la imparcialidad, su posición en clase cambiaba repentinamente, y a peor.

—¿Es cierto? ¿La han expulsado? —Kelli tenía el rostro encendido por la emoción.

—¿Expulsado? En realidad, yo...

—Dios, cómo odio a esa chica —dijo Heidi, al tiempo que acuchillaba con saña un trozo de sushi.

Una parte de mí quería decir algo en defensa de Amanda, pero cuando Heidi odia de verdad algo o a alguien, da miedo rebatirla. Además, después de la mañanita que había tenido y de su misteriosa desaparición, no estaba de humor para defender a Amanda.

Traci, que no suele comer nada, mascó su chicle a conciencia.

—Lo que no entiendo es por qué te han mandado a su despacho con esos raritos. Ni siquiera los conoces.

—No sé —dijo Kelli—. Nia es rarita, pero Hal está muy bueno.

¿Eran imaginaciones mías o, durante unos instantes, Heidi pareció estar incómoda?

Traci estaba demasiado ocupada quitándose unas pelusas invisibles de su brillante camiseta roja como para fijarse en el comportamiento de Heidi, y tampoco pareció escuchar el comentario de Kelli.

—¿Cómo se puede cometer un error tan monstruoso? —Con la barbilla clavada en el cuello, era imposible saber si estaba comprobando la limpieza de su camiseta o admirando su pecho, que le encantaba lucir siempre que podía—. ¿De dónde se sacó Thornhill la idea de que pudieras tener algo que ver con Amanda Valentino?

Nunca tuve la intención de ocultarle mi amistad con Amanda a las Chicas I, pero... simplemente, las cosas habían sucedido así. En el breve periodo que pasó desde que conocí a Amanda hasta que empezamos a ser amigas, Heidi había empezado a odiarla profundamente; y, como ya he dicho, es mejor no intentar señalar el lado bueno de alguien a quien Heidi ha decidido odiar. Amanda me lo había puesto fácil, pues durante el almuerzo siempre estaba en el periódico o en alguna otra actividad, y estaba tan ocupada durante las jornadas del instituto que prácticamente era la amiga invisible. No era difícil conseguir que nuestra amistad pasara desapercibida. ¿De qué serviría contárselo ahora?: «Escuchad, chicas, la verdad es que sí soy amiga de Amanda. De hecho, somos muy buenas amigas. Espero que no os resulte extraño».

Buena idea, Callie. Y ya de paso, ¿por qué no te llevas a Nia Rivera a la fiesta del sábado?

Las tres me estaban mirando, y me puse a pensar en lo que Nia y Hal estarían hablando en su mesa. Era posible que conocieran a Amanda mejor que yo. Puede que, a pesar de haberme dicho que era especial, que era su guía y todo eso, en realidad no fuéramos tan amigas como pensaba.

—No tengo ni idea —dije lentamente—, no ha sido más que una tremenda equivocación.

Kelli me rodeó con el brazo.

—Pobrecita. No puedo creer que hayas tenido que pasarte toda la mañana encerrada en una habitación con los mayores frikis del instituto —me dio un achuchón—. Incluso si uno de esos frikis es un friki buenorro.

Desde el otro lado, Traci también me rodeó con el brazo.

—¿Necesitas que te haga el «sana, sana»? ¿Como en los viejos tiempos? —se rió y, antes siquiera de tocarme el brazo, empezó a decir las palabras—: Sana, sana, culito de rana...

Mientras sus dedos se acercaban a mi muñeca, me di cuenta de lo que estaba a punto de pasar.

—No —dije con brusquedad, y aparté el brazo como si tuviera la mano en llamas.

Traci levantó la mirada, con expresión de dolor.

—Dios, Callie, ¿qué te pasa?

—Es que... me quemé ayer por la noche. Preparando pasta. Y todavía me escuece el brazo.

—Ah —dijo, un poco compungida—. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—Sí —me alivió ver que la manga me cubría la mitad de la mano—. Estoy bien.

—Guay —dijo Kelli, lista para levantarse—. Bueno, chicas, ¿queréis que os enseñe la monada de *gloss* que compró ayer mi madre en el centro comercial?

—Claro —dije, y cuando Kelli se acercó apreté los labios para que me lo pusiera.

¿Es posible que cuarenta y cinco minutos duren tanto como un milenio? Debí de mirar el reloj por encima de la cabeza de Heidi unas cincuenta veces desde que me senté hasta que la campana sonó para señalar el final del almuerzo.

—Venga, hombre, ¿ya se ha terminado la comida? —protestó Traci arrugando la cara—. Ahora tengo una clase doble de biología. Que alguien me mate.

—¿Queréis pasaros por mi casa después de las clases? Puede que también vengan los chicos —dijo Heidi.

Ella también había probado el brillo de labios de Kelli. El rosa húmedo y brillante era el color perfecto para ella, y resaltó más si cabe su sonrisa de supermodelo.

—Claro —dijo Traci.

—Sí —dijo Kelli.

—Yo no puedo —dije, y al ver sus radiantes sonrisas, la ligera irritación que sentía por Amanda se convirtió en un cabreo en toda regla. Mis amigas y mi medio novio iban a pasar una estupenda tarde juntos mientras yo me pasaba las horas después de clase fregando la pintura de un coche con dos parias sociales que tenían el morro de ignorarme. Menudo planazo.

—¿Y por qué no? —preguntó Heidi.

—Tengo que limpiar el coche del subdirector.

—¿Qué? Pero si has dicho que te llamaron a su despacho por error. — Traci había estado examinándose las uñas por si le quedaba alguna miguita, pero ahora me estaba mirando, totalmente confusa.

—Sí, ¿por qué no le dijiste que no tenías nada que ver con esas estúpidas pintadas en su coche? —quiso saber Heidi. No le gustaba nada la idea de que su plan para la tarde pudiera echarse a perder.

—Lo hice —les contesté, y me consoló saber que no estaba mintiendo.

Kelli sacó un paquete de chicles Orbit de su bolso verde brillante.

—¿No puedes decirles a tus padres que llamen para quejarse? Esto es una injusticia total.

Pensé en mi padre, que a esas alturas probablemente fuera por la mitad de su segunda botella de vino, y traté de imaginármelo haciendo una exposición coherente sobre mi inocencia ante el señor Thornhill. No era una imagen particularmente agradable. Y tampoco es que mi madre pudiera ponerse al teléfono.

—Hazme caso, será mejor si me lo quito de encima lo antes posible — dije, aceptando el chicle que me ofrecía.

Después de despedirnos con un abrazo, me colgué el bolso del hombro y me dirigí hacia la clase de inglés. Cuando salí de la cafetería, estuve a punto de chocarme con Beatrice Rossiter, una chica de segundo a la que atropelló un coche durante las vacaciones de Navidad. Tiene el lado izquierdo del cuerpo, incluida la cara, totalmente desfigurado. Tiene un montón de cicatrices, lleva un parche sobre el ojo izquierdo y siempre camina pegada a la pared, puede que pensando que nadie podrá verla si anda así. Una vez que pasamos junto a ella, Traci me susurró:

—Cada vez que la veo, doy gracias por ser como soy.

En ese momento no le dije nada, pero lo que estaba pensando era: «Si estuvieras en mi lugar, Traci, y si supieras lo que yo sé, cada vez que vieras a Bea desearías ser cualquier persona menos yo».

Saqué el móvil de la mochila y lo encendí, pero no había ningún mensaje nuevo.

Capítulo 7



Transcrito por Susana

Corregido por scath

El recuerdo de las clases de biología y de inglés está totalmente borroso, excepto cuando la señora Burger señaló que aquel día era quince de marzo y nos advirtió que tuviéramos cuidado con los idus de marzo. Sus palabras me produjeron un aguijoneo de ansiedad en el estómago. ¿Habría alguna conexión entre la fecha y la gamberrada de Amanda? ¿Pero cuál? Ni siquiera recordaba por qué se suponía que debíamos tener cuidado con los idus de marzo, y para cuando la señora Burger nos dijo que abriéramos los libros por el soneto 138 de Shakespeare, yo ya había vuelto a mi estado anterior de ignorar todo cuanto ocurría a mi alrededor. Solo estaba concentrada en el reloj, contando los segundos que quedaban para la última clase.

Estaba convencida de que Amanda aparecería en la clase de mates; tanto, que incluso atravesé corriendo los últimos metros que me separaban del aula. Aunque estaba bastante confusa y empezaba a sentirme más que molesta por todo lo que había pasado a lo largo de la mañana, verla supondría un gran alivio. ¿De verdad era amiga de Hal y Nia? ¿Por qué había pintarrajeado el coche de Thornhill y nuestras taquillas? Me había repetido mentalmente tantas veces lo que iba a decirle, que prácticamente me lo sabía de memoria.

Cuando abrí la puerta del aula S-51, no había ni rastro de Amanda por ningún lado, pero aún era pronto para preocuparse. ¿Cuándo había sido puntual mi amiga? Que no hubiera aparecido cuando sonó la campana, tampoco quería decir nada. Pero a medida que pasaban los minutos y la señora Krim repasaba los problemas que nos había mandado para casa (los mismos que Amanda y yo habíamos hecho la noche anterior), el entusiasmo que había sentido se iba transformando en frustración. ¿Dónde se había metido? Una cosa es hacer pellas, algo que hacía Amanda con bastante regularidad. Pero otra cosa era faltar al instituto el día que has hecho una gamberrada que ha metido en problemas a otras personas. Claro que, conociendo a Amanda, respondería levantando una ceja, o con esas citas de origen desconocido que utilizaba para sortear las preguntas que no quería responder.

Pero eso no iba funcionarle esta vez.

Cuando no puedo concentrarme en clase de mates, tampoco me supone un gran problema. Si no presto atención en historia, sé que estoy perdida para el siguiente examen. Pero con las mates es diferente. Las mates son como... Bueno, como cuando sales a comprarte unos vaqueros y te pruebas diez millones de pares y son demasiado ceñidos, o demasiado anchos, o tienen algún estampado cutre. Y de repente, cuando ya estás a punto de tirar la toalla, pensando que podrás continuar con tu vida sin unos vaqueros nuevos, te pruebas un último par y, mientras se deslizan por tus piernas, es... es como si hubieras nacido para llevarlos. Así son las mates para mí: como un lenguaje aprendido de forma innata.

De hecho es probable que naciera sabiéndolo. Mi madre es una de las mejores matemáticas del mundo. A mí se me da bien, pero ella es brillante. Si me pides que multiplique dos números de tres dígitos, puedo calcular el resultado mentalmente con bastante rapidez, pero no es nada comparado con lo que puede hacer mi madre. Cuando estamos en el supermercado y quiere calcular cuánto va a costar todo, le basta con echar un vistazo al carrito para sacar hasta el último céntimo del total. Y si le preguntas en julio cuántos días quedan para Navidad, te puede decir la respuesta en menos de un segundo.

Para mí, es más como... Bueno, cuando la señora Krim anota un nuevo concepto en la pizarra, como cuando aprendimos lo del seno y el coseno este otoño; me da la sensación de que, durante el rato que está hablando y escribiendo cosas, yo estoy pensando: «Vale. Vale. Claro. Eso tiene sentido». No sé explicar cómo es que entiendo todo cuando se trata de mates, pero es así.

Por eso me dio muchísima pereza cuando, el pasado mes de octubre, la señora Krim me pidió que ayudara a ponerse al día a la chica nueva, Amanda Valentino. Era uno de sus primeros días en el instituto. Creo recordar que fue en Halloween. En primer lugar, yo ya estaba con la mente en otra parte por todo lo que estaba pasando con mi madre, pero incluso cuando funcionaba a pleno rendimiento, era incapaz de explicar los conceptos matemáticos a otra persona. Traci solía pedirme que la ayudara con los deberes de mates cuando empezamos a ser amigas; después de intentar enseñarle un par de veces, se irritó tanto por mi incapacidad para mostrarle cómo llegaba a las soluciones que acabó por decirme que lo olvidara. Así que sabía que la decisión de que fuera yo la encargada de enseñar dos meses enteros la asignatura a Amanda

Valentino estaba condenada al fracaso. ¿Pero qué podía decir? «Lo siento, señora Krim, le prometo que no he copiado, pero es que no soy capaz de explicarle a otro ser humano el proceso que he llevado a cabo». En vez de eso, me limité a decir lo que siempre se dice cuando un profesor te pide que hagas algo: «Por supuesto».

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Orion?

—Toda la vida.

Mi respuesta fue bastante seca, porque Amanda me pareció un poco rara. En primer lugar, llevaba los labios pintados con un color rojo chillón, que parecía incluso más brillante porque su piel es muy blanca, como si se hubiera echado polvos de talco sobre una tez ya de por sí pálida. Y no es que fuera fea. De hecho, era bastante guapa; no en el sentido de Heidi, Traci y Kelli, ni la clase de belleza que encontrarías en un catálogo de moda, pero tenía algo que te impulsaba a mirarla dos veces si te la encontrabas entre una multitud. Es posible que se debiera a su forma de vestir. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y ceñido, coronado por dos palillos entrecruzados, y un vestido gris que era sencillo pero a la vez elegante, como el que luciría una modelo del Vogue. Alrededor del cuello llevaba un fino collar con un lazo azul que desaparecía bajo su vestido. Era algo que nadie se pondría en el Endeavor.

—Debe ser maravilloso vivir toda la vida en el mismo sitio —su voz sonaba nostálgica, cosa que me sorprendió porque, según decía, había vivido por todo el mundo. ¿Por qué una persona con una infancia como la suya tendría que envidiar a alguien que se ha pasado la vida en Orion, Maryland, capital de ninguna parte?

—Supongo —dije. Después me sentí mal por ser tan borde—. Esto... ¿Tienes algún país preferido?

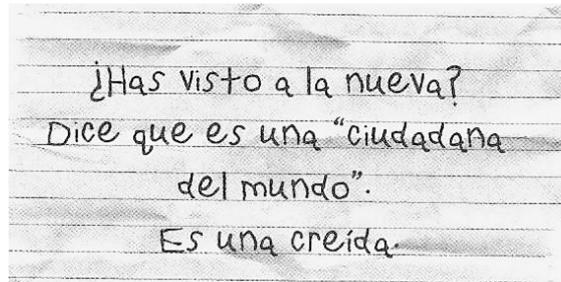
—¿País? —me preguntó.

—Si —dije, dándome cuenta demasiado tarde de que podría molestarle saber que la gente de Endeavor ya estaba chismorreando sobre ella—. He oído que has vivido en muchos lugares del mundo.

Amanda se rió con una risa espontánea que no cabría esperar de alguien con un aspecto tan estudiado.

—Fascinante. ¿Quién te ha dicho eso?

Lo había visto en la nota que me pasó Heidi en la clase de historia.



Me encogí de hombros. Supuse que el nombre de Heidi Bragg no significaría nada para ella.

—Una amiga.

Amanda asintió.

—¿Y qué más te contó sobre mí?

Como ya habéis leído el resto de la nota, no hace falta que lo repita.

—Nada más —dije.

La mirada de Amanda me hizo pensar que sabía que le estaba mintiendo. Era una mirada que conocería muy bien con el paso de los meses.

—¿No has vivido por todo el mundo? —le pregunté, sin estar completamente segura de lo que significaba ser una ciudadana del mundo.

—Para nada —dijo Amanda—. He crecido en este país.

Me pareció extraño que no nombrara una ciudad concreta, o no siquiera un estado.

—¿En dónde?

—*Here, there and everywhere*—su sonrisa era indescifrable.

—Ah—dije. ¿Cómo se supone que podía responder a eso? No fue hasta mucho después que descubrí su afición por citar frases célebres o, como en este caso, títulos de canciones de los Beatles—. Bueno, bienvenida a Orion.

—Gracias—asintió con la cabeza y echó un vistazo al pasillo en donde estábamos sentadas—. Tengo la impresión de que me va a gustar este lugar.

—No estés tan segura—le dije—. Aquí no hay casi nada.

Vale, sé que no estaba actuando según las recomendaciones del comité de bienvenida de Orion, pero en ese momento no estaba lo que se dice para tirar cohetes. Hacía dos semanas que se había ido mi madre, y mi padre estaba empezando a perder la chaveta.

Amanda no pareció dar importancia a mi negatividad, y no me preguntó por qué hablaba así de mi pueblo natal. En vez de eso, continuó asintiendo, como si acabara de darle una información muy valiosa.

—Lo tendré en cuenta—añadió.

Yo no estaba de humor para seguir hablando. De hecho, no estaba de humor para hacer nada aparte de mirar por la ventana y preguntarme si mi familia volvería a ser normal alguna vez. Sabía que enseñar a alguien mates (y fracasar en el intento) no iba a mejorar mi estado de ánimo, pero pensé que cualquier cosa sería mejor que charlar.

—Bueno—empecé a decir—, vamos con el seno y con el coseno.

Abrí el libro por la página por la que estábamos y después retrocedí hasta el comienzo de la lección.

—Esto... A propósito de eso...—dijo Amanda.

De repente, parecía un poco cortada. Aquello me sorprendió, habida cuenta de lo serena que había estado cuando la señora Krim la presentó a la clase, pidiéndole que se pusiera de pie delante de todos como si fuera un animal a punto de ser vendido en la feria del condado.

Dejé el libro abierto por la página 138 y la miré. En el dedo índice llevaba un enorme anillo de plata con la forma de un racimo de uvas, y empezó a jugar con él.

—¿A propósito de qué?

—La verdad es que ya me sé lo de los senos y cosenos. Mi padre me lo enseñó. Supongo que te parecerá un poco raro —añadió rápidamente.

—Para nada —le dije con sinceridad—. Mi madre sabe muchísimo de matemáticas. Siempre está enseñándome cosas.

Era increíble. Todos mis amigos pensaban que era rarísimo que mi madre y yo habláramos tanto de matemáticas. Cuando empezamos a salir juntas, Heidi me preguntó un día que había hecho la noche anterior. Yo le contesté que mi madre y yo habíamos cogido su telescopio para buscar M31 en la galaxia de Andrómeda, y que, con toda la intención, usamos un plano de estrellas desactualizado porque así tendríamos que realizar los cálculos nosotras mismas, si queríamos saber hacia dónde mirar en el cielo. Cuando terminé, Heidi me miró como si acabara de confesarle que era una víctima de la violencia doméstica.

—Qué alivio —dijo Amanda—. Estaba dudando entre fingir que no sabía de qué me estabas hablando, o decir que lo había aprendido en el instituto. No quería que pensaras que soy rara.

Esta vez fui yo la que solté una buena carcajada.

—Tranquila, soy la última persona del mundo que pensaría que eres rara por aprender mates en casa con uno de tus padres. Y te habrías arrepentido si hubieras fingido no saber qué son el seno y el coseno. Soy una profesora horrible.

—¡Yo también! —Amanda levantó la voz más de la cuenta, y se tapó la boca con la mano—. Yo también —repitió, esta vez con un susurro—. No soy capaz de explicar cómo llego a las soluciones en los exámenes. Simplemente... las veo. Los profesores siempre me acusan de copiar —estaba radiante de alegría.

—¡Eso también me pasa a mí! —dije, con una voz casi tan alta como la que usó ella antes.

Entonces empezamos las dos a reírnos, como si el hecho de ser acusadas de copiar en un examen de mates fuera la cosa más graciosa del mundo.

Amanda fue la primera en dejar de reírse, y entonces se quedó mirándome fijamente durante un buen rato, tanto que empecé a sentirme un poco rara.

—¿Qué? —pregunté rascándome la nariz con timidez. ¿Tendría algo extraño en la cara?

—¿Has tenido alguna vez una intuición sobre el futuro? —preguntó. Sus ojos eran enormes, de un color gris oscuro, como el de las nubes de tormenta, un tono que más tarde descubriría que cambiaba según la luz.

—¿Te refieres a algo como la percepción extrasensorial? —dejé de frotarme la nariz.

—No exactamente —respondió mientras se daba unos suaves golpecitos con el boli en el labio superior—. Es más bien tener la sensación de que algo está predestinado a ocurrir.

—Eh... —vaya, cuánta solemnidad. Un segundo antes estábamos bromeando sobre los exámenes de mates, ¿y ahora de repente pasábamos a hablar del destino?

A Amanda no pareció importarle que no le respondiera. Se inclinó hacia delante y me tocó el hombro suavemente con su boli.

—Eres tú —dijo.

—¿Qué? —dije, sin saber muy bien cómo hacerle ver que estaba empezando a rayarme.

Sin prestar atención a mi respuesta monosilábica y poco entusiasta, y con una firme sonrisa en los labios, suspiró, apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos.

—Tú vas a ser mi guía —dijo con serenidad.

Aunque no tenía ni idea de lo que me estaba contando, sentí que mi corazón se aceleraba.

—¿Tu guía? —pregunté en voz muy baja.

Amanda abrió los ojos y me miró fijamente.

—Sabía que te encontraría —dijo.

Como no se me ocurrió qué responderle, me quedé callada.

De vez en cuando se produce un fenómeno geológico tan dramático que es capaz incluso de desplazar el eje de la Tierra: un tsunami, un terremoto... Si pudieras subir al espacio y grabar la imagen del planeta en el momento exacto en que ocurre este suceso, verías literalmente cómo se mueve el mundo. En ese momento no me di cuenta, pero eso mismo es lo que supondría para mí conocer a Amanda Valentino.

Capítulo 8



Transcrito por Mary Ann ♥

Corregido por scath

Nia se rió entre dientes cuando el señor Thornhill nos dio la oportunidad de salir limpios de esta en el momento en que cogíamos cada uno un cubo lleno de harapos, rollos de papel absorbente y productos de limpieza, que estaban apilados junto a la puerta. Me llevó un rato pillar lo de «salir limpios», pero no estoy segura de si fue porque sencillamente Nia es más lista que yo, o porque todos los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza me tenían tan confusa que no me quedaba sesera suficiente para juegos de palabras.

Al ver que nadie decía nada, Thornhill nos indicó con un gesto que saliéramos por la puerta, así que lo hicimos en fila. Hal iba primero; Nia, y por último yo.

—Con esto va a ser imposible que limpiemos el coche —afirmé mientras bamboleaba el cubo—. La pintura de espray no se quita frotando.

Los dos permanecieron callados, como si durante el almuerzo hubieran hecho un pacto para hacerme el vacío. Bueno, si querían seguir con su juegucito, por mi perfecto, así que no dije nada más. Junto a la puerta de entrada del aparcamiento del profesorado había una muchedumbre reunida que, con asombro, contemplaba el coche del señor Thornhill. Algunos incluso tenían preparados sus móviles para sacar una foto. Al principio, el guardia de seguridad que los estaba conteniendo tampoco nos dejó pasar a nosotros. Hal tuvo que explicarle unas cincuenta veces que nos habían ordenado a limpiar el coche, y aun así el tipo no parecía muy convencido cuando por fin nos dejó pasar. Entre la muchedumbre asomaba el pelo oscuro y rizado de Lee. También distinguí a Traci, Heidi y Jake, que estaban a su lado. Lee fue el primero en verme, tal vez porque era el más alto; levantó los puños por encima de la cabeza y gritó «¡Vamos, Callie!», acompañado por los aplausos de Traci, Heidi, y por los silbidos de Jake. Esperé que Hal y Nia los oyeran. Así se darían cuenta de a quién estaban ignorando.

El viejo Honda Civic del subdirector estaba aparcado lo suficientemente lejos del gentío como para que el barullo que montaban los mirones sonara muy apagado. O puede que no fuera más que el efecto de una

sobrecarga sensorial, producida por mirar algo tan refulgente que impedía percibir cualquier otra cosa. El cielo se había nublado desde que nos habíamos asomado por la ventana del despacho de Thornhill, pero incluso bajo la luz grisácea de aquella tarde de marzo, el coche vibraba de color y energía.

—Guau —exclamó Hal.

La impresión fue unánime. Desde lejos solo habíamos podido ver las formas más grandes, pero cuando te acercabas podías advertir la cantidad de detalles que había: pájaros diminutos portando intrincados ramos de olivo, largas cadenas de margaritas entrelazándose de arcos iris meticulosamente dibujados... No solo era brillante y colorido sino que era una verdadera obra de arte.

De repente se me ocurrió algo. A pesar de mi determinación interior de no hablar con Hal o Nia, me di la vuelta hacia él, que estaba a mi lado, admirando el paisaje lunar que cubría el lado del parabrisas del conductor.

—¿Lo has dibujado tú?

No sé si Hal se había propuesto seriamente ignorarme, o si no escuchó lo que le dije. Alargó el dedo índice y siguió el contorno de la luna.

—Eh, esto... —empezó a decir, pero antes de que pudiera terminar, lo agarré del brazo.

—¿Lo has hecho tú?

—¿Qué? —se giró para mirarme, pero era evidente que seguía absorto admirando la obra maestra en que se había convertido el coche de Thornhill. Me di cuenta de que, después de tocar la luna, su dedo había quedado cubierto por una fina capa de color blanco azulado.

—Te he preguntado que sí has hecho tu esto.

Hal era el mejor artista del Endeavor, y no había duda de que la persona que había pintado el coche era alguien con mucho talento.

—Ojalá —respondió y se dio la vuelta para seguir admirando el coche—. Puede que hubiera conseguido hacerlo, pero solo con la ayuda de Amanda.

No estaba muy segura de lo que había querido decir, pero no pude negar que el tono de Hal era amigable. Me pregunté si no me habría vuelto paranoica al pensar que Nia y él me estaban haciendo el vacío.

—¿Cómo la conociste? —aunque no era mi intención, lo cierto era que mi pregunta pareció un poco ofensiva.

Hal no respondió, pero Nia sí.

—Vaya, ¿ahora resulta que eres la titular del registro social del instituto?

Ninguna de las otras Chicas I habría tolerado que Nia se pusiera tan borde, pero es que las tres tienen mucha más experiencia que yo en discusiones. Durante unos instantes traté de pensar en una réplica ingeniosa, pero no se me ocurrió nada, terminé diciendo:

—Lo único que pasa es que no me di cuenta de que erais amigos.

Después me encogí de hombros, como si no hubiera ningún recelo en mi declaración.

Pensé que Nia desistiría, pero no fue así.

—Pues vale —dijo—. Tus amigas y tú podéis...

—¡Mirad! —exclamó Hal. Había rodeado el coche y ahora estaba en el maletero.

Contenta de tener una excusa para no pelearme con Nia y quedar como una debilucha, me acerqué al lugar donde estaba Hal y observé lo que estaba señalando. Esparcidos por el maletero se podían ver media docena de osos, pájaros y gatos que eran idénticos a los que habíamos encontrado en nuestras taquillas. También había otro animal, una especie de lagarto. Junto a ellos flotaban una serie de lunas y estrellas, y un puñado de signos de la paz.

—Eso es un lagarto —dije pensando en voz alta—. Y eso es un gato...

—Es un puma —me corrigió Hal, y se frotó la muñeca sin darse cuenta durante unos instantes.

No me di cuenta de que Nia estaba detrás de mí hasta que me espetó:

—¿Pensabas que era un gato? Pero si no se parece en nada.

Esta vez, le solté una réplica sin darme tiempo siquiera a pensarla.

—Tampoco sabía que fueras una maldita experta en la naturaleza, Nia —le dije con brusquedad—. Pero tranquila, que la próxima vez que salga en el Discovery Channel hablando de la fauna autóctona de Orion, me aseguraré de verlo.

—Como si me importara.

—¿Podrías tranquilizaros de una vez? —pidió Hal con serenidad.

Pero Nia estaba lanzada.

—¿Y quién eres tú para cuestionar nuestra amistad con Amanda? ¿Qué hay de la tuya? Yo tampoco la he visto nunca contigo ni con tus estúpidas Chicas I. Seguro que intentaste hacerte su amiga, pero como no te dejé que la llamaras Mandi, decidiste mandarla a paseo.

Sentí que la cara se me estaba empezando a poner roja. Me puso tan furiosa que levanté el brazo para señalarla, sin recordar que todavía estaba sujetando el cubo.

—Nia, tantos celos resultan patéticos. No creo que Amanda hubiera salido, ni en un millón de años, con alguien tan... —el cubo se balanceó vertiginosamente en mi mano y uno de los botes de limpiador se cayó en el suelo.

—¡Basta! —esta vez la voz de Hal sonó contundente. Nunca le había oído gritar, así que me callé.

—Escuchad —prosiguió con su tono normal—. No pretendo entender a Amanda, ni sus motivaciones. Pero lo que sí sé es que nunca hace las cosas porque sí. Y ahora mismo tengo un presentimiento muy fuerte. Esto —señaló el coche y nos miró— es un mensaje.

Creo poder afirmar que soy la persona menos supersticiosa del mundo, pero en cuanto Hal dijo eso sentí un escalofrío. ¿Sería posible? ¿Estaría Amanda intentando decirnos algo?

Hal siguió hablando:

—Esto es lo que puedo decir sobre lo que ha dibujado. Mi tótem es el puma: fuerte y solitario —volví a ruborizarme cuando se describió de esa manera, pero a él no parecía darle ningún corte.

Las palabras de Hal amanzanaron a Nia como por arte de magia, y entonces ella señaló el pájaro.

—Esa soy yo —susurró con voz suave y casi soñadora—. La lechuza. Sabia. Independiente.

Estuve a punto de reírme cuando dijo lo de independiente. ¿Así es como se le llamaba a la gente con dificultades para relacionarse en sociedad?

Hal me dio un suave empujón en el hombro, y me di cuenta de que era mi turno.

—Los osos son fuertes —dije lentamente. No añadí el otro detalle importante que me había recordado Amanda: los osos hibernan.

Nia se apoyó en el coche mientras Hal y yo hablábamos, y cuando se levantó, se sacudió instintivamente el polvo de la cadera. Me acordé del dedo de Hal.

—¡Es tiza! —dije casi gritando.

Hal se dio una palmada en la frente.

—¡Claro! Eso es lo que iba a deciros antes. No es pintura.

—¿Qué? —Nia nos miró.

—El dibujo está hecho con tiza. Mira —rocé una brillante manzana con el dedo y lo arrastré sobre la superficie metálica del coche. Cuando retiré la mano, sobre mi piel habían quedado unos rastros rojos.

Hal se agachó hasta poner la cabeza a un centímetro escaso de la superficie del coche.

—Ahora que lo veo mejor, creo que es una mezcla de tiza y pastel —dijo—. No debería ser difícil quitarlo del coche.

—No me gusta nada la idea de borrarlo —declaró Nia.

La entendí perfectamente. Incluso aunque no fuera un mensaje de Amanda (un mensaje en clave, eso sí) era algo suyo. Y era precioso. Me moría de ganas de hablar de ello con Amanda. Este deseo me hizo recordar que seguía desaparecida.

—¿Sabéis algo de ella, chicos? La he llamado y le mandé un mensaje, pero no me ha contestado.

Hal y Nia negaron con la cabeza.

—Nada —dijo Nia. Por su forma de responder, supe que también ellos se habían pasado el día intentando localizarla.

—Voy a hacer unas fotos —dijo Hal al tiempo que sacaba su móvil—. ¿Me ayudáis?

Ninguna de las dos le respondimos, simplemente sacamos nuestros teléfonos y empezamos a dar vueltas alrededor del coche.

—¡Mirad! —Nia estaba sentada en el suelo, junto a la puerta del conductor. Estaba señalando el borde del guardabarros, justo detrás de la rueda.

Al contrario que el puma, este animal sí que lo identifiqué a la primera.

—El coyote —dijo Hal.

—El tótem de Amanda —añadió Nia.

—¿E l mío? Yo soy el coyote. El embaucador —apretó el puño y después lo abrió, mostrándome su palma vacía—. Ahora me ves, y al momento ya no me ves.

Supuestamente, debía estar poniendo al día a Amanda con las ecuaciones de segundo grado; pero en realidad era ella la que me estaba enseñando cosas sobre los tótems, concretamente sobre el suyo y el mío. Cuando comenté que todo eso, que la superstición y las creencias ancestrales eran lo más opuesto del mundo a la trigonometría, Amanda me hizo un gesto con su estilográfica.

—*Au contraire* —dijo—. Todos los sistemas de creencias son iguales.

—¡Venga ya! —exclamé—. Las matemáticas no son un sistema de creencias, son la explicación de cómo funcionan las cosas.

—Exacto —dijo Amanda—. En otras palabras, son un sistema de creencias.

Llevaba algo que hacía parecer su pelo mucho más largo, como si le hubiera crecido hasta la cintura durante la noche. Iba vestida con un traje con mangas hinchadas y bordes de encaje, que parecía sacado de otra época. Tenía intención de preguntarle por su aspecto —el pelo, la estilográfica de pluma de

ave, el vestido—, pero, como de costumbre, Amanda cambió rápidamente de tema. Con ella, siempre pasaba lo mismo; nunca sabía cómo habíamos llegado al tema del que estábamos hablando ni cómo nos habíamos apartado del tema que supuestamente estábamos tratando anteriormente.

—Un momento, ¿me estás diciendo que no crees en las matemáticas?

Durante las últimas dos semanas, había descubierto que Amanda era, probablemente, la mejor matemática que conocía, aparte de mi madre. Era un genio de los números. ¿Cómo era posible que cuestionara su verdad fundamental?

—Creo en las matemáticas —dijo—. No son como el Ratoncito Pérez o Santa Claus. Creo que existen. Pero no creo que expliquen las cosas mejor que muchos otros sistemas de creencias solo porque estén de moda en este lugar concreto y en este preciso momento de la historia.

—¿Te refieres a... Dios?

Sin duda, aquella era la conversación más rara que había tenido nunca con alguien. Traté de imaginarme hablando de Dios con Heidi, Traci o Kelli.

—La religión es otro sistema de creencias —dijo—. Lo que ocurre es que no es el mío.

—¿Y cuál es entonces? —No quise sonar como si me hubiera puesto a la defensiva, pero a veces hablar con Amanda me hacía sentir como si estuviera un paso crucial por detrás de ella.

—Mi sistema de creencias... —apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos un instante. Después, sin abrirlos todavía, dijo—: Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sospecha tu filosofía.

Negué con la cabeza.

—Puede que haya un montón de cosas entre el cielo y la tierra, pero la cuestión es que se pueden contar todas.

Abrió los ojos y me miró fijamente.

—Eso es lo que intento decirte, Callie —dijo—. En realidad, no se puede.

Sonó el clic de la cámara de Nia y, sin prestar verdadera atención a lo que estaba fotografiando, apunté mi móvil en dirección al coyote e hice una foto. Todos permanecemos callados durante un rato.

—Bueno —dijo Hal finalmente—. Amanda necesita que hagamos algo por ella.

Un coche que estaba atravesando la rotonda que había frente al instituto tocó el claxon. Al mirar me fijé en que era el BMW SUV de la madre de Heidi. Heidi iba en el asiento del copiloto y Traci en la parte de atrás. Me gritó algo que parecía un «¡Llámame!» en cuanto el coche giró por Ridgeway Drive.

Tener esas dos relaciones a la vez me hizo sentir un poco rara. Una de ellas, lo más mundana y perceptible, y la otra, única y misteriosa.

Era como existir en dos universos paralelos al mismo tiempo.

Pero no pude ignorar la fuerza gravitacional de lo que había dicho Hal. Me di la vuelta hacia él y dije:

—Pero ¿qué querrá de nosotros? ¿Y por qué no se limitó a pedirnoslo?

—Hal no lee las mentes, ¿sabes? —dijo Nia. La suavidad que había antes en su voz había desaparecido por completo.

Vale, ya empezaba a estar harta de todo eso.

—¿Tienes algún problema conmigo o qué? —le pregunté—. ¿Acaso he hecho algo para ofenderte en los últimos cinco minutos?

—A ver, a ver —dijo Nia. Inclino la cabeza hacia un lado y se presionó la sien con el dedo índice, tratando de imitar la expresión de alguien que está meditando profundamente. Después levantó la cabeza y me miró con una sonrisa sarcástica—. No, yo diría que has conseguido no decir nada ofensivo en los últimos cinco minutos.

—¿Hasta cuándo vais a seguir las dos...? —interrumpió Hal, pero esta vez no me importaba lo que tuviera que decir.

—Nia, nunca te he hecho nada, jamás, y ahora estás actuando como si...

—¿Qué nunca me has hecho nada? —Nia se levantó y avanzó un paso hacia mí. Bajo la voz hasta que se convirtió en un susurro—. ¿Qué nunca me has hecho nada? Esta sí que es buena, Callie. Veamos, ¿el nombre de Keith Harmon significa algo para ti?

Retrocedí un paso, pero no fue solo para alejarme de la inquietante voz de Nia. Lo cierto es que Keith Harmon sí significa algo para mí.

—No fui yo.

—Sí, claro —dijo Nia dándome la espalda.

Estiré la mano para agarrarla del brazo.

—En serio, Nia, no fui yo.

Ella apartó de golpe el brazo, como si le repugnara mi tacto, lo cual me recordó el «sana, sana» que Traci había intentado hacerme durante la comida.

—Bueno, como dice mi madre: «Quien con perros se acuesta, con pulgas se levanta».

Al principio no me di cuenta de lo que estaba diciendo, pero cuando lo hice exclamé:

—¡Mis amigas no son perros!

—Puedes que por fuera no —dijo Nia, y siguió tomando fotos de los dibujos del coche.

El corazón me palpitaba con fuerza. Si yo hacía todo lo posible para evitar confrontaciones, Nia parecía querer lo contrario. No me extraña que no tuviera amigos.

Pero aunque pensara así, no pude evitar sentirme un poco avergonzada al recordar lo que Heidi le había hecho a Nia cuando estábamos en primero.

Aquel año, Heidi y Nia coincidían tanto en clase de matemáticas, como en inglés. Un día, más o menos una semana después de que se chivara de que Heidi y Traci habían copiado, Nia se dejó olvidado en clase su cuaderno de inglés. Heidi lo cogió porque, como nos contó durante el almuerzo, quería ser una buena ciudadana y tenía pensado devolvérselo. Pero, en realidad, lo que hizo fue tirarlo al suelo. La casualidad quiso que se abriera por una página en la que había unos

cuantos apuntes sobre objetos directos y adjetivos calificativos, y también un corazón dibujado en el margen, con las iniciales NR y KH escritas dentro.

La verdad es que no sé qué pasó exactamente ni de quién fue la idea, porque mi padre y yo nos fuimos a Washington D.C. ese fin de semana para reunirnos con mi madre, que había asistido esos días a una conferencia de la NASA. Pero, por lo visto, Heidi, Traci o Kelli, o las tres juntas, crearon una cuenta de correo que era algo así como Keith.harmon95@yahoo.com y le mandaron un mensaje a Nia. Ella respondió al falso Keith, que volvió a escribirle, y así sucesivamente. El lunes por la mañana, Heidi tenía un montón de e-mails para enseñarnos a mí y al resto de la clase, en los que Nia admitía que Keith siempre le había gustado y que le apetecía salir con él alguna vez. Por aquel entonces, Nia era una simple empollona con unas trenzas ridículas y gafas de culo de vaso, pero no era una apestada. Y ya entonces Cisco Rivera era Cisco Rivera, así que si no hubiera cabreado a Heidi, habría podido pasar como neutral en el instituto. Pero no.

La cosa fue realmente mal. Durante mucho tiempo, Nia no pudo pasar junto a nadie sin que le dijeran cosas como: «¿Vas a ver a tu novio, Nia?» o «Nia, creo que acabo de ver a Keith, ¿lo estabas buscando?». Cada vez que pasaba frente a la taquilla de Nia, podía ver algo pegado en ella: un trozo de papel con iniciales NR Y KH, una flor muerta o simplemente las palabras «¡¡¡Ya te gustaría!!!». En mi opinión, ella se lo había buscado (o ¿es que creía que Heidi y Traci le dejarían vivir en paz después de que las delatará?), pero aun así terminé sintiéndome mal por ella.

Una parte de mí sabía que debía decirles algo, pero aún no tenía la confianza suficiente con las Chicas I. Todavía pienso que por entonces estaba... No sé, fue como si estuviera en un periodo de prueba. Si ahora hicieran algo parecido, no dudaría en decirles que parasen. De todas formas, no creo que vuelvan a hacer algo así. Durante Primaria, la gente hace muchas cosas que jamás harían al llegar al instituto. No se puede juzgar a alguien por un único error.

En ese preciso momento, como si alguien la hubiera enviado, Bea Rossiter salió por la puerta principal. La vi entrar en el coche en que la esperaba su madre y se marcharon.

Cerré los ojos. Lo que había ocurrido con Bea era diferente.

Pero una vocecilla dentro de mi cabeza me preguntó:

«¿Estás segura?»

Capítulo 9



Transcrito por Yurani

Corregido por Coni

Afortunadamente, la voz de Hal interrumpió mis pensamientos:

—No podremos ayudar a Amanda si no trabajamos juntos.

Nia se dio la vuelta rápidamente para encararle.

—¿Sabes qué, Hal? Estoy cansada de oírte ¿Tienes la seguridad de que Amanda necesita nuestra ayuda? No tienes ni idea de por qué ha hecho esto. Así que ¿por qué no dejas a un lado todo ese rollo de adivino que lee el futuro en posos de café y te callas de una vez? Porque estás empezando a ponerme de los nervios.

Le eché una mirada a Hal en plan «¿qué hacemos con esta loca?», pero él no pareció alterarse por su actitud, lo cual me molestó un poco.

—Nia —dijo con tranquilidad. Al ver que seguía sin mirarle a los ojos, insistió—: Eh, Nia —No pude evitar sentirme celosa por la dulzura de su tono. Era como si, a pesar de que le gritara, Hal se preocupase de verdad por ella.

Nia se cubrió el rostro con las manos durante un instante e inspiró profundamente.

—No lo entiendo. Esto no tiene ningún sentido. Pensaba que yo era... Da igual. He perdido la cabeza.

Hal avanzó un paso y le colocó una mano en el hombro.

—¿Qué pensabas que eras?

—Nada —dijo Nia, y negó con la cabeza, como si fuera una puerta cerrándose—. En cualquier caso, ¿por qué no nos devuelve las llamadas?

—No lo sé —dijo Hal. Se tocó brevemente el bolsillo del vaquero, en el que se percibía el bulto que formaba su móvil.

—No es propio de ella —dijo Nia, pero su afirmación era más bien una pregunta, como si las cosas se hubieran puesto tan patas arriba que necesitara que Hal le confirmara algo que ella ya sabía.

—No es propio de ella en absoluto —coincidió Hal.

Me sentí rara al estar plantada sin nadie con quien hablar, mientras los dos tenían su pequeño momento de intimidad. No podía recordar cuando había sido la última vez que me había sentido tan fuera de lugar. Eso es lo que pasa cuando eres una Chica I: nunca estas fuera de lugar. En ninguna parte. Me puse otra vez a hacer fotos del coche, pero no podía concentrarme, y sabía que ninguna de mis fotos sería de utilidad cuando intentáramos descifrar el mensaje. Cuando se llenó la memoria del teléfono, me quedé quieta. Nia y Hal estaban hablando tranquilamente, sentados en el suelo al otro lado del coche. Por hacer algo, me acerqué a una de las ventanas, pero había mirado tantas veces el dibujo que tenía (un arco iris con una enorme nube hinchada en cada extremo), que no sabía qué sentido tenía volver a hacerlo.

¿Cómo sería el coche del señor Thornhill por dentro? Estaba convencida de que era un obseso de la limpieza, y apoyé la nariz contra la ventana para comprobar si estaba en lo cierto, pero era imposible ver nada a través de las líneas del arco iris.

—Bueno, creo que deberíamos empezar a limpiar —dijo Hal, que se había levantado y me estaba hablando por encima del techo del coche.

No pude evitar sentirme molesta. Ahora que habían terminado su charleta, ¿ya podíamos seguir con el trabajo? ¿Es que tenían que decirlo todo?

Sin decir nada, me acerqué a mi cubo, cogí el spray y empecé a disparar líquido limpiador sobre el coche. En cuando el líquido alcanzo el dibujo, la tiza empezó a disolverse. Apenas tuve que frotar la superficie para que desapareciera por completo. Por un instante, pensé que era muy considerado por parte de Amanda no hacernos trabajar demasiado, pero entonces me enfadé conmigo misma. No sabía qué intenciones tenía Amanda, pero era evidente que no estaba intentando demostrar lo mucho que se preocupaba por nosotros. Puede que simplemente pensara que sería divertido gastarnos una broma, o quizá solo quisiera que supiéramos que éramos unos idiotas. Pero la idea de que quería hacernos un favor de algún tipo no tenía ninguna lógica.

Nos quedamos en silencio mientras limpiábamos la capa de colores brillantes que cubría el coche, revelando el azul oscuro de la pintura que había debajo. Cuando finalmente pude ver el interior del vehículo, me sorprendió descubrir que estaba hecho un desastre. En el asiento de atrás había vasos de plástico vacíos sobre un montón de carpetas, y una pila de periódicos en el asiento del copiloto, debajo de él había al menos una docena de cedés esparcidos por el suelo. Apoyé la nariz contra el cristal para tratar de leer los títulos. En uno pude reconocer el nombre de Mozart, pero lo demás estaban boca abajo o con el título tapado, probé abrir la puerta del coche —nunca se sabe, oye—, pero estaba cerrada, daba igual, tampoco es que me muriera por saber qué clase de música escuchaba Thornhill.

Me dio la impresión de que habíamos tardado una eternidad en limpiar el coche, pero cuando mire el reloj vi que solo eran las cinco pasadas. Sin decir nada, nos alejamos unos pasos del vehículo para evaluar nuestro trabajo. De repente sonó un teléfono. Amanda. ¡Tenía que ser Amanda! Con un respingo, todos echamos mano de nuestros respectivos móviles.

Era el de Nia

—Hola, mamá —dijo, y nos miró compungida, como si fuera culpa suya que nuestras esperanzas se hubieran ido al traste—. No, no pasa nada.

Volví a mirar el coche, sorprendida de lo vulgar que parecía ahora que habíamos borrado los dibujos. De repente tuve una horrible intuición sobre mi vida, como si yo fuera el coche y Amanda los dibujos; y ahora que se había ido... Pero no quise pensar más en ello. Thornhill había actuado con excesiva teatralidad. Todo el mundo sabía que Amanda se saltaba las clases continuamente. Mañana estaría de vuelta y nos explicaría todo aquello.

Nia seguía hablando con su madre.

—Estaba con el grupo de Jóvenes Comprometido —dijo, y añadió rápidamente—: Ha sido una reunión de última hora.

Quedaban unos restos morados en la ventanilla del conductor, sin embargo, al acercarme me di cuenta de que estaban en el lado del copiloto, así que rodeé el coche. Ya que habíamos perdido tanto tiempo limpiándolo quería que quedara perfecto.

—Hola, mamá, soy yo —esta vez era la voz de Hal.

Yo era la única que no estaba hablando con su madre, aunque no era ninguna sorpresa, me acerqué a la ventanilla del copiloto, pero no encontré ningún rastro de morado. Aun así, estaba segura de lo que había visto hacia un momento. Estaba oscureciendo y era más difícil ver el interior del coche.

Hal seguí hablando.

—No, he decidido quedarme un rato por aquí, dando una vuelta.

Ninguno les dijo a sus padres lo que había pasado. ¿Lo haría yo? No podía imaginarme que mi padre estuviera en condiciones de preocuparse por ello para cuando volviera a casa. No hace falta estar en una clase de matemáticas avanzadas para saber que una botella de vino por hora, durante un periodo de tres o cuatros, era equivalente a alguien incapaz de controlar el paradero de su hija.

—El edificio no está cerrado, así que si quiere puedo ir a buscarlo —dijo Hal, y me acordé de su hermana pequeña, Cornelia, que ahora debía de estar en sexto o séptimo.

Aunque las clases de Primaria y Secundaria están en el mismo edificio, las aulas se encuentran en alas diferentes, así que casi nunca vemos a los chavales más pequeños. La última vez que vi a Cornelia debía de tener unos nueve años. Me pregunté qué aspecto tendría ahora.

Volví a apoyar la nariz contra el cristal, sin tener intención de mirar nada en particular.

Fue en ese momento cuando lo vi.

En medio de la pila de periódicos había un trozo de papel morado. ¿O era un sobre? Con la poca luz que había, no se distinguía bien. Pero lo que si pude ver era que en la esquina de aquel papel misterioso objeto morado, estaba dibujado el contorno de un animal.

Y aquel animal era, sin duda alguna, un coyote.

Capítulo 10



Transcrito por Monzze

Corregido por LucyLightwood

Con el corazón a mil por hora, tiré del picaporte; pero la puerta tampoco se abrió. De repente, oí la voz de Hal por encima de mi hombro.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Nada —dije rápidamente. Me di la vuelta para dar la espalda al coche y me apoyé en él. Le lancé una sonrisa a Hal con la esperanza de que pareciera natural—. No es nada. Es que... Quería ver qué música escucha Thornhill, pero no tiene más que música clásica.

Esperé que Hal no fuera un apasionado de la música clásica; al menos, no lo suficiente como para morirse de ganas por conocer los nombres de los compositores favoritos del subdirector. Se acercó un poco más al coche y por un momento temí que fuera a asomarse para mirar los cedés, pero por suerte se quedó a mi lado con la espalda apoyada en la ventanilla.

Mi corazón seguía latiendo a toda velocidad. ¿Podría ser que lo que había visto fuera una nota de Amanda? Pero, ¿por qué se la habría escrito a Thornhill? Ella lo odiaba. ¿Cuántas veces le había echado la bronca por un artículo que había escrito, o por una entrevista que había intentado concertar con alguien a quien el subdirector no quería que molestara? ¿Y cuántas le había negado el acceso a un documento que quería consultar? La discusión que había escuchado aquel día en el despacho era solo una de las muchas que habían tenido.

—¿Qué crees que significa esto? —preguntó Hal.

Al principio me pregunté cómo era posible que supiera lo que estaba pensando, pero entonces me di cuenta de que en realidad estaba hablando del coche en general.

—No lo sé —dije.

Y era cierto. No sabía por qué Amanda había hecho eso, ni por qué decidí no contarles que creía haber visto un sobre con el tótem de

Amanda en el interior del coche. En un plazo muy corto de tiempo, me había visto obligada a compartir demasiadas cosas con ellos; pero la nota de Amanda, si es que lo era realmente, era solo cosa mía.

Bueno, mía y del subdirector Thornhill.

—Creo que quiere algo de nosotros —dijo Hal—. Es como si quisiera... decirnos algo. Todos esos signos de la paz, los tótems...

Nia seguía hablando con su madre por el móvil. Parecía cansada de tanta charla, y no pude evitar sentirme celosa. Recordé esa sensación de frustración que sentía cuando quería colgar el teléfono y mi madre no paraba de hablar.

¿Volvería a tener esa sensación alguna vez?

Como no dije nada, Hal continuó:

—Ya sabes que Amanda tiene muchas facetas. Podría haber pintado el coche al estilo gótico, o punk, o *ante bellum*. Pero en lugar de eso, escogió este estilo hippy sesentero.

No estaba segura de lo que significaba *ante bellum*, pero entendí lo que quería decir Hal. Amanda no era hippy. O, al menos, no era más hippy de lo que podía ser cualquier otra cosa.

—Ese coche —sentenció Hal— es un mensaje de alegría. Estoy seguro de ello.

Me di vuelta para mirarle. Bajo su mandíbula tallada y su pelo alborotado, pude entrever las suaves mejillas y el peinado a tazón que pertenecieron al pringado que había sido cuando salíamos juntos, en la época en que habíamos sido amigos. Puede que esto explicase por qué de repente solté:

—Tengo la sensación de que todo el mundo está desapareciendo.

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca, temí que me diera por echar a llorar. Y menuda estupidez había sido decirle eso a Hal, que ni siquiera sabía lo que pasaba con mi madre. Ahora se pensaría que yo era una histérica.

Me froté el ojo, esperando que pareciera que me estaba quitando una pestaña.

—Ella no ha desaparecido —dijo Hal mirando por encima de mi hombro—. Está aquí.

Al hacer eso, me di vuelta como movida por un resorte, esperando ver a Amanda caminando hacia nosotros. Pero solo pude ver a Nia, que acababa de colgar su teléfono.

—Menudo rollazo —se guardó el móvil en su abarrotada mochila del ejército y se dirigió hacia nosotros—. ¿Y ahora? —añadió mirando a Hal como si yo no existiera.

—¿Cuál es nuestro próximo paso? —dijo él.

—Sigues pensando que este coche es algo más que una gamberrada, ¿no? —dijo Nia.

Hal asintió.

—Sigo pensando que este coche es algo más que una gamberrada —repitió.

Nia inclinó la cabeza hacia un lado y, por primera vez, me fijé en sus gafas. Las gruesas monturas negras eran tan retro que resultaban casi... molonas. Y su chaqueta de lana, a la que tampoco había prestado atención, era de color azul pálido, corta, con un cierto toque *vintage*. ¿Desde cuándo tenía ese nuevo *look*? ¿Se la habría llevado Amanda de compras para conseguir esa ropa y esas gafas?

Pensar en Amanda y Nia comprando juntas me hizo sentir celosa y humillada, casi como si acabara de descubrir que Lee tuviera otra novia. Eso explicaría por qué las siguientes palabras que salieron de mi boca fueron tan propias de una cría enfurruñada.

—¿Así que piensas que hay una especie de código secreto? ¿Que cada animal corresponde a una letra o algo así? ¿Que esto es un juego para encontrar el mensaje oculto en el dibujo?

—No estoy diciendo que sea algo tan complicado —respondió Hal, que no hizo caso de mi tono—. Puede que si hay un mensaje, no sea más que...No sé... «Sois muy especiales para mí», o algo por el estilo.

Si éramos tan especiales, ¿por qué había sido amiga de Nia y de Hal a mis espaldas? Me reí, pero no por que pensara que lo que había dicho Hal fuera especialmente gracioso.

—¿Y por qué el mensaje no puede ser: «Ninguno de vosotros es especial para mí»? Porque el resultado que ha tenido su «mensaje» —y remarqué la palabra haciendo el gesto de las comillas con las manos— es que los tres nos hemos ganado un mes de castigo.

—Déjate de rollos, Callie —interrumpió Nia—. Amanda no estará fuera un mes. Lo más seguro es que ni siquiera tengamos que cumplir un día de castigo.

Odiaba profundamente la soberbia con que hablaba Nia, como si ella fuera la que conociera de verdad a Amanda, y yo solamente una especie de... extraña.

—¿Ahora te dedicas a predecir el futuro?

Hal negó con la cabeza.

—Chicas, ¿por qué no lo dejáis de una vez? Esta gamberrada estaba pensada para reunirnos, ¿no?

Me alegró que Nia resoplara, ya que eso era exactamente lo que quería hacer.

—No lo entiendo —dijo—. Amanda es tan inteligente...

Se detuvo, pero el resto de su frase estaba tan claro como si estuviera escrita en el coche del subdirector: «Siendo tan lista, ¿cómo había podido pensar que querriamos hacer algo juntos?».

—Así es —dijo Hal, que ahora también parecía un poco molesto—. Ella es muy inteligente. Así que estaría bien que dejarais de pelearos durante un rato para que pudiéramos descubrir qué es lo que está intentando decirnos.

Y dicho esto, se marchó enfadado. Estaba tan oscuro que, antes de que llegara a la entrada del aparcamiento, ya era poco más que una sombra.

—Vaya, se ha cabreado de verdad.

No sé qué esperaba que dijera Nia, pero con un sí habría bastado. En lugar de eso, se limitó a mirarme.

—¿Qué? —dije.

A esas alturas, hasta la parte de mí que huía de toda confrontación estaba hasta las narices. Por mi parte, si quería tener movida conmigo, podía contar con ella.

Nia soltó una suave risa, más bien una breve exhalación, y después negó con la cabeza.

—Nada —dijo, y también ella echó a andar hacia la salida.

Vi cómo se alejaba y después me di vuelta hacia el coche. Apreté la nariz contra la ventanilla con tanta fuerza que me hice daño. Los profesores llevaban rato pasando cerca de nosotros para ir a buscar sus coches, y me di cuenta de que el subdirector no tardaría en salir. ¿Debía preguntarle por la carta? ¿Me metería en problemas por espiar lo que había en el asiento delantero de su coche?

Mientras intentaba decidir qué hacer, vi que los tres cubos llenos de harapos sucios y papeles usados seguían en el suelo, al lado del coche, y que tendría que volver a meterlos en el instituto.

—¡Muchas gracias por dejarme a cargo de la basura! —grité.

Pero nadie me oyó; así que cogí los cubos y cargué con ellos en dirección al Endeavor.

Capítulo 11



Transcrito por Virgie

Corregido por LucyLightwood

Últimamente, cada vez que cruzaba el camino de entrada a nuestra casa me planteaba un pequeño juego llamado «señala el punto en el que un extraño se daría cuenta de que algo no anda bien en este lugar». Durante un tiempo, después de que mi madre se marchara pero antes de que mi padre perdiera su empleo, podías llegar hasta la nevera sin notar nada raro. Una vez abierta la puerta, y tras comprobar que no había nada de comida —a excepción de un puñado de salsas—, lo normal era preguntarse qué comíamos exactamente los habitantes del número 90 de Crab Apple Road.

Sin embargo, últimamente bastaba con recorrer el camino de entrada para darse cuenta de que algo pasaba. En diciembre, mi padre dejó de pagar al tipo que nos cortaba el césped. Ahora, en algunas partes del jardín, me llegaba casi hasta las rodillas. La luz de la puerta principal se había fundido hacía meses, pero nadie se había molestado en cambiarla, y había un enorme estropicio de hojas, ramitas y suciedad que habían quedado amontonadas en el porche durante una de las tormentas del invierno pasado.

Pero era en el interior donde comenzaba la verdadera diversión. Después de lo que lo despidieran, mi padre decidió que se iba a ganar la vida haciendo muebles. En realidad, no es una locura tan grande como pueda parecer, ya que mi padre sabe hacer unos muebles estupendos. Por ejemplo, el verano pasado construyó una fantástica mesa para el comedor como regalo de aniversario para mi madre. Está hecha enteramente de madera (incluso las clavijas que sostienen las patas son de madera, no usó ningún clavo de metal), que recogió de un viejo granero que alguien estaba desmantelando para dejar espacio a uno de los nuevos complejos residenciales que se estaban levantando en Orion. El día que mi madre recibió el regalo, su jefe vino a cenar, y su esposa, Sheila, estaba encantada con la mesa. No paraba de preguntarles cuánto pedían por ella, pero mi padre le dijo que no estaba en venta. Después le ofreció mil dólares, pero mi padre siguió en sus trece. Y os prometo que incluso llegó a ofrecerle cinco mil antes de que su marido

le dijera que parase. Yo habría deseado que lo hubiera hecho desde el primer momento en que abrió la boca.

Mi madre se pilló un buen cabreo, y en cuanto se fueron empezó a soltar una de sus típicas charlas sobre las personas que piensan que pueden comprar todo lo que se les antoje, convencidas de que todo tiene precio; y que con qué derecho hacían eso, que cómo se atrevían y bla, bla bla, bla. Finalmente, mi padre consiguió tranquilizarla diciendo:

—Muy bien, cariño, ¿cuánto pides por lavar los platos? Te daré mil dólares. No, mejor tres mil si de paso sacas la basura.

A mi madre se le pasó el enfado, se río y empezaron a besarse. Era lo que me faltaba, pues ya me había fastidiado bastante tener que perderme una noche con mis amigas para cenar con el aburrido jefe de mi madre y su esposa, la mujer más irritante del universo.

Cuando pienso en noches como aquella, estoy segura de que lo que empujó a mi padre al abismo fue que todo el mundo pensara que su matrimonio no había sido feliz. En Navidad, incluso sus amigos decían: «Escucha, Dan, ella hizo la maleta y se llevó el ordenador y todos sus papeles. Está claro que se marchó por su propia voluntad. Puede que las cosas no fueran tan bien entre vosotros como pensabas». Eso lo mató. Y para probar que la gente se equivocaba, cogió el pase de alta seguridad que tenía de la época en que se había encargado de la vigilancia del equipo NAVSTAR-GPS de mi madre (esto fue en Colorado, en donde se conocieron) y empezó a usarlo para investigar su desaparición, entrando en bases de datos que no estaba autorizado a utilizar. Fue entonces cuando lo despidieron.

Pero a veces pienso que con que solo una persona hubiera creído que mi madre no quería marcharse (aunque, técnicamente, se montó en el coche por su propio pie), que se fue porque se sentía perseguida o asustada, tal vez mi padre hubiera podido seguir con su vida mientras esperaba su regreso. Quizá habría podido salir de la cama cada mañana para hacer otra cosa que no fuera beber vino hasta perder el conocimiento.

Cuando abrí la puerta principal, se me quitaron por completo las ganas de seguir con mi juego. Porque el interior de nuestra casa no hacía pensar que allí pasaba algo, sino que nos habíamos vuelto locos.

Había como un millón de trozos de madera añeja desperdigados por todas partes: desde enormes tablones que mi padre había arrancado de

edificios en ruinas en los alrededores de Orion, hasta extrañas (y normalmente gigantes) ramas que le llamaban la atención por su forma o por su color. Solo en el vestíbulo principal había madera suficiente para construir una casa nueva, y para poder coger la chaqueta del armario tenías que escalar literalmente por ella.

—¿Hola?

La casa estaba fría y me pregunté si mi padre habría dejado de pagar la calefacción, o si la caldera, que siempre decía que iba a cambiar, se habría estropeado definitivamente.

—¿Hola? —repetí.

En mi voz se notaba un pequeño tono de miedo, un eco del temor que sentía cada vez que regresaba a casa. Cualquiera que entrara allí se daría cuenta de que al propietario de la casa le quedaban pocas razones para querer seguir viviendo. Y si meditabas sobre ello, te dabas cuenta de que en cualquier momento esas escasas razones podían reducirse a cero.

Había una luz en el comedor, y en cuanto atravesé el umbral vi a mi padre. Estaba roncando con la cabeza apoyada en la mesa y la mano a escasos centímetros de un vaso de vino vacío. Como muestra de lo mal que estaban las cosas, lo único que pude pensar fue: «Los muertos no roncan». Pensé en despertarlo, pero ¿para qué? Quizá lo hiciera después de hervir un poco de agua para la pasta. Por lo general, se volvía un poco más coherente con el estómago lleno.

Cuando abrí el armario para sacar una cacerola, me fijé en un *post-it* que llevaba meses pegado en la nevera.

Callie: tu parka está en la secadora.

No es que fuera la primera vez que lo veía —era la última nota que me había escrito mi madre, así que la había mirado como un millón de veces—, pero después del día que había tenido, ver la letra de mi madre y el logo de su laboratorio, una galaxia roja en forma de espiral, fue demasiado para mí. Cerré el armario sin sacar nada y me fui de la

cocina. Que mi padre se hiciera su propia cena: a mí se me había quitado el apetito.

Pulsé el interruptor que había al principio de las escaleras, pero el piso de arriba siguió en una completa oscuridad. Me hice una nota mental para acordarme de comprar bombillas nuevas el fin de semana.

Al menos, todavía podíamos permitirnos comprar un puñado de bombillas.

Mi habitación hace esquina y está situada al final del pasillo. Siempre me ha encantado. Desde la ventana trasera se puede divisar la colina Crab Apple, a la que solíamos subir mi madre y yo para ver las estrellas con su potentísimo telescopio de alta resolución. Supongo que, técnicamente, ahora es mío, pero ya no tengo ganas de usarlo.

Cuando pulsé el interruptor de mi cuarto, la luz tampoco se encendió.

—¡Venga, hombre! —gruñí con fuerza.

Volví a pulsarlo, pero fue en vano. ¿Habrían cortado la luz? Pero entonces me acordé de la luz del comedor, la prueba de que aún había electricidad en la casa. Me abrí camino hasta la cama y me acerqué a la lamparita que tengo sobre la mesilla de noche.

Tiré de la cadena de la lámpara y una luz suave y rosada bañó la habitación. Mi habitación era así, suave, pero no desde el punto de vista de una niña cursi. Las paredes estaban empapeladas con un estampado de diminutas rosas amarillas, sobre la cama había un esponjoso edredón blanco y los muebles estaban contruidos con madera antigua, que era tan suave al tacto como el satén. Antes solía tumbarme en la cama por las noches y pensar en todas las familias que habrían vivido entre esas mismas paredes a lo largo de doscientos años que la casa llevaba levantada: familias felices, desgraciadas, extrañas, normales... Pero últimamente prefería meterme en la cama e intentar dormirme directamente, para no pensar en nada.

Me tumbé y me cubrí la cara con una almohada. Tenía la espalda dolorida por la cantidad de veces que había tenido que agacharme durante la limpieza del coche de Thornhill. Levanté los brazos por encima de mi cabeza para estirarme. Mientas lo hacía, mi mano se topó con el borde de lo que parecía un trozo de papel.

Lo agarré sin incorporarme, recordando que un par de noches atrás me había quedado dormida mientras estudiaba para un examen de

biología. Pero al tocarlo mejor, me di cuenta de que no era un trozo de papel, sino una tarjeta, y supuse que una de mis fichas de clase se habría caído allí cuando había hecho la cama. Puede parecer raro que no me hubiera dado cuenta hasta entonces, pero si vivierais en una casa abarrotada de basura, también dejaríais de fijaros en lo que hay encima de vuestras camas. Saqué la tarjeta debajo de la almohada y estiré el brazo delante de mis ojos. Me pregunté si la ficha tendría escrito algo que hubiera olvidado memorizar para el examen.

Pero en cuanto la miré, dejé de preocuparme por la biología. Porque aquello no era una ficha de clase, sino un sobre morado, idéntico al que había visto en el coche del señor Thornhill. En el lugar donde normalmente se escriben el nombre y la dirección del destinatario, había un sello que representaba a un coyote.

Rasgué el sobre con las manos temblorosas. En el interior había dos mil quinientos dólares en billetes nuevos de cincuenta dólares.

Capítulo 12



Transcrito por Karliz

Corregido por Coni

— **N**o me digas eso, George. No me digas eso. Yo estaba en las escaleras y mi padre en el salón pero su voz retumbaba por toda la casa. Llevaba mi cuaderno de notas bajo el brazo, y casi se me cayó cuando salí corriendo hacia la cocina, donde se encontraba Amanda.

—Vamos al piso de arriba —le dije.

—George, eres mi abogado desde que Ursula y yo nos casamos. Ya sabes lo que esta casa significa para nosotros.

Amanda me miró y dijo:

—No pasa nada, Callie.

Cogí las tazas de chocolate que teníamos por la mitad, como si con ello quisiera distraer la atención de Amanda de los gritos de mi padre.

—¿Por qué no... te vienes conmigo al piso de arriba?

¿Por qué la habría dejado sola en el piso de abajo para ir a buscar el cuaderno? Sabía que mi padre estaba hablando por teléfono... y lo rápido que podían salirse las cosas de quicio con él.

Me ardían los ojos y parpadeé con fuerza para tratar de contener las lágrimas.

—No pienso perder esta casa, George. No por dos mil quinientos dólares. Es nuestro hogar.

Amanda apartó la silla de la mesa y se acercó a mí. Sin decir una palabra, me cogió de la muñeca y acarició el tatuaje que me había hecho aquel día. Después me siguió mientras me dirigía al piso de arriba.

—No, en eso te equivocas. Va a volver. Volverá, y cuando lo haga, no quiero que vea que he dejado de pagar la hipoteca. Conseguiré el dinero. Tienes que decirles que...

Estábamos ya a la mitad de las escaleras. Había suficiente distancia como para que dejáramos de oírle, siempre que dejara de gritar. Pero lo que vino a continuación fue aún peor que los gritos.

—Por favor, George, te lo suplico. No puedo perder esta casa.

Cuando cerré la puerta de mi habitación con el pie, oí cómo su voz se rompía en un sollozo.

—Lo siento muchísimo —dije.

La voz me temblaba tanto como las piernas. Me deslicé por la pared hasta sentarme en el suelo y coloqué las dos tazas a mi lado. Solo con pensar en beberme aquel mejunje, espeso y dulzón, se me revolvió el estómago.

—No tienes por qué disculparte —dijo Amanda.

Estaba sentada en el borde de mi cama, mirándome a los ojos. Los suyos, que eran enormes, estaban pintados de negro para combinar con el resto de su aspecto punkrocker a lo Patti Smith.

—Es solo que... estoy avergonzada. Normalmente no es así —pero, según decía estas palabras... no sabía a quién quería engañar.

Claro que hubo un tiempo que no era así. Antes había sido un padre divertido, agradable e incluso atractivo. Cuando Kelli lo conoció, me dijo:

—¡Qué guapo es tu padre! Se parece un montón a George Clooney.

Pero ahora, con su rostro pálido y sin afeitar, sus ojos hundidos y su voluminosa barriga, casi daba miedo mirarle.

—En serio, Callie —dijo Amanda—. Se pondrá bien.

A pesar de mis esfuerzos por contenerlas, dos lágrimas rodaron por mi cara. Me las limpié con un gesto furioso.

—¿Y cómo lo sabes? —dije en tono cortante—. No va a ponerse bien nunca. Nunca cambiará.

Me alegré mucho cuando Amanda me dijo que viniéramos a casa después de dar una vuelta por la ciudad. Normalmente estaba demasiado ocupada como para poder pasar la tarde juntas, y además era la única persona a la que no me importaba traer a casa. Pero resulta que tuvo que presenciar toda una escena.

—*Plus c'est la meme chose, plus ca change* —dijo Amanda.

No pude evitar reírme.

—Espero que lo que acabas de decir se pueda traducir como: «Un pariente lejano va a morir mañana y te va a dejar dos mil quinientos dólares».

Amanda se acercó y me dio un suave beso en la mejilla.

—Así es —dijo. Se levantó y puso la mano en el picaporte.

—No te culpo por querer irte —dije. En su lugar, me habría marchado cuando todavía estábamos en el piso de abajo.

Amanda se agachó a mi lado, mientras yo seguía sentada.

—No lo hagas, ¿vale? —dijo—. En serio. No me culpes por marcharme.

Su voz era más intensa que nunca. Me quedé mirándola unos instantes.

—Cuando te invité a venir, tampoco esperaba que fuera a ocurrir algo como esto.

Amanda se levantó.

—La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes.

Solté una risita.

—Claro —dije. Apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos—. Hasta mañana.

—Adiós, Callie.

Sin apenas hacer ruido, cerró la puerta y se marchó.

Las manos me temblaban tanto que me costó muchísimo volver a meter el dinero en el sobre. ¿De dónde habría sacado Amanda dos mil quinientos dólares? Desde luego, no es que nadara en dinero como Heidi o Traci. A veces me pagaba las cosas, como el tatuaje que me había hecho el día anterior, pero eso había costado doce dólares. Doce era... Me puse a pensar unos instantes. Doce era el 0.48 por ciento de dos mil quinientos.

Hacer este cálculo me ayudó a relajarme. Tenía que haber alguna explicación. Puede que hubiera estado ahorrando para algo y que se hubiera preocupado tanto por mi padre y por mí que...

¿Qué? Puede que pensara: «Qué demonios, voy a darles el dinero y, una vez que les haya ayudado, meteré a Callie en un lío con Thornhill y me echaré unas risas mientras ella intenta entender lo que ha pasado».

Vale, esta teoría era bastante ridícula. ¿Habría robado Amanda el dinero? ¿Sería eso lo que le habría obligado a marcharse para que no la pillaran? Aquella era una buena razón para que faltara al instituto ese día. ¿Pero a qué venía entonces un plan tan elaborado con el coche y las taquillas? Si estuviera huyendo de la ley, ¿no sería más lógico que quisiera irse lo más lejos posible tan rápido como pudiera?

Aquello no tenía ningún sentido. ¿Sería solo una coincidencia que lo del coche y lo del dinero hubiesen ocurrido al mismo tiempo? ¿O estarían ambos sucesos conectados de alguna manera? El sobre era idéntico...

Tratar de poner en orden todo lo sucedido estaba empezando a producirme dolor de cabeza. No podía hacerlo sola, simplemente no podía. ¿Pero a quién podría contárselo? ¿A Heidi? ¿A Traci? Ni de coña. ¿A Lee? Técnicamente era mi novio, pero por el momento la cosa no tenía pinta de ir más allá de intercambiar tarjetas de San Valentín y darnos la mano en alguna cafetería. No había lugar como para esto. Pensé en llamar a Hal o a Nia, pero eso supondría contarles más cosas de las que quería que supieran. ¿Acaso quería que Nia Rivera supiera que mi familia estaba rota?

Solo había una persona que podía ayudarme.

Dejé de intentar alisar los billetes y metí el fajo dentro del sobre. Después, llevándolo en alto como si fuera un objeto muy preciado, atravesé el pasillo y bajé por las escaleras.

Mi padre seguía en el lugar donde lo había visto antes; sus ronquidos habían sido reemplazados por una respiración más suave y acompañada. Durante unos instantes, medité sobre la conveniencia de lo que estaba a punto de hacer. Ante mí estaba un hombre que pasaba las mañanas recolectando trozos abandonados de madera y las tardes bebiendo hasta perder la conciencia. ¿De verdad era la persona a la que le iba a pedir ayuda?

Antes de poder echarme atrás, le llamé:

—¿Papá?

No me respondió.

—¿Papá? —repetí, y esta vez lo agarré y empecé a sacudirlo por los hombros.

Con movimientos que recordaban a los personajes de dibujos animados, levantó de golpe la cabeza y miró aturdido a su alrededor, como si el hecho de que su propia hija le despertara en el comedor de su casa fuera lo más perturbador del mundo.

—¿Qué? ¿Qué? Yo... —levantó la mirada y me vio—. Ah, Callie —se frotó los ojos con las palmas de las manos y después se presionó la frente, como si el doliera la cabeza—. Debo de haberme quedado dormido. ¿Qué hora es?

No le respondí. En lugar de eso, cogí la silla que estaba al lado de la suya y me senté.

—Papá —dije—, tengo que hablar contigo.

—Claro, cariño —respondió. Su mirada no parecía muy firme, pero al menos me estaba mirando—. ¿Qué quieres contarme?

Estiró la mano para coger el vaso de vino y llevárselo a la boca, pero yo le puse la mano en el brazo.

—Papá, tienes que ayudarme.

—Por supuesto —dijo. Miró el vaso de vino con lo que solo podría describirse como añoranza, pero no volvió a intentar agarrarlo.

Sin decir nada, le mostré el sobre. La solapa quedaba hacia abajo, de forma que no se pudiera ver lo que había en su interior.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —pregunté.

Me miró como si fuera la primera vez que me veía en mucho tiempo.

Después, sin decir una palabra, cogió el sobre.

Capítulo 13



Transcrito por Lornian

Corregido por scath

— ¡Esa chica es una F.R.I.K.I! ¡Friki! —dijo Traci mientras mojaba una zanahoria en la salsa ranchera de Kelli—. Íbamos juntas a clase de historia y siempre estaba diciendo: «¿Y cómo podemos estar seguros de eso? ¿Y cómo podemos estar seguros de aquello?». ¡Qué pesadilla de tía! Me parece increíble que la señora Balducci no terminara dándole una bofetada.

—¿Te imaginas el artículo que habría escrito?: «La pena capital vuelve al instituto» —intervino Kelli mientras formaba un titular imaginario con las manos en alto.

—Se dice «castigo corporal» —la corrigió Heidi, poniendo en blanco sus ojos azules de muñeca—. La pena capital es la pena de muerte.

—Lo que sea —respondió Kelli encogiéndose de hombros. Después se dio la vuelta hacia mí—. Bueno, para que te olvides del mal trago que tuviste que pasar ayer, me encargaré de maquillarte personalmente para la fiesta de Liz del sábado. ¡Vamos. A. Causar. Sensación!

Sonreí, pero al haberme pasado la noche entera tumbada en la cama esperando una llamada de Amanda, estaba demasiado cansada para poder hablar. Le había enviado dos mensajes desde que había encontrado el dinero, pero no me había respondido. Ahora tenía el teléfono en vibración dentro del bolsillo, pero ya no esperaba que fuese a sonar.

—¿Estás bien? —preguntó Traci. Me colocó la cabeza encima del hombro y me dio un golpecito en el brazo—. ¿Te hicieron pupa esos malvados frikis?

—Sí, estás rara —dijo Heidi, irritada.

—Estoy bien —dije, pues no quería hacer enfadar a Heidi. ¿Sería eso a lo que se refería el señor Randolph con lo de «alianzas enmarañadas»? Me enderecé en el asiento—. De verdad, lo que pasa es que estoy muy cansada.

—Hola, Jake. Hola, Lee —Heidi se asomó por encima de mi hombro y empezó a hablar con voz cantarina, la misma que utilizaba siempre que había chicos por los alrededores—. Hola, Keith.

Un segundo después, Jake, Lee y Keith aparecieron ante nuestra mesa. Al ver a Keith, me acordé de la pelea con Nía del día anterior, y no pude mirarle.

Lee llevaba esa cazadora de la marca Abercromie que tanto le gusta y que le sienta de maravilla. Tenía las mejillas sonrosadas, como si acabaran de llegar de la calle. A veces me preocupaba que, con sus ropas de diseño y su cuerpo perfecto, Lee y yo perteneciéramos a ligas distintas y que solo fuera cuestión de tiempo que él se diera cuenta.

—Saludos, bellas damas —dijo Jake dirigiéndonos una mirada y una sonrisa a todas.

Los tres eran amigos desde pequeños, pero mientras que Keith y Lee siempre habían sido guapos, Jake era bajito y regordete, por lo que quedaba eclipsado cuando estaba con ellos. Sin embargo, últimamente había crecido bastante (no tanto como Lee, pero sí lo suficiente para no parecer un enano), había adelgazado y se había puesto lentillas.

Se había convertido de repente en un chico alto, interesante y atractivo, y el rumor de que su familia había estado emparentada con la realeza en la India, país en el que habían nacido sus padres, ya no parecía tan inverosímil. A veces Heidi le tomaba el pelo diciéndole que ayudaría a su familia a reclamar su trono, y aunque Jake le había explicado un millón de veces que la India era una república, Heidi no paraba de hacerle bromas. La verdad es que si Heidi quería que hubiera una monarquía, entonces no me extrañaría que alguien terminara instaurándola.

—¿Vais mañana a la fiesta de Liz? —preguntó Heidi.

En realidad, era una pregunta retórica. Liz no era tan popular como las Chicas I, pero era bastante guay, y vivía en una casa enorme a una manzana de distancia de la casa de Heidi. Cada año montaba un fiestón por su cumpleaños, al que iba todo el mundo que fuera alguien en nuestro curso. Incluso venían algunos chicos mayores, compañeros de clase del hermano de Liz, que siempre terminaba invitando a alguien.

—Si vamos, ¿hablarás con nosotros? —preguntó Jake—, ¿o nos harás el vacío y te pondrás a hablar con los chicos mayores de la fiesta?

Se había agachado delante de Heidi, que le miraba. No podía creer que

Jake aún no le hubiera pedido salir.

—Es posible que vosotros tengáis que darnos una razón para hablar con vosotros —respondió Heidi mientras jugueteaba con su melena rubia pálida—. Demostrar que sois dignos de nuestra compañía.

—¿Es un desafío, Heidi Bragg? —Keith se inclinó también hacia Heidi. Su cazadora de fútbol ocultaba su grueso cuello.

Me pregunté por qué la gente se empeña en llamar «abeja reina» a la chica más popular del instituto. Yo más bien creo que es una flor, y que todos los chicos de la clase son abejas que pululan a su alrededor para tratar de alcanzarla.

Mientras observaba a Heidi hablando con Keith y Jake, Lee se acercó a mi lado de la mesa.

—¿Qué tal te va? —susurró, como si me estuviera preguntando algo que nadie más debía saber.

—Bien —respondí. Aunque no era más que una palabra, sentí que había sido la mentira más grande del universo.

—Ayer te ví, Callie —me encantaba cuando decía mi nombre—, cuando estabas limpiando el coche.

Sus ojos marrones parecían dorados bajo la luz del sol que se filtraba por las ventanas de la cafetería, y de nuevo acrió imposible que Lee Forrest pudiera existir en el mismo universo que Amanda, Nia y Hal, y que yo formara parte de ambos mundos a la vez.

—Sí, yo también te vi —recordé cómo me saludaba y me animaba, y lo bien que me hizo sentir—. Gracias por el apoyo.

—De nada —dijo Lee—. ¿Qué pasó? ¿Por qué te obligó Throhill a limpiarle el coche? ¿La conoces?

Ese es el problema de mentir: una vez empiezas a hacerlo, ya no puedes parar.

—En realidad, no. Va conmigo a clase de mates.

—Vaya —dijo Lee—, entonces debe de ser un genio de los números.

Lee siempre decía cosas agradables como esa.

—La verdad es que sí —dije. Después de escuchar cómo las Chicas I la

ponían a parir, me alegré de poder decir algo sincero y positivo sobre Amanda en voz alta—. Es un genio.

Amanda dejó de ser tema de conversación cuando la charla volvió al fin de semana y a la fiesta de Liz, lo cual fue un alivio. Cuando la campana señaló el final de la hora del almuerzo, nos levantamos juntos de la mesa, y aunque no había hablado apenas con él, acabé saliendo de la cafetería en compañía de Keith. Cuando llegamos a la puerta de mi clase de biología, Keith me estaba contando algo sobre los planes que tenía su familia para las vacaciones de primavera. Entonces levanté la mirada y vi a Hal y a Nia, que se acercaban por el pasillo.

Hal no me vio, pero Nia sí. Se fijó en mí, después en Keith, y luego apartó la mirada, como si acabara de ver la imagen más desagradable del mundo.

—¿No es la caña? —terminó Keith.

—¿Qué? —dije, y entonces, para evitar que me lo repitiera, añadí—: Es decir, sí, claro. Completamente.

—Tengo que pirarme ya —dijo Keith—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Entré en el aula de biología y me dejé caer sobre mi asiento, en donde me pasé los siguientes cuarenta minutos con la mirada perdida en la pizarra, sin comprender ni una sola palabra de lo que estuvo diciendo el señor Moser.

Al ver que Amanda no había aparecido por clases de mates, llamé a mi padre para que me recogiera después del instituto con su camioneta, como habíamos acordado. Tenía que haberse dormido con la ropa puesta, pero al menos parecía sobrio.

—Vamos a devolver el dinero —dijo con determinación, y me dio la impresión de que estaba enfadado.

—Ah —respondí.

Cuando le dejé la noche anterior, después de contarle cómo había conseguido todos esos billetes, me dijo que quería consultarlo con la almohada. Ahora que había tomado su decisión, no pude evitar sentirme un poco orgullosa de él. Sí, puede que acabáramos perdiendo

la casa, pero al menos no la conservaríamos sirviéndonos de unos bienes que posiblemente fueran robados.

—¿Dónde vive Amanda?

En realidad, nunca había estado en casa de Amanda, pero una vez, mientras íbamos en bici a tomar café después del instituto en College Green (una zona de Orio que se llama así porque todas las calles toman su nombre de institutos y universidades, no porque haya ninguno allí), Amanda señaló una preciosa casa antigua de estilo victoriano.

— **A**quí es donde vivo.
Iba un poco por delante de mí, pero no parecía tener intención de reducir la velocidad. Me quedé sorprendida.

—¿No quieres entrar? —pregunté.

Sabía que Amada vivía con sus abuelos paternos. Su madre era antropóloga y estaba realizando estudios de campo en Uganda durante el año académico, y su padre viajaba mucho por su trabajo para las Naciones Unidas, algo relacionado con microcréditos en Latinoamérica. Nunca antes había conocido a nadie que viviera con alguien que no fuera sus padres, pero en el caso de Amanda, tenía todo el sentido del mundo. Había algo en ella que hacía pensar que nunca había tenido padres. Como si estuviera... no sé, alejada de las típicas cosas de los adolescentes normales, como los padres, las horas de volver a casa, las riñas sobre si has hecho o no los deberes y las súplicas para que te dieran dinero para ir al cine. Había algo en aquella escena que me despertó la curiosidad por ver su casa y conocer a sus abuelos.

—La verdad es que no —Amanda se había alejado un poco más y yo reduje la velocidad para observar la casa, así que tuvo que gritarme para que la oyera—. ¡Vamos!

Antes de empezar a pedalear más rápido, eché un vistazo al porche, en donde había colgada una hamaca antigua muy bonita. La puerta, pintada con un brillante color azul cielo, estaba entornada, como si nos invitara a pasar. La casa era antigua, pero estaba muy cuidada, y al pasar frente a ella me di cuenta de que me recordaba a la mía antes de que mi madre se marchara. Era bastante

guay que la casa de Amanda se pareciera tanto a la mía (o a lo que solía ser). Puede que incluso que nuestras familias tuvieran mucho en común. Puede que cuando mi madre regresara de dondequiera que estuviese y mi padre volviera a la normalidad, y cuando la madre de Amanda volviera de Uganda y su padre terminara de dar vueltas al sur de la frontera, se conocieran y se gustaran, y que los cuatro se hicieran amigos.

Era una imagen tan agradable (los seis preparando una barbacoa en mi casa o adornando un árbol de Navidad en la de Amanda) que la conservé en mi cabeza durante el camino.

Pensé que recordaría cuál era la calle de Amanda, pero cuando llegamos me di cuenta de que no podía ser esa porque tenía acera, al contrario de la que habíamos cruzado las dos aquel día. Mi padre tuvo que dar vueltas con el coche durante casi veinte minutos hasta que dimos con la manzana correcta, y una vez allí estuvimos a punto de pasarnos la casa porque habían repintado la puerta de rojo. Durante ese tiempo, mi padre se fue alterando cada vez más, pero no supe si era porque se estaba arrepintiendo de devolver el dinero o porque hacía meses que no estaba sobrio a esas alturas del día.

La llamé desde el coche, pero no me respondió. La verdad es que me sentí un poco nerviosa por volver a verla cara a cara después de todo lo que había ocurrido desde nuestro último encuentro. Mientras que una parte de mí se moría por preguntarle qué demonios estaba pasando, la otra deseaba que no estuviera en casa, que solo estuvieran sus abuelos para poder darles el sobre con el dinero y dejarles un mensaje para que me llamara.

Mi padre iba unos pasos por delante de mí. Cuando llegamos a la entrada, tocó el timbre y después llamó a la puerta; parecía que no pudiera esperar ni un segundo a que alguien nos abriera. Al principio no escuchamos nada, pero entonces oímos unos pasos y una voz que decía:

—Ya voy, ya voy.

Poco después, la puerta se abrió y apareció un anciano vestido con una rebeca de color rojo oscuro. Debía de tener por lo menos ochenta años, bastantes más de los que me imaginaba que tendría el abuelo de

Amanda.

—Hola —dijo mi padre, y me alivió comprobar que no parecía enfadado ni impaciente—. Hemos venido a ver a Amanda.

El anciano sonrió a mi padre; a pesar de su edad y de que iba encorvado, pude sentir una cierta energía en él.

—Discúlpeme, pero mi oído ya no es el que era. ¿Podría repetirlo?

—Hemos venido a ver a Amanda —repitió mi padre, esta vez más alto.

—¿Amanda? —preguntó el anciano. Seguía sonriendo, como si estuviera acostumbrado a que se presentaran desconocidos por su casa para hacerle preguntas.

—Amanda... —mi padre me miró y yo le proporcioné la palabra que buscaba.

—Valentino —dije.

Aunque, teniendo en cuenta que vivía allí, no entendía por qué su abuelo, por muy viejo que fuera, necesitaba que le recordaran su apellido.

—Perdone —dijo—, ¿ha dicho Amanda Valentino?

—Sí —respondió papá.

El anciano negó con la cabeza.

—Me temo que aquí no vive nadie con ese nombre.

Capítulo 14



Transcrito por Yahaira

Corregido por scath

Imposible! Miré a mi alrededor. Estaba la hamaca que había visto aquel día desde la bici: también el amplísimo porche. Y aunque el color de la puerta fuera diferente, el resto del lugar era idéntico al que había visto.

Tenía que ser la casa en la que Amanda me dijo que vivía.

—¿Es posible que viviera antes aquí? —cuando pasamos por allí en bici, estábamos a finales de noviembre, y ahora estábamos a mediados de marzo. Cierto es que Amanda nunca comentó que fuera a mudarse, pero estaba claro que había muchas cosas que Amanda había olvidado mencionar.

—Hmm, supongo que es posible —el hombre soltó una risita—, pero tendría que haber sido hace mucho tiempo. Mi esposa y yo vivimos aquí desde hace cincuenta años.

No podía creerme lo que me estaba pasando.

—Amanda Valentino —empecé a decir y, tras todos los temores que había tenido sobre el comportamiento de mi padre, ahora era yo la que sonaba ruda y enfadada— es una adolescente, más o menos de mi altura. Es guapa. Suele cambiar su aspecto a menudo. Me dijo que vivía aquí.

El anciano no pareció escuchar la última frase, porque una idea lo distrajo.

—¿Es posible que estén buscando a Calista? ¿A Callie?

—¿Qué? —la voz de mi padre fue casi un alarido.

Nuevamente, el anciano no pareció reparar en ello.

—Sí, tiene que ser ella la persona que se refieren. Una chica encantadora. Nos ayudó a mi esposa y a mí con unos recados durante el invierno, durante ese mes de enero tan frío. ¡Cariño! —giró la cabeza

para llamar a alguien que estaba dentro de la casa—. Han venido unas personas muy simpáticas que están buscando a Callie.

Me sentí un poco mareada y me pregunté si acabaría desmayándome. Mientras me agarraba a mi padre para buscar un punto de apoyo, una mujer mayor apareció al lado del anciano. Estaba tan encorvada como él, llevaba un vestido casi del mismo color que el de su rebeca. Una vez leí en alguna parte que las personas casadas terminan teniendo un aspecto parecido, y me pregunté si eso es lo que les habría ocurrido a ellos.

—¿Sí? —dijo.

—Cariño, han venido unos amigos de Callie. La están buscando.

El rostro de la mujer se iluminó y esbozó una enorme sonrisa.

—¡Qué chica tan encantadora! ¿Les ha contado Harold lo mucho que nos ayudó este invierno? No sé qué habríamos hecho sin ella.

—Además es lista como un zorro —prosiguió el anciano—. Quiere ser astróloga.

—No, Harold —la mujer le dirigió una mirada cariñosa—, se dice astrónoma —después se giró hacia nosotros—. Verán. Su madre era astrónoma, así que por eso ella también estaba interesada en serlo.

Sentí que ahora era el brazo de mi padre el que empezaba a temblar. Al ver que no decíamos nada, la expresión de la mujer cambió de repente.

—¿Ocurre algo malo? No se habrá metido en algún lío, ¿verdad?

Milagrosamente, encontré el aliento suficiente para responder, aunque con voz un poco más temblorosa de lo que había deseado.

—No, nada de eso —consegui decir—. Es que pensaba que estaría aquí. Pero ella está bien, de maravilla.

—¡Qué alivio! —exclamó la mujer—. Hace tiempo que no la vemos, pero nos dijo que vendría por aquí.

—¿Les apetece pasar a tomar una taza de café? —preguntó el anciano.

—¿O de té? —añadió la mujer—. Tenemos unos téns estupendos que seguro que les gustarán.

Declinamos su oferta, nos despedimos, salimos del porche y subimos a la camioneta; todo ello sin ser siquiera conscientes de lo que estábamos haciendo. Papá descendió del bordillo tan rápido que las ruedas chirriaron, y estoy segura de que dejaron un rastro sobre el asfalto. Cuando llegamos a la esquina, torció a la izquierda, después se echó a un lado y pisó el freno.

—¿A qué clase de juego enfermizo estás jugando Callie? —respiraba con fuerza y tenía la cara enrojecida.

—¿Yo? ¿Te crees que estoy jugando a algo? ¿Estás de coña?

Se inclinó hacia delante y me puso un dedo delante de la cara.

—¿Cogiste el dinero de alguna parte? ¿Es eso lo que pasó?

—¿Crees que robé el dinero y después me inventé una historia sobre Amanda? ¿Es eso lo que estás diciendo? —subí tanto la voz que prácticamente estaba gritando.

—No sé qué creer —dijo mi padre—. No te entiendo en absoluto.

—¿Qué no me entiendes? Ahora sí que tienes que estar de coña —sentí que iba a romper a llorar, pero estaba tan enfadada que me daba igual—. Yo no soy la que se pasa la mitad del día borracha, papá. Ni la que está convirtiendo la casa en un bosque de desperdicios. Yo no soy la que está perdiendo la cabeza, ¿vale? ¡Así que no vengas a decirme que soy un misterio para ti, cuando la única persona que ha cambiado por completo eres tú!

Estaba jadeando. Aparté la mirada de él, girándola hacia la ventana. Estábamos delante de otra casa victoriana, no tan bonita como aquella en la que supuestamente vivía Amanda, pero bastante resultona a pesar de todo. Durante unos instantes, me sentí abrumada por el deseo de vivir en ella. O en cualquiera de las casas que se alineaban en esa calle.

O en cualquier otra casa que no fuera la mía.

Mi padre y yo nos quedamos sentados sin decir nada durante unos segundos que parecieron eternos. Después arrancó el motor y empezó a avanzar en dirección a casa.

No hablamos en todo el camino, pero cuando mi padre aparcó delante del garaje, dije:

—Quédate el dinero, papá. ¿Qué más da de dónde haya salido? ¿Qué importa lo que hiciera para conseguirlo? Quédate el dinero y salva nuestra casa.

No quise esperar a que me respondiera, así que bajé del coche y cerré la puerta. Después entré en casa y me fui directo a mi habitación. Necesitaba estar sola, para tumbarme y tratar de encontrarle sentido a un mundo que, a lo largo de las últimas treinta y seis horas, se había vuelto completamente loco.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, esperé por un momento encontrarme una nueva nota de Amanda, pero aunque quité el edredón de la cama y rebusqué entre las almohadas, no conseguí encontrar nada. Incluso abrí los cajones de mi escritorio, pero tampoco hubo suerte. Después me tumbé en la cama, sin saber si me sentía aliviada o decepcionada.

Cuando empecé a cerrar los ojos, sonó un golpecito en la puerta; después, otro.

—¿Qué? —exclamé. Lo último que me apetecía hacer era seguir discutiendo con mi padre.

No hubo respuesta, pero sonó otro golpe.

—¿Qué? —repetí, esta vez más alto.

Siguió sin haber respuesta, pero sonaron dos golpes muy seguidos.

Con un sonoro suspiro, me levanté y atravesé la habitación.

—¿Qué? —dije prácticamente con un grito cuando abrí la puerta.

Pero allí no había nadie.

—¿Pero qué...?

Al oír otro golpe, me di cuenta de que el sonido no provenía de la puerta, si no de la ventana. Me acerqué y me asomé por ella.

Entonces vi a Hal Bennett, que estaba en la parte de atrás de mi casa.

Capítulo 15



Transcrito por bela123

Corregido por Coni

Hal empezó a decir algo en cuanto me vio, pero no pude oírle. Traté de abrir la ventana, pero estaba atrancada, así que Hal me hizo un gesto para que bajara. Levanté el dedo índice — esperando que Hal reconociera el gesto universal de «estaré allí en un minuto»— y salí al pasillo. De camino a las escaleras, me pregunté qué le diría a mi padre si me lo encontraba; pero, aunque su camioneta seguía aparcada a la entrada de casa, no había ni rastro de él. Mejor. Ya era bastante malo que Hal hubiera visto el lamentable aspecto de mi jardín, como para que encima viera el estado en que se encontraba mi padre.

El hecho de que Hal me esperara me hizo recordar las veces que quedábamos en el bosque cuando éramos pequeños. Así que no me pareció tan extraño que hubiera venido a buscarme.

Hal se había mudado a Orion un verano antes de que empezáramos quinto. Curiosamente, resultó ser el verano más aburrido de mi vida. Todos mis amigos estaban de campamento o haciendo otras cosas con sus familias. Como no tenía a nadie con quien salir, me dedicaba a explorar el bosque que había detrás de mi casa. Una tarde, mientras cruzaba un riachuelo a través de un tronco viejo y musgoso, me encontré con Hal. Hablamos un rato y después nos pasamos el día subiéndonos a los árboles y explorando esa cueva tan espeluznante que había descubierto al comienzo de las vacaciones.

No me fijé en cosas como su corte de pelo, o en que llevara los pantalones subidos por encima de la cintura. La verdad es que yo también era un poco desastre con la ropa por aquel entonces, con mis camisetas anchas, mis pantalones de explorador y el pelo recogido en dos coletas asimétricas. Hal era divertido; tampoco entonces hablaba demasiado, pero me enseñó a pescar y se le daba muy bien escalar por las rocas del bosque que quedaba cerca de nuestras casas.

Un día, mientras Hal y yo cruzábamos el mismo tronco perdí el equilibrio y me rompí el brazo al caer. Fue una fractura bastante grave: tuvieron que hacerme la cirugía, ponerme puntos y todo eso. Así que ya

no pude volver a escalar los árboles. En lugar de eso, empecé a ir a la librería que hay en el centro comercial. Allí es donde conocí a Heidi, Traci y Kelli (en la librería no, claro, sino en la zona de restaurantes), que habían ido a comprar ropa para el instituto. Heidi me saludó, cosa que me sorprendió mucho, teniendo en cuenta que las tres eran superpopulares y yo... Bueno, no era una apestada, pero sí una neutral.

No me pude creer que Heidi me invitara a ir a su casa a pasar el día con ellas en la piscina. Fue como si a alguien lo invitaran a salir en su programa preferido de la tele. Sus vidas eran increíbles. No podía nadar por culpa del brazo, pero me lo pasé de miedo descansando en las preciosas tumbonas blancas que estaban alineadas alrededor de la piscina, y bebiendo las naranjas que nos traía la criada en unos elegantes vasos de plástico con unas palmeritas alrededor de la base. Fue ese día cuando Heidi señaló que todos nuestros nombres terminaban en *i* (excepto el mío, pero ella tuvo la consideración de dejarme quitar la *e*), y dijo que a partir de entonces seríamos las Chicas I.

Nunca antes había tenido un grupo de amigas como las Chicas I. Heidi me llamaba todas las mañanas, y quedábamos en su casa o íbamos al cine. Cuando mis otros amigos volvieron de sus escapadas veraniegas, no hice planes con ellos, y al cabo de un tiempo dejaron de llamarme. También me olvidé por completo de Hal. Cuando empezó el instituto, parecía una chica completamente distinta. Las Chicas I me habían llevado a comprar ropa chula, y me había cortado el pelo la misma persona que se lo cortaba a Heidi y a su madre. A veces, cuando veía a Hal por los pasillos, hacía como si no lo conociera. También me preguntaba si, al haber cambiado tanto con respecto a cuando íbamos juntos, él no me reconocía realmente como la chica con la que solía quedar en el bosque.

—Hola —dijo Hall. Llevaba una preciosa chaqueta de ante de estilo *vintage*. Me recordó a la que llevaba Nia el día anterior, y me pregunté si Amanda se los habría llevado de compras. Por millonésima vez en los últimos dos días, pensar en Amanda me hizo sentir un poco idiota, como si en todo aquel tiempo que yo había pensado que éramos amigas, Amanda no hubiera hecho otra cosa que gastarme una gigantesca broma.

—Hola —respondí, pero no supe qué más decir.

Una parte de mí quería ponerle al día con lo del dinero y la escenita en la casa de Amanda (o en la que yo creía que era su casa), pero otra parte no quería contarle más cosas sobre Amanda de las que ya sabía.

—¿Damos un paseo? —preguntó.

—Uh... Sí, claro —cualquier cosa era mejor que quedarnos ahí plantados sin decir nada.

Pensé que Hal saldría en dirección al bosque, pero en lugar de eso se fue en dirección contraria, hacia la colina Crab Apple. Solo había ido allí una vez más después de que subiera con mi madre en el mes de octubre, cuando me despertó en mitad de la noche para contemplar una lluvia de meteoritos.

Al caminar a solas con Hal, era difícil no fijarse en lo guapo que era. Pensé que debía de ser un chico con unos pensamientos muy profundos —no sobre Amanda necesariamente, sino tal vez sobre arte—, y esto me hizo sentir un poco cortada; como si, a su lado, cualquier cosa que pudiera decir yo sonara ridícula o superficial. Este temor me impedía hablar, lo que consiguió que el silencio que nos envolvía fuera aún más incómodo.

Ni siquiera abrimos la boca cuando llegamos a lo alto. No es que Crab Apple sea el monte Everest, pero Orion tampoco es Nepal; es bastante llano, así que no hace falta subir alto para tener una buena vista de los alrededores. Casi nunca subía allí de día, así que era bastante guay poder admirar algo más que el cielo nocturno. A lo lejos, pude atisbar el campo de fútbol y las gradas del Endeavor.

—Mi ruta favorita para salir a correr está por allí —dijo Hal señalando hacia el este.

—Lo sé —hasta que las palabras no salieron de mi boca, no me di cuenta de lo que acababa de revelar.

—¿Lo sabes? —preguntó Hal, que me miraba un poco perplejo.

—Es decir, no sabía que era tu favorita. Es que... —a veces me ruborizo tanto que prácticamente puede oírse cómo el calor se extiende por mi cuerpo—. Es que a veces subo aquí con el telescopio de mi madre —al darme cuenta de cómo sonaba eso, añadí rápidamente—: ¡Para ver las estrellas! Y una vez te vi corriendo por allí. No con el telescopio, sino... a simple vista.

Cuando dije eso, tuve que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo a toda velocidad y no parar hasta que hubiera llegado a casa: me hubiera metido en mi cuarto y hubiera hundido la cabeza bajo la pila de diez almohadas que tengo en la cama.

¿Por qué no habría podido mantener la boca cerrada?

—Ya —Hal no pareció darse cuenta de mi humillación—. Eso de mirar a las estrellas parece divertido.

—¡Es genial! —asentí con entusiasmo. Pero añadí que, salvo una excepción, no había vuelto a mirarlas desde hacía seis meses.

—No sé nada de Amanda —dijo Hal—, y estoy empezando a preocuparme. Estaba seguro de que volvería hoy al instituto.

—Esta tarde he ido a su casa —seguí contemplando las vistas, cualquier cosa menos mirar a Hal—. Bueno, a la que pensaba que era su casa.

—¿Qué quieres decir? —se sentó en una roca plana y me miró con los ojos entrecerrados.

Le conté que meses atrás había pasado delante de la casa de Amanda.

—Pero ella no vive en Princeton Avenue —objetó cuando le dije el nombre de la calle que habíamos atravesado con la bici—. Ella vive en el centro, en un edificio de apartamentos al lado de la tienda de tatuajes.

—¿Qué? —¿de qué estaba hablando Hal?—. No, no vive allí.

Hal no pareció afectado porque le dijera que estaba equivocado.

—Desde luego que sí —insistió—. ¿Has visto esos pisos que acaban de construir? Pues Amanda y su madre viven en el... ¿Cómo se llama? ¿El piso piloto? Bueno, como se llame. Es ese que las inmobiliarias decoran para enseñárselo a los compradores. Están viviendo allí hasta que su piso esté terminado.

—Pero...

¿Un piso en la ciudad? Me imaginaba perfectamente a Amanda viviendo en una casa victoriana, pero no en un departamento aséptico y amueblado previamente. Además, su madre estaba en Uganda con los gorilas.

Hal pareció sentirse mal por dejarme tan confusa. Suavizó su tono de voz cuando siguió hablando.

—Lo que pasa es que cuando su padre murió....

En lugar de hacerme sentir mejor, me sentí como si estuviera escuchando los desvaríos de un loco.

—¿Cuándo su padre murió? ¿Qué quieres decir con eso? Su padre está vivo. Trabaja para las Naciones Unidas.

Ahora fue Hal el que me miró como si estuviera chiflada.

—Su padre murió hace mucho tiempo. Cuando Amanda tenía tres años, más o menos.

Ahora sí que estaba segura de que Hal había perdido la chaveta.

—Hal, es imposible que su padre muriera cuando tenía tres años. Le enseñó a hacer ecuaciones de segundo grado, y te aseguro que incluso un genio de las matemáticas como Amanda no podría aprenderlas con solo tres años. Sus padres están vivos, y la razón de que ella esté en Orion es porque su madre está en África y su padre en Latinoamérica. Está viviendo en Princeton Avenue.

Pero según lo iba diciendo, me di cuenta de que era una locura. O puede que la loca fuera yo.

Capítulo 16



Transcrito por ninaaa

Corregido por Ana

Hal se incorporó.

—¿Cómo es posible que viva con sus abuelos paternos, si murieron en un accidente de coche el día de su sexto cumpleaños?

Me acerqué un poco más a él y levanté un poco la voz, como si hablar más alto fuera a servir para convencerle.

—¿Cómo es posible que sus abuelos paternos hayan muerto en un accidente de coche, si son sus tutores legales? Hal avanzó otro paso y también alzó un poco la voz.

—¿Cómo es posible que sean sus tutores, si la única familia que le queda es su madre?

—Pero... —estaba a punto de repetir lo de que vivía con sus abuelos, cuando comprendí lo absurdo que era discutir por eso.

Hal también debió de darse cuenta, porque se quedó quieto, con la boca entreabierta, como si se hubiera contenido cuando las palabras ya estaban a punto de salir de su boca.

—Aquí está pasando algo muy, muy raro —dijo al fin.

Volvió a sentarse y empezó a escarbar en el barro con un palo.

—Y que lo digas. Por cierto, hay algo más que deberías saber.

Me acuclillé a su lado y le conté lo del dinero. Esperé que no me preguntara por qué me lo había dado. No me agradaba tener que mentir a Hal, pero no me veía preparada para compartir los trapos sucios de mi familia con él. Cuando le dije cuánto dinero era, Hal soltó un silbido suave pero persistente.

—Guau.

—Dímelo a mí —dije.

Se quedó pensativo unos instantes.

—¿Crees que Amanda... —tragó saliva, como si no fuera capaz de decir las palabras— lo robó? —terminó en voz baja.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Pero es que Amanda es...

¿Cómo podría describirla en poca palabras?

—¿Poco convencional? —propuso Hal.

Por el momento, eso me bastaba.

—Sí —dije—. Pero no creo que sea... una criminal, ni nada por el estilo.

—Sin embargo, es un montón de pasta. Nunca tuve la impresión de que Amanda fuese rica.

Nos quedamos un rato callados, asimilando la información. Hal fue el primero en romper el silencio.

—No conozco a su madre. Hablaba muchísimo de ella, pero lo cierto es que nunca me la presentó. ¿No te parece un poco raro?

¿Quién era yo para decir si era raro o no?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Bueno, es que.... Casi he empezado a pensar... —Hal parecía avergonzado, como si estuviera a punto de decir algo escandaloso—. Casi he empezado a pensar que en realidad no tiene madre. Que está sola. ¿Es una locura?

Recordé mi impresión de que Amanda era demasiado guay como para tener unos padres normales, pero vivir con sus abuelos no era lo mismo que vivir sola. Era una idea que daba miedo. Supongo que, en cierto modo, yo también estaba sola, con esto de que mi madre estuviera desaparecida y mi padre abandonado en sí mismo.

Pero sabía que si alguna vez me ocurría algo gordo y lo necesitara, estaría allí para ayudarme.

¿Verdad?

Imaginar me lo que significa estar completamente solo me puso los pelos de punta.

—Seguro que tienen su expediente —dijo Hal lentamente.

Por la forma en que lo dijo, me di cuenta de que estaba pensando en voz alta, más que hablando conmigo. Aun así, no pude evitar preguntar:

—¿Quién? ¿Quién debe tener un expediente?

—Los del instituto. Tienen que saber dónde vive. Cuando te matriculas, tienes que demostrar que vives en el distrito.

Empezaba a sentir un gran cansancio en las piernas, así que decidí sentarme en el suelo, aunque sabía que estaría húmedo y frío.

—¿Cómo lo sabes? —como había previsto, el culo se me empapó.

—Cuando nos mudamos aquí, tuvimos que esperar a tener una factura dirigida a mis padres para poder matricularme. Mi madre se enfadó mucho, decía que el sistema era demasiado suspicaz y paranoico —se dio un golpe en la pierna con el puño—. Ojalá pudiéramos conseguir su expediente.

—No es que quiera parecer suspicaz y paranoica —dije—, pero ¿no podría ser que Amanda hubiera falsificado la documentación para engañar al instituto? Visto lo visto, parece algo propio de ella, y tampoco me extrañaría que en el Endeavor se lo tragan. No es que sean de Langley precisamente.

—¿Langley? —preguntó Hal—. ¿Qué es eso de Langley?

—Perdona, es que mi padre trabaja en cosas de seguridad. Bueno, trabajaba. Langley, Virginia, es el lugar donde se encuentra el cuartel general de la CIA.

—Entiendo —dijo Hal. Después inclinó la cabeza hacia un lado y me miró, aunque lo que en realidad estaba haciendo era meditar sobre su propia idea—. Hablando de seguridad, ¿cómo supo Thornhill que había sido Amanda la que le había pintado el coche?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Me di cuenta de que nunca antes me había parado a pensarlo—. Me imagino que la vería.

Hal negó con la cabeza.

—Si la hubiera visto, le habría dicho que parase.

—Sí, claro, es lo lógico —dije.

—¿Y cuándo lo hizo? —preguntó Hal, y se puso a reflexionar durante unos instantes—. Tuvo que ser por la tarde, antes de que Thornhill saliera del instituto. Debió de encontrárselo cuando salió del edificio.

Negué con la cabeza, y no solo porque hubiera estado toda la tarde del miércoles con Amanda.

—Imposible. ¿No te acuerdas de que el miércoles estuvo lloviendo durante todo el día y toda la noche?

Si lo hubiera hecho en algún momento de ese día, se habría borrado con la lluvia.

—Excelente deducción, Sherlock —dijo Hal felicitándome.

Hice como si me llevara una pipa invisible a la boca y añadí:

—Elemental, querido Watson.

De repente, me acordé del sobre morado. ¿Pudo ser esa la razón por la que Thornhill se enteró? Pero, por la manera en que estaba colocado entre los papeles del asiento delantero, no parecía que nadie lo hubiera tocado desde que Amanda lo había puesto allí (si es que lo había hecho, o si realmente estaba allí). ¿Debía contarle a Hal lo del sobre? Pero entonces tendría que explicarle por qué no se lo había contado antes. Volvió a saltarme la misma duda: ¿valía la pena seguir guardando secretos?

Sin venir a cuento, Hal dijo:

—Ella fue la razón por la que fui a Nueva York.

No supe a qué se refería. ¿Tendría algo que ver con el coche de Thorhill?

—¿A Nueva York? —repetí.

—¿Recuerdas que fui a Nueva York para ese concurso de dibujo?

Hal pareció un poco cortado por sacar el tema del concurso, que finalmente había ganado, así que empezó a jugar con los cordones

de su zapatilla; después volvió a atárselos, aunque estaba segura de que ya estaban bien antes de que los tocara.

—Claro —dije—. Ese concurso nacional que ganaste. Fue muy guay.

Cuando Hal levantó la cabeza, tenía las mejillas coloradas por el rubor, pero aun así me miró a los ojos.

—Si participé, fue gracias a ella. Fue la que me pidió que hiciera la caricatura de Thornhill para el periódico. Después se la dio al señor Harper junto con otros dibujos míos que... digamos que tomó prestados de mi portafolio.

El señor Harper era el jefe del departamento de arte, pero no daba clase a los estudiantes de primer año.

—Vaya —dije. No me costó imaginarme a Amanda presentándose en el despacho del señor Harper con un ejemplar de *The Spirit* en una mano y una pila de dibujos que le había quitado a Hal en la otra, pidiéndole que le dejara representar al Endeavor en el concurso.

Hal estaba con la mirada perdida, como si ya no estuviera hablando conmigo, sino pensando en voz alta.

—Nadie se había tomado nunca mis dibujos tan en serio...

De repente, giró la cabeza para mirarme y chasqueó los dedos.

—¡Cámaras de seguridad! —exclamó—. Thornhill debió de verla en una de las cintas de vigilancia.

Perdí el hilo durante un instante, pero después me di cuenta de que habíamos vuelto al tema del coche de Thornhill. Me había olvidado por completo de que el Endeavor tiene cámaras de seguridad en todas las puertas y en los aparcamientos. El subdirector las había mandado colocar el otoño anterior, después de que se colaran varios alumnos, aunque finalmente no se habían llevado nada.

—No me importaría echarle un vistazo a esa cinta —comenté.

Lo dije sin segundas intenciones. No es que quisiera decir: «Ojalá hubiera alguna forma de que pudiéramos ver a Amanda decorando el coche de Thornhill». Lo dije como podría haber dicho: «Ojalá descubriera dónde está ese teléfono móvil que perdí en verano», o «Me encantaría preguntarle a George Washington cuáles fueron sus movimientos para cruzar el Delaware en lugar de tener que averiguarlas por mi misma

para ese estúpido trabajo de historia». Lo que quería decir era: «Ojalá viviéramos en un universo paralelo, uno en el que pudiéramos ver la cinta de Amanda pintando el coche. Lástima que eso sea imposible».

Pero, al parecer, lo que dije y lo que Hal escuchó fueron dos cosas muy, muy diferentes.

—Eso es lo que haremos —dijo.

—¿El qué? ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que ver esa cinta. Y descubrir la dirección de Amanda que tiene el instituto, los detalles sobre su familia, todo... Cualquier detalle concreto sobre ella. Tenemos que conseguir ese expediente.

—¿Y cómo se supone que vamos hacerlo? —pregunté.

—No puede ser tan difícil —dijo Hal—. Tanto el expediente como la cinta tienen que estar en el despacho de Thornhill, ¿no crees?

Me imaginé el enorme archivador que había contra la pared.

—Pues sí —admití.

Hal se pasó los dedos por el pelo.

—Podríamos crear una distracción. Sacar a todo el mundo del edificio.

—Y esa distracción es...

—¿Pulsar la alarma de incendios? —sugirió Hal.

Negué con la cabeza.

—¿Recuerdas lo que les pasó a Seth y Wyatt Hall?

Hal esbozó una mueca de dolor.

—Cierto. Tienes razón.

Seth y Wyatt Hall eran dos gemelos que están en el último curso en el Endeavor. Mejor dicho, estuvieron en él hasta el pasado semestre, cuando los expulsaron por accionar una alarma de incendios durante los exámenes finales del primer semestre.

—¿Y una amenaza de bomba? —dijo Hal.

—Creo que eso podría considerarse como un delito federal.

Hal se levantó y empezó a dar vueltas en pequeños círculos.

—Está bien, está bien. No puede ser tan difícil. No es que queramos hacer una cirugía a corazón abierto. Lo único que necesitamos son diez minutos a solas en el despacho de Thornhill.

—Pero, Hal, eso es como decir que lo único que necesitamos es un millón de dólares.

—Vale, vale —de repente, Hal se paró en seco—. ¡Qué tontos somos! Mañana estaremos en el instituto, cumpliendo el castigo. Es sábado por la mañana, así que el lugar estará desierto. Es la oportunidad perfecta.

—Estar en el instituto y entrar en el despacho de Thornhill son dos cosas diferentes —respondí, aunque era tan obvio que no hacía falta decirlo—. Aun suponiendo que consigamos llegar hasta el despacho de Thornhill desde dondequiera que nos tengan castigados, y sin que nos vea nadie, todavía tendremos que hallar la manera de entrar.

—Podríamos forzar la cerradura. En las pelis lo hacen continuamente. Creo que basta con tener una tarjeta de crédito y uno de esos... ya sabes —se señaló la cabeza—, uno de esos chismes para el pelo.

—¿Unas horquillas? Pero ¿has intentado alguna vez forzar una cerradura? —pregunté.

—No exactamente.

—Pues digamos que no es tan fácil como parece en las películas.

Hace años, cuando mis padres estaban reformando la cocina, uno de los trabajadores no se dio cuenta de que siempre dejamos abierta la puerta principal, y la dejó cerrada por dentro antes de terminar su jornada. Yo tuve la misma idea brillante que ahora tenía Hal de forzar la cerradura, pero después de horas intentándolo, tuve que aceptar que no puedes creerte todo lo que sale en la tele, y desistí; trepé por el manzano que crecía junto a la ventana de mi habitación y entré a través de ella.

—Ah —dijo Hal, volvió a dejarse caer sobre la roca.

Me sentí mal por chafar todos sus planes sin ofrecer ninguna alternativa. Pero yo no era precisamente una experta en asaltar viviendas. Traté de pensar en cualquier cosa que me hubiera contado mi padre de su trabajo en seguridad.

—¿Y si le robamos las llaves? Mañana, mientras estemos castigados, tú podrías distraerlo mientras yo se las quito.

Cómo lo haría exactamente, era algo que no tenía muy claro, pero Hal parecía contento con la idea, así que seguí adelante. En realidad, el simple hecho de preparar un plan, aunque supiera que sería imposible de ejecutar, era bastante emocionante. Me levanté y seguí hablando.

—¿Y no hacen copias de llaves en esa ferretería que hay al lado de la pizzería de Sal?

Cerré los ojos y me imaginé las tres tiendas que formaban una pequeña zona comercial a poco más de un kilómetro del Endeavor. ¿Podría uno de nosotros llegar hasta allí y volver lo suficientemente rápido como para que Thornhill creyera que solo había ido al baño o a coger algo de su taquilla?

—Podríamos robarle las llaves —proseguí—, llevárselas al cerrajero, hacer una copia...

Ahora era Hal el que negaba con la cabeza.

—Lo de copiar las llaves es una buena idea. Pero no podemos copiar las llaves del instituto.

Puede que hubiera empezado pensando que mi plan era imposible, pero ahora que lo veía más probable, la negativa del Hal me resultó molesta. Me puse las manos en las caderas y dije:

—¿Qué quieres decir con que no se puede copiar una llave del Endeavor? ¿Es que son de una clase especial?

La llave de la camioneta nueva de mi padre tenía una punta tan gruesa que si la perdías, la única manera de conseguir una nueva era pedírsela al fabricante. Pero nunca había visto nada especial en las llaves del instituto.

—¿Alguna vez has visto una de cerca? —preguntó Hal.

—¿Una llave del instituto? —traté de hacer memoria—. Solo las que llevan los conserjes.

—Una vez me dejé la chaqueta en la clase —dijo Hal—, y el conserje me prestó sus llaves para poder entrar a buscarla. Cada llave tiene un

número, y en todas pone «no duplicar». Así que, a no ser que podamos sobornar a un cerrajero, no creo que quiera...

Pero ya no le estaba escuchando. Sentía que mi corazón había dejado de latir durante un segundo, para después ponerse a funcionar a mil revoluciones por minuto. Recordé esa tarde invernal. La peluca rubia de Amanda. La llave. Pensé en la persona que había metido un cuervo en el despacho de Thornhill durante las vacaciones de febrero.

Me puse en cuclillas y le agarré del brazo.

—¿Has dicho «no duplicar»?

—Sí, eso quiere decir que...

Me senté. La cabeza me daba vueltas. ¿Sería posible que Amanda...?

Hal había dejado de hablar y me estaba mirando.

—¿Estás bien?

¿Lo estaba? No lo sabría decir. Los fuertes latidos de mi corazón me impedían concentrarme.

Al ver que no respondía, Hal se inclinó para mirarme a la cara.

—En serio, Callie, ¿qué es lo que pasa?

Finalmente, le miré a los ojos.

—Creo que sé cómo vamos a entrar en el despacho de Thornhill.

Capítulo 17



Transcrito por Mirigemma16

Corregido por Ana

Me había sentido muy segura de mí misma cuando le dije a Hal que usaríamos la llave que me había dado Amanda para colarnos en el despacho de Thornhill, pero al estar sentada en la biblioteca bajo la atenta mirada del subdirector, no pude evitar sentir que el simple hecho de pensar en quebrantar una norma del instituto era una idea nefasta. Tampoco me ayudó demasiado pensar que cuando Jason Phipps y Todd Markham acudieron a cumplir con su castigo, el señor Thornhill los llamó a su mesa y les dijo algo en voz muy baja, algo que estoy segura de que incluía la palabra «expulsados». Jason y Todd están en Primaria, y suelen salir con un grupo de macarras que siempre se meten en problemas por montar fiestas salvajes cada vez que los Enders ganan un partido (algo que, por otra parte, ocurre muy pocas veces). Me pregunté por qué estarían castigados aquel día, teniendo en cuenta que la temporada de fútbol ya había terminado. Fuera lo que fuese lo que hubieran hecho, ¿podría ser peor que colarse en el despacho del subdirector y hurgar entre sus cosas para buscar el expediente confidencial de un alumno y una grabación de vigilancia?

Seguro que no.

¿Y cómo podíamos estar tan seguros de que era la llave correcta? Me había pasado despierta la mitad de la noche pensando en todas las llaves que podría haber en el mundo con las palabras NO DUPLICAR. Porque, aun cuando la llave que me había dado Amanda fuera la de un conserje, nadie me aseguraba que perteneciera a un conserje de Endeavor. Amanda me había contado que se había mudado muchas veces. Puede que la llave abriera el despacho de otro subdirector, el de un instituto en Minnesota o Missouri, o el de una escuela en Oklahoma, o el de un instituto de Primaria de Maine. ¿Cómo habría conseguido Amanda una llave del despacho de Thornhill? ¿Y por qué habría tenido que dármela? Cuando empezó a amanecer, la idea de que Amanda pudiera adivinar que algún día me haría falta la llave del despacho de Thornhill, y que por eso me la había dado (sin decirme lo que era, claro está), era poco menos que una locura. O puede que no, pero estaba demasiado cansada como para saberlo. A esas alturas, solo estaba

segura de una cosa: la llave que llevaba varias semanas metida en mi armario, en el bote con las monedas sueltas y las cintas para el pelo, no era la del despacho de Thornhill. Por la noche la había guardado en mi mochila, cuando aún tenía la falsa ilusión de que Amanda me la había dado para solucionar nuestro problema. Pero ahora no sabía ni por qué me había molestado en cogerla.

Tenía pensado decírselo a Hal y Nia antes de entrar al instituto por la mañana, decirles que teníamos que volver al punto de partida y buscar otra forma de entrar al despacho de Thornhill; pero aunque llegué media hora antes de lo acordado, el señor Thornhill ya estaba allí. Y cuando Nia y Hal aparecieron, no hubo manera de llevármelos aparte para decirles que había cambiado de idea, ya que el subdirector no se separó de nosotros y nos vigilaba como un halcón.

Solo estábamos castigados cinco personas, y el señor Thornhill nos colocó a cada una en un pupitre en la zona de estudio de la biblioteca. Hal estaba delante de mí, y Nia a mi izquierda. Esto significaba que, aunque tuviera la llave del despacho de Thornhill (y cada vez tenía más claro que no era así), ¿cómo se supone que podríamos coordinar el asalto si ni siquiera podíamos hablar entre nosotros? Tampoco tenía claro si Nia estaba al corriente del plan. Hal dijo que se encargaría de llamarla, pero no podía comprobar si finalmente lo había hecho.

Tenía que hacerle llegar una nota a Hal. Saqué mi cuaderno de notas de la mochila y empecé a pasar las páginas en busca de una que estuviera en blanco. Cuando la encontré, escribí:

Aborta el plan. La llave no sirve.

El simple hecho de escribirlo me hizo sentir mejor. Más tranquila. Ya nos volveríamos a reunir para buscar otra manera de conseguir la cinta de vigilancia y el expediente. Y puede que ni siquiera necesitésemos los archivos colegiales de Amanda. Puede que realmente viviera en ese apartamento en el centro, y que solo me hubiera engañado a mí sobre su dirección. Pensar que Amanda pudo haberme mentido a mí y no a Hal, me hizo sentir mal. Dibujé un monigote con una corbata como la de Thornhill. Después superpuse una caja con unas líneas verticales, como si fuera una jaula. A continuación, añadí otros tres monigotes

dentro de la caja. Cuando miré el reloj, me di cuenta que apenas habían pasado cinco minutos.

Las Chicas I somos expertas en pasar notas, es una de nuestras principales ocupaciones, pero el momento óptimo aún no había llegado.

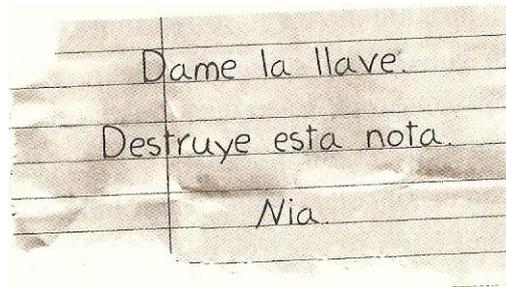
De pronto, Hal tosió ligeramente y yo levanté la cabeza. ¿Trataba de decirme algo? Pero cuando lo miré, estaba sentado tranquilamente hojeando las páginas de su cuaderno. Vi cómo las pasaba, y cada vez que se detenía en una, siempre parecía contener un dibujo de Amanda. Hal era un artista estupendo: había captado perfectamente su personalidad o, mejor dicho, su cambiante personalidad. En uno de los dibujos aparecía Amanda de perfil, riéndose con la boca muy abierta y la cabeza echada hacia atrás. En el siguiente estaba de espaldas, pero la reconocí por la capa de color morado oscuro que llevaba. No puede identificar el escenario hasta que Hal movió la cabeza y me di cuenta de que estaba en un muelle, con la silueta de Baltimore asomando detrás de ella. ¿Habrían ido juntos alguna vez a Baltimore? La ciudad estaba a casi una hora y media en tren. ¿Cuándo habrían ido allí? Pensé en todos los días que Amanda no había ido al instituto. Entonces supuse que estaría enferma o haciendo algo con sus abuelos, o simplemente haciendo pellas. Pero quizá hubiera estado con Hal.

Al pensar en los dos montados en el tren para pasar el día dando vueltas por la ciudad, no pude evitar ponerme un poco celosa. Pero lo raro es que no estaba segura de por cuál de los dos me sentía así. Mientras Hal seguía revisando las páginas de su cuaderno, saltando de un retrato a otro, daba la sensación de que los dos habían estado juntos mucho más tiempo del que había pasado Amanda y yo. ¿Sería él su mejor amigo? ¿Serían novios? Era extraño. No es que me gustara Hal, pero... ¿y si era así?

Mientras seguía comiéndome la cabeza con esto, una bolita de papel aterrizó en mi regazo. Miré rápidamente a mi alrededor, pero Nia estaba absorta en un libro. Jason estaba detrás de mí, pero no parecía probable que un estudiante de Primaria al que ni siquiera conocía me pasar una nota. Por su parte, Todd tenía la cabeza apoyada encima de la mesa y todo apuntaba a que se había quedado dormido.

Sin mirar el trozo de papel arrugado, lo desdoblé y lo alisé encima de mi cuaderno de notas, con la expresión de inocencia en la cara que tanto había perfeccionado. Me pareció que el sonido del papel al desdoblarse había sido como el disparo de un cañón, pero nadie más pareció

percibirlo. El señor Thornhill estaba leyendo el periódico y Hal seguía concentrado en sus dibujos.



Ya, claro, qué gran idea. Miré a Nia, pero seguía con la mirada fija en su libro. En primer lugar, aunque realmente fuera la llave del despacho de Thornhill, ¿cómo se suponía que podría dársela? ¿Pretendía que me levantara, me acercara a ella y se la diese tranquilamente? Me imaginé la situación:

Señor Thornhill: *Callie, ¿qué estás haciendo?*

Yo: *Nada, señor. Solo quería darle a Nia la llave maestra del instituto para que pueda colarse en su despacho.*

Señor Thornhill: *Ah, vale, en ese caso puedes continuar.*

Yo: *Gracias, señor, así lo haré.*

Empecé a rasgar la nota en tiras. Las dos primeras que hice pasaron desapercibidas, pero la tercera vez, el señor Thornhill levantó la cabeza y dijo:

—No sé quién está haciendo ese ruido con un papel, pero que pare de una vez —al darse cuenta de que Todd estaba con la cabeza apoyada en la mesa, se levantó y se acercó hasta él—. ¿Todd?

Todd se revolvió un poco, pero no se incorporó. El señor Thornhill dio un golpe en la mesa y Todd se levantó de golpe, como accionado por un resorte.

—¿Qué? —preguntó mientras miraba a su alrededor con cara de susto.

—Mucho mejor —dijo el señor Thornhill—. Si no tienes nada que hacer ni que leer, te sugiero que aproveches uno de los maravillosos textos que nos rodean en este lugar sagrado que es la biblioteca.

—¿Qué? —preguntó Todd, tal vez porque aún seguía adormilado o

porque no sabía de qué estaba hablando el señor Thornhill.

—He dicho que hagas los deberes o te leas un libro, Markham. O si no, prepárate para otro sábado como este —el señor Thornhill regresó a su mesa y Todd se quedó inmóvil unos instantes—. ¡Ahora, Todd!

Todd se levantó, se acercó a la estantería que le quedaba más cerca y cogió un libro. Después se sentó y dejó el libro encima de la mesa, cerrado.

Antes de que pudiera pararme a pensarlo, levanté de golpe la mano. El señor Thornhill estaba mirando a Todd y negando con la cabeza, pero me vio.

—¿Sí, Callie? ¿Quieres decirme algo? ¿Algo que pueda levantaros el castigo a ti y a tus amigos?

—Lo siento, señor Thornhill —dije—. Solo quería saber si yo también podría coger un libro. Pensé que traía uno, pero he debido dejármelo en casa.

El señor Thornhill suspiró.

—Que sea rápido, Callie.

En un segundo, escribí en un papel las siguientes palabras:

Me temo que la llave no va a funcionar.

Cuando terminé de escribir, supe que no podía irme derechita hacia la mesa de Nia, así que me puse a examinar las estanterías que estaban más próximas a mi pupitre durante el tiempo suficiente para que Thornhill volviera a coger el periódico. *Polio: la carrera hacia la curación. El sarampión: la epidemia silenciosa. ¿Así que quieres convertirte en médico?* Con la esperanza de que pareciera que estaba buscando alguna buena lectura, me di la vuelta y me dirigí a la estantería que quedaba más cerca de Nia. *W. H. Auden: el poeta americano. Obras completas de Emily Dickinson.* Como si estuviera ardiendo, sentí que la llave traspasaba el tejido de mis vaqueros y me quemaba la piel. *El Coloso. Ariel.* Mientras me agachaba, me deslicé la mano que sostenía la nota en el bolsillo trasero. Justo cuando mis dedos tocaban el metal de la

llave, el señor Thornhill dijo:

—Siéntate, Callie.

Cerré los dedos en torno a la llave y me la saqué del bolsillo.

—Estaba buscando este libro —dije al tiempo que cogía un librito azul de la estantería.

Mientras me levantaba, dejé caer el libro a propósito para que se deslizara debajo del pupitre de Nia. Cuando me agaché para recogerlo, dejé la llave junto con la nota en el suelo, al lado de su pie. Ella actuó como si no se hubiera dado cuenta, y de hecho me pregunté si realmente habría sido así. Eso sería horrible. Podríamos pasarnos el resto del día allí mientras Nia y Hal me lanzaban miradas asesinas por no haber entregado la llave, cuando habría estado todo el tiempo a su lado, en el suelo. Intenté susurrárselo, pero en cuanto abrí la boca...

—Calista Leary, se acabó —estalló el señor Thornhill—. Vuelve a tu sitio. Ahora.

Me levanté. Nia no pareció enterarse de nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, y mucho menos haber visto la pequeña llave de metal que tenía junto al pie. ¿Estaba demasiado concentrada, o es que sencillamente era su forma de disimular?

Regresé a mi asiento con *La poesía completa de W. B. Yeats* en la mano. Esperé que fuera lo suficientemente interesante como para distraerme.

Quince minutos después, estaba casi segura de que Nia no se había enterado de que le había dejado la llave. Cuando pasaron veinte, empecé a preguntarme cómo decírselo en una segunda nota, y cómo podría hacérsela llegar.

(Nia, estoy segura de que la llave no funciona. Pero si aun así quieres intentarlo, la tienes en el suelo, al lado del pie, junto con una nota que dice básicamente lo mismo. Ah, destruye esta nota. Y la otra también.)

El señor Thornhill había terminado de leer el periódico y se puso a husmear por nuestras mesas, como si fuera un perro guardián examinando a sus prisioneros. Yo tenía la cabeza metida en algo llamado *Los cisnes salvajes de Coole*, pero no tenía ni idea de qué estarían haciendo los cisnes ni de dónde estaba Coole.

—Señor Thornhill, ¿puedo ir al baño? —Nia había levantado la mano,

pero no esperó a que Thornhill le diera permiso para hablar.

—Que sea rápido —respondió el señor Thornhill.

Me di la vuelta y vi que Nia soltó su mochila del respaldo de la silla y se la colgó del hombro. Mientras me preguntaba si tendría la llave o si realmente tenía que ir al lavabo, Nia pasó frente a mí.

—Voy —murmuró.

Lo dijo tan bajito que necesité unos segundos para darme cuenta de que había dicho algo. Salió de la biblioteca y cerró la puerta a su paso.

Capítulo 18



Transcrito por Darkiel

Corregido por LucyLightwood

¿Es posible que el tiempo se mueva hacia atrás? ¿Qué retroceda? Durante un rato, me dio la impresión de que el reloj de la biblioteca no solo no avanzaba, sino que cuando lo volví a mirar marcaba dos minutos menos que la vez anterior. ¿Qué estaría haciendo Nia? ¿Qué tendría pensado decirle a Thornhill para justificar su tardanza? Aunque no era yo la que tendría que dar explicaciones, el corazón me retumbaba con fuerza en el pecho. Si seguía así durante mucho rato, acabaría necesitando que me reanimara una de esas máquinas que utilizan los médicos para soltar descargas de diez mil voltios en el pecho.

Durante un buen rato tuve la certeza de que la feliz despreocupación en la que se encontraba Hal era directamente proporcional a lo inquieta que estaba yo. Mientras me movía intranquila en mi asiento —mirando el libro que tenía abierto ante mí, para después volver a mirar la hora—, él siguió concentrado en su cuaderno, haciendo tranquilamente un dibujo de la biblioteca. ¿Cómo podía quedarse allí sentado tan ancho? ¿Cómo podía tener esa serenidad? Pero entonces el señor Thornhill se levantó y vi que Hal se llevaba la mano en el bolsillo. Mi corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que todos los que estaban allí podían oírlo. Me pareció que Hal estaba marcando un número, pero cuando el señor Thornhill cogió una grapadora de la mesa del bibliotecario y regresó a su asiento, Hal se sacó la mano del bolsillo. No supe si habría hecho la llamada o no.

Menos de un minuto después, la puerta se abrió y Nia, jadeante y con la cara colorada, entró en la biblioteca. Si tres días antes me dices que iba a alegrarme tanto de ver a Nia Riviera, me habría reído en tu cara.

—Has tardado demasiado para ser una simple visita al lavabo, Nia —dijo el señor Thornhill sin levantar la mirada de sus papeles.

—Lo siento —dijo Nia—. Todos los baños de chicas que hay en esta ala estaban cerrados, así que he tenido que ir al que está al lado del salón de actos.

¿Estaba mintiendo? De ser así, era una mentira un poco descarada, pues el señor Thornhill no le costaría nada comprobar si de verdad estaban cerrados. Pero antes de que pudiera decir nada más, Jason levantó la mano:

—Señor Thornhill, yo también tengo que ir al baño.

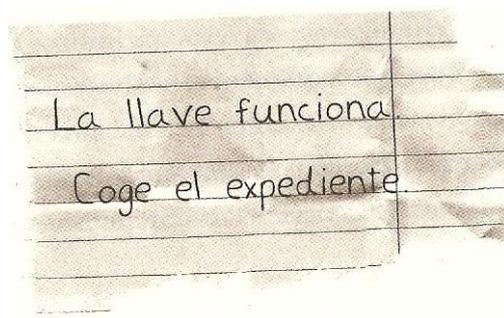
El señor Thornhill le contestó sin mirarle.

—Seguro que puedes esperar un rato, Jason.

—No, en serio, señor Thornhill. Tengo un problema en la vejiga, y si no voy al baño al menos una vez cada hora...

—No es necesario que compartas con toda la clase los detalles de tus desórdenes fisiológicos, Jason —le interrumpió el señor Thornhill—. Acércate, por favor.

Muy a mi pesar, sentía cierta curiosidad por saber lo que le iba a decir Jason al señor Thornhill. ¿Realmente eran desórdenes cuando tenías que ir al baño cada hora? Oí que Jason decía algo de un médico y me pareció que el señor Thornhill no se estaba tragando lo que le contaba. De repente, la cadera de Nia chocó contra mi mesa y en mitad de los cines salvajes aparecieron la célebre llave y una notita de papel.



Levanté la mirada, pero Nia ya estaba en su pupitre. Solo el hecho de que estuviera un poco jadeante me hizo posible creer que todo aquello estuviera pasando. ¿De verdad había entrado en el despacho de Thornhill? ¿Había conseguido coger la grabación? Durante un segundo me pregunté por qué no habría cogido el expediente de Amanda mientras estaba allí, pero entonces el señor Thornhill le dijo algo a Jason y, mientras este salía de la biblioteca, me di cuenta de que era mi turno para empezar a pensar en la manera de salir de allí.

Jason tardó casi el mismo tiempo que Nia en volver del baño, y no pude evitar imaginármelo colándose también en el despacho de Thornhill. Pero no parecía probable que todos los que estábamos allí castigados tuviéramos los mismos planes. El señor Thornhill no le preguntó a Jason por qué había tardado tanto, así que supuse que se habría creído la historia de Nia sobre que los baños estaban cerrados.

El reloj seguía avanzando. Estaba segura de que Nia me estaba mirando, pero cada vez que me daba la vuelta la veía absorta en su lectura. «Ahora», pensé, «hazlo de una vez». Pero seguí sin moverme del sitio. De repente levanté la mano, pero fue como si se hubiera accionado por su propia voluntad. El corazón me latía tan deprisa que me sentí un poco mareada, y la profunda bocanada de aire que tomé no sirvió para tranquilizarme.

—Cinco minutos, Callie —dijo el señor Thornhill. No levantó la mirada de lo que estaba leyendo.

—Señor Thornhill, ¿puedo...?

Thornhill levantó la cabeza.

—He dicho que tienes cinco minutos. No me hagas ir a buscarte.

¿Fue simple paranoia, o cuando dijo esas palabras sonó como si, en caso de que fuera a buscarme, supiera perfectamente dónde encontrarme? Recogí la mochila y me dirigí hacia la puerta de la biblioteca

El despacho del subdirector estaba en la otra punta del instituto. Nada más cerrar la puerta de la biblioteca, eché a correr, contenta de haberme puesto zapatillas en lugar de botas, que habrían resonado por el pasillo como una docena de caballos desbocados. Pero aunque estaba corriendo tan rápido como podía, me pareció que solo en llegar hasta la zona de dirección tardaría al menos cinco minutos.

La mano me temblaba tanto que apenas podía sostener la llave. Se me resbalaba entre los dedos y no acertaba a meterla en la cerradura. Llegué incluso a pensar que Nia me habría devuelto una llave equivocada. Pero cuando iba a comprobar si tenía las palabras NO DUPLICAR, la llave se deslizó dentro de la cerradura y la puerta se abrió.

Era muy extraño estar sola dentro de la zona de dirección, sin el ajetreo de las secretarías, los teléfonos o los alumnos que entraba y salían.

Escuché un ruido y me sobresalté, pero al momento me di cuenta de que no era más que mi respiración. El sonido era fuerte y extraño. «Contróláte, Callie», pensé. «Solo tienes una oportunidad para hacer esto bien».

La puerta del señor Thornhill chirrió ligeramente; cuando se abrió, me encontré a solas en su despacho.

Me acerqué a los archivadores que había en la pared. Todavía me temblaban las manos, y me costaba incluso recordar el alfabeto. ¿Valentino iba antes o después de Valence? ¿Valentine? Tuve que empezar a tararear la canción del alfabeto, intentando no pensar en la pinta que tendría si me pillaban canturreándolo. Seguro que no me enviaban a la cárcel, sino a un jardín de infancia.

Valentine, Jane P. Velat, Richard M. Velez, Thomas J.

Un momento.

Volví al principio del apartado de la V y empecé a pasar los expedientes, esta vez más lentamente. Pero cuando llegué hasta Richard Velez, tuve que rendirme a la evidencia: el expediente de Amanda no estaba allí.

¡Maldita sea! ¿Dónde podría estar? Empecé a dar vueltas. La mesa del señor Thornhill estaba tan despejada como el jueves por la mañana. Incluso había quitado las carpetas que tenía entonces, así que no había nada que trastocara el immaculado verde del papel secante que reposaba sobre la superficie gris del escritorio.

¡El escritorio! Me acerqué y me quedé quieta unos instantes, dudando sobre si abrirlo o no. ¿Me atrevería a hurgar en la mesa del subdirector?

«Callie, te acabas de colar en su despacho utilizando una llave robada. ¿De verdad piensas que las cosas podrían ponerse peor si te descubre rebuscando en sus cajones?»

De repente, se me ocurrió que tal vez el señor Thornhill hubiera traído la carta de Amanda (si es que el sobre morado que creí ver en su coche era, efectivamente, una carta suya) a su despacho aquella mañana. Lo visualicé descubriendo el sobre mientras salía del coche, sacándolo de entre el montón de periódicos y leyendo la nota mientras entraba en el edificio. Entonces la habría dejado... Volví a mirar la superficie despejada del escritorio.

¿Dónde?

Lenta y cuidadosamente, como si no ser descubierta dependiera del sigilo con el que actuase, abrí el cajón superior de la fila central del escritorio de Thornhill.

El expediente de Amanda no estaba allí, pero sí casi todas las demás cosas que puedan existir en el universo. Por muy desordenado que pareciera el interior de su coche desde la ventanilla, no era nada comparado con este cajón. Había miles de bolígrafos y lapiceros, algunos muy desgastados; viejos *post-its* arrugados, gomas, sellos, sujetapapeles... Hacia el fondo, enterrado bajo algunos de estos detritos, entreví una carpeta similar a la de los expedientes. ¡El de Amanda! ¡Tenía que ser el de Amanda! El corazón me latía con frenesí. Estiré la mano y lo saqué, pero no tenía escrito ningún nombre ni había nada en su interior. Intenté volver a dejarlo en su sitio, pero se enganchaba con algo. Ahora sí que estaba muerta de miedo. Empujé todo lo fuerte que pude, pero la carpeta seguía sin entrar. Finalmente, introduje la mano en el fondo del cajón y extraje lo que resultó ser un sobre en blanco.

¿Quién habría pensado que un simple sobre podría causarme tantos problemas? Ahora que estaba fuera, la carpeta entró perfectamente en el cajón. Pero me temblaban tanto las manos que, cuando fui a meter el sobre debajo de la carpeta, se me cayó al suelo. Al ir a cogerlo, estaba tan nerviosa que lo arrugué. ¿Se daría cuenta Thornhill? Lo recogí y le di la vuelta, con la intención de alisarlo un poco.

Al fijarme en él, observé en la esquina superior izquierda el dibujo de esa galaxia en espiral roja que conocía tan bien. También había un nombre garabateado en la parte frontal del sobre: «Roger». Y la letra era la de mi madre.

Durante un segundo pensé que tenía que estar equivocada. Era imposible. Puede que solo se pareciera a la letra de mi madre. ¿Por qué, si no, tendría que haber una carta suya en el cajón de la mesa del señor Thornhill?

Estaba empezando a sentirme mal y, cuando me sonó el teléfono, tardé segundos en reconocer el sonido. Sin mirar el móvil, pues seguía con la mirada fija en esas cinco letras que sin duda había escrito mi madre, pulsé el botón central. Después leí lo que ponía en la pantalla.

Invisible

Melissa Kantor



Capítulo 19



Transcrito por Dyanna

Corregido por Ana

Tardé unos segundos en reaccionar; entonces me guardé el sobre en el bolsillo, cerré de golpe el cajón y salí corriendo hacia la puerta. Cuando la abrí, tuve la sensación de que me daría de bruces con el señor Thornhill, pero el pasillo de dirección estaba vacío. Lo recorrí a toda velocidad, y nada más atravesarlo aterricé en el suelo junto con todo el contenido de mi mochila.

Fue entonces cuando lo oí.

—De verdad, no hay problema, Jane.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Roger. Si no enviamos hoy estas solicitudes de financiación, estamos perdidos.

Me puse en pie a duras penas y recogí mi móvil, mi pintalabios, la cartera, junto con media docena de bolígrafos y lapiceros, y volví a guardarlo todo en la mochila.

—Es una suerte que se me ocurriera llamar a la ventana de la biblioteca. Cuando vi tu coche en el aparcamiento, me imaginé que debías de estar en alguna parte del edificio.

Pude ver la punta del zapato del señor Thornhill cuando me escondí en el pequeño hueco que hay al lado de la puerta de acceso al pasillo de dirección, donde se encuentra el teléfono público del instituto. Tenía la respiración acelerada, y tan fuerte que estaba segura de que el señor Thornhill y la tal Jane podrían escucharla. Pero entonces cerraron la puerta y dejé de escuchar las voces, así que salí disparada en dirección a la biblioteca.

Cuando tengo miedo, me entran unas ganas terribles de hacer pis. Así que, un segundo después de traspasar dando tumbos la puerta de la biblioteca, me di cuenta de que me lo haría en los pantalones si no iba inmediatamente al baño. Tuve tiempo para fijarme en la expresión de Nia, que me estaba mirando, y en Hal, que estaba medio levantado con el teléfono en la mano. Los demás parecían estar medio dormidos, así que aproveché la oportunidad.

—Tomad —dije al tiempo que les tiraba la llave—. El expediente no estaba.

Después me di la vuelta y salí corriendo, con la esperanza de no toparme con Thornhill y de que la historia de de Nia sobre los lavabos fuera mentira.

Y lo era. Así que me senté en el retrete durante un largo rato, con el sobre en el regazo. Me quedé mirando aquella escritura que conocía tan bien. Tenía muchas ganas de abrirlo. Empecé a hacerlo un par de veces, pero me detuve. ¿Qué descubriría cuando leyera lo que había en su interior? ¿Tendría entre mis manos una autorización antigua o una justificación por llegar tarde? ¿Algo tan intrascendente como el resto de papelotes que había encontrado en el cajón de Thornhill? ¿Pero y si fuera algo más importante, como una nota de suicidio o una carta de amor que explicaría por qué mi padre odiaba tanto a Thornhill? ¿Acaso estaba preparada para regresar a la biblioteca tras descubrir que mi madre estaba secretamente enamorada del señor Thornhill? Desde luego que no; así que volví a doblar el sobre y me lo guardé en el bolsillo.

Cuando regresé a la biblioteca, Hal se había ido. Apenas tuve tiempo de sentarme en mi sitio y de darme la vuelta para preguntarle a Nia dónde estaba, cuando entró el señor Thornhill. Empecé a jugar con la correa de mi mochila para disimular mi nerviosismo.

—¿Dónde está Hal Bennett? —quiso saber Thornhill.

—Dijo que volvería enseguida —respondió Nia con un tono sorprendentemente sereno—. Tenía que ir un segundo al lavabo.

—Parece que el tema de hoy son las vejigas incontinentes —resopló el señor Thornhill, que regresó a su mesa y empezó a mirar los papeles que tenía delante.

—Sí, incontinentes —susurró Nia. Cuando me di la vuelta para mirarla, estaba concentrada de nuevo en su libro, pero pude ver una sonrisa asomada a sus labios.

En cuanto Hal entró por la puerta de la biblioteca, el señor Thornhill empezó a echarle la bronca por no haber esperado a pedirle permiso para ir al baño, así que Hal no tuvo oportunidad de contarnos lo que había encontrado. Se volvió a sentar delante de mí, abrió su cuaderno y empezó a dibujar con toda tranquilidad, como si no acabara de

transgredir la que posiblemente es la norma más importante del instituto (por no hablar de quebrantar la ley). Eché un vistazo a Nia, que también parecía estar leyendo despreocupadamente. ¿Sería yo la única que estaba completamente aterrorizada?

Todo parecía apuntar a que sí.

El resto del tiempo hasta la hora de la comida pasó sin que ninguno de nosotros pidiera salir, y para cuando El señor Thornhill se levantó y anunció que el castigo había terminado, yo estaba a punto de perder la cabeza. Lo único que quería era regresar a casa, a la soledad de mi habitación, para poder leer la carta de mi madre.

Me levanté rápidamente para volver a dejar el libro de poesía en la estantería y, cuando pasé junto a la mesa de Nia, me susurró:

—Mira en tu taquilla.

Giré la cabeza para mirarla, pero ya se había marchado hacia la mesa de Hal. Me pregunté si le estaría transmitiendo el mismo mensaje.

—Hal, Nia, Calista, os veré a los tres el próximo sábado a la misma hora. A no ser que, antes de esa fecha, queráis compartir conmigo cierta información.

Nos miró a los tres como si supiera perfectamente que estábamos tramando algo. Cuando le respondí, traté de hacerlo sin que mi rostro reflejara ninguna expresión.

—Señor Thornhill, el libro que pensé que había traído esta mañana debe de estar en mi taquilla, y lo necesito para hacer un trabajo. ¿Puedo ir a recogerlo de camino a la salida? —no podía creer la facilidad con la que aquella mentira salió de mis labios. Una vez que empezabas a hacerlo, continuar resultaba tan fácil que daba miedo.

El subdirector miró su reloj.

—Voy a ir a mi despacho a recoger mi maletín, y quiero que todo el mundo se presente en la entrada del edificio dentro de dos minutos, que es cuando activaré el sistema de seguridad. Si en ese plazo no os da tiempo a coger lo que tengáis que coger o ir al lavabo —al decir esto, le lanzó una mirada a Jason—, os sugiero que lo dejéis para otro momento.

No me gustó nada que fuera a su despacho antes de salir del instituto. De repente, se me ocurrieron miles de evidencias que podría haber dejado de mi paso por allí. ¿Y si no había guardado la carpeta vacía en el lugar exacto del cajón en donde la había encontrado? ¿Y si por alguna razón a Thornhill le entraban ganas de volver a leer la carta de mi madre? ¿Qué haría cuando se diera cuenta de que había desaparecido? Mi única esperanza era que pensara que la habría perdido entre el caos de su cajón.

Pensar en la nota me hizo preguntarme, aterrorizada, si habría cerrado del todo el cajón. De no ser así, seguro que Hal lo habría cerrado bien cuando salió del despacho. A menos que al encontrarlo abierto pensara que había sido Thornhill, y no yo, quien lo había dejado así.

Las posibilidades de que me descubriera parecían infinitas. Si no volviera a su despacho hasta el lunes, habría tiempo suficiente para que olvidara cómo había dejado exactamente sus cosas. Sentí que volvían a sudarme las manos, que habían estado relativamente secas durante el último par de horas.

Estaba tan concentrada pensando en que Thornhill descubriera algo, que casi me olvido de pasar por mi taquilla. Quería salir del edificio lo antes posible. Pero entonces recordé lo que me había dicho Nia y los tótems que Amanda había dibujado en nuestras taquillas. ¿Habría dejado otro dibujo, uno que Thornhill y los conserjes no hubieran descubierto aún? La posibilidad de que hubiera un mensaje de Amanda me hizo correr hacia allí, ansiosa por saber algo de ella.

Esta vez no tuve que colocarme frente a la taquilla para ver el mensaje de Amanda. Había un trozo de papel de color amarillo chillón metido en la rejilla. Lo saqué cuidadosamente con la convicción de que era una nota, y estaba en lo cierto. Me temblaban las manos, pero pude ver que las palabras que contenía habían sido escritas indudablemente por Amanda. En una línea ponía «Meg sabía», y en la otra «pensad».

¿Qué quería decir eso? ¿Se suponía que debía ser un mensaje? Porque, de ser así, no es que me fuera de mucha utilidad. De repente me inundó un sentimiento de frustración. ¿Por qué no podría Amanda limitarse a coger el teléfono y llamar, como hace la gente normal? Estaba tan furiosa que le pegué una patada a la taquilla que había debajo de la mía, y el dolor abrasador que me recorrió la pierna me hizo enfurecerme todavía más. Durante un segundo, estuve tentada de hacer una pelota con la carta y tirarla. Si Amanda tenía que contarme algo, que lo hiciera

directamente. Estaba cansada de sus juegos, cansada de no saber nada de ella (mejor dicho, de no saber nada de ella por los medios tradicionales con los que la gente se comunica). Me había pasado la mañana castigada. ¿Por qué? Por Amanda. Me había colado en el despacho del subdirector, exponiéndome a que me expulsaran. ¿Por qué? Por Amanda. Había salido disparada por los pasillos del Endeavor como si mi vida dependiera de ello, solo para descubrir al final de la carrera que lo que me estaba esperando era un trozo de papel con unas palabras absurdas. ¿Y por qué? Por Amanda.

Eso sin hablar de mis tobillos, que estaban empezando a dolerme un montón.

Estaba tan furiosa que empecé a mirar en busca de una papelera en la que poder tirar lo que, para mí, no era más que un inútil trozo de papel. Pero entonces me di cuenta de todo el tiempo que llevaba allí parada. Genial, ahora no solo me iba a meter en problemas por lo que había hecho por la mañana, sino que encima me iba a quedar encerrada en el instituto hasta el lunes. Me guardé el dichoso papel en el bolsillo trasero y me dirigí a la puerta principal, con una mueca de dolor cada vez que mi pie derecho tocaba el suelo de linóleo.

Capítulo 20



Transcrito por Karliiz

Corregido por LucyLightwood

Hal, Nia y el señor Thornhill estaban esperando en el exterior. Por los jadeos de Hal, deduje que también se había dado una carrera hacia su taquilla. Eché un vistazo en derredor, pero no vi ni rastro de Jason ni de Todd

—A ver si me he enterado bien, Callie —dijo el señor Thornhill con cara de pocos amigos—. ¿Habías ido a buscar un libro o a escribirlo?

—Siento haber tardado tanto —me disculpé.

Aunque aún seguía furiosa con Amanda, suspiré con alivio al comprobar que el señor Thornhill no parecía haberse dado cuenta de que habíamos asaltado su despacho varias veces a lo largo de la mañana.

—No me interesan tus disculpas —dibujó un círculo imaginario en el aire, como si quisiera englobarnos a los tres en él—. De hecho, las de ninguno de vosotros. Lo que me gustaría es cierta información sobre vuestra amiga Amanda.

Bajé la mirada. En cierto modo, la petición del señor Thornhill era mucho más absurda de lo que se imaginaba. Ninguno de los tres teníamos la más mínima información sobre Amanda. Al menos, ninguna información precisa.

El señor Thornhill esperó unos instantes y después suspiró.

—No sé de quién os pensáis que la estáis protegiendo. No soy su enemigo.

Algo en su tono de voz me hizo levantar la cabeza y mirarle. Creí que me estaría mirando fijamente, pero en lugar de eso miraba su coche, que estaba en el aparcamiento, como si estuviese recordando el aspecto que había tenido el jueves por la mañana.

Como si él también se hubiera sorprendido o inquietado por la suavidad en su tono, el señor Thornhill se agachó para recoger su maletín.

—En fin, parece que tendremos el dudoso placer de disfrutar de nuestras respectivas compañías dentro de una semana. A no ser, claro está, que hagáis algo por evitarlo.

Volvió a esperar unos segundos y, al ver que seguíamos sin decir nada, se dio la vuelta rápidamente y se marchó en dirección al coche.

Aunque no era posible que pudiera oír nuestra conversación, permanecimos en silencio hasta que salió del aparcamiento.

—Dejadme ver lo que os ha dejado —dijo Nia con impaciencia.

Mientras Hal se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta, dije:

—No sé lo que os habrá dejado a vosotros, pero lo que me ha dejado a mí no tiene ningún sentido. No es más que un trozo amarillo de...

—Una postal —terminó Nia, y extendió la mano para que se la diera.

Sorprendida, proseguí:

—Eso es. Con un...

—Fragmento de un mensaje —dijo, al tiempo que sacudía la mano con impaciencia.

Me quedé asombrada. Puede que el resto del mensaje estuviera en la parte de la postal de Nia. De repente dejé de estar furiosa con Amanda y empecé a sentir una enorme curiosidad. Metí la mano en el bolsillo para buscar el papel mientras Hal enseñaba el suyo para que lo viera Nia.

Nia juntó las tres partes de la postal y pudimos ver el dibujo de un camino de baldosas amarillas, que se extendía hacia algo que estaba cortado en la parte superior de la imagen. ¿Se habría guardado Amanda esa parte?

—¿Qué hay escrito en el reverso? —pregunté cada vez más ansiosa

Nia se colocó los tres trozos sobre la mano y la levantó para que pudiéramos leer el mensaje de Amanda.



Debajo del mensaje había una M escrita, y el resto del texto estaba cortado.

—Meg sabía que debía buscar. Pensad en ello. M —leyó Nia en voz alta. Después resopló—. Pues qué bien.

Leí el mensaje varias veces por encima de su hombro, moviendo los labios mientras lo hacía. ¿Quién sería esa tal Meg?

—¿No hay una chica en nuestro curso que se llama Meg? —dijo Hal mientras miraba a su alrededor.

—¿Te refieres a Meg Horton?

Meg Horton era una de las chicas con las que salía antes de convertirme en una Chica I.

—Sí, puede que ese sea su apellido —dijo Hal, encogiéndose de hombros.

—Se mudó cuando terminamos primero —dije—. Amanda ni siquiera podría haberla conocido.

Nia se llevó la mano a la frente y la dejó allí un rato; después bajó las dos manos sin dejar caer los trozos de papel.

—Esto es una locura.

—Pero vamos a desentrañarla —dijo Hal—. ¿Y sabéis qué? Si fue ella quien los dejó, todavía tiene que seguir por aquí, en alguna parte.

Nos quedamos pensando en ello durante unos segundos. De ser cierto, esa sería una estupenda noticia. Nia negó con la cabeza como para terminar nuestra reflexión.

—Vale, necesito tiempo para pensar. ¿Os importa que me quede con las notas?

Al principio estaba tan furiosa con Amanda que había estado a punto de tirar mi trozo de postal, pero ahora que sabía que era un fragmento de algo más grande, que realmente era una especie de mensaje, me entristecía la idea de desprenderme de él. Pero lo cierto es que no me molestaba la idea de dárselo a Nia. Era como si... No sé muy bien cómo expresarlo... Era como si supiera que ella lo cuidaría bien. Que fuera lo que fuese, y significara lo que significase, era tan importante para Nia como lo era para mí.

De repente sentí una necesidad irresistible de disculparme con Nia por todo: por lo de Heidi, Keith y las Chicas I... Y también por mí. Por ser quien era.

Pero soltarle de repente algo como «¡Nia, perdóname por ser quien soy!» iba a sonar un poco raro. En lugar de eso, levanté las manos para indicarle que podía quedarse con mi trozo de postal. Después me di la vuelta hacia Hal.

—¿Encontraste su expediente?

Hal negó con la cabeza.

—Rebusqué en los cajones, el maletín y el armario, pero no estaba allí.

—Es posible que Amanda lo cogiese —dijo Nia mientras se mordisqueaba la uña del dedo índice—. Al fin y al cabo, tenía la llave del despacho.

Recordé la pila de carpetas que había en el asiento trasero del coche del subdirector.

—O puede que Thornhill se lo llevara a alguna parte.

—Todo es posible —dijo Hal—. Así que por ahora deberíamos quedarnos con lo que sabemos, como las direcciones que nos dio Amanda. Una de ellas tiene que ser la verdadera. Callie ya fue a la casa de Princeton Avenue y vio que allí no estaba, así que podríamos ir a comprobar el apartamento y el hotel en donde le dijo a Nia que estaba viviendo.

Miré boquiabierta a Nia.

—¿Te dijo que estaba viviendo en un hotel?

—En el Comfort Inn, en la carretera 10 —asintió Nia—. Pero me lo contó cuando nos conocimos, y me dijo que solo se quedarían allí hasta que encontraran un lugar donde vivir. Sus padres estaban en medio de un desagradable proceso de divorcio, y su madre había crecido en Orion. —Nia se encogió de hombros—. Al menos, eso es lo que me dijo. Esa es la razón por la que se había mudado aquí.

Un divorcio desagradable. Un padre muerto. Uganda. Latinoamérica. No había siquiera un punto en común en las mentiras de Amanda, y mucho menos en una historia coherente.

—¿Te dijo alguna vez si había vuelto a mudarse? —preguntó Hal—. ¿Dijo si había dejado el hotel?

Nia levantó una ceja. Me di cuenta de que lo hacía cuando pensaba que no valía la pena responder a una pregunta.

—En realidad, no hablamos demasiadas cosas.

Lo entendí perfectamente. Amanda no era esa clase de amiga a la que le preguntas, no sé, si ha hecho los deberes de inglés, si ha estudiado para el examen de biología o si su madre y ella seguían buscando una casa para comprar o alquilar.

Esa era la clase de conversaciones que tenías con la gente normal. Y, definitivamente, Amanda no se incluía en ese grupo.

—Escuchad, voy a irme a casa y veré si puedo descubrir qué quiere decir esta postal —dijo Nia—. Tengo la impresión de que es importante.

Hal y yo asentimos.

—¿Y cuándo vemos la cinta de vigilancia? —preguntó Hal.

—Si queréis, podéis verla vosotros esta noche en una de vuestras casas —dijo Nia. Por su voz, parecía un poco cortada—. Pero mis padres se enfadarán si salgo o si traigo a alguien a casa. El sábado es nuestra noche en familia.

¿El sábado por la noche era su noche en familia? No sabía si sentirme celosa de Nia o sentir pena por ella. Cuando remarcó que era sábado, recordé que en unas horas había quedado para salir a la fiesta con las

Chicas I, y lo extraño es que ya no me hacía ninguna ilusión ir a casa de Liz. Ya no había solución: Callie Leary, la vibrante chica I, tenía la esperanza de que Hal Bennet dijera que podrían pasar juntos la noche del sábado en su casa viendo una cinta de vigilancia del aparcamiento del Endeavor.

Antes de que pudiera analizar mis sentimientos, y mucho menos inventar una excusa para explicarles a mis amigas por qué no iría a la fiesta del siglo, Hal dijo:

—Hmm, la verdad es que a mi madre no le caía demasiado bien Amanda —noté que tenía las mejillas ruborizadas y que estaba mirando fijamente la fachada de ladrillo del Endeavor, como si fuese tan fascinante que no pudiera apartar los ojos de ella—. Creo que verla en mi casa no sería una buena idea.

A pesar de mi inexplicable desilusión, me quedé en silencio. Una cosa era tener un fugaz deseo de pasar la tarde con Hal y Nia, resolviendo misterios que Amanda nos había preparado, y otra era invitarlos a venir a casa, para que fueran testigos del comportamiento de mi padre después de haber bebido.

—¿Por qué no venís a mi casa mañana? —dijo Nia, que evidentemente había supuesto por mi silencio que mi madre, igual que la de Hal, no sentía demasiada simpatía por Amanda.

—Estupendo —aceptó Hal, aplaudiendo con efusión—. ¿A que hora?

—Os llamaré por la mañana —dijo Nia—. Primero tengo que preguntarles a mis padres si les parece bien y a que hora volveremos a casa de la iglesia. A veces nos quedamos allí a comer o tenemos compañía después del almuerzo.

¿La iglesia? ¿La noche en familia? Pensaba que no estábamos en Kansas.

—De acuerdo —dije—. Entonces, hablamos mañana.

—Sí —asintió Nia, con su cautela habitual—. Mañana.

—Mañana —dijo Hal.

—Mañana —repetí.

Capítulo 21



Transcrito por Laura

Corregido por Ana

Lo primero que hice al llegar a casa fue correr al piso de arriba, cerrar la puerta de mi habitación y echar el pestillo, como si alguien me estuviera persiguiendo. Después me senté en la cama y me quedé mirando el sobre. Roger. La R estaba ligeramente inclinada hacia abajo, y la g trazaba un pequeño giro que conocía perfectamente. Nunca había pensado que mi madre tuviera una forma peculiar o reconocible de escribir, pero ahora me daba cuenta de que me resultaba muy familiar, tanto como su rostro o su voz. Era única. Era su letra.

Deslicé el dedo por debajo de la solapa. Los dos extremos estaban un poco pegados: supuse que el papel se habría humedecido con el tiempo. De tanto tirar acabé rompiéndolo, pero ya no me importaba que Thornhill se diera cuenta, porque nunca recuperaría aquel sobre.

En el interior había una hoja de papel con el logo de la empresa de mi madre en una esquina. Debió de haber sido arrancado de uno de los miles de cuadernos idénticos que teníamos por toda la casa. Hojas blancas de doce por diecisiete que utilizábamos para apuntar la lista de la compra y cosas por el estilo.

Roger, tengo que marcharme de la ciudad y necesito que cuides de Callie. Como sabes, no puedo despedirme de ella por su propia seguridad. La quiero muchísimo, Roger. Si encuentras alguna manera de echarle un ojo, de hacerle saber lo mucho que la quiero, te estaré agradecida.

Debajo estaba la firma de mi madre, una amplia U que se convertía en una línea irregular que se extendía hasta casi salirse de la hoja. No sé por qué, pero al levantar la mirada y contemplar mi habitación —que siempre había sido mi lugar especial—, me pareció extraña, como si fuera un lugar en el que nunca antes hubiera estado. Mi madre se había ido obligada. Me quería. Había tenido que abandonar la ciudad, «No puedo despedirme de ella por su propia seguridad». Me entraron ganas de salir corriendo y cantando escaleras abajo, de entrar en el

taller de mi padre y decirle que mamá se había visto forzada a abandonarnos.

Me levanté de la cama, pero me detuve a medio camino de la puerta. ¿Cuál sería la reacción de mi padre ante esa carta? Me lo imaginé yendo a la casa o al despacho de Thornhill, y aporreando la puerta para que le dejara entrar. Mi madre temía por mi seguridad, y puede que también por la suya. ¿Qué pasaría si mi padre montaba una escena y alguien lo escuchaba, alguien que quisiera saber dónde estaba mi madre? Por alguna razón, mi madre no le había contado a mi padre lo que estaba haciendo. Así que era posible que ella también necesitara protección. Tanta, que ni siquiera mi padre debía conocer su paradero. Me quedé inmóvil unos instantes, con la mirada fija en la puerta y la nota en la mano. Si mi madre no había querido contárselo a mi padre, ¿sería correcto que yo lo hiciera? ¿Y si ocurriera algo realmente malo? ¿Y si le hacían daño a alguno de los dos? Lentamente, salí al pasillo y después entré en la habitación de mis padres. Abrí el armario de mi madre y me asomé.

Lo primero que percibí fue el olor a Chanel n.º 5. Mi madre siempre usaba el mismo perfume, y cada una de sus camisas y chaquetas había absorbido parte de su aroma. Me acerqué a una pila de trajes y blusas y aspiré profundamente: era como si acabara de quitárselas.

Me quería. Mi madre me quería. No tenía intención de marcharse... pero se había visto obligada a hacerlo. Mientras tocaba una camisa tras otra — para después pasar a los suéteres, y de ahí a las chaquetas y los zapatos—, me sentí como si estuviera pasando las páginas de un álbum de fotos de mi madre. ¡Clic! Aquí estaba ella dejándome en el instituto. ¡Clic! Aquí entrando por la puerta después del trabajo. ¡Clic! Una cena fuera con mi padre. ¡Clic! Trabajando en el jardín. ¡Clic! Preparando la cena. ¡Clic! Bailando por la cocina al son de una antigua y melosa canción que habían puesto en la radio. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

Hacía mucho tiempo que me forzaba a no pensar en mi madre, y hasta ese momento no me había dado cuenta de lo duro que era apartarla de mi mente. Con lágrimas en los ojos, seguí buceando entre los recuerdos que tenía de ella. Por primera vez desde el mes de octubre, me sentí verdaderamente feliz, porque estaba segura de una cosa: si mi madre no había querido marcharse, eso significaba que intentaría volver. El buen humor no me duró tanto como esperaba. Por la tarde, tenía la cabeza llena de pensamientos horribles. ¿Por qué habría tenido que marcharse? ¿La estarían un persiguiendo? Y de ser así, ¿podría, ser que

ya la hubieran... capturado? Aquel pensamiento me produjo mareos, y pensé en más de una ocasión que aquellas imágenes de mi cabeza acabarían haciéndome vomitar.

Cuando Kelli me llamó a las cinco para saber qué iba a ponerme para la fiesta y para ver si podría prestarle algo verde, apenas pude cumplir con mi parte de la conversación. La mayor parte del tiempo me limité a decir «Sí», «Mmmm» y «Pues no», mientras trataba de pensar en la manera de librarme de ir a la fiesta de Liz. ¿Cómo se suponía que iba a actuar con normalidad si mi cerebro estaba sufriendo un cortocircuito? Mi mente dijo: «Creo que mi madre está huyendo para salvar su vida», pero lo que hizo mi voz fue quedar en casa de Kelli a las ocho y media para que nos recogiera la madre de Heidi.

La camiseta de color verde mar —la de las mangas largas y ajustadas, que se acampanaban en las muñecas— que pensaba llevar a la fiesta de Liz para ocultar mi tatuaje estaba en el cesto de la ropa sucia, y ninguna de las demás prendas verdes que tenía podría ocultarlo. Tenía un viejo suéter verde que era bastante voluminoso y que a veces me ponía en los días que hacía muchísimo frío, pero no era una elección muy apropiada para una fiesta. También tenía una camiseta verde sin mangas que me sentaba muy bien, pero no abrigaba lo suficiente para ser mediados de marzo, y tampoco cubrir el tatuaje del osito.

¿De verdad tenía que ir de verde? Al detenerme frente a mi armario, con los cajones escupiendo ropa por todas partes tras mi frenética búsqueda, pensé en lo estúpido que era eso de que todas tuviéramos que ir de verde. Heidi, Traci, Kelli y yo no éramos un equipo de fútbol, sino un grupo de amigas, así que ¿por qué teníamos que ir todas a la fiesta vestidas del mismo color solo porque se le antojara a Heidi? ¿Pasaría algo si apareciera vestida de rojo, azul o naranja?

Pero entonces pensé en lo que sería aparecer por la puerta de Liz con el resto de las Chicas I, y que yo fuera la única que no iba de verde. Puede que los demás creyeran que yo no estaba en el grupo, o incluso que Heidi no me había dicho nada sobre el color previsto para esa noche, y que me había dejado a un lado a propósito porque las tres estarían planeando zanjar nuestra amistad. ¿Y qué pasaría si Heidi se enfadaba conmigo por pasar de su idea y decidiera hacerme el vacío? ¿Y si, por esta acción de Heidi, el resto de los asistentes decidieran ignorarme también?

A veces resulta muy difícil saber si tu respuesta a una situación es realista o paranoica. Esta era una de esas ocasiones.

Debía de haber unas cincuenta personas cuando llegamos a casa de Liz. Llegamos tarde, un toque de glamour. Y aunque muchos de ellos ya estaban hablando, comiendo y bailando bajo la tenue luz del salón, la verdadera fiesta no empezó hasta que llegamos nosotras. Así son las cosas cuando eres una Chica I. En cuanto abrimos la puerta principal, parecía que todo el mundo quería acercarse a hablar con nosotras. Bueno, quizá no con todas, pero como Heidi no podía hablar con tantas personas a la vez, Traci, Kelli y yo también nos vimos rodeadas. No hizo falta mucho tiempo para que la gente se diera cuenta de que las cuatro íbamos vestidas de verde (finalmente había hecho la colada aquella tarde para lavar mi camisa verde, y la había secado con el secador; después la combiné con una minifalda de cuadros azules y verdes y mis botas Ugg). En pocos minutos, la noticia se propagó por la fiesta, y las chicas que por coincidencia habían elegido llevar una camiseta o un vestido verde vinieron corriendo a mostrarnos que ellas también llevaban el color oficial de la noche. Heidi abrazó a algunas de ellas y les dijo que era sensacional que también fueran vestidas de verde. Otras solo se llevaron algunas respuestas poco entusiastas. Aunque conozco a Heidi desde hace años, nunca he descubierto si hay alguna lógica en su manera de decidir a quién responder con efusividad y a quién de manera más fría. Me pregunté si Amanda podría calcular una estadística para contabilizarlo.

Las tres nos abrimos paso hasta el cuarto de estar y establecimos nuestro campamento en el sofá. Liz se acercó a saludarnos, algo que me hizo sentir un poco mal. Era su fiesta de cumpleaños. ¿No tendríamos que haber sido nosotras las que nos acercáramos a ella? Pero si alguien más, aparte de mí, pudo extrañarse de que la anfitriona viniera a presentarnos sus respetos en su propia fiesta, no dio muestra de ello, y Liz tampoco parecía molesta. Heidi empezó a contar una historia graciosa sobre un aficionado que se había acercado a su madre para pedirle un autógrafo, y alguien me entregó un vaso con coca-cola light. Un cuenco lleno de patatas apareció en la mesa que teníamos ante nosotras, y en poco tiempo toda la fiesta parecía haberse centrado en el cuarto de estar; más concretamente, alrededor de Heidi.

Aunque antes había estado tan preocupada por mi madre, hasta el punto casi de obsesionarme, ahora empezaba a sentirme mejor. Mi madre no era de esas personas que tienen que salir huyendo para

salvar la vida. Mi madre era de las que se preocupan por las cosas. Se había marchado para hacer algo, no para evitar que se lo hicieran. Iba a hacer ese algo, y después regresaría a casa y todo volvería a ser como antes. Estaba segura de eso. Podía sentirlo.

Me terminé el refresco y le susurré a Kelli que volvería enseguida.

Lee estaba en la cocina; llevaba unos vaqueros negros y una cazadora de color rojo oscuro con una línea amarilla en el medio. No le estaba buscando intencionadamente, pero cuando lo vi sentado sobre la encimera, sentí un inmenso calor en el pecho, como si la noche hubiera sido una incógnita y él fuera la respuesta. Keith estaba hablando con él y, mientras le escuchaba, Lee lanzó un trozo de *pretzel* al aire y lo cogió con la boca. Entonces me vio y me sonrió, sujetándolo entre los dientes para mostrarme su hazaña.

La sonrisa que le lancé estaba alimentada en buena medida por la alegría que había sentido al leer la carta de mi madre.

—¡Lo has pillado al vuelo! —exclamé.

Él inclinó la cabeza y después me hizo un gesto para que me acercara. Me puso las manos en los hombros.

—Hola —dijo. Lee tiene unos ojos preciosos, y a veces me mira como si fuéramos las únicas personas que hubiera en el mundo.

Keith sonrió. Me di cuenta de que llevaba un suéter de color verde pálido, y me pregunté si Heidi les habría dicho también a los chicos que fueran de verde, aunque, en ese caso, Lee no le habría hecho demasiado caso.

—¡Idos a una habitación! —dijo Keith, y sentí que volvía a ruborizarme.

Me di la vuelta para apoyarme sobre la encimera y Lee me colocó los brazos alrededor del cuello.

—Piérdete, Harmon —dijo Lee.

Cerré los ojos y me apoyé en su pecho. Me sentí aliviada por no haberle dicho nunca lo alterada que estaba por lo de mi madre. Porque no creo que un chico guapo y popular como Lee se muera por tener una novia con el pelo semicrespo, un cuerpo que, en el mejor de los casos, no es más que pasable y además, problemas emocionales. Pero ahora todo

eso carecía de importancia, pues mi madre iba a volver, y Lee nunca tendría que saber que estaba ocurriendo algo raro en mi vida.

Cuando abrí los ojos, Lexa Brooker y Maddy Harper entraban en la cocina.

—Hola —dijo Lexa. No me lo dijo directamente a mí, sino que lanzó el saludo en general. Supe que lo había hecho a propósito porque así, si la ignoraba, no parecería idiota por haber intentado hablar conmigo.

—Hola —respondí. Lo cierto es que a veces Lexa y Maddy pueden resultar irritantes. Pero yo no era capaz de ignorar a nadie, ni siquiera a alguien que ya está acostumbrado a recibir ese trato.

—Me gusta tu camisa —dijo Maddy. No era más que una camiseta verde normal y corriente, pero no se lo hice notar.

—Gracias —respondí.

Maddy llevaba una camiseta negra escotada, tan fina como un papel; como me parecía un poco hortera, decidí no devolverle el cumplido. Se sirvió dos vasos de coca-cola light y después se quedó quieta en mitad de la cocina, indecisa, como si quisiera quedarse a hablar pero pensara que lo mejor sería marcharse.

Sé que Heidi la habría dejado esperando, sintiéndose incómoda, hasta que finalmente le entrara tanta vergüenza como para marcharse. Y lo cierto es que yo estaba deseando que se fuera, pero no podía ponerla en esa situación.

—¿Cómo te va? —le pregunté.

—Bien —respondió. No me había dado cuenta de lo tensa que estaba Maddy hasta que mi pregunta la relajó. Extendió la pierna y se puso una mano en la cadera, ahora mucho más segura de sí misma—. Te vi limpiando el coche de Thornhill el jueves. Debió de ser un asco.

Me arrepentí de no haberla dejado tirada, muerta de vergüenza.

—Eh, sí —dije.

¿Qué esperaba que le dijera? ¿Qué me lo había pasado tan bien que estaba deseando repetir?

—Aunque estabas guapísima mientras lo hacías —dijo Lee, al tiempo que me daba un suave masaje en los hombros. Sentí que empezaba a

relajarme a pesar de la presencia de Maddy, y me dejé caer aún más sobre la encimera.

—¿Sabes lo que he oído de ella? —preguntó Maddy—. De Amanda, quiero decir.

A pesar de las poquísimas probabilidades que había de que aquella idiota supiera la verdad sobre Amanda, me sentí interesada, por primera vez en toda la noche, por escuchar lo que alguien tuviera que decir. ¿Y si sabía algo que ni Hal, ni Nia, ni yo supiéramos?

Pero no es bueno mostrar demasiado entusiasmo. Y mientras yo estaba decidiendo cómo descubrir lo que sabía Maddy, Lexa intervino:

—¿Qué? ¿Qué has oído, Maddy? —me fijé en que se había alisado el pelo, que normalmente es muy rizado.

Maddy se dio la vuelta ligeramente hacia Lexa, como si en todo momento se hubiera estado dirigiendo a ella.

—He oído que está en el programa de protección de testigos. Por lo visto, su padre era un pez gordo de la mafia y se enfrentó al líder de una familia de Nueva York, así que se mudaron a Orion, pero los encontraron y tuvieron que sacarla a toda prisa de la ciudad.

—¿En serio? —exclamó Lexa.

—¡En serio! —respondió Maddy. Y como yo no dije nada, las dos se quedaron calladas unos segundos y después salieron de la cocina para seguir hablando de Amanda.

Keith le contó algo a Lee sobre un partido que habían estado viendo antes de la fiesta, y yo empecé a pensar en la teoría de Maddy. Por un lado, era tan ridícula que causaba risa; era evidente que Maddy veía demasiado la tele. Pero, por otro lado, ¿acaso era una locura mayor que todas las historias que nos había contado Amanda? Cuanto más pensaba en ello, más tonta me sentía por habérmelas tragado todas. ¿Su madre estaba en Uganda y su padre trabajaba para las Naciones Unidas? ¿Y por qué no decir que pertenecían a la realeza y que tenían que gobernar sus diminutos principados europeos sin el estorbo que supone un hijo? ¿O astronautas embarcados en una misión a Marte? Y ya puestos, ¿por qué tendría que inventarse historias tan elaboradas? Si tus amigos no van a conocer nunca a tus padres, ¿por qué no decir que son normales y corrientes: un médico y una abogada, una profesora y un contable, o un chef y una entrenadora personal? Deseé poder

llamar a Hal y a Nia para contarles lo que había dicho Maddy. Ya que todo parecía posible con ella, ¿por qué no iba a estar en el programa de protección de testigos?

Cuando estaba pensando en salir para hacer un par de llamadas, Lee me abrazó y me dio un beso en la frente. Un segundo después, Kelli y Traci entraron a toda velocidad en la cocina. Al vernos juntos, Kelli sonrió.

—¡Qué bonito es el amor verdadero! —exclamó.

Era agradable pensar que Lee estuviera enamorado de mí, aunque estaba segura de que en realidad no era así.

—Venid —dijo Traci—. Jake está montando la máquina de karaoke.

Keith se acercó a Kelli y la rodeó con el brazo.

—Es posible que te desmayes cuando me escuches cantar —dijo—. Soy muy bueno.

—Ya veremos —dijo Kelli, y sacudió la cabeza para apartarse un mechón de pelo de la cara.

—¡Vamos! —dijo Traci. Tenía agarrada a Kelli por el brazo, pero su orden estaba dirigida a todos nosotros—. Y ni se os ocurra escaquearos de cantar.

Lee se separó de la encimera y me cogió de la mano. Supe que no habría manera de poder escaparme del juego para llamar a Hal y a Nia sin que se notara. Además, ¿para qué quería llamarles? Ellos no eran mis amigos. Mis amigos estaban en esa fiesta, conmigo. Y mi novio, por fin me atrevía a decirlo abiertamente; también estaba allí. Con una sonrisa de alivio y confianza, dejé que Lee me condujera por la puerta de la cocina en dirección al cuarto de estar, de vuelta a mi verdadera vida.

Capítulo 22



Transcrito por Liz

Corregido por Coni

***E**stoy corriendo, corriendo a través del bosque, pero no soy yo. Conservo mi conciencia, pero en cierto modo no soy yo. Estoy cubierta por algo suave y peludo. Llevo un abrigo de piel. No, mejor dicho soy un abrigo de piel. Soy fuerte, mis piernas me llevan sin esfuerzo, aunque estoy corriendo más rápido de lo que he corrido en toda mi vida, pero no estoy cansada. Estoy al máximo. Soy fuerte y valiente. Soy un oso, un gigantesco oso negro. Puedo alcanzar las ramas más altas de los árboles y...*

Escucho gritos. Gritos de terror. Alguien está sufriendo un terrible dolor. Solo yo puedo salvarlo. Mi reverso osuno puede hacerlo, «ya voy» pienso. «No tengas miedo, ya estoy llegando». Pero no consigo encontrar a quien quiera que esté gritando. Estoy perdida en el bosque. Los gritos son cada vez más fuertes, no podré soportarlo mucho más. «Aguanta, aguanta. Ya estoy llegando». De repente, me encuentro en un claro. Luces. Veo luces. Una carretera. Una autopista. Me ciegan unas potentes luces giratorias y descubro que los gritos proceden de la sirena de una ambulancia. En el suelo veo el cuerpo de un diminuto conejo blanco, aplastado y cubierto de sangre. Mi corazón de oso late con fuerza. Tengo que salvarlo. Pero no puedo llegar hasta él. El bosque es demasiado espeso y me impide avanzar. «No, por favor. No. Puedo ayudar. Quiero ayudar». Pero no puedo pensar. Las sirenas son demasiado estridentes; el bosque es demasiado poderoso. Por favor, por favor, yo...

¡Ring, ring, ring!

Me incorporé como un rayo. Me llevó un buen rato darme cuenta de que estaba en casa, en mi cama, y de que mi móvil estaba sonando. ¿Cuánto tiempo llevaría haciéndolo? Al principio no conseguí que mis piernas se movieran, y tropecé mientras intentaba cruzar la habitación hacia el lugar donde se encontraba el teléfono, al borde de la alfombra.

—¿Diga? —tenía la voz ronca. A través de las cortinas abiertas que no me había molestado en echar cuando me había ido a la cama, pude ver que ya era de día.

—¿Callie?

—Sí, soy yo.

No reconocí la voz de la chica que me estaba llamando, pero era difícil concentrarse después de aquel sueño que parecía haber envuelto mi cerebro como una sábana húmeda y pesada.

—Soy Nia.

—Ha, Hola, Nia.

Sentarme derecha me ayudó a centrarme. Por ejemplo, percibí que Nia no estaba entusiasmada precisamente por haber tenido que llamarme. No sé cómo me habría sentido en circunstancias normales, pero en vista de que su llamada me había librado de esa pesadilla me sentí agradecida.

—¿Te he despertado? ¿Ayer fue una gran noche?

Eché un vistazo a mi despertador. Eran las ocho y veinte. ¿Quién llamaba un domingo a las ocho y veinte de la mañana?

—Eh, no exactamente —me pregunté qué diría Nia si pudiera leerme la mente, si supiera las pocas ganas que había tenido de ir a la fiesta de Liz—. No fue para tanto.

—Perdona si te he despertado —dijo, aunque no parecía sentirlo demasiado.

—No pasa nada —traté de parecer más despejada de lo que estaba—. ¿Qué ocurre?

—He estado hablando con Hal: piensa que deberíamos juntarnos para preparar un plan. Puede que debamos investigar esas direcciones.

—Sí, me parece bien —mientras hablaba, el recuerdo de aquel inquietante sueño se fue disipando. Me recosté en la silla. Había luz. Era de día. Todo iba bien—. ¿Quieres ir hoy? ¿Esta mañana?

—Tengo que ir a la iglesia.

—Ya —dije—. La iglesia.

¿No se suponía que la religión debía hacerte tolerante y cariñoso? De ser así, creo que a Nia le haría falta ir más de una vez a la semana.

—Y después veremos la cinta de vigilancia. Si es que te apetece venir, claro.

Lo raro es que sí me apetecía. Cuando estaba con Lee y con las Chicas I, tuve la sensación de que Amanda, Hal y Nia formaban parte de la vida de otra persona. Pero ahora que Nia y yo estábamos hablando por teléfono sobre la cinta que había robado del despacho de Thornhill, no podía imaginarme pasar el día con nadie más que ellos.

¿Sería un signo de que estaba empezando a sufrir un grave caso de esquizofrenia?

—Entonces pásate por aquí sobre las doce. Podemos ver la cinta y... —Nia bajó la voz—. Quiero hablar contigo de la postal.

—¿La has descifrado? ¿Contenía algún mensaje? —de repente, empezó a temblarme la mano. ¿Qué estaba intentando decirnos Amanda?

—Bueno, lo único que sé es... —al otro lado del teléfono, alguien voceó su nombre y Nia le respondió—. ¡Ya voy, mamá —después volvió a dirigirse a mí—. Escucha, tengo que irme. Te veré a las doce. Vivo en el número doce de Pinecrest Avenue, nada más salir de Maple Road. ¿Sabes dónde está?

—Sí, claro —dije—. Es decir, lo encontraré.

Maple Road era una zona lujosa no muy lejos del centro. No era lujosa en el sentido del vecindario de Heidi, en el que cada casa tenía una piscina y todas estaban construidas en torno a un campo de golf. Maple Road era más antiguo y elegante, con grandes extensiones de césped sombreadas por robles enormes y antiquísimos. Las casas se habían construido más o menos al mismo tiempo que las de mi barrio.

Tuve la impresión de que, aparte de estar construidas en las mismas fechas, nuestras casas no tendrían nada más en común. ¿Qué posibilidades había de que uno de sus padres hubiera llenado su casa de principios de siglo con cientos de ramas muertas o de que su familia estuviera a punto de ser desahuciada?

—Vale —dijo Nia—. Te veré a las doce.

—A las doce, pues —asentí.

Salí al pasillo y me dirigí al baño. Mientras esperaba a que el agua de la ducha saliera caliente, traté de no sentirme celosa de que hubiera gente en el mundo que pudiera invitar a sus amigos a casa.

Cuando Nia me abrió la puerta, me quedé estupefacta al ver cómo iba vestida. Llevaba un vestido azul marino, con un canesú ajustado y varias filas de botones diminutos, y una falda plisada. Todo ello lo había combinado con unos leotardos estampados y unos botines. El conjunto era absolutamente fabuloso, igual que su pelo, recogido en una coleta. De repente era yo la que iba vestida como una apestada social, con mis vaqueros y mi sudadera vieja. ¿Qué habría transformado a Nia en una experta en la moda de los años 40?

¿O sería mejor preguntar quién sería el responsable de semejante cambio?

—Hola —dije.

Pensé en hacerle un cumplido por su aspecto, pero no estaba de humor para ser recibida con la típica condescendencia de Nia. En lugar de eso, le hice un cumplido por otra cosa.

—¿Qué es lo que huele tan bien?

Antes de que ocurriera todo, mis padres eran unos magníficos cocineros, pero nunca habían preparado nada que oliera tan bien como lo que se estaba cocinando en casa de Nia.

—No es nada —dijo Nia mientras me conducía desde el vestíbulo hasta la moderna cocina de acero inoxidable en donde se encontraba su madre revolviendo una gigantesca sartén cuyo contenido no pude ver—. Solo es mi madre.

—Solo es mi madre, solo es mi madre —repitió la madre de Nia—. ¿Qué tal sonaría «es mi encantadora madre? ¿O «mi maravillosa madre»?

Removió una vez más la comida y se dio la vuelta para mirarnos.

—Hola —me dijo—. Tú debes de ser Callie.

—Hola, señora Rivera —dije.

Por norma general, cuando conoces al padre de un amigo le llamas por su apellido, te suele decir: «Por favor, llámame Beth, o Linda, o lo que sea». Pero me dio la impresión de que la señora Rivera no era de esa clase de madres, y estaba en lo cierto, pues no me dijo su nombre de

pila. Eso sí, me estrechó la mano con un cálido apretón y me besó en las mejillas, con tanto entusiasmo que creí sus palabras cuando me dijo que estaba encantada de conocerme.

—Yo también —le respondí.

Como su marido y ella eran muy estrictos con el lema de la iglesia y con lo de la noche en familia, me había imaginado a la señora Rivera como una persona mucho más mayor, más como una abuela que como una madre. Me la había imaginado en bata y pantuflas, hablando con palabras antiguas y mirándome con la suspicacia que suele dedicarse a los desconocidos. Ahora que la tenía delante, me di cuenta de lo estrecha de mente que había sido. La madre de Nia parecía muy joven y era atractiva, con una melena negra y la piel muy blanca. Llevaba puesto un delantal, pero debajo de él se veía un traje negro muy elegante, y llevaba unos tacones tan altos que me costaba creer que pudiera caminar con ellos en línea recta.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—Ese debe de ser Hal —dijo Nia.

—Ah, el famoso Hal —la señora Rivera me guiñó un ojo, como si me creyera cómplice de una especie de broma privada.

—Eh, mamá, ¿has visto las llaves de mi coche? —era Cisco, el hermano de Nia, que había entrado en la cocina. Iba sin camiseta y, aunque traté de contenerme, no pude evitar echarle un buen vistazo a uno de los tíos más buenos del Endeavor con el pecho al aire.

—Hola, Francisco —dijo la señora Rivera imitando su tono de voz—. ¿Qué tal si te pones algo de ropa encima cuando tenemos invitados?

—Yo... Eh, lo siento, mamá. No sabía que había venido nadie —dijo Cisco. Parecía realmente avergonzado, como si no fuera la clase de chico que va por ahí habitualmente con el torso desnudo, con la idea de lucirse ante las chicas. Durante un segundo, nuestras miradas se cruzaron, pero pronto miramos hacia otro lado, ruborizados.

La señora Rivera lo echó agitando las manos.

—Ya te disculparás luego, ahora ve a decentarte —dijo.

—Está bien —dijo Cisco, mientras se daba la vuelta para irse—. Luego nos vemos, Callie.

¡Cisco Rivera sabía mi nombre! ¿No es increíble? Mientras salía, estuvo a punto de chocar con un hombro alto y atractivo que supuse que debía de ser el señor Rivera, que me vio casi al mismo tiempo que a su hijo.

—¿No crees que te hace falta una camiseta, señorito? —le dijo a Cisco. Después me dirigió una sonrisa—. Hola, soy el padre de Nia.

—Ya voy, ya voy —dijo Cisco—. ¿Has visto mis llaves del coche?

—No habrás vuelto a dejártelas dentro del coche, ¿verdad? —preguntó el señor Rivera.

—Es posible —dijo Cisco—. ¡Pero si lo hice no fue culpa mía! Si me consiguierais algo mejor que un Accord de cien años de antigüedad, no me dejaría siempre...

—¡Francisco Rivera! —dijo su padre, y su voz me hizo alegrarme de no ser la única que se había dejado las llaves en el coche alguna vez—. No me digas que te estás quejando después de que te regaláramos ese coche por tu cumpleaños.

—No, papá, solo estoy diciendo que...

—Que en el futuro tendrás más cuidado con las llaves, ¿verdad?

—Sí —dijo Cisco bajando la mirada—. Por supuesto.

—Creo que ese cacharro que compraste en la ferretería para abrir la puerta está en el garaje, al lado de la bici de Nia —dijo la señora Rivera.

El señor Rivera negó con la cabeza.

—Y ahora ve a ponerte algo encima.

—¡Que ya te he oído!

Aunque me dio pena que se marchara Cisco, supuse que sería lo mejor. Me habría resultado imposible actuar con normalidad ante los padres de Nia si ese dios griego que tenían por hijo seguía paseándose por allí sin camiseta.

—Me llamo Callie —le dije al señor Rivera, esperando que no se hubiera dado cuenta de que me había estado comiendo con los ojos a Cisco.

—Encantado de conocerte, Callie —dijo.

El señor Rivera era alto, guapo y de piel oscura; casi me daba corte mirarle. Durante un segundo me pregunté si sería una estrella de cine, pero después recordé que era el director ejecutivo de alguna empresa importante. Aun así, su esposa y él eran una de las parejas más glamurosas que había visto nunca fuera de una revista. Por suerte, cuando se acercó a estrecharme la mano, no me besó como hizo la madre de Nia. No creo que hubiera sido capaz de resistirlo.

El señor Rivera se dirigió a su mujer.

—Cariño, ¿has cogido el papel que estaba sobre la mesa del comedor?

—¿El artículo? —estaba de espaldas a su marido, con la cuchara hundida de nuevo en la sartén. Cuando removió el contenido, lo que estaba cocinando despidió un olor exquisito.

—Mmm —se relamió el señor Rivera—. ¿Qué es eso?

Se acercó a los fogones y ella le acercó la cuchara para que probara la comida.

—Ay, Ramona, ¡está delicioso! —dijo, y le besó las puntas de los dedos. Después intentó quitarle la cuchara y volver a sumergirla en la sartén, pero ella le apartó.

—¡Fuera, fuera! ¡Ve a leer el artículo!

—No, ahora me apetece comer —dijo entre risas, y volvió a intentar coger la cuchara.

Ella también se rió y siguió apartándole. Después dijo algo que ya no oí bien, y él le respondió. Al verlos bromear de esa manera, me puse a pensar en mis padres, y junto con ese nudo que se me formaba en la garganta, y al que ya estaba tan acostumbrada, sentí también una oleada de esperanza.

Me sentí aliviada cuando Nia regresó a la cocina seguida de Hal, y aún mejor cuando se lo presentó a sus padres; así pude confirmar que era la primera vez que iba a su casa. Me había imaginado que llevaban meses saliendo juntos, puede que con Amanda, de modo que ambos sabrían de la existencia del otro. En cierto modo, me relajó saber que él también era un extraño allí, como si los tres estuviéramos en igualdad de condiciones.

—Nos vamos a ir a la sala de estar, ¿vale? —dijo Nia—. Para hacer esa búsqueda.

—¿Se quedarán tus amigos a comer?

Me sorprendió que Nia no dudara un instante antes de contestar.

—Sí —dijo, y nos hizo un gesto para que la siguiéramos.

La sala de estar era bastante menos moderna que la cocina. Era acogedora, con las paredes pintadas de color verde claro y dos sofás enormes y muy cómodos que estaban situados delante de una tele de pantalla plana. Mis padres pasan bastante de la tele, así que la que tenemos en casa es del tamaño de una tarjeta de crédito. En cambio, la de Nia bien podría haber pasado por una pantalla de cine.

Nia abrió una puerta de madera del mueble de la tele y sacó un mando a distancia. La pantalla se encendió, mostrando un tono azulado, y se iluminaron unas lucecitas en el reproductor de DVD.

—Vale, creo que funcionará —dijo Nia—. Me he metido en el historial de la grabación de vigilancia, he descargado la grabación del aparcamiento y lo he volcado todo en un DVD. Este aparato debería poder reproducirlo.

Me alegré de que no me hubiera tocado la tarea de recuperar las secuencias de la grabación, porque casi ni me las apañaba para grabar cosas en un pendrive.

—¿Tuviste que hacer todo eso? —no podía creer que me hubiera cabreado porque Nia no buscara el expediente de Amanda en el despacho de Thornhill—. ¿Y cómo es que sabes hacerlo?

—No fue tan difícil —dijo Nia encogiéndose de hombros—. El sistema de seguridad no es más que un conjunto de cámaras que descargan lo que graban en un disco duro. Lo único que tuve que hacer fue introducir la fecha y la hora que quería ver y descargar el contenido. Además, parece que Thornhill siempre tiene el ordenador encendido en su despacho, así que no tuve ni que meter una contraseña.

Mi mente seguía dándole vueltas al hecho de que Nia supiera cómo piratear un ordenador. Yo apenas sé cómo funciona mi móvil, y cada vez que quiero meter una canción en el iPod, tengo que pedirle a Traci que me recuerde cómo se hace.

Quise preguntarle más cosas a Nia, pero de repente la pantalla nos mostró una imagen del aparcamiento del Endeavor vacío. La imagen estaba ligeramente distorsionada, como si estuviéramos mirándola a través del fondo de un cuenco de cristal. En la esquina inferior derecha de la pantalla aparecía la hora. Marcaba las 5:00:00.

—Como no sabemos a qué hora llegó, decidí empezar por las cinco de la mañana —explicó Nia. A continuación cogió el mando y se sentó con nosotros en el sofá.

Nos quedamos un rato mirando la pantalla, pero cuando las 5:00:00 se convirtieron en las 5:03:08 y después en las 5:07:15, Nia apretó el botón de cámara rápida y exclamó:

—¡Es una idiotez quedarnos mirando esto vacío!

La imagen se volvió un poco borrosa, pero en términos generales no cambió.

—¡Páralo! —exclamó Hal. Un coche estaba entrando en el aparcamiento. El contador marcaba las 6:25:19.

Nia detuvo la cámara rápida y la grabación recuperó su velocidad normal. Vimos cómo el subdirector Thornhill aparcaba el coche, salía y cerraba las puertas. Era raro verlo así, y me sentí como si le estuviéramos espiando (aunque supongo que, en realidad, eso era precisamente lo que estábamos haciendo).

Después de eso no pasó nada, pero ninguno le pidió que volviera a accionar la cámara rápida. De repente, una figura vestida con unos vaqueros y una sudadera con la capucha puesta apareció en la parte trasera del coche.

—¡Es Amanda! —exclamé.

—¿Es ella? —Nia se inclinó hacia delante—. No sabría decirte.

Me di cuenta de que había dado por hecho que debía ser ella, pero cuando la figura se inclinó sobre el maletero del coche, la capucha de su sudadera se bajó, revelando su perfil. Estaba lejos. La imagen tenía muy poca calidad. Pero no había duda de que era Amanda. Se sacó una bolsa del bolsillo de la sudadera, se inclinó sobre el maletero y empezó a dibujar.

—Creo... —dijo Hal.

—Oh, Dios mío, ¡hay alguien más! —exclamó Nia.

Tenía razón. Una segunda figura, que iba vestida de forma idéntica, se unió a Amanda, pero esta vez no tenía ni idea de quién podría ser. Los tres estábamos inclinados hacia la tele en el borde del sofá, tanto que en cualquier momento podríamos caernos al suelo. Nia se quitó las gafas y se las volvió a poner varias veces, y Hal y yo entrecerramos los ojos para intentar ver mejor. A pesar de nuestros esfuerzos, no había manera de saber quién era la segunda persona.

En menos de media hora, el coche quedó cubierto por los elaborados dibujos que después tardaríamos toda una mañana en limpiar, y entonces, cuando el contador marcaba las 7:04:11, el desconocido le hizo un gesto a Amanda. Amanda se quedó en el sitio unos instantes, después sacó algo del bolsillo trasero de su pantalón y lo deslizó por el hueco que había entre el marco de la puerta y la ventana del copiloto, antes de salir detrás de su misterioso compañero, fuera del encuadre de la cámara. Eso fue todo.

—¡Lo sabía! —exclamó Hal.

—¡Chist! —le chistó Nia.

En ese momento, vimos cómo entraba otro coche en el aparcamiento, que se detuvo cerca del de Thornhill. El conductor salió, examinó el coche del subdirector y empezó a caminar en dirección al instituto. Durante la siguiente media hora, se repitió la misma escena unas cincuenta veces, pero ninguno de los encapuchados volvió a aparecer. Finalmente, cuando el reloj marcaba las 7:43:08, Nia detuvo la grabación.

—Así que definitivamente fue Amanda —dijo Nia—. ¿Pero qué es lo que metió en el coche?

—Le dejó una nota —en medio de su entusiasmo, Hal se levantó y empezó a pasearse entre la mesita del café y la tele.

—¡Yo la vi! —exclamé—. En el coche, quiero decir. Estaba en medio de una pila de periódicos.

—¿Creéis que le escribió algo? —la expresión de Nia era una mezcla perfecta de asombro y desdén—. ¿Estáis diciendo que Amanda Valentino pintó el coche del subdirector Thornhill y que después le dejó una nota? ¿Y que decía? ¿«Lavar en seco»?

—Te estoy diciendo que vi una nota suya en el coche —Hal se detuvo frente a Nia y se quedó mirándola.

Yo hice lo propio desde mi posición en el sofá.

—Yo también la vi, Nia.

De repente, pensé que era un poco extraño que dos personas que conocía hubieran desaparecido justo después de escribirle sendas notas al subdirector Thornhill. ¿Debía contarles lo de mi madre? Pero si no se lo había dicho ni a mi padre, ¿podría contárselo a ellos? Además, aún no les había confesado nada sobre su desaparición, así que preferí callarme.

—Daría cualquier cosa por ver esa nota —dijo Hal al tiempo que volvía a sentarse en el sofá, y recordé que había dicho lo mismo sobre la cinta de vigilancia. Si sugiriera que abriéramos el coche del señor Thornhill, ¿tendría el valor de decirle que sí?

¿Tendría el valor de decirle que no?

—Bueno, vale, supongo que eso explicaría por qué Thornhill estaba tan seguro de que lo había hecho ella. Y ya que hablamos de notas...

Nia se acercó a una pila de papeles que estaba sobre la estantería que había junto a la ventana y cogió algo que estaba en lo alto. Cuando volvió, vi que llevaba la postal cuyos pedazos habíamos encontrado en nuestras taquillas. Los había pegado todos con celo.

—No descubrí nada especial mientras pegaba los pedazos.

Los tres nos sentamos en el sofá, Hal y yo en los extremos y Nia en el medio. Nos quedamos mirando la postal como si solo fuera una cuestión de tiempo que terminara revelándonos su mensaje.

Yo rompí el silencio.

—¿Creéis que puede ser Meg la persona que pintó el coche con Amanda?

Hal se encogió de hombros.

—¿Pero por qué se quedaría Amanda con un trozo de la postal? —Hal señaló la parte que faltaba—. M... ¿Y después qué? ¿Pensáis que podía decir algo más sobre esa tal Meg?

—Pensad en ello. Pensad en ELLO —repetí, casi como si estuviera pensando en voz alta—. Bueno, sea lo que sea ese «ello», está claro que debe de ser importante, porque Amanda escribió la palabra en mayúsculas.

—Vamos a ver el reverso de la postal —Hal cogió la postal y le dio la vuelta—. Esto también es importante.

—El camino de baldosas amarillas —dijo Nia encogiéndose de hombros—. A Amanda le gustaba El Mago de Oz, puede que no sea más que una postal que tuviera por ahí tirada.

Hal negó con la cabeza.

—No, con ella todo tiene siempre algún significado. ¿Qué es lo que se hace con el camino de baldosas amarillas?

—Sigue, sigue, sigue, sigue el camino de baldosas amarillas —canturreé, muy a mi pesar.

—Gran interpretación, Judy Garland —se rió Nia.

A veces parece que la única respuesta apropiada para Nia es sacarle la lengua, pero hice un esfuerzo para contenerme.

—Así que Amanda nos está diciendo que la sigamos —dijo Hal.

—Sí, ya, está tan claro como el agua —dijo Nia poniendo los ojos en blanco.

—¿Pero adónde? ¿Adónde se supone que debemos seguirla?

Era difícil no sentirse frustrado cuando cada nueva respuesta verosímil conducía a una nueva pregunta.

—¡Ya lo sé! —exclamó Nia chasqueando los dedos, con una expresión de burla en la cara—. ¡A Oz!

—¡Qué graciosa! —dije.

—Esto es una locura —insistió Nia—. ¿Sigue el camino de baldosas amarillas? ¿Pensad en ello? ¿Qué clase de información es esta?

—Pensad en ELLO —le corrigió Hal, que enfatizó, con cierto aire divertido, la última palabra—. Y no lo olvidéis: tenemos que coger una página del libro de Meg y buscar —probó a cambiar el punto de

inflexión—. Coger una página del libro de MEG. No, Meg no está en mayúsculas.

De repente, parecía que se hubieran intercambiado los papeles: ahora Hal parecía estar bromeando, y Nia decidida y terriblemente seria.

—Un momento. Coger una página del libro de Meg —Nia se dio una palmada en la frente—. ¡Dios mío! Ya sé qué significa la nota.

—¿Qué? —no podía creerme que la hubiera descifrado cuando yo aún seguía completamente perdida.

—¡Un momento! —Salió corriendo de la habitación y, antes de que nos diéramos cuenta, ya estaba de vuelta con un libro en la mano—. Meg. Ello. ELLO —dijo mientras nos miraba—. ¿No lo entendéis?

Yo seguía sin entender nada, pero Hal estaba sonriendo.

—Nia, eres un genio.

Ella le respondió con una sonrisa coqueta.

—Lo sé.

—Está bien, genios, ¿os importaría contarme lo que habéis descubierto?

Nia levantó el libro para que pudiera leer el título: Una arruga en el tiempo, de Madeleine L'Engle.

—La M se refiere a ella —explicó Nia—. Antes de romper la tarjeta, tenía que poner Madeleine L'Engle.

Como ni Hal ni ella dijeron nada más, añadió:

—¿Y...?

Nia pasó las páginas hasta llegar al final del libro.

—Meg y su hermano van en busca de su padre desaparecido. Está retenido como rehén por un enorme cerebro en un planeta alienígena.

—¿Estás diciendo que Amanda está retenida por un cerebro enorme en otro planeta, y que quiere que vayamos a buscarla?

¿Era la única que pensaba que esa interpretación de la tarjeta era un poco ridícula?

Nia levantó la mirada del libro.

—Estás de coña, ¿no? No me dirás que te lo estás tomando al pie de la letra.

—Según este mensaje, se supone que debemos buscarla —dijo Hal—. Estoy seguro. Sigue el camino de baldosas amarillas. Piensa en ello. La búsqueda de Meg. Todo apunta a que Amanda quiere que la busquemos. No puedo creer que no me hubiera dado cuenta antes —negó con la cabeza para demostrar su frustración por haber estado tan ciego—. Menudo guía estoy hecho.

De repente, sentí que la sangre se me congelaba en las venas.

—¿Qué? ¿Qué acabas de decir?

Me di cuenta de que Nia también estaba mirando a Hal con perplejidad, aunque no dijo nada.

—Eh... —aunque normalmente era imperturbable, Hal pareció un poco incómodo, y cuando habló lo hizo con la mirada fija en la mesa, para evitar mirarnos a los ojos—. Veréis, la cosa es que Amanda me pidió que fuera... su guía a través de...

Nia le interrumpió.

—A través de la vida en el Endeavor. ¿Te pidió que fueras su guía?

Ahora fue Hal quien se giró para mirar a Nia.

—¿Cómo lo...? Oh, Dios mío —dijo al caer de repente en la cuenta—. ¿También te lo pidió a ti?

No podía creerme que aquello estuviera pasando.

—Pero Amanda dijo que solo tenía un guía —dije—. Me contó que escogía un guía, y que ese era...

Los tres terminamos la frase al unísono con la misma palabra: «yo».

Durante unos instantes, aquel pronombre pareció quedarse flotando en el aire.

—Bueno —Nia se puso sarcástica—, ahora que sabemos lo especiales que éramos para ella...

Empecé a pensar en el hecho de que Amanda no me había elegido de entre una multitud, sino más bien para formar parte de una.

¿Habría visto algo especial en mí alguna vez?

—¿Y ahora qué hacemos? Tenemos que pensar —prosiguió Nia—. Tenemos que pensar como Amanda.

Hal y yo nos echamos a reír.

—Eso es más bien imposible —dije.

—¿Seguro? —Nia señaló la postal.

—Callie tiene razón —dijo Hal—. Su forma de pensar es completamente original. Parece azarosa, pero siempre tiene un sentido, resguardado bajo capas y capas de significados ocultos. ¿Habéis visto alguna vez su diario?

Nia y yo asentimos, cosa que no me sorprendió. El diario de Amanda era una parte tan importante de ella como su ropa, sus citas y sus alocados peinados. De hecho, tenía varios diarios. Siempre llevaba uno encima, y se pasaba el día anotando cosas. Como me enseñó su diario, yo también le enseñé mi cuaderno de notas.

—¿Cómo podría alguien más seguir esa clase de... lógica azarosa? —dijo Hal.

—No lo sé —repuso Nia encogiéndose de hombros—, pero más vale que lo averigüemos.

—¿No es hermoso?

Estábamos sentadas junto a una de las ventanas en la biblioteca municipal. El pelo de Amanda era largo y liso, con la raya en medio, y llevaba una cinta alrededor de la frente con el signo de la paz en el centro, y una camisa con flecos largos y bordada con cuentas. Sostenía un diminuto trozo de cristal amarillo en la mano, y cuando extendí la mía, dejó caer el cristal sobre mi palma. Tenía un tacto suave y cálido.

—Tiene un color precioso —dije.

—Me pregunto de dónde habrá salido —murmuró Amanda.

—¿No lo sabes? Es decir, ¿dónde lo encontraste? —pregunté.

—No, estoy hablando del gran esquema de las cosas. ¿Qué era antes de ser un trozo de vidrio de mar?

Levanté aquella pepita amarilla y traté de imaginármela como parte de algo más grande.

—¿Un collar?

—Me gusta esa idea. Puede que fuera un antiguo collar que hubiera pasado de generación en generación, de madres a hijas durante cientos de años.

—Mi madre tiene un collar que heredó de mi abuela —dije, imaginándome aquel pequeño trébol que mi madre siempre llevaba alrededor del cuello—. Se lo dio cuando cumplió dieciséis años —no añadí lo que estaba pensando, que era que supuestamente yo debía heredarlo a esa edad. Siempre, claro está, que volviera a ver a mi madre.

Como si pudiera leerme la mente, Amanda estiró la mano y me tocó suavemente la rodilla para reconfortarme.

—Seguro que estarás estupenda con ese collar.

Nos quedamos un rato calladas. Después, Amanda metió la mano en su mochila y empezó a rebuscar entre cartas de oráculo y llaves, pintalabios, lápiz de ojos, bolis y piezas de bisutería, hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Mira! He podido mezclar este tono exacto de amarillo.

El diario que llevaba Amanda aquel día era un simple cuaderno de tapa dura decorado con tiras de papel de diferentes colores y unos botones pegados, pero estaba tan abarrotado de cosas que apenas podía cerrarse. Había dibujos, fotos recortadas de revistas, y páginas y páginas plagadas de texto, que iban pasando tan rápido que apenas pude pillar algunas palabras sueltas: «lluvia», «después nosotras», «no podría»... Cuando Amanda llegó finalmente a la página que buscaba, colocó el trozo de cristal junto a ella.

—¡Mira!

Me incliné sobre el cuaderno, en el que había varias manchas chillonas de pintura amarilla con tonos ligeramente diferentes. Uno de ellos era idéntico al color del cristal.

—Es muy bonito —asentí.

—Y más difícil de conseguir de lo que parece —dijo—. Pero vale la pena. Me gustan los desafíos. Y mira esto también.

Señaló la página siguiente, en la que había pegado un dibujo que parecía sacado de un libro infantil. En él aparecían dos animales, un pájaro y un gato, que estaban sentados en un bote de espaldas al espectador.

—¿A que mola? —dijo Amanda al tiempo que deslizaba el dedo sobre el dibujo.

—Eh... Sí, claro —esperé un poco a que me lo explicara, pero al final le pregunté—: ¿Qué es?

Amanda seguía mirando fijamente la página.

—Son el búho y el gatito.

Al ver que no continuaba, le insté:

—¿Y...?

Amanda prosiguió, recitando de memoria:

—El búho y el gatito fueron al mar, montados en un hermoso bote verde con forma de guisante.

Conocía la historia del búho y el gato, pero no entendía qué tendría que ver un bote verde con un trozo de vidrio amarillo. Negué con la cabeza.

—Vale, me he perdido completamente.

—¿Recuerdas cómo termina? —preguntó Amanda.

Cuando le dije que no, Amanda recitó lo que supuse que sería el final del poema:

—Y con las manos entrelazadas, bailaron bajo la luz de la luna, en la orilla, bailaron bajo la luz de la luna —levantó la cabeza y me miró—. Este amarillo es el color exacto que siempre he imaginado que tendría la arena bajo la luz de la luna. ¿No lo crees así?

—La verdad es que nunca había pensado en ello —dije—, pero en cualquier caso, es un color precioso —miré el cristal, después la mancha de pintura, y así sucesivas veces.

—Todo puede ser hermoso —dijo Amanda contemplando la ilustración—, siempre que lo mires como lo debes mirar.

—Sinceramente, me parece imposible poder llegar a pensar como Amanda —dije.

—Estoy de acuerdo —intervino Nia, que tenía las manos apoyadas detrás de la cabeza.

De repente recordé algo de la noche anterior.

—¿Puedo haceros una pregunta un poco rara?

—Eso sí que es pensar como Amanda —dijo Hal mientras se tocaba la nariz con el dedo índice—. Ella era la reina de las preguntas extrañas.

—Bueno, en realidad no es rara —dije—, es más bien... estúpida. O ridícula. Parece sacada de *Ley y orden*, pero, en fin... ¿Creéis que Amanda podría haber estado metida en el programa de protección de testigos?

—Venga, hombre, ¿quién te ha dicho eso? —preguntó Nia con brusquedad.

—¡Eh, ya te dije que era una pregunta estúpida! —respondí, un poco enfadada.

Antes de que Nia pudiera hacer ningún otro comentario, Hal dijo:

—Lo de la protección de testigos no calza con la imagen que tengo de Amanda —hizo una breve pausa y después continuó—. Y aun así, si estás en el programa de protección de testigos, ¿no se supone que debes ser un poco... discreto? ¿Que no deberías llamar la atención?

—Tienes razón —dije—. Amanda era cualquier cosa menos discreta.

—Creo que estamos retrocediendo —suspiró Hal.

—Bueno, al menos sabemos que quiere que la busquemos —señalé—. Eso es un gran paso adelante.

—Sí, pero ¿por qué quiere que la busquemos? —dijo Nia levantando el dedo índice para contar aquella primera incógnita.

—¿Y dónde? —Hal levantó dos dedos.

—¿Y qué pasa con la parte que falta de la postal? —Nia ondeó tres dedos en el aire.

—¿Y de dónde sacó dos mil quinientos dólares? —extendí cuatro dedos en alto.

—¿Qué? —dijo Nia.

Me di cuenta de que solo le había contado lo del dinero a Hal.

—Tengo que contarte algo más que hizo Amanda.

Pero antes de que pudiera decir nada, la madre de Nia apareció por la puerta de la sala de estar.

—A comer, chicos.

—Mamá, estamos... —protestó Nia.

Pero la señora Rivera no estaba para negativas.

—Venga —insistió.

Mientras pasábamos junto a la madre de Nia y entrábamos al comedor, intenté convencerme de que Hal se equivocaba al decir que estábamos retrocediendo. Ahora que sabíamos que Amanda quería que la buscáramos, habíamos dado un paso decisivo en la dirección correcta.

La pregunta era, al margen de si efectivamente era esa la dirección correcta, cuántos pasos nos quedarían por delante hasta llegar al final de aquel camino de baldosas amarillas.

Capítulo 23



Transcrito por lili28

Corregido por

Cuando terminamos de comer, pensé que tendríamos tiempo para hablar un rato más sobre Amanda, pero la madre de Nia dejó bien claro que la tarde del domingo quedaba reservada para hacer los deberes. Hal y yo comimos todo cuanto quisimos, pero después tuvimos que marcharnos. Así que, cuando nos despedimos, no habíamos hecho ningún plan sobre lo que yo ya empezaba a considerar como el Proyecto Amanda.

El lunes vi de lejos a Hal y a Nia, que estaban en el pasillo de humanidades. Aceleré el paso para tratar de alcanzarlos, ya que antes los había visto charlando en una de las mesas de la cafetería, pero no había podido acercarme a hablar con ellos. Últimamente, parecía que los únicos momentos en los que me sentía bien, como si no tuviera que fingir que era algo que no soy, era cuando estaba hablando con ellos de Amanda. Pero en cuanto entré en la cafetería, Kelli me saludó con la mano desde nuestra mesa de siempre, y Lee estaba sentado a su lado. No podía fingir que no los había visto, así que pasé de largo frente a Nia y Hal y me uní al grupo.

Me consoló ver que a Lee se le iluminó el rostro cuando me senté, como si se alegrara mucho de verme. Se inclinó hacia mí y me dijo:

—La noche del sábado fue increíble, ¿eh?

—¡Desde luego! —intenté animarme por haber escogido sentarme con ellos, pero en realidad mi respuesta había sido una mentira absoluta.

Cuando terminamos de comer, mis amigos tenían que ir en la dirección contraria a la mía, así que pude salir sin problemas detrás de Hal y Nia. Mientras caminaba, pasé junto a Bea Rossiter y, como siempre, mi estómago pegó un vuelco.

Aceleré el paso para dejarla atrás. Cuando le di un toque a Hal en el hombro, su entusiasta saludo borró todos mis pensamientos sobre Bea.

—¡Hola! Justo ahora iba a enviarte un mensaje —después bajó la voz—. Cuando acaben las clases vamos a quedar para comprobar las

direcciones que nos dio Amanda. Parece la mejor manera de empezar a buscarla. ¿Quieres venir?

—Seguro que tiene mejores cosas que hacer, Hal —dijo Nia, sin dignarse siquiera a mirarme a los ojos.

Por la forma en que lo dijo, me pregunté si me habría visto pasar antes junto a su mesa o si simplemente había decidido meterse conmigo sin venir a cuento. Al salir de su casa el día anterior, había pensado que las cosas habían mejorado entre nosotras; pero al parecer había sido demasiado optimista.

—No, la verdad es que no —repuse.

—Estupendo —o bien Hal había decidido ignorar las chispas que saltaban entre Nia y yo, o bien no se había enterado de nada—. Empezaremos por los apartamentos del centro. Sabes a cuáles me refiero, ¿no? A Los Riviera.

Había pasado miles de veces por delante del cartel que anunciaba los nuevos apartamentos de lujo de Orion.

—«Los Riviera: más que un lugar para vivir, son un modo de vida» —recité de memoria.

Hal se rió y, muy a su pesar, Nia también sonrió.

—¿Quedamos allí a las cuatro? —propuso Hal.

Al día siguiente tenía examen de historia para el que necesitaría clavar codos durante unas horas, y un montón de lecturas que preparar para ponerme al día.

—Perfecto —asentí alegremente—. Nos vemos a las cuatro.

El edificio de los apartamentos Riviera no tenía nada que ver con los demás que había en el centro de Orion. La calle mayor de la ciudad (que de hecho se llamaba Calle Mayor) estaba compuesta principalmente por edificios de madera y ladrillo, y ninguno tenía más de cuatro o cinco pisos de altura. Se produjo una enorme polémica cuando el ayuntamiento anunció el proyecto para edificar Los Riviera, que estaban pensados para ser una torre de cristal y acero de unos diez pisos de altura. Mi madre se involucró mucho en el asunto. Se refería al edificio como «la nuevayorkización de Orion»; pero, en mi opinión, la idea de que un solo edificio pudiera convertir a Orion en Nueva York era

absolutamente ridícula, teniendo en cuenta que las dos ciudades tenían tanto en común como yo con una supermodelo.

Al final, los promotores del proyecto tuvieron que conformarse con una torre de cristal de cinco pisos que parecía aún más fuera de lugar de lo que habría estado una de diez. Era como si alguien hubiera empezado a construir un maravilloso rascacielos de Manhattan y en el último momento hubiera cambiado de idea y se hubiera limitado a ponerle un techo a un pequeño edificio de cristal. Básicamente, te daba la impresión de estar mirando a una supermodelo preadolescente y achaparrada.

Cuando llegué con la bici, Nia ya estaba allí, apoyada en el parquímetro al que había encadenado la suya. Sentí un nudo en el estómago. Ojalá Hal hubiera llegado primero.

—Hola —dije al llegar junto a ella, mientras me bajaba de la bici.

—Ah, hola —no dijo nada más.

Soporté el silencio durante unos diez segundos, y después empecé a balbucear:

—Mi madre odiaba este edificio —al darme cuenta de que estaba hablando en pasado, me apresuré a corregirme—. Lo odia, quiero decir.

En caso de que Nia se hubiera dado cuenta de que había algo raro en mi dificultad para discernir entre el presente y el pasado, no lo hizo notar.

—La mía también —dijo.

¿Ahora éramos amigas? ¿Estábamos empezando a llevarnos bien? Me resultaba imposible comprender por qué a veces me hablaba tan bien y otras prácticamente me soltaba un ladrido. Traté de no tentar a la suerte diciendo algo más y, afortunadamente, Hal llegó poco después. Venía montado en una bici que era demasiado pequeña para él y, por lo que pude ver cuando desmontó, además era rosa.

—Perdón por llegar tarde —dijo, jadeante—. Tenía una rueda desinflada y no encontraba la bomba.

—¿Es la bici de tu hermana? —preguntó Nia levantando una ceja.

—Soy lo suficientemente hombre como para montar en una bici de chica —Hal retrocedió unos pasos para contemplar la cestita blanca y las borlas que colgaban del manillar.

—Desde luego —asentí—. Si alguien puede sobrevivir a una bici de chica, ese eres tú.

—Gracias, Callie —dijo Hal, y me dio una palmada en el hombro—. Agradezco tu confianza en mí.

—No olvides que ha dicho «si alguien puede...», lo cual no implica que sea posible —le recordó Nia.

—Ya, ya—dijo Hal mientras encadenaba la bici.

Los tres nos dimos la vuelta y nos pusimos a mirar el edificio. Finalmente, Nia rompió el silencio:

—Según dijiste, Amanda estaría viviendo con su madre en el piso piloto hasta que su apartamento estuviera listo.

—Eso es —dijo Hal—. Al parecer, pidieron toda clase de enseres importados de Europa.

Echamos a andar hacia el edificio. Las puertas automáticas de cristal se abrieron sin hacer ningún ruido, revelando un vestíbulo aún más lujoso de lo que me había imaginado. Del techo colgaba una gigantesca lámpara de araña con miles de piezas de cristal tintineantes, y el suelo estaba cubierto con losas de mármol de color rosa oscuro. Mi madre había arrugado la nariz cuando me dijo que era una hortería total, pero no pude evitar pensar que habría molado mucho vivir allí. ¡Tenían incluso un gimnasio y una piscina en la azotea!

Había un hombre sentado detrás de un escritorio de madera. Frente a él había una placa dorada que lo acreditaba como conserje. Al verlo, me pregunté cómo nos las arreglaríamos para subir a ver si, efectivamente, Amanda vivía allí.

Dado que yo era la más adelantada, fui la primera en llegar a la mesa del conserje. Hal y Nia llegaron detrás de mí unos segundos después. El hombre nos miró como si, después de unos zapatos llenos de barro, lo que más le molestara ver sobre los suelos de mármol fuera un grupo de adolescentes.

—Eh... Hola —saludé.

—Hola —respondió.

Aunque no creo que se alegrara demasiado al vernos aparecer por su immaculado vestíbulo, nos dirigió una amplia sonrisa. Me pregunté si se la habrían enseñado en la escuela de conserjes.

—Queremos, eh...

—Queremos ver el piso piloto —dijo Nia con el mismo tono serio y educado que utilizó en el despacho de Thornhill.

—¿Estáis buscando piso los tres? —preguntó el hombre, condescendiente.

—No, nuestros padres —dijo Hal rápidamente—. Hemos quedado con ellos aquí.

—Ya —dijo el hombre. Y para mi enorme alivio, señaló con el dedo hacia su izquierda—. En ese caso, coged el ascensor que está a vuestra derecha. Está en el cuarto piso, apartamento D.

El ascensor era tan pretencioso como el vestíbulo, cubierto con paneles de madera y con su propia lámpara de araña en miniatura. Cuando se abrieron las puertas en la cuarta planta, el pasillo me decepcionó un poco, pues con sus paredes de estuco y la moqueta industrial, parecía más bien el pasillo de un hotel que el de un edificio pijo de Nueva York. El apartamento D estaba muy cerca del ascensor y tenía la puerta entornada. De repente me di cuenta de que podíamos estar a pocos segundos de descubrir dónde vivía Amanda realmente, y el corazón empezó a latirme con fuerza. ¿Estaríamos a punto de resolver el misterio? Apenas abrimos la puerta, supe la respuesta:

No.

El apartamento piloto era un cruce entre una oficina y un bodegón. Las paredes de cristal proporcionaban una vista vertiginosa; podías ver la totalidad de Orion y las montañas que se alzaban al sur de la ciudad. El mobiliario era supermoderno, el salón tenía una tele de pantalla plana que era casi tan grande como la de Nia, y en el comedor había una mesa preparada hasta el último detalle para la cena. También había un puñado de revistas desperdigadas al azar sobre el sofá beis, como si alguien que viviera allí acabara de terminar de leerlas. Al lado de la puerta principal había una mesa con un fax y una pila de folletos en los que podía leerse: «Los Riviera: más que un lugar para vivir, son un modo de vida». Encima del texto había una foto del edificio iluminado

por la noche. Todo estaba immaculado, ni siquiera había una taza de café sobre el escritorio.

La idea de que alguien pudiera vivir allí era ridícula.

—¿Hay alguien? —dijo una voz, y al momento apareció una mujer rubia y muy atractiva. Vestía con una falda negra, muy ceñida, y con una chaqueta de color crema.

—Hola —dijo Hal.

—Ah, hola —saludó la mujer con voz alegre—. ¿Estáis buscando piso?

—No exactamente —admitió Hal—. En realidad nos hemos inventado una excusa para poder entrar.

—Que intrigante —dijo la mujer con voz melosa—. Un misterio.

—Sí, eso es—Nia tomó el mando de la conversación—. Estamos buscando a una amiga nuestra que nos dijo que vivía aquí.

—¿En Los Riviera? Entonces seguro que puedo ayudaros a encontrarla —la mujer nos dedicó una enorme sonrisa, como si no le importara que fuéramos tan tontos como para no pensar en utilizar la guía telefónica para localizarla. Me di cuenta de que esta mujer empezaba a irritarme.

—Vivía en este apartamento —interrumpí.

—¿En este? —la mujer nos miró a los tres uno a uno. Era evidente que había pasado de encontrarnos divertidos a desear que el conserje fuera más estricto a la hora de dejar pasar a la gente—. ¿Os dijo que vivía en el apartamento 4-D? Pero si aquí no vive nadie, es el apartamento piloto.

Enfatizó estas dos últimas palabras y las pronunció lentamente, como si pensara que nuestra confusión se debía a que no entendíamos bien nuestro propio idioma.

Aunque me cabreaba que fuera tan condescendiente con nosotros, no podía negar que lo que le decíamos era una locura, así que me di la vuelta para marcharme.

—Venga, chicos, vámonos—dije—. Esto es ridículo.

—Espera un momento —Hal avanzó un paso hacia la mujer—. Ella tenía nuestra edad, y era muy amigable. A veces llevaba ropa un poco extraña.

Para mi sorpresa, el rostro de la mujer se iluminó.

—Debéis de estar refiriéndoos a Chloe. Creo que dijo que se llamaba así. Llevaba una peluca azul... Ah, y también una rubia platino.

Me quedé de piedra. Era imposible que hubiera otra chica paseándose por Orion con pelucas de diferentes colores. Pero entonces...

—En realidad se llama... —empecé a decir, pero Nia me interrumpió.

—Así que conoce a Chloe —enfaticó el nombre y me miró de reojo.

La mujer recuperó su simpatía y se sentó en el borde de la mesa, balanceando una de sus bien torneadas piernas mientras nos sonreía.

—Bueno, yo no diría que la conozco. Pero su madre y ella estuvieron pensando comprar un apartamento aquí.

—¿Conoció a su madre? —preguntó Hal con ansiedad.

—Sí, claro. Yo... —empezó a decir, pero se detuvo y dejó la mirada perdida unos segundos—. Espera, ahora que lo mencionáis, las dos veces que estuvo aquí, su madre llamó mientras estábamos hablando para decir que no le daba tiempo a venir. Chloe se llevó un folleto de... Creo que era el ático. Era muy simpática. La segunda vez que vino, me trajo una galletita. ¿No os parece encantador?

—Sí, encantador —dijo Nia con sarcasmo—. ¿Y nunca dijo nada de volver con su madre o de por qué no había podido venir?

—Lo siento, no lo recuerdo —la mujer negó con la cabeza—. Puede que dijera algo del trabajo, pero creo que me lo estoy inventando. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, nada —respondió rápidamente Nia.

—Bueno, supongo que no entenderíais bien lo que os dijo —la mujer se levantó y dio una palmada, como si celebrara que hubiéramos resuelto el misterio—. Debió de deciros que estaba mirando el apartamento piloto porque su madre y ella estaban pensando en vivir aquí. Pero se refería a vivir en el edificio, no en este apartamento concreto —soltó una

risita y abarcó con un gesto el immaculado apartamento en que nos encontrábamos—. Supongo que sabéis lo que quiero decir.

—Por supuesto, ya está claro —dijo Nia. Su voz seguía cargada de sarcasmo—. Muchas gracias por su tiempo.

—Ha sido un placer conocerlos —la mujer nos estrechó la mano uno por uno—. Puede que vuelva a verlos si vuestra amiga y su madre terminan mudándose aquí.

—Puede—dije.

Nia y yo la despedimos con la mano, pero Hal estaba demasiado confuso por lo que había pasado como para pensar en ser educado. Cuando llegamos al ascensor, pulsó con enfado la flecha que apuntaba hacia abajo y no dijo una sola palabra mientras cruzábamos el vestíbulo de camino a la calle. Cuando llegamos donde habíamos dejado las bicis, se montó directamente en la bici rosa de su hermana y exclamó:

—¡A Comfort Inn! —y después salió disparado calle abajo.

El camino era bastante llano y no resultaba duro, pero Hal iba tan rápido que al final llegamos todos jadeando al aparcamiento del Comfort Inn. Había pasado millones de veces junto a ese lugar, pero nunca lo había visto tan de cerca, y debo reconocer que era mucho más cutre de lo que me había imaginado. En serio: si Amanda estaba viviendo allí, prefería no saberlo.

—No sé si seré capaz de entrar —dijo Nia al contemplar la pintura descascarillada de la fachada y los hierbajos que asomaban entre las grietas del asfalto—. Este sitio es deprimente.

Para mi alivio, Hal nos propuso que le esperásemos fuera mientras él entraba para hablar con el gerente. Cinco minutos después, cuando Hal salió negando con la cabeza, no supe si me sentía aliviada o decepcionada por haber llegado a otro callejón sin salida.

—El tipo pensaba que le estaba tomando el pelo —dijo—. Tengo la impresión de que esto no es precisamente un hotel familiar.

—¿Le describiste cómo era Amanda? —preguntó Nia.

—No, no se me ocurrió —si ya estaba frustrado por la experiencia en Los Riviera, ahora estaba completamente fuera de sus casillas—. Solo le

dije que buscaba a una chica llamada Amanda Valentino, pero no quise decirle nada más.

—Es posible que...

—Olvidalo, Nia —dijo Hal—. Amanda no hizo más que jugar con nosotros. Somos idiotas por pensar que algo de lo que haya hecho o dicho pudiera tener sentido.

—Hal, no... —estaba a punto de decirle que no pagara su frustración con Nia, pero antes de que pudiera terminar la frase, me interrumpió.

—Olvidadlo. Olvidad todo lo que he dicho desde que empezó este asunto. Y olvidaos también de Amanda. Al menos, eso es lo que pienso hacer yo.

Un segundo después, salió disparado por la ruta 10 a una velocidad que no habría creído posible conseguir con una bici rosa de niña.

—Guau —Nia se quedó mirando cómo desaparecía por el horizonte.

—Guau —repetí—. Se ha cabreado de verdad.

—Ya ves.

—¿Crees que...? —vacilé un instante, pensando en todos esos retratos de Amanda que Hal tenía en su cuaderno—. ¿Crees que había algo entre ellos?

—No, no puedo imaginarme a Amanda como la novia de nadie. Aunque sé...

La voz de Nia se apagó, y me di la vuelta para mirarla. Estaba jugueteando con el manillar de su bici, mirándolo como si fuera la cosa más fascinante del mundo.

—¿Qué? —pregunté al ver que no terminaba la frase.

—Sé cómo se siente —una vez que dijo la frase, Nia pareció relajarse lo suficiente como para mirarme a los ojos—. No quiero volver a la vida que llevaba antes de conocer a Amanda.

Estábamos hablando de algo muchísimo más serio que vestidos y maquillajes la afirmación de Nia era tan cruda que tuve miedo de responder. Estaba segura de que si le decía que yo me sentía igual, me

respondería algo como: «¿Qué sabrás tú?». Así que no quise estropear la situación.

—Ya —terminé diciendo.

Nia colocó un pie sobre el pedal de la bici.

—No conoces a nadie que se llame Chloe, ¿verdad?

Empecé a recordar la lista de mis compañeros de clase y negué con la cabeza.

—No creo que haya nadie que se llame así en nuestro curso.

—Bueno, tengo que volver a casa —dijo—. Se está haciendo tarde.

Pensé en la casa de Nia, en las risas y coqueteos de sus padres, en el tío bueno de su hermano, en la deliciosa cena que la estaría esperando.

—Sí, yo también debería volver —me pregunté si la calefacción estaría encendida siquiera.

—Vale, pues...adiós —dijo Nia. Se impulsó sobre los pedales y empezó a alejarse.

—Adiós —le dije mientras salía pedaleando detrás de ella.

Me di cuenta de que no habíamos dicho nada sobre proseguir la búsqueda de Amanda.

¿Pero de qué habría servido?

Cuando llegué, la casa estaba fría, pero percibí el olor de la calefacción, así que supe que al menos la caldera estaba funcionando. Había luz por debajo de la puerta del sótano, pero como no tenía ganas de ponerme a lidiar con mi padre, me fui directa a mi habitación. Me sentí abrumada por la cantidad de cosas que tenía que estudiar, y que no había hecho antes para poder realizar esa búsqueda que había resultado ser una completa pérdida de tiempo. Amanda había contado tantas mentiras que, de no ser por Hal y por Nia, hubiera creído que todo había sido un producto de mi imaginación. Puede que hubiera empezado a preocuparme, no por su desaparición, sino porque siquiera hubiese llegado a existir.

Al llegar a lo alto de las escaleras, vi que había luz en mi habitación, y me enfadé mucho conmigo misma por haberme olvidado de apagar la lámpara de lectura. Lo último que le hacía falta a mi padre era una factura de la luz desmesurada. Una cosa era que nos cortaran la calefacción —al fin y al cabo, la primavera ya estaba cerca—, y otra muy distinta que nos cortaran la luz.

Pero cuando abrí la puerta de mi habitación, me di cuenta de que la luz no provenía de la lamparita, sino de un diminuto árbol de Navidad de aluminio que estaba encendido en mitad de mi cama. Solté un grito ahogado. Porque allí, debajo del árbol, había un sobre morado con el dibujo de un coyote en la esquina superior izquierda.

Capítulo 24



Transcrito por Laura

Corregido por Coni

Abrí el sobre con las manos temblorosas. Dentro había una hoja de papel doblada por la mitad, y al abrirla cayeron sobre la cama media docena de hojas prensadas y un puñado de pétalos de flores. La hoja contenía un collage formado por dibujos y trocitos de plantas que se entrelazaban para formar un marco alrededor de una cita escrita con una caligrafía grande y hermosa. Decía:



Debajo, con la letra de Amanda, ponía:

La cita es de Edmund Burke, pero los dibujos son de Beatrix Potter. Al igual que Beatrix (Beatrice, Bellatrix) los guerreros caemos, pero después nos alzamos de nuevo.

Por primera vez desde que el subdirector Thornhill me había llamado a su despacho, sentí un profundo y verdadero miedo. El corazón me retumbaba en el pecho y mi cerebro solo fue capaz de formular un pensamiento una y otra vez: «¿Cómo lo sabe?».

La noche del 21 de diciembre, la más larga del año, estaba lloviendo con fuerza. Las ramas del manzano del jardín estaban cubiertas de escarcha y golpeaban las ventanas de mi habitación, como si estuvieran intentando entrar. Antes me encantaban las noches frías y lluviosas de diciembre. Mi padre encendía la chimenea en el salón, preparaba un ponche y nos sentábamos a esperar a que se fuera la luz (cuando vives en el campo, te acostumbras a que haya cortes en el suministro durante las tormentas invernales). Cuando se iba, encendíamos velas y nos poníamos a leer o a ver una película en el portátil de mi madre hasta bien entrada la noche. Después subíamos al piso de arriba con las velas, como si fuéramos personajes salidos de *La casa de la pradera*. Pero desde hacía dos meses, mi casa ya daba bastante repelús sin necesidad de que se fuera la luz, y sentarme en mi habitación con una vela para intentar leer solo conseguía que pensara en cómo sería mi vida si finalmente despedían a mi padre (por entonces aún tenía trabajo, pero faltaba a menudo y algunas veces, cuando llegaba del Endeavor, le oía discutir a voces por teléfono con su jefe). Así que cuando oí que alguien llamaba a la puerta principal, mi primera impresión fue que había escuchado a un fantasma. Sé que parece una locura, pero si hubierais estado allí para sentir la inquietante atmósfera de aquella noche, seguro que también lo habríais pensado.

La persona que había llamado debió de darse cuenta de que la puerta no estaba cerrada, y de pronto escuché una voz que repetía mi nombre, acompañada de un llanto. Cogí la vela y bajé corriendo las escaleras, pensando que sería mi madre. Pero era Heidi. Estaba calada hasta los huesos y sollozaba, me abrazó en cuanto me vio y siguió repitiendo mi nombre sin parar.

Nunca había visto a Heidi tan histérica. Ni siquiera cuando se hizo un corte enorme en el dedo con un cúter en clase de dibujo. En esa ocasión, se acercó tranquilamente a la señora Rose con el dedo en alto, que no paraba de chorrear sangre, y le preguntó si podía ir a la enfermería. Por eso, la mezcla entre sus sollozos y su aparente desorientación me hicieron pensar que alguien habría muerto, así que la abracé y empecé a consolarla, diciéndole que todo iría bien, aunque en realidad no sabía de qué estábamos hablando.

Finalmente, se apartó de mí y empezó a caminar hacia el oscuro salón. Sin dejar de llorar, dijo:

—Callie, tienes que ayudarme —llevaba un pañuelo de papel en la mano, y empezó a rasgarlo mientras caminaba.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. Tenía los brazos fríos y húmedos por el contacto con la chaqueta de Heidi.

Se sentó en el borde del sofá, pero en lugar de responderme, miró a su alrededor. Seguí su mirada, y aunque ya había visto mil veces mi salón, parecía diferente al verlo a través de la inquisitiva mirada de Heidi.

Todo estaba a oscuras porque se había ido la luz, pero mi padre había dejado unas cuantas velas encendidas sobre la mesa del comedor. La luz que emitían, sumada a la de la vela que llevaba yo, iluminaban la habitación lo suficiente como para ver perfectamente el desastre en que se había convertido mi casa.

Poco después de que se marchara mi madre, mi padre se emborrachó y despidió a la asistenta, que a veces se encargaba de prepararnos la comida cuando mis padres volvían tarde del trabajo. Desde que se había ido, nadie había limpiado, nadie había ventilado la casa, así que olía a cerrado y a humedad. Más recientemente, mi padre había dejado de abrir y de clasificar la mayor parte del correo, que ahora estaba apilado en la mesa del café que había junto al sofá, acompañado de facturas, revistas, folletos, ofertas de tarjetas de crédito gratuitas y catálogos. Había intentado reducir la pila de platos sucios, pero había al menos dos vasos de vino en el suelo y otro en la mesa del comedor, al lado de una botella de vino vacía. Y aunque la casa no estaría llena de palos y ramas hasta mucho después, ya había unas cuantas, con formas extrañas, apoyadas en las paredes, así como un puñado de planchas de madera amontonadas junto a la oscura chimenea.

—Heidi, ¿qué ha pasado? —volví a preguntarle, aunque esta vez lo hice más por evitar que siguiera mirando mi casa que porque quisiera saberlo.

Cuando finalmente dejó de llorar, Heidi habló sin mirarme a la cara.

—Ha habido un accidente.

Pensé en los padres de Heidi y en su hermano pequeño. ¿Puede que alguno de ellos hubiera...?

—Dios mío, Heidi, ¿están todos bien?

—No lo sé —dijo, y ahora sí se giró para mirarme—. No me quedé a comprobarlo.

—Espera... ¿Qué?

Había supuesto que se trataba de un accidente de coche, pero Heidi no conducía, así que no habría tenido por qué detenerse a comprobar nada. ¿Habría pasado algo en su casa? Pero, en ese caso, habría sido más lógico que Heidi me llamara en lugar de venir corriendo hasta mi casa.

—Mira, Heidi, no entiendo nada. ¿Qué clase de accidente ha ocurrido?

Me miró fijamente y dijo:

—Cogí el coche de mi padre y salí a dar una vuelta.

—¿Que le cogiste el coche? —mi voz salió como un chillido. Me imaginé a Heidi al volante del BMW biplaza de su padre.

—¡No empieces a darme la charla, Callie! Ya he conducido otras veces. Además, el año que viene tendré el permiso. Sé conducir bien, ¿vale? —Heidi me lanzó una mirada furiosa y me encogí contra el sofá.

—Claro —dije rápidamente—. Estoy segura de que sí.

—No fue culpa mía. Estaba muy oscuro y debía de haber algo de hielo en la carretera, por la tormenta, así que el coche... patinó, y yo intenté girar el volante hacia el otro lado. Pero entonces... entonces ocurrió.

Heidi empezó a llorar otra vez, y como ya no me lanzaba esa terrorífica mirada, sentí mucha pena por ella. ¿Cuántas veces se habrían llevado mis padres por delante a un perro, o incluso a un ciervo, porque no les había dado tiempo a hacer un giro brusco? ¿Cuántos animales muertos habría visto en la carretera? Siempre me había preguntado cómo debes sentirte en un momento tan terrible como ese, cuando escuchas el golpe producido por una pobre criatura peluda que termina bajo las ruedas de tu coche. Sentí un picor en los ojos. Pobre Heidi.

—Lo siento muchísimo, Heidi —le dije, sintiéndome culpable por la forma en que había reaccionado al saber que había cogido el coche.

Heidi era mi amiga y necesitaba mi comprensión, no que la juzgara. Me acerqué hasta ella, la rodeé con el brazo y apoyé mi barbilla en su hombro.

—Lo siento de veras. Has debido de pasar un rato horrible.

Heidi seguía llorando, con tanta fuerza que no sabía si habría escuchado lo que le había dicho. Estaba a punto de repetírselo cuando me di cuenta de que estaba intentando decir algo entre los sollozos.

—Yo... yo... yo... —balbuceó.

—¿Qué? —le di un apretón en el hombro y luego una palmada en la espalda.

—Creo que vio el coche —al decirlo, pareció aterrorizada—. Y creo que lo reconoció.

—¿Pero cómo podría...? —no terminé la frase. Me había dado cuenta de que los animales no pueden reconocer los coches que los atropellan.

—Heidi, ¿con qué has chocado? —mi voz era suave y tranquila.

Aparté el brazo y me estremecí ligeramente al sentir que el agua fría empezaba a filtrarse por mi jersey. Heidi se incorporó, puede que al percibir el cambio en mi tono de voz.

—He atropellado a Beatrice Rossiter. Iba montada en bici, supongo que volvería a su casa de uno de esos clubs para frikis a los que pertenece. Le di un golpe y creo que me vio.

Aquello no podía estar pasando. No podía ser que Heidi me estuviera contando de verdad que había atropellado a alguien y había salido huyendo. La gente no hace esas cosas. ¿Verdad?

—Heidi, tenemos que llamar a alguien. Tenemos que llamar a los de emergencias para que les digas dónde encontrarla. Ni siquiera tenemos que dar nuestros nombres —no podía creerme que fuera capaz de pensar de una forma tan práctica y serena. Heidi se levantó.

—¿Estás loca? ¿Has perdido la cabeza? ¿Crees que no rastrearán una llamada como esa? Podría ir a la cárcel, Callie. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que me pase la vida en la cárcel solo porque...?

La coraza con la que me había protegido hasta entonces se rompió y entonces empecé a gritarle yo a ella:

—Acabarán descubriéndolo de todas formas, Heidi. La poli no necesita llamadas telefónicas para rastrear casos así. Pueden comprobar... abolladuras en la carrocería, restos de pintura o huellas de neumáticos.

Ahora era Heidi la que parecía la reina de hielo.

—El coche está bien. Lo he comprobado. He vuelto a dejarlo en el garaje y no se nota que haya tenido ningún accidente.

—¿Pero y si Bea está...? —no pude terminar la frase, pero Heidi sí.

—No lo está, ¿vale?

—¿Cómo lo...?

—No lo está. Olvida eso. Seguro que está bien. Se daría un golpe en la cabeza y volvería a su casa para ponerse hielo o algo así. ¡Y no pienso perder la oportunidad de sacarme el carné, o algo peor, por culpa de un estúpido accidente sin importancia!

Heidi terminó la frase con un gruñido, y la expresión de su rostro me dio miedo. Me había puesto de pie a la vez que ella, y ahora retrocedí unos pasos.

—¿Por qué has venido aquí?

—Necesito que me cubras, Callie. Si alguien te pregunta, tienes que decir que estuve aquí contigo toda la tarde y toda la noche.

Pensé que Kelli y Traci vivían mucho más cerca de Heidi que yo, y que le habría resultado mucho más fácil ir a casa de alguna de ellas para pedirles que la encubrieran. En cambio, había venido caminando o en bici durante cinco kilómetros para llegar hasta mi casa. ¿Por qué? No pude evitar preguntárselo.

—¿Por qué me lo pides a mí, Heidi?

Entonces, a pesar de que la oscuridad me impedía ver bien su rostro, lo supe. Heidi se había dado cuenta. Se había dado cuenta de que estaba pasando algo raro en mi familia, de que si mi madre no venía a recogerme a su casa no era porque estuviera siempre «muy ocupada», de que había una razón por la que nunca veníamos a mi casa, una razón por la que el césped tenía ese aspecto las pocas veces que su madre y ella habían venido a recogerme. Nunca me había dicho nada, nunca me había preguntado si me ocurría algo, si estaba bien. Pero

había archivado la información hasta que pudiera serle útil, y ahora era el momento apropiado. Porque ¿cómo habría podido irrumpir en casa de Kelli o de Traci gritando como una histérica sin que se enterasen sus padres?

Las dos nos quedamos calladas. Heidi echó un último vistazo a la habitación antes de volver a mirarme.

—Somos amigas, Callie —dijo—. Y las amigas se ayudan entre sí.

Atravesó la habitación y me abrazó.

—Gracias, Callie —dijo—. Eres la mejor.

Y dicho esto, se marchó.

Cuando me quise dar cuenta, había roto en pedazos el collage y lo había tirado a la basura, como si los dibujos de Beatrix Potter me quemaran los dedos.

¿Cómo pudo Amanda haber descubierto que era Heidi quien había atropellado a Beatrice Rossiter con el coche? Era imposible. Solo lo sabíamos Heidi y yo, y la forma en que Heidi hablaba a veces de Bea me hacía preguntarme si recordaría siquiera lo que había hecho.

Volví a leer la cita: «Lo único que hace falta para que el mal triunfe...». Lo que había hecho Heidi era malo. Sin duda. Pero lo que yo había hecho, también.

Si Amanda quería encontrar a una persona buena, más le valdría buscar por otro lado. Yo estaba a mil kilómetros de ser buena.

¿Y por qué habría hablado Amanda de Bellatrix? La única Bellatrix que conozco no tiene nada que ver ni con Beatrice Rossiter ni con Beatrix Potter. Es la tercera estrella más brillante de la constelación de Orión, y su nombre significa «guerrera».

De repente se me ocurrió algo. Con el corazón acelerado, me levanté y me acerqué corriendo a mi escritorio. Empecé a rebuscar en el caótico cajón de la mesa en busca de mi planisferio. ¿Podría ser? ¿Sería posible? Giré la rueda exterior hasta llegar a la fecha de hoy, pero no ponía nada de Orión ni de Bellatrix.

—¿Qué estás intentando decirme? —grité a la habitación vacía.

Aquello era una frustración constante. Volví a la cama y empecé a revisar el planisferio de punta a punta. Todas las estrellas que no eran Bellatrix aparecían y desaparecían, se alzaban y caían.

La tercera vez que giré el planisferio hacia delante, me pasé y aterricé en la noche del día siguiente. Justo era ese el momento, entre las once y las doce, en que Bellatrix desaparecería por el oeste.

De repente, supe exactamente dónde encontraría a Amanda.

Capítulo 25



Transcrito por Susana

Corregido por Coni

En noviembre tuvimos que aprendernos de memoria el discurso de Julieta en clase de inglés. «¡Galopad con brío, fogosos corceles, hacia la morada del Febo!» Habla de que está deseando que llegue la noche porque se muere de ganas de reunirse con Romeo. Lee puso las manos sobre mi libro y escribió en el margen «LF y CL = R y J», y lo rodeó con un corazón. Aquel día estaba ansiosa por que llegara el viernes, ya que había quedado con él para ir al cine, y me pareció comprender perfectamente los sentimientos de Julieta.

Pero estaba claro que no había entendido nada.

Los segundos de aquel martes parecían horas. Y cada hora parecía un mes. Normalmente no me daba tiempo a terminar los exámenes de biología, pero ese día no solo lo terminé, sino que me sobró tiempo para repasarlo varias veces.

Doce horas más. Nueve horas más. Cuando vi a Nia y a Hal en el pasillo, de camino al gimnasio, me alegré de que no habláramos en el instituto, y no porque temiese que si me veían con ellos aquello fuera el equivalente a un suicidio social. El problema era que no podría fingir que estaba preocupada por el paradero de Amanda, porque sabía dónde estaba (o dónde estaría en cuestión de unas horas). Aquella noche iba a ser muy emocionante porque iba a reencontrarme con Amanda. Y solo estaríamos las dos. Me había dejado un mensaje y, aunque fuera una postura mezquina e inmadura, no podía evitar sentirme orgullosa de que me hubiera escogido a mí. Vale, también había sido amiga de Nia y de Hal, no estaba intentado negar eso. Todos éramos sus supuestos guías. Puede que ella se saltara las clases para pasar el día con Hal en Baltimore, o para ir de tiendas con Nia en busca de roba estilo *vintage*. Pero en último caso, ella y yo teníamos algo especial, algo que no tenía con nadie más.

El sol se había pasado todo el día jugando al escondite con las nubes, pero al atardecer el cielo estaba cubierto por una gruesa capota gris. Todo apuntaba a que me iba a tocar una noche pasada por agua en lo alto de la colina Crab Apple, así que decidí que no me llevaría el

telescopio si se cumplían mis predicciones. Al fin y al cabo, mi intención tampoco era ponerme a mirar las estrellas. A eso de las siete empezó a chispear, y no tardó en ponerse a llover a cántaros. Me hice una nota mental para acordarme de coger el enorme chubasquero amarillo de mi madre del vestíbulo de la entrada. Pero media hora después asomé la cabeza por la puerta trasera y vi que el cielo estaba despejado y que las estrellas brillaban sobre el inmaculado manto oscuro que cubría nuestra casa. Parecía que tuvieran un mensaje para mí.

Y en cierto modo, así era.

Cuando llegué a casa, me pareció oír deambular a mi padre por su taller, pero no bajé a comprobarlo. Después de la pelea que habíamos tenido la semana anterior en la supuesta casa de Amanda, apenas nos cruzábamos. No sé si me estaba evitando o si era yo la que lo hacía, pero, en cualquier caso, el resultado era el mismo: nos estábamos manteniendo alejados el uno del otro. Lo sorprendente de esa noche, en comparación con todas las demás que llevábamos viviendo en extremos opuestos de aquella especie de zona privada desmilitarizada, fue que cuando bajé sobre las nueve a hacerme un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, había comida preparada en la cocina.

Al principio pensé que sería una cacerola sucia, pero como no lo había visto cuando me había hecho el desayuno por la mañana, deduje que alguien había tenido que usarla recientemente. En ella había unos restos de macarrones con queso. Intenté recordar cuándo había sido la última vez que habíamos comido algo que requiriese ingredientes perecederos como leche y huevos; pero no lo conseguí.

Durante un tiempo después de que mi madre se marchara, muchos amigos y vecinos habían venido a traernos cosas como cazuelas, paquetes de provisiones, tartas y galletas. Era como si hubieran decidido que lo más fácil era actuar como si, en lugar de marcharse, mi madre hubiera muerto. Pero en una ocasión, una de las vecinas, Cara Marks, le había hecho demasiadas preguntas a mi padre cuando vino a dejarnos una ensalada de guisantes, y lo siguiente que recuerdo es a mi padre echándola a patadas por la puerta junto con su vajilla.

No hace falta decir que, después de eso, la comida había dejado de llegar.

Y al parecer había vuelto, pero no tenía ganas de analizar el porqué. En lugar de eso, envolví mi comida y volví al piso de arriba. Aún tenía unas

horas por delante hasta mi cita con Amanda, pero no quería correr ningún riesgo. Ella solo había leído el planisferio una vez, la noche de enero que fuimos a ver las estrellas, así que no era descabellado pensar que hubiera malinterpretado la hora, o que no fuera consciente de que las estrellas tardan muy poco tiempo en desaparecer por el horizonte. Así que fui a mi habitación y revisé la mochila. Linterna. Planisferio. Móvil. Llave. Cuando estuviera frente a Amanda, le haría miles de preguntas.

Quería conocer todas las respuestas.

Puse la tetera a hervir, y cuando volví al piso de abajo, ya estaba silbando. Por si acaso se ponía a llover otra vez, metí un jersey de sobra en la mochila junto con el chubasquero de mi madre. Llené el termo con agua, le añadí cacao en polvo y giré la tapa; después lo guardé y me eché la mochila al hombro. El cuerpo me vibraba por la emoción del encuentro. Mientras cogía el telescopio de mi madre, me pregunté si debería dejarlo una nota a mi padre. Aunque durante los últimos meses no parecía importarle en absoluto dónde me metía, no era imposible que le diera por subir a mi habitación a ver cómo estaba.

¿O sí lo era?

Una vez más, no tenía sentido que le dijera adónde iba:

(Querido papá, he ido sola a sentarme en una colina a medianoche. No me esperes despierto. Te quiero, Callie.)

Tampoco me hacía gracia la idea de mentirle. Así que ¿qué podía decirle en la nota?

El telescopio pesaba bastante y ya se me empezaba a clavar en el hombro. Aquel debate interno estaba durando demasiado. Pensé que lo último que necesitaba era que mi padre llamara a la poli en un ataque de pánico, porque para una vez que hubiese decidido interesarse por mí en todos esos meses, no me hubiera encontrado en mi habitación. Así que escribí apresuradamente una nota y la dejé sobre la mesa de la cocina. Aunque era un poco imprecisa, parecía perfectamente creíble:

Papá, he quedado con una amiga y volveré tarde.

C.

Después de escribirla, la releí un par de veces, preguntándome si alguien que viera la nota la encontraría extraña, o si a partir de aquella simple frase podrían saber lo mucho que nos habíamos distanciado mi padre y yo en los últimos meses. Durante unos instantes pensé en añadir algo (¿«Te quiero. C.»?), pero decidí dejarlo. Con los problemas que últimamente teníamos mi padre y yo, ¿qué podría cambiar una palabra más o menos?

La lluvia había dejado un agradable olor a tierra mojada. Podía sentir todas las flores y semillas que había bajo el suelo, preparándose para emerger de entre la tierra.

Sentí un zumbido extraño que me inundaba la cabeza, y ni siquiera el peso del telescopio y de la mochila pudieron frenar mi paso. Eran casi las nueve en punto. Quedaban dos horas. Coloqué el telescopio en lo alto de la colina. Como estaba falta de práctica, tardé más de lo que esperaba en localizar Bellatrix. Pero cuando la encontré, con su luz blanca y azulada, que brillaba en el cielo de la noche, sentí una oleada de alegría no comparable con nada que hubiera sentido en mucho tiempo. Era como si Bellatrix me hablara, como si su brillante luz fuera una promesa: «Amanda va a venir. Amanda va a venir».

Durante la siguiente hora, me pareció oler el perfume de Amanda un par de veces. En una de ellas, incluso me levanté y me puse a llamarla, pero no hubo respuesta. A las diez y cuarto, empecé a sentirme un poco inquieta. No soy de esas personas que tienen miedo a la oscuridad — nada más lejos—, pero se estaba haciendo tarde y yo estaba allí sola en medio de ninguna parte. Era como para ponerse a tiro de cualquier chalado que pudiera pasar por allí.

De repente, oí que alguien ascendía por la colina, alguien que avanzaba a toda velocidad. Por un segundo, sentí que el corazón me retumbaba en la garganta. Me giré hacia la dirección de la que provenía el sonido.

—¡Amanda! —grité.

Una cabeza apareció sobre la cima de la colina, pero no era la de Amanda. Era la de Hal.

—¿Callie? —preguntó. Llevaba puesto un jersey grueso, como si él también hubiera planeado pasarse una buena parte de la noche a la intemperie.

—¿Hal? —mi desilusión me hizo adoptar un tono rudo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... —miró a su alrededor de forma casi frenética—. Se supone que iba a encontrarme con...

Pero antes de que terminara la frase, escuchamos unas pisadas que ascendían cuidadosamente por el otro lado de la colina. Con un tremendo alivio, volví a darme la vuelta para encarar ese nuevo sonido. Puede que no fuera la reunión privada que esperaba, pero al menos iba a venir.

—¿Amanda? —dijo una voz.

Una voz que, evidentemente, no era la de Amanda.

Un segundo después, Hal, Nia y yo nos mirábamos en lo alto de la colina.

—Amanda me dijo que... —Nia estaba jadeando por la subida.

—¿Te llamó? —preguntó Hal.

Nia negó con la cabeza y levantó una mano. Hal se giró hacia mí.

—¿Y a ti qué te dijo? —preguntó.

Por su voz parecía aún más decepcionado que yo, si es que eso era posible, y volví a preguntarme si Amanda y él habrían sido algo más que amigos.

—Me dijo que me reuniera aquí con ella —dije. Estaba tan frustrada que podría haberme echado a llorar—, cuando Bellatrix desapareciera del horizonte.

—¿Qué es eso de Bellatrix? —preguntó Nia, que había recuperado el aliento—. Su nota no hablaba más que del misterio permanente de Bellatrix, y ni siquiera sé lo que es. —Nia también estaba enfadada, y golpeó un arbusto cercano con el brazo.

—Ella... —me temblaba la voz, así que tuve que aclararme la garganta para poder continuar—. ¿Os dijo que si veníais aquí resolveríais el misterio de Bellatrix?

—¿Qué carajo está pasando aquí? —preguntó Hal. Como nadie respondió, volvió a decirlo—. ¿Qué carajos pasa aquí? ¿Dónde está Amanda?

En ese momento me di cuenta de que Amanda no iba a venir. Era una certeza tan clara y definida como la propia Bellatrix; brillaba en el centro de mi cerebro con la misma intensidad blanca y azulada.

Amanda no nos había reunido allí para que pudiéramos verla. Nos había traído para que Nia y Hal pudieran verme a mí.

Me dejé caer sobre el suelo empapado.

—Amanda no va a venir —dije.

—¿Qué? —dijo Nia entre dientes.

— Amanda no va a venir —repetí.

—¿Me dejaste tú esta nota? —preguntó Nia, que dio un paso adelante y empezó a agitar un trozo de papel delante de mis narices.

—Tranquilízate, Nia —dijo Hal—. Sabes perfectamente que fue Amanda quien te la dejó.

—¿Y para qué? —exclamó Nia, y por un instante pensé que iba a echarse a llorar—. ¿Qué sentido tiene dejarnos notas para decirnos algo sobre un estúpido misterio que se supone que debemos resolver, si después no piensa aparecer?

—El misterio no es de Amanda —dije con voz cansada y apagada.

—¿Qué? —dijo Nia—. ¿De qué estás hablando?

—El misterio no es de Amanda —repetí—. Es mío. De alguna manera, Amanda lo ha descubierto y ahora quiere que haga algo por resolverlo y que vosotros seáis mis testigos —aunque mis palabras parecieran una locura, en cuanto las pronuncié supe que eran ciertas.

—Y qué, ¿vas a resolver el misterio de Bellatrix? —dijo Nia con voz maliciosa.

La miré, y esta vez pude responder con más firmeza que unos minutos antes.

—No —dije—, no es Bellatrix. Es Beatrice. Voy a resolver el misterio de Bea Rossiter.

Cuando terminé de contarles la historia, Hal y Nia se quedaron callados durante mucho tiempo. Después, Hal soltó un larguísimo silbido.

—¿Cómo lo descubrió Amanda? —preguntó Nia.

—No tengo ni idea —respondí levantando la cabeza, que hasta entonces me había cubierto con las manos.

—Sabes que tienes que ir a la policía, ¿verdad? —dijo Nia—. Estamos hablando de un crimen grave. Y tú... tú eres prácticamente cómplice de lo que ha pasado. Por Dios, Callie, ¿en qué estabas pensando?

—Gracias por tu apoyo. —Volví a bajar la cabeza.

Nia estaba siendo brusca y agresiva como de costumbre, pero Hal me habló con suavidad y dulzura.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—No sé qué se supone que debo hacer —dije—. No sé si debería ir a la policía. Puede que Amanda hubiera pensado otra cosa.

—¡Esto es una mierda! —exclamó Nia.

—Tranquila, Nia —dijo Hal.

Durante todo el tiempo que estuve hablando, Hal estuvo con la mirada perdida en el cielo, como si me escuchara pero, al mismo tiempo, esperase que Amanda apareciera. Ahora se dio la vuelta y se acercó para sentarse a mi lado.

—Siento mucho que ocurriera. Siento que te ocurriera a ti.

Nia soltó un bufido.

—No le ocurrió exactamente a ella. Le ocurrió a Bea.

—Nia, cállate de una vez, ¿vale? —dijo Hal. Y, para mi sorpresa, Nia le hizo caso.

Hal estaba tan cerca de mí que nuestras rodillas casi se tocaban. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había puesto a llorar hasta que Hal me tocó la mejilla con la mano, dejando un ligero rastro de humedad.

—Escucha —dijo con serenidad—. Vas a hacer lo correcto.

Ahora fui yo la que resopló.

—Sí, lo malo es que no tengo ni idea de lo que es.

—Lo descubrirás —dijo Hal, y después añadió con más aspereza—: ¿Verdad, Nia?

—¿Por qué me incluyes en este festival de condolencias? —preguntó Nia—. Yo no tengo ni idea.

Al ver que Hal y yo nos quedábamos callados, añadió:

—Sí, ya pensarás en algo, Callie —se produjo otro silencio y después Nia dijo, con más tranquilidad—: Debió de ser muy duro cuando apareció en tu casa.

Yo asentí.

—Lo fue —dije—. De verdad que sí.

Un segundo después, y para mi sorpresa, sentí que Nia me daba un apretón en el hombro. Los tres nos quedamos en silencio durante un rato más. Finalmente, Hal dijo:

—Me alegro de que nos lo hayas contado.

—Bueno, en realidad fue ella la que me empujó a decíroslo —dije.

La voz de Nia llegó desde algún punto incorrecto en la oscuridad.

—Te entiendo. Ella quería que pudieras confiar en nosotros, y de alguna manera forzó la situación para que fuera así.

—Y no es que te lo pusiéramos precisamente fácil —dijo Hal con una sonrisa, que pude percibir a pesar de la oscuridad.

—Bueno, puede que alguno te lo pusiera más fácil que otros —añadió Nia, y también pude notar una sonrisa en su voz.

—Puede —dije, y volvimos a quedarnos en silencio; pero esta vez no fue un silencio incómodo.

—Vamos para abajo —Hal se levantó y se sacudió los vaqueros—. Amanda no vendrá esta noche.

Por su voz, pude ver que había aceptado la evidencia de que aquella noche tampoco la veríamos.

—Sí, este sitio está empezando a darme escalofríos —dijo Nia. Para mi sorpresa, me ayudó a levantarme del suelo.

Le cogí de la mano y los seguí durante un par de pasos, pero después me detuve.

—Escuchad, chicos, tengo que parar un momento.

—¿Estás bien? —preguntó Hal.

Asentí.

—Es solo que... quiero quedarme un rato a solas.

Nia se acercó a mí y me miró a los ojos.

—No irás a hacer ninguna estupidez, ¿verdad?

—¿Cómo qué? ¿Tirarme desde lo alto de la colina?

Nia se encogió de hombros.

—Puede ser.

—No —le dije mientras negaba con la cabeza—. Necesito pensar un rato, pero no es nada malo.

—Está bien —me soltó de la mano tan repentinamente como me la había agarrado.

—De acuerdo —dijo Hal—. Pero ya sabes que nos tienes para lo que necesites, ¿vale? Llama en cualquier momento.

—Lo sé —dije—. Gracias.

Un minuto después, desaparecieron colina abajo.

— **N**unca me había pasado toda la noche despierta —admití—. Y mucho menos, fuera de casa.

El sol estaba saliendo por el horizonte, y bajo la pálida luz del amanecer pude ver el contorno del rostro de Amanda y el paisaje que se extendía más allá de la colina de Crab Apple. En los labios le quedaban algunas migas de las patatas que nos habíamos comido.

—¿No te dicen tus padres que te vayas a la cama? —pregunté.

Me apreté con fuerza el saco de dormir alrededor de los ojos, temblando. Aunque hacía una temperatura bastante suave para ser enero, el aire era tan frío que me salía vaho de la boca.

—Ellos también son lechuzas nocturnas —dijo Amanda—. De vez en cuando nos cruzamos a las cuatro de la mañana porque ninguno puede dormir.

A veces la vida de Amanda me parecía de lo más extraña. Era como si hubiese crecido en otro planeta y no en otra ciudad. Traté de imaginarme a los miembros de la familia Valentino encontrándose unos con otros en el pasillo de su casa como si fueran coches de choque abiertos durante toda la noche. Pero entonces recordé que Amanda no estaba viviendo entonces con sus padres. ¿Cuándo habrían ocurrido esos sucesos a altas horas? Estaba a punto de preguntárselo cuando Amanda señaló el telescopio.

—Suerte que me encontré con esto, o no lo habrías sacado nunca del armario. Todavía no puedo creer que dejaras de usarlo durante tanto tiempo.

Bostecé y dije:

—Ya, bueno... —mi voz se apagó a medida que el bostezo se hizo más intenso; después continué—. No es que tuviera muchas ganas de revivir los buenos momentos que he pasado con mi madre ahora que se ha ido.

Amanda había estado tumbada, pero de repente se incorporó tan deprisa que el saco de dormir se le deslizó hasta las rodillas. Solo llevaba una camisa fina encima de una camiseta sin mangas, así que pensé que acabaría congelándose.

—¡No! No debes pensar así —su voz era intensa—. Es tu deber mantenerla viva. Mantenerla en tu entorno. Así, cuando regrese, será como si nunca se hubiera ido.

—Sí, ya —dije riéndome.

No sabía qué era más absurdo: si la idea de que alguna vez pudiera sentirme como si mi madre nunca se hubiera ido, o la de que fuera a volver.

Amanda se inclinó sobre mí con una expresión seria.

—Lo digo en serio, Callie. Todo lo que me has enseñado esta noche, lo de encontrar las estrellas, el planisferio y las longitudes, eso es tu madre. Es tu

madre dentro de ti. Tú eres la Osa Menor y ella la Osa Mayor. Sois un todo — juntó las manos, una envolviendo el puño de la otra—. Solo se habrá ido si tú dejas que se vaya.

Por la forma en que Amanda apretaba las manos, sentí que estaba intentando decir algo más. Algo para lo que quizá no encontraba las palabras adecuadas. Pero antes de que pudiera preguntarle por ello, vio algo debajo.

—¡Mira!

Seguí la línea de su dedo, que apuntaba hacia el oeste.

Por debajo de nosotras, Hal Bennett estaba corriendo. Sus piernas volaban detrás de él y sus brazos se movían con energía. Tal vez porque estaba muy lejos y no podíamos escucharle, o porque era un corredor nato, el caso es que no parecía costarle ningún esfuerzo correr así. Era como si se deslizara sobre la tierra.

—¿Qué? —preguntó Amanda.

No me di cuenta de que estaba sonriendo hasta que Amanda me dio un codazo.

—¿Qué, qué? —pregunté, incapaz de evitar que mi sonrisa creciera.

—¿A qué viene esa sonrisa?

Como estaba sonriendo de oreja a oreja, tratar de negarlo habría sido ridículo.

—Nada —dije—. Solo... —me encogí de hombros.

—Estás intrigada —dijo Amanda.

Me encantó su forma de decirlo. No un comentario del tipo «Te has quedado flipada» o «Te gusta, ¿eh?» que habrían dicho Heidi, Traci o Kelly.

Estás intrigada.

Asentí, sin dejar de sonreír.

—Estoy intrigada —admití.

—¿Por qué? —preguntó Amanda—. ¿Qué es lo que te intriga de él?

—No sé —dije—. Es que... —cerré los ojos y evoqué la imagen de Hal corriendo—. Es tan... Es tan personal. Tú no lo conociste antes, cuando estábamos en Primaria, pero entonces era... un pingado absoluto, en serio. Y de repente este año se ha convertido en un pibón, y mientras todo el mundo habla de él, a él parece no importarle. ¡Es como si ni siquiera lo supiese! —finalmente abrí los ojos y miré el lugar donde había estado Hal—. Me gustaría ser así.

—¿Un pibón del que todo el mundo habla? —preguntó Amanda riendo. Pero, por su forma de decirlo, supe que había entendido lo que quería decir.

—Ser yo misma —dije en voz baja—. Me gustaría ser yo misma.

Se produjo una pausa y después Amanda me acarició los dedos.

—¿Sabes lo que pienso, Callie? Que ha empezado a brillar tu estrella, y que todos tus sueños están en camino.

—Qué bonito —dije—. ¿Te lo has inventado tú?

Ella negó con la cabeza, metió la mano en la bolsa y sacó dos patatas. Después de darme una, se llevó la otra a la boca.

—Es de Paul Simon. Ten, desayuna algo —mordió un trocito de su patata—. Es la comida más importante del día.

Me quedé en silencio, masticando. Cuando fui a coger otra patata, dije:

—¿Le conoces?

Pero no respondió. Cuando miré a Amanda vi que el saco de dormir le cubría la mitad de la cara y que estaba profundamente dormida.

Me había perdido la desaparición de Bellatrix en el horizonte. Pero en lugar de entristecerme, supe que no tenía importancia. Casi podía oír la voz de Amanda en mi oreja, diciendo «Es mejor ver cómo sale».

Me levanté y me sacudí los vaqueros. Después cogí el telescopio y lo plegué mucho mejor de cómo lo había encontrado horas atrás. El chasquido sordo que produjeron las patas al colocarse en su sitio pareció ser la manifestación física de las decisiones que estaba tomando

en mi mente, y cuando terminé de desmontarlo y me lo colgué del hombro, supe lo que tenía que hacer y cómo llevarlo a cabo.

Capítulo 26



Transcrito por Denissa Levou

Corregido por Coni

La casa de Heidi era una de las cincuenta mansiones idénticas que formaban Los Acre, una urbanización que llevaba en Orion desde que tengo uso de razón. Solo había una cosa en el mundo que mi madre odiara más que el racismo, la homofobia, la contaminación lumínica y Los Riviera: Los Acres. Cada vez que iba a casa de Heidi, intentaba que fuera mi padre quien viniera a recogerme o que me llevara algún familiar de mi amiga, porque a mi madre casi le dio un patatús cuando tuvo que venir a buscarme. Parecía que estuviera poseída, y durante todo el viaje de regreso no paró de decir lo terrible que era ese complejo para el medio ambiente, que había que ser muy patético para querer vivir en una comunidad tan deprimente, y que si alguno de los que vivían allí entraban una noche por error en la casa equivocada (cosa que no le extrañaría, ya que todas eran iguales), seguramente no se daría ni cuenta, porque todas las familias de la urbanización eran idénticas entre sí y tan insustanciales como los propios edificios.

Mientras avanzaba con la bici las calles perfectamente pavimentadas de Los Acres, me hice una idea de lo que mi madre había sentido, como si los aspersores que empapaban los jardines de color verde esmeralda ni expulsaran agua, sino sangre.

Heidi había pagado un precio por vivir el sueño de sus padres en un lugar tan protegido y perfecto como Los Acres, y ese precio era nada menos que su propia alma.

Pasé por delante del bloque de Heidi y giré en la siguiente calle, Magnolia Way. Allí me detuve frente a una casa al azar que, al igual que todas las demás era muy parecida a la de Heidi. Miré el reloj y comprobé que había llegado a tiempo. El padre de Heidi saldría de un momento a otro con Eva y con ella, pero su madre no se marcharía a los estudios hasta por lo menos una hora después. Me puse a dar vueltas durante unos diez minutos para asegurarme de que efectivamente se fueran, manteniéndome alejada de su calle hasta que

su madre se quedara sola. Pasando ese tiempo, regresé a la casa, crucé el camino de entrada y apoyé la bici contra la puerta del garaje.

El timbre de la casa de Heidi tocó los primeros compases del *Canon de Pachelbel*; a mí siempre me había parecido una pieza muy bonita, pero cuando mi madre la escuchó puso los ojos en blanco. Distinguí el eco de las campanillas resonando en el amplio interior de la casa durante lo que me pareció un largo rato, y entonces empecé a ponerme nerviosa. Mi plan parecía perfecto, pero ¿y si me había equivocado con el horario? Últimamente no había pasado tiempo en casa de Heidi. ¿Podría ser que su madre hubiera cambiado de turno en el trabajo?

Aquello era una locura. ¿Qué estaba haciendo allí? La noche anterior, todo parecía muy claro. El señor Bragg era el jefe de policía, y para hablar con él necesitaría toda clase de pruebas y testigos. Era mi palabra contra la de Heidi, y aunque llegara a creerme, recordé lo que me había dicho Nia: «Eres cómplice, Callie».

Esa fue la razón principal por la que había decidido contárselo a Brittney Bragg, pero no fue la única. Brittney conocía a su hija, y cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que cualquiera que conociese a Heidi, que la conociera de verdad, sabría que mi historia era cierta. Puede que hiciera falta tiempo, pero si conseguía hablar con Brittney a solas y explicarle todo cuidadosamente, estaba segura de que me creería. Por eso decidí tenderle una emboscada aquella mañana.

Pero ahora el plan no me parecía tan perfecto. ¿Qué me hacía pensar que la mujer de un jefe de policía no me acusaría de ser cómplice como sin duda habría hecho su marido? Tenía que haber una forma mejor. ¿Una carta anónima? Mejor aún: ¡una nota de Amanda! En cierto modo, todo aquello había sido idea suya.

Si la puerta no se hubiera abierto en ese momento, no sé que habría hecho. Pero se abrió, y me encontré cara a cara con Brittney Bragg, la madre de Heidi.

Me abrió la puerta con cara de pocos amigos, pero en cuanto me reconoció suavizó su expresión, algo que me resultó irónico, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de decirle.

—¡Callie, que agradable sorpresa! ¿Vienes a ver a Heidi? ¡Pues no la has pillado por poco!

Brittney Bragg siempre proporcionaba hasta la información más vulgar como si fuera una importantísima exclusiva. Casi pude oír el zumbido de las cámaras mientras me decía que Heidi se había ido al instituto. Sus próximas palabras podrían haber sido «Te devuelvo la conexión Chuck».

—En realidad, quería hablar contigo —dije.

Se pasó una mano por el cuello como si se hubiera sorprendido tanto que no supiera qué decir, aunque su rostro reflejó este desconcierto. Brittney era aún más impasible que Heidi.

—En ese caso, pasa —dijo. Cuando entré, cerró la puerta y me condujo hasta la cocina.

Había intentado vestirme para parecer seria, casi profesional, pero mi falda negra de lana y mi rebeca blanca parecían un poco exageradas comparadas con los sencillos pantalones de yoga de Brittney y su camiseta sin mangas. Tampoco ayudó el hecho de que, aunque ella fuera mucho mayor que yo, su cuerpo, su piel y su pelo fueran perfectos. Cada vez que mi madre veía a la madre de Heidi, hacía algún comentario sarcástico sobre las maravillas de la silicona. Siempre pensé que la criticaba sin motivo, pero al caminar detrás de Brittney Bragg y ver lo escultural que era cada parte de su cuerpo, no pude evitar preguntarme si mi madre tendría razón. Empezaba a pensar que hacía falta algo más que yoga para conseguir parecerse tanto a una Barbie.

Había unos cuantos platos en el fregadero y una sartén sobre el fogón, así que deduje que la criada no había llegado todavía.

—Bueno, Callie, ¿qué puedo hacer por ti? —Brittney se sentó a la mesa y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo. Echó un vistazo al reloj que había sobre los fogones y percibí un ligero tono de impaciencia en su voz.

Había ensayado varias veces lo que le iba a decir desde que había tomado la decisión de hablar con ella, así que arranqué sin más preámbulos.

—Tengo que contarte algo, y puede que te cueste creerlo.

Mientras hablaba, dejé las manos sobre la mesa porque recordé lo que nos había dicho el padre de Heidi una vez: a la hora de interrogar a alguien, lo más importante es verle las manos. Según el jefe Bragg, si el

interrogado esconde las manos, es que también está ocultando algo más.

—Cuando llevas diez años cubriendo noticias, descubres que a menudo la realidad supera la ficción —entonces se inclinó hacia mí, y el tono de impaciencia ya había desaparecido de su voz—. Cuéntame ¿Tiene algo que ver con tu madre?

Mientras planeaba lo que iba decir, había creído que podría anticipar todo lo que pudiera pasar aquella mañana, pero la pregunta de la madre de Heidi me dejó completamente fuera de juego.

—¿Qué? ¡No! —balbuceé

Brittney me puso una mano en la rodilla.

—Sea lo que sea, no se lo contaré a nadie.

¿Era mi imaginación, o había un brillo extraño en sus ojos?

—No tiene nada que ver con ella, de verdad —dije. Sin darme cuenta, había bajado las manos hasta mi regazo y había empezado a frotarme los dedos. Me obligué a ponerlas sobre el reposabrazos de la silla.

No sé si era culpable de algo, pero, de ser así, me encontraba allí con la intención de pagar mi deuda con la sociedad.

Brittney volvió a sentarse en su silla. Parecía un poco decepcionada.

—Está bien —dijo—. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tengo que contarte algo sobre Heidi.

—¿Sobre Heidi? —ahora Brittney parecía desconcertada—. ¿Qué le pasa? ¿Se ha metido en algún lío?

Si solo fuera eso. Si solo fuera a decirle que Heidi estaba embarazada, o que era anoréxica, o que estaba enganchada a las drogas. Recordé una frase de la película *Un grito de auxilio*, que veíamos todos los años en clase de salud. «Si tu amigo tiene problemas, debes contárselo a un adulto».

Lástima que la peli no hablara de lo que hay que hacer en caso de atropello.

Inspiré profundamente y me agarré con fuerza a la silla.

—Brittney, el veintiuno de diciembre, Heidi cogió uno de vuestros coches y salió a dar una vuelta. Mientras conducía, atropelló por accidente a Bea Rossiter, produciéndole las lesiones que tiene ahora. Heidi no paró, volvió a dejar el coche en casa y no se lo contó a nadie excepto a mí.

No cogí aire una sola vez durante mi discurso, y cuando terminé me sentí un poco mareada. Pensé que sería por la falta de oxígeno, pero aunque recuperé el aliento, la sensación persistía.

Esperaba que Brittney soltara un grito, o que me dijera que era imposible, o que empezara a hacerme un millón de preguntas. Pero en lugar de eso, se quedó sentada, mirándome, como si no le hubiera dicho nada. Después, cuando percibió que había terminado mi charla, negó ligeramente con la cabeza como si hubiera perdido el sentido unos segundos y ahora estuviera centrándose de nuevo.

—Perdona, Callie, pero ¿de qué estás hablando? —su voz era completamente serena. Aunque sabía que era fría como una roca, me sentí impresionada.

—Eh... —¿quería que volviera a contarle la historia entera? Inspiré profundamente—. El veintiuno de diciembre...

Brittney sacudió la mano en el aire como si quisiera dispersar una nube de humo de tabaco que le impidiera verme bien.

—Sí, ya te he oído la primera vez.

—Entonces...

—Callie, ¿de verdad...? ¿De verdad esperas que crea que mi hija...? ¿Qué mi hija ha...? —se levantó y se acercó a la encimera para coger un vaso de agua. Cuando iba a darle un sorbo, volvió a dejarlo en la mesa sin llegar siquiera a rozarlo con los labios.

—Lo siento muchísimo —dije—. Sé que esto debe de ser una enorme conmoción —no sabía si debía acercarme a ella o quedarme donde estaba.

Pero la madre de Heidi no parecía estar escuchando una sola palabra de lo que le decía.

—Callie Leary, ¡esta es la mentira más asquerosa que he oído en toda mi vida! ¿Cómo te atreves a venir a mi casa y empezar a soltar historias

demenciales sobre mi hija? —se había dado la vuelta para mirarme, y me señalaba con una mano que le temblaba con violencia.

Me dio la impresión de que estaba conteniéndose las ganas de cruzar de un salto la cocina para empezar a arañarme la cara con sus perfectas uñas ovaladas.

Me levanté y le dije:

—¿Me crees capaz de mentir con un asunto así? ¿Por qué iba a hacerlo? —me había esperado que se quedara muy impactada, pero nunca se me ocurrió que pudiera pensar que me lo estaba inventando todo.

—¿Por qué? ¡No tengo ni idea! Supongo que porque eres una jovencita muy, muy perturbada. Primero, tu madre os abandona; después, tu padre se vuelve loco...

—¡Mi padre no está loco! —grité.

La madre de Heidi siguió hablando, como si yo no hubiera dicho nada.

—Con esos padres, no me sorprende que te inventes esas cosas horribles, tan asquerosas...

Nunca había visto a nadie tan furioso. Tenía restos de saliva en las comisuras de los labios, y sus ojos eran poco más que una rendijita en su rostro.

—¡Deja a mis padres en paz! —grité—. ¡Estamos hablando de tu hija, que os robó el coche y atropelló a una chica inocente! ¡Estuvo a punto de matarla!

—¡Fuera de mi casa! —Brittney se quedó señalando la puerta mientras recuperaba el aliento. Gracias al yoga, debía de conocer muchos métodos de respiración para relajarse, pero en este caso no le sirvieron de nada—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera pequeño monstruo!

—¡No soy un monstruo! —chillé—. ¡El único monstruo es tu hija!

Dicho esto, salí corriendo por la puerta principal, me monté en la bici y salí a tanta velocidad que estuve a punto de chocarme con un camión de reparto que estaba entrando en la manzana. El potente claxon del camión pareció ser la guinda a las acusaciones de la madre de Heidi. Durante todo el camino hasta el instituto, el sonido de ambos siguió retumbando en mi cabeza.

Capítulo 27



Transcrito por Lornian

Corregido por Coni

Todo había sido en vano: la nota de Amanda, la conversación con Nia y Hal, la confesión ante la madre de Heidi... No había conseguido nada. Brittney rechazaría mi historia, aduciendo que eran los desvaríos de una lunática perturbada. ¿Y qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Ir a la policía? Si Brittney Bragg me había echado a patadas de su casa, ¿qué haría el jefe Bragg? ¿Echarme de la ciudad? ¿Arrestarme por calumniar a su hija?

¿Y qué pasaría con Heidi? Si había destruido socialmente a Nia por chivarse de que había copiado, ¿qué le haría a la chica que había intentado revelar sus acciones criminales? Durante el resto de la mañana, esperé que me llegara de un momento a otro un mensaje suyo que dijera: «ESTÁS MUERTA».

Pero mi móvil no vibro ni una sola vez desde que entré en el laboratorio de biología hasta que sonó la campana del almuerzo.

Como de costumbre, me dirigí a la cafetería, pero cuando llegué a la puerta, me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Acaso había perdido la cabeza? Si había un lugar que debía evitar a toda costa ese día, era la cafetería. Tenía que salir del edificio, salir de la ciudad. Tendría que mudarme a otro lugar y adoptar una identidad falsa. Puede que como Amanda. O como mi madre. La cabeza me daba vueltas y, cuando iba a marcharme, me choqué literalmente con Heidi.

—¡Hola! —dijo.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Traci—. Llevamos siglos sin verte.

—Sí —coincidió Heidi—. ¿Es que te has estado escondiendo de nosotras?

—Yo... yo... —me di cuenta de que Heidi no tenía ni idea de lo que había hecho. Por alguna razón, su madre no le había contado lo de nuestro enfrentamiento. Aún.

—Cuando terminen las clases, nos vamos de rebajas. ¡Va a ser la

bomba! —exclamó Kelli, que me cogió del brazo y me llevó hacia el interior de la cafetería.

—Ya ves —dijo Traci—. Nos va a llevar mi madre, y nos surtiremos bien para la primavera.

Kelli metió la mano en su bolso y sacó una revista.

—¡El turquesa va a ser el color de esta temporada! —proclamó a los cuatro vientos.

¿Estaría soñando? ¿De verdad iba a estar allí con Traci, Kelli y Heidi como si la conversación con Brittney nunca hubiera ocurrido? ¿Como si el accidente nunca se hubiera producido?

—Y no se te ocurra decir que no vienes —dijo Kelli al tiempo que se sentaba en nuestra mesa de siempre.

—Sí, la asistencia no es opcional —dijo Traci, que se sentó frente a ella.

Heidi también se sentó, y yo fui la única que se quedó de pie.

—¿No te sientas? —preguntó Traci señalando una silla vacía.

Heidi me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que te pasa últimamente?

¿Podría decírselo? ¿De verdad podría hacerlo? ¿Podría decirles que no tenía dinero para irme con ellas de tiendas porque mi madre nos había abandonado y mi padre había perdido su empleo? ¿Podría decirles que me pasaba todas las horas que estaba despierta intentando resolver la misteriosa desaparición de una chica a la que ellas consideraban el bicho más raro del mundo? ¿Podría decirles que me sentía perdida cuando no estaba con Hal Bennett y Nia Rivera?

¿Podría ser honesta siendo una Chica I?

Conocía perfectamente la respuesta.

Y también sabía que no podía pasar otra comida fingiendo ser Callie Leary, la alegre y vivaracha Chica I.

—Tengo que irme —dije—. Os veo luego.

Dicho esto, me di la vuelta y salí de la cafetería.

Pensaba que ya no podría ocurrirme nada más extraño aquel día, pero me llevé una enorme sorpresa cuando llegué a casa después del instituto. Durante unos segundos, me pregunté si me habría equivocado de casa. El césped estaba recién cortado, y el lodo y las ramitas que cubrían el porche delantero habían desaparecido.

Dejé la bici apoyada en la fachada y abrí la puerta principal

—¿Hola? —dije.

—¿Hola? —respondió la voz de mi padre, que parecía provenir del comedor—. ¿Callie?

No pude deducir si había bebido o no.

—Sí, soy yo —respondí, y mi voz reflejó mi desconcierto.

Toda la madera estaba apilada en el vestíbulo y en el salón había desaparecido. Los tablones, las ramas, todo. Y en lugar de apestar a cerrado como de costumbre, la casa olía a limón y a pino, como si alguien se hubiera pasado el día limpiando. Cuando entré en el comedor, vi que la torre de cartas y folletos que había estado desparramada sobre la mesita de café se había convertido en un puñado de montoncitos perfectamente ordenados.

A través del arco que separaba el salón del comedor, pude ver a mi padre. Estaba sentado en el lugar donde, esta mañana, había estado la mesa para comer. Ahora, sin embargo, había diez sillas dispuestas en círculo alrededor de un espacio vacío.

¿Qué estaba pasando allí?

—Veo que has estado redecorando la casa.

A través del umbral de la cocina pude ver a Joanna, la limpiadora que había despedido mi padre en otoño. Al oír mi voz, se dio la vuelta y me saludó con la mano.

—Hola, Joanna —le devolví el saludo, todavía desconcertada.

—Siéntate, Callie —mi padre dio unos golpecitos en la sillas que estaba a su lado.

Ahora que estábamos sentados frente a frente, me di cuenta de que se había afeitado esa mañana, y que sus vaqueros y su camisa de franela olían a limpio, igual que el resto de la casa. Su piel seguía siendo

pálida, pero ya no tenía los ojos vidriosos y enrojecidos, y su aliento olía a café no a vino.

—Esto... Hola —me senté sin saber qué pasaría a continuación.

De repente, comprendí lo que estaba ocurriendo y esta comprensión vino acompañada de una inmensa oleada de alegría. Papá debía de haber recibido noticias de mi madre. ¡Mamá iba a volver!

Me levanté un poco de la silla como si esperara escuchar sus pasos por el pasillo, y cuando lo hice, mi padre me puso una mano en el brazo. No sé si lo que dijo a continuación se debió a una corazonada suya o a que mi cara reflejó claramente mis pensamientos.

—Mamá no va a volver, Callie.

La felicidad que había sentido un segundo antes cambió por una punzada de pánico. ¿Mamá había...? ¿Sería eso lo que mi padre...?

Papá negó con la cabeza al leer de nuevo mis pensamientos.

—No sé nada más de lo que sabía esta mañana, o la semana pasada, o hace un mes. No se nada de ella, y no sé si alguna vez lo sabré.

Me desplomé sobre la silla, superada por aquella inmensa mezcla de emociones.

¿Por qué la vida no tenía un botón para que pudiéramos detenerla?

Mi padre tomó aire y lo soltó lentamente, como si entendiera que necesitaba un minuto para tranquilizarme. Me fijé en que le temblaban las manos ligeramente.

—Callie, las cosas van a cambiar por aquí. No quiero que sigamos viviendo como lo hemos hecho hasta ahora. Voy a cuidar mejor de ti.

Pero estaba demasiado atontada después de que mis esperanzas crecieran y se apagaran rápidamente y no pude asimilar lo que dijo.

En lugar de eso, señalé el espacio vacío que había frente a mí.

—¿Dónde está la mesa? —había oído hablar de las empresas que se dedicaban a realizar embargos, pero mi padre no había comprado esa mesa, la había construido. Además, en caso de que se la embargaran, no sería lógico que le dieran dinero suficiente como para volver a contratar a Joanna.

—La he vendido —dijo—. ¿Te acuerdas de la mujer del doctor Montgomery? —puso entonces una voz más aguda para imitar la de ella—: «Se la compro por dos mil. Le daré cinco mil. Ponga un precio...» —después volvió a su voz normal—. Bueno, pues al final lo puse.

—¿Has vendido la mesa, papá? ¿Tu mesa? ¿La mesa de mamá?

Aunque me había puesto muy contenta al ver que la casa estaba volviendo a la normalidad, sentí un picor en los ojos.

Ahora que estaba segura de que mi madre volvería, no me gustaba la idea de que a llegar descubriera que su mesa ya no estaba.

Papá me agarró de la mano, y la suya seguí temblando.

—Solo era una mesa. Puedo hacer otra.

Negué con la cabeza.

—Pero... ¿por qué no nos quedamos con la mesa y usamos el dinero de Amanda?

Papá me soltó de la mano, se levantó y entró en la cocina. Poco después regresó con un sobre que llevaba inscrito en caracteres rojos el nombre del Banco de Orion.

—Estos son los papeles que necesitará tu amiga cuando aparezca y quiera recuperar su dinero. He abierto una cuenta en el banco a tu nombre, he metido el dinero y he incluido su nombre en la firma autorizada. Era lo único que podía hacer, teniendo en cuenta que no sabemos nada de ella.

Me entregó el sobre y, como por su propia voluntad, mi mano se acercó para cogerlo.

—Amanda quería ayudar —dije en voz baja.

Mi padre se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Lo sé, cariño. Y se lo agradezco. Pero no puedo aceptarlo. Quiero hacer las cosas por mí mismo.

—Entiendo.

Tenía muchas ganas de decirle que hacía bien en recompensarse y empezar a arreglárselas por sí mismo, porque mamá iba a volver, y nunca había tenido la intención de marcharse. Pero temía su reacción

si supiera todo lo que yo sabía, así que decidí callarme.

—Ahora tengo que ponerme en marcha —dijo—. Hay muchas cosas por hacer.

Inspiré profundamente y asentí.

—De acuerdo —dije.

Papá se levantó. Tuve la impresión de que iba a decir algo más, pero solo me apartó un mechón de la frente con los dedos y dijo:

—De acuerdo.

Después bajó las escaleras y entró en el taller.

Capítulo 28



Transcrito por Leslie

Corregido por Coni

—**M**adre mía ¿no te has enterado?
Traci, que al parecer había achacado mi comportamiento del día anterior al síndrome premenstrual, estaba que se moría de la emoción por la noticia, y yo traté de fingir tener cierto interés. Ni siquiera en el mejor de los casos me ponía como loca por nada antes de las nueve de la mañana, y aquellos últimos meses de mi vida habían sido demasiados confusos como para considerarlos «el mejor de los casos».

—¿De qué?

A nuestro alrededor, la población del Endeavor iba empezando lentamente el día, pero me dio la impresión de que había más grupitos de gente cuchicheando de lo habitual. Me animé al pensar que podría tratarse de algo relacionado con Amanda, pero era muy poco probable que Traci se hubiera enterado de algo suyo antes que yo.

—¿Conoces a Bea Rossiter? —bajó la voz al decir su nombre.

Sentí un repentino mareo que me obligó a apoyarme en las taquillas. Por suerte, Traci estaba demasiado alterada como para darse cuenta.

—Pues resulta que los cirujanos plásticos de la clínica John Hopkins se han ofrecido a tratar gratis su caso. ¿No es increíble? —aunque estaba perfectamente peinada, Traci se recolocó el pelo con la mano—. Van a reconstruirle la cara. Igual que a esa chica en... ¿Cómo se llamaba aquella serie que veíamos, en la que salía ese médico que estaba tan bueno? —Traci arrugó la nariz mientras intentaba recordar, después negó con la cabeza—. Bueno, da igual. El caso es que va a pasar de ser un supermonstruo a ser una superbelleza.

—Vaya, eso es... ¡fantástico!

La cabeza me funcionaba a toda velocidad. ¿Era una coincidencia que ocurriera eso justo después de mi conversación con la madre de Heidi?

¿Podría ser que Brittney y su marido hubieran donado de forma anónima el dinero para la cirugía de Bea?

De repente, pensé que la razón por la que la imperturbable Brittney Bragg se había puesto tan histérica quizá no era que pensara que le estaba mintiendo, sino todo lo contrario.

Agarré a Traci por el brazo.

—¿Quién te lo ha contado?

Estaba tan segura de cuál sería la respuesta de Traci que casi no escuché lo que dijo.

—Creo que fue Kevin. O no... espera, Kelli me envió un mensaje esta mañana. ¿O me lo dijo primero Kevin? No me acuerdo —dijo, y se encogió de hombros.

—¿Pero no fue Heidi?

Traci negó con la cabeza.

—Aún no la he visto hoy. Oye, tengo que pirarme, ya hablaremos en la comida, ¿vale? Ah, y recuérdame que te cuente lo de ese vestido supersexy que me compré ayer en Lollipop. Vas a flipar —dicho esto, se dio la vuelta y se sumergió en la multitud de los pasillos.

La mañana pasó como si estuviera en un sueño confuso. Escuché más detalles sobre la cirugía de Bea (no había venido al instituto porque ya estaba en Baltimore para que le hicieran unas pruebas; los Rossiter se habían quedado tan impactados cuando recibieron la noticia que la señora Rossiter se desmayó; nadie sabía si los cirujanos le reconstruirían la cara tal y como era, o si se la cambiarían por completo), pero no supe nada de lo que más me interesaba saber: si la donación procedía de John Hopkins o de una fuente mucho más cercana.

Aquel día vino una profesora sustituta a clase de historia, una bruja absoluta que parecía tener ojos en el cogote, así que no hubo forma de que pudiera hablar con Heidi, ni tampoco de pasarle una nota. Aun así, por la forma en que me saludó, me di cuenta de que su madre no le había dicho nada sobre nuestra conversación. Al principio me sentí confusa, pero a medida que avanzaba la clase, empecé a sentir rabia. Vale, puede que la historia hubiera tenido un final feliz, pero el principio y la mitad no eran tan bonitos. Bea se había tirado meses

caminando por los pasillos del Endeavor como si fuera un muerto viviente, y ahora tendría que soportar lo que probablemente fuese una cirugía muy dolorosa solo para volver a parecer medianamente normal. Mientras, yo había tenido que lidiar con un terrible secreto, solo para que la madre de mi amiga me dijera que era una lunática mentirosa cuando hice lo correcto y dije la verdad.

Y en cuanto a Heidi... no creo que ni siquiera hubiera perdido una noche de sueño pensando en el accidente.

La sustituta se puso a hablar con Lexa y Heidi aprovechó para sacar un brillo de labios de su bolso y me lo mostró. Formó con los labios las palabras «Mira, es nuevo».

Sentí que me hervía la sangre.

Cuando llegué a la cafetería, Heidi, Traci y Kelli estaban sentadas en la mesa de siempre, acompañadas de Jake y Lee. Empecé a caminar hacia ellos como de costumbre, pero a medida que me acercaba, mi paso se fue haciendo más lento hasta que me quedé quieta, como si estuviera perdida.

Pero no era así. Sabía exactamente dónde estaba, y también lo que ocurriría si seguía yendo hacia su mesa. Comentaríamos la misteriosa cirugía de Bea y Heidi hablaría de ello como si fuera algo tan lejano como Bosnia. También hablaríamos de las compras que habían hecho Heidi, Kelli y Traci, y haríamos planes para el fin de semana: puede que para hacer más compras o para ir a ver una peli. Yo sonreiría, diría a todo que sí, haría alguna gracia y coquetearía con Lee. Sería lo mismo de siempre, porque eso es lo que significaba ser una Chica I.

La diferencia es que durante todo ese tiempo tendría que hacer grandes esfuerzos para no ponerme a gritar.

Por el rabillo del ojo vi a Hal y a Nia, que estaban sentados en la misma mesa en la que habían estado la semana anterior, cuando Thornhill nos había llamado a su despacho. Nia estaba asintiendo mientras Hal hablaba, gesticulando todo el rato. Volví a mirar en la otra dirección. Heidi se estaba recogiendo el pelo para ponerlo a la altura de su mandíbula y giraba la cabeza de un lado a otro, como si quisiera que Kelli y Traci le dieran su opinión sobre qué tal le quedaría el pelo más corto. Traci y Kelli asintieron; después, Kelli se puso el pelo de la misma manera y, casi instantáneamente, Traci hizo lo mismo.

Entonces lo supe. Supe por qué Amanda había querido que hablara con Hal y Nia del accidente. Sí, quería que hiciera lo correcto, que consiguiera un poco de justicia para Bea. Pero más que eso, quería que fuese libre. Que me alzara y nos protegiera, a mí y a los que me rodeaban. Puede que incluso a la propia Amanda.

Es posible que no fuera la única guía escogida por Amanda. Pero me había escogido, a pesar de todo. Me necesitaba. Y necesitaba que fuera fuerte y valiente. Porque, seamos sinceros, ¿de qué te sirve una guía que se deja llevar por la corriente?

Me quedé quieta un rato más, recordando lo último que me había enseñado Amanda sobre los osos: que hibernan. Lo que significa que duermen durante mucho, mucho tiempo.

Pero no para siempre.

Y este oso estaba listo para despertarse.

Como si no acabara de hacer una elección, sino más bien aceptado una que había hecho mucho tiempo atrás, me encaminé hacia el otro lado de la cafetería y me coloqué junto a la mesa de Hal y Nia. Hal dejó de hablar y los dos se quedaron mirándome. Hal parecía contento de verme, y Nia me miró con cierta suspicacia.

—Hola —dijo Hal.

—Hola —dije.

—¿Te has equivocado de camino? Creo que tu mesa está por allí —dijo Nia, que señaló en dirección a las chicas I.

—No irás a meterte conmigo porque me sienta aquí, ¿verdad, Nia? —le pregunté incómoda, como si hubiera esperado una respuesta desagradable y no supiera qué hacer al ver que mi reacción no había sido la que esperaba.

—Yo... Es decir, ¿lo dices en serio o es que simplemente has venido de turismo? Porque a veces da la impresión de que no sabes por cuál opción decidirte.

Entendí lo que quería decir y, para demostrarle que aquello no era ninguna broma, hice lo único que podía hacer: cogí una silla y me senté.

—Lo digo en serio.

Nia se quedó mirándome y después asintió lentamente.

—Está bien.

—Está bien —repetí. Seguimos mirándonos fijamente.

—Está bien —dijo Hal, que imitó tan bien nuestro tono serio que las dos nos echamos a reír.

Todavía nos estábamos riendo cuando Heidi, Traci y Kelli se plantaron en nuestra mesa con cara de pocos amigos.

—¿Te has perdido, o es que hoy es el día al revés? —quiso saber Heidi, que me miraba con el rostro contraído de indignación—. ¿O es que estos pringados te han lavado el cerebro?

A pesar de mi determinación por mantenerme firme, resultaba desconcertante tener a Heidi mirándome con esa cara de asco. Abrí la boca para responder, pero Nia se me adelantó.

—¿Qué sabrá una descerebrada como tú sobre lavados de cerebro?

—Ja, ja —se burló Heidi—. Si eres tan lista, podrías pensar en algo para no ser tan pringada.

—Claro, Heidi —replicó Nia—. Ojalá fuera tan guay como para elegir a mis amigos por la última letra de sus nombres.

—Como si tuvieras alguno —dijo Heidi.

—Bueno, parece que tengo alguno de los tuyos —le respondió Nia.

—Chicas, dejadlo ya —levanté la mano para que parasen y, sin moverme de mi asiento, me giré hacia las Chicas I—. Mira, Heidi, yo... Hoy me apetece comer con Hal y Nia. Sé que no te caen bien, pero son mis amigos.

—¿Tus amigos? —Traci se había quedado a cuadros—. ¿Desde cuándo?

Me sentí un poco mal, porque Kelli y ella nunca me habían hecho nada.

—La gente puede tener un montón de amigos diferentes, Traci.

Traci soltó una risa desagradable.

—No lo creo, Callie. Nosotras pasamos de la gente que se junta con raritos y pringados.

De pronto, mi malestar por ella desapareció.

—Bueno —inspiré profundamente—, entonces supongo que ya no somos amigas.

—¿Pero estás diciendo en serio que prefieres a estos dos frikoides de feria antes que a nosotras? —preguntó Heidi.

Miré a Hal y a Nia. Hal estaba sonriendo para darme aliento, pero Nia estaba inmutable, como si le diera exactamente igual lo que pudiera decir a continuación, como si no le importara que me levantara y me largase con las Chicas I.

Pero ya conocía a Nia. Y sabía que la única razón por la que me miraba como si le diera igual, era porque en realidad le importaba.

—Sí, Heidi —dije—. Te digo en serio que prefiero a Hal y Nia antes que a ti.

—La has liado —dijo Kelli—. La has liado pero bien.

—Espero que sepas que Lee va a pasar de ti a partir de ahora —dijo Heidi—. Para nosotras estás muerta, así que ¿qué iba a hacer él con una novia a la que nunca invitan a ninguna fiesta?

Por primera vez, sentí el peso de mi decisión de abandonar a las Chicas I. No había contado con que tendría que dejar a Lee junto con todo lo demás. Pero al mirar la cara enfurruñada de Heidi, me di cuenta de que lo único que sería más triste que romper con Lee, sería no romper con Heidi, Traci y Kelli.

—Adiós, Heidi —dije.

Se produjo un momento de silencio y las tres se quedaron mirándome fijamente. Después, Heidi se dio la vuelta y, levantando una mano, dijo:

—Te arrepentirás —dicho esto, se marchó.

Un segundo después, Kelli y Traci salieron detrás de ella. Me dio la impresión de que parecían un poco tristes, pero puede que solo me estuviera haciendo ilusiones.

Nia, Hal y yo nos quedamos callados un rato, hasta que finalmente Hal rompió el silencio:

—Tus amigas son bastante... cerradas de mente.

—Sí —dije—. Aunque te habrás dado cuenta de que tienden a compartir la misma opinión.

—Sí, como si compartieran un mismo cerebro —dijo Nia, que metió la mano en el bolso y sacó un sándwich gigantesco—. ¿Os apetece la mitad de este rosbif? Mi madre siempre me prepara comida como para un regimiento.

Sus palabras rompieron la tensión. Casi pude ver la imagen de su madre entregándole la comida aquella mañana.

—Yo ya voy servido —dijo Hal, que sacó un sándwich de su mochila.

—¿Callie?

En el bolsillo tenía veinte dólares que me había dado mi padre aquella mañana, murmurando algo sobre que una chica necesita tener dinero para sus gastos. Pero el sándwich de la madre de Nia tenía mejor pinta que cualquier cosa que pudiera encontrar en la cafetería. Además, por la forma en que me lo tendía, me di cuenta de que Nia me estaba ofreciendo algo más que un sándwich.

—Me encantaría —dije, y como esperaba, el sándwich de su madre estaba delicioso.

—Vale —dijo Nia, se arremangó su jersey gris claro y puso los codos encima de la mesa—. Antes de que llegaras, Hal y yo estábamos hablando de coger el sobre que los dos visteis en el coche de Thornhill.

Estuve a punto de atragantarme con el sándwich.

—¿Estáis hablando de colarnos en el coche de Thornhill?

—Tenemos que ver esa nota —el tono de Nia era uniforme, pero se percibía una cierta amenaza de fondo.

—La nota podría estar en cualquier parte —apunté—. Puede que incluso se la haya llevado a casa —la posibilidad de tener que registrar la casa de Thornhill no entraba precisamente en mis planes.

Como si me hubiera leído la mente, Hal dijo:

—Vamos a intentar no meternos en líos. La navaja de Ockham dice que si estaba en el coche, entonces tiene que seguir allí. Empezaremos registrando el vehículo.

—Espera, ¿qué es eso de la navaja de Ockham? —pregunté.

—La navaja de Ockham es... —empezó a decir Hal.

—¿Sabéis en qué he estado pensando últimamente? —interrumpió Nia—. En los otros amigos de Amanda. ¿Habrán conseguido encontrarla?

Estaba con la mirada perdida, así que me di cuenta de que no había oído lo último que Hal y yo habíamos dicho.

—¿Otros amigos? ¿De qué estás hablando? Amanda no tenía más amigos —dije.

Nia me sonrió y me dio una palmaditas en la mano.

—Ya. Hal, tú y yo tampoco creíamos que tuviera más, pero...

—Entiendo —asentí con la cabeza.

Mientras pensaba en cómo íbamos a encontrar a los demás amigos de Amanda y, más difícil aún, conseguir que colaborasen con nosotros para encontrarla, apareció la hermana pequeña de Hal, Cornelia. Aunque hacía años que no la veía, la reconocí de inmediato. Había crecido mucho desde aquel verano en que Hal y yo nos hicimos amigos, pero seguía teniendo la misma melena pelirroja y lisa recogida en una coleta, y la misma expresión seria que recordaba de las pocas veces que había venido con nosotros al bosque.

—Hola, Cornelia —dijo Hal—. ¿Cómo vas?

—A pie —respondió ella.

Era raro ver a una niña pequeña por allí. La escuela de Primaria tenía su propia cafetería, y los chicos más jóvenes nunca venían a la nuestra.

—Mamá metió mi comida en tu mochila —dijo Cornelia con seriedad.

—¿En serio? —dijo Hal mientras rebuscaba en ella—. ¿Y por qué no la he visto?

—No lo sé —respondió Cornelia—. Dímelo tú.

Con la cabeza metida en la mochila, Hal dijo:

—Callie, ya conoces a mi hermana Cornelia. Nia, esta es Cornelia. Cornelia, Nia.

—Hola —dijo Cornelia, que no parecía intimidada en absoluto por estar en la cafetería de los mayores ni por que la presentaran a dos chicas de Secundaria.

—Hola, Cornelia —dije.

—Hola —dijo Nia. Después se dirigió a mí—. ¿Y si repartimos panfletos?

—¿Quieres que empapelemos el instituto con panfletos? ¿Y qué pondríamos exactamente? —dije.

—No la veo —dijo Hal sacando la cabeza de su mochila.

—Pues... No sé, algo como: «Si sabes algo del paradero de Amanda Valentino, por favor, contacta con...». Después podríamos poner nuestros nombres y teléfonos al final.

—Te la estás comiendo —Cornelia señaló los restos de su comida.

—Este sándwich es mío —protestó Hal mirando el sándwich a medio comer que tenía delante.

—¿Y cuánto crees que tardaría Thornhill en romper los panfletos y en obligarnos a contarle lo que sabemos sobre la vida y las mentiras de Amanda? —dije.

—Ese sándwich no es tuyo —dijo Cornelia—. Es de mantequilla de almendra con mermelada. Es el mío. Mamá te dio dinero para que te compraras algo, no te preparó ningún sándwich.

—No, ella... —Hal se quedó pensativo unos instantes—. Ups.

—Vale, vale, nada de panfletos —dijo Nia.

—¿Y si abrimos una página en Facebook? —dije de repente—. Podríamos abrir una a nombre de Amanda y ver si la gente la visita. Podría tener amigos repartidos por todo el país.

De hecho, me sorprendió mucho descubrir que Amanda no tenía una página en Facebook, teniendo en cuenta que se había mudado en varias ocasiones y que habría gente con la que querría mantenerse en contacto. Aunque, a esas alturas, la respuesta que me dio cuando se lo pregunté («Quiero que mi realidad sea real, no virtual») me parecía mucho menos creíble que entonces.

—Puede que tenga amigos por todo el mundo —murmuró Nia.

—Cierto —dije—. Y no creo que podamos repartir panfletos por Hong Kong.

—¿Qué te parece si te doy el dinero que me dio mamá y me termino yo el sándwich? —dijo Hal.

—Está bien —dijo Cornelia encogiéndose de hombros—, me vale.

—¿Y si hacemos una página web? —dije.

—¡Qué buena idea! —respondió Nia con fingido entusiasmo. Después añadió con su tono normal—: Lo malo es que no tenemos ni idea de cómo se programa una página web.

Pensé que ahora que había dejado de ser una Chica I, ya no podría ni meter canciones en mi *iPod*.

—Pero ¿no eras tú la genio de los ordenadores? ¿No te metiste en la grabación de vigilancia del instituto y la grabaste en un DVD?

—Dos pavos —dijo Cornelia.

—¿Dos pavos? —dijo Hal.

—Meterse en el sistema operativo del instituto y hacer una página web son dos cosas muy diferentes. Tienes que conocer el lenguaje de programación necesario para hacer una. Ese que se llama...

—HTML —dijo Cornelia. Tenía la mano extendida delante de Hal, pero no nos estaba mirando.

—¿Perdón? —dijo Nia.

—HTML —repitió Cornelia, con la mano aún extendida—. Son las siglas de *Hyper Text Markup Language* o, lo que es lo mismo, Lenguaje de Marcas de Hipertexto. Pero solo es uno de los muchos lenguajes de programación que se pueden utilizar para hacer una web.

—Solo tengo un dólar con setenta y cinco centavos—replicó Hal.

Me metí la mano en el bolsillo.

—Toma —dije—, yo tengo lo que falta.

Cornelia cogió el dinero de Hal y después añadió mi moneda a las que ya tenía en la mano.

—¿Cómo sabes eso?

—Cornelia es un genio de los ordenadores —dijo Hal—. Estos enanos de hoy...

— ¿De verdad podrías hacer una página web? —pregunté.

Cornelia se encogió de hombros y dijo:

—No es tan difícil.

—No sé —dijo Nia—. ¿Cuáles son las probabilidades de que Amanda no vuelva antes de que podamos incluso empezar a hacer una web?

—Se puede hacer una web en un solo día —dijo Cornelia.

Todos nos giramos para mirarla.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Nia.

Cornelia volvió a encogerse de hombros.

—Ya te he dicho que es muy fácil.

Hal resopló.

—Sí, para ti.

—¿Podrías preparar una web? Pero no la... eh... —no podía creerme lo poco que sabía de la jerga informática. Me sentí un poco avergonzada.

—Que no la lance —terminó Cornelia por mí.

—Eso, que no la lances. Gracias —dije.

—No hay problema, podemos publicarla más tarde —dijo—. Pero primero tengo que registrar un dominio y conseguir un servidor.

—Me he perdido —dijo Hal—. Pero si es tan fácil como dices, quiero que lo hagas. Registra ese... dominio, o lo que sea.

—Un dominio y un servidor. Cuesta unos treinta pavos —dijo.

—Yo te los pago —dijo Hal.

—Lo pagaremos entre todos —dije pensando en los veinte dólares que llevaba en el bolsillo, y contenta de poder decir eso.

—¿Cómo queréis que se llame? —preguntó Cornelia—. El nombre tiene que estar disponible.

—¿amanda.com? —sugerí.

—Seguro que alguien ha pillado ese nombre —dijo Cornelia—. La mayoría de los nombres propios están cogidos.

—¿Y amandavalentino.com? —propuso Hal.

—Podríamos meter fotos tuyas, y también tus dibujos —le dije a Hal.

Se puso colorado cuando le propuse lo de los dibujos, pero no se negó.

—Deberíamos poner el nombre que le dio a la mujer de los apartamentos Riviera, e incluso el tuyo —el entusiasmo de Hal iba en aumento—. Puede que ya usara esos seudónimos antes.

—No quiero ser aguafiestas, pero esto me suena a «intento inútil n.º 101 de encontrar a Amanda» —dijo Nia, que estrujó la bolsa de su sándwich para enfatizarlo.

—Sea como sea —dijo Hal—, me sentiré mejor si la vamos preparando.

Lo dijo en voz baja, y con tanta seriedad que sentí una cierta inquietud. Le miré.

—Crees que vamos a necesitarla, ¿verdad? —pregunté. Nuestras miradas se encontraron, pero Hal no sonrió ni cambió su tono de voz.

—Como ya he dicho, me sentiría mejor si la vamos preparando.

Capítulo 29



Transcrito por Valeria

Corregido por Coni

El viernes por la mañana, en cuanto entré en la clase de historia, Heidi montó el numerito de darme la espalda y se puso a hablar con Lexa Brooker. Me pregunté si estarían hablando de mí, y también si Lexa acabaría convirtiéndose en Lexi.

Mientras salía de la clase de ciencias para ir a la de inglés, me encontré con Lee, que iba acompañado de Keith y de Jake. Nos miramos y recordé el beso que me había dado en la frente en la fiesta de Liz, y lo que me había dicho sobre lo guapa que estaba mientras limpiaba el coche de Thornhill. ¿Podría un chico tan agradable preocuparse por lo que alguien tan mezquino como Heidi pensara de su novia?

—Hola —le saludé, pero cuando terminé de pronunciar las palabras, me di cuenta que ni siquiera había reducido el paso para verme.

Lee dudó unos instantes, después se pasó la mano por el pelo y musitó un saludo sin siquiera mirarme a los ojos.

—Chao —dijeron Keith y Jake, y siguieron caminando, sin reparar siquiera en mí.

Lee y yo nos quedamos en medio del concurrido pasillo, mientras los demás alumnos revoloteaban a nuestro alrededor, de camino a sus clases. Era extraño que un lugar tan estridente como ese pudiera parecer tan silencioso al mismo tiempo.

—Ya no soy una Chica I —le solté.

—Eso he oído —dijo Lee.

Esperé a ver si decía algo más. Algo como: “Qué más da si eres o no una Chica I. Lo más importante es que eres mi chica”.

—He estado saliendo con Nia Rivera —dije.

—Su hermano es un tío legal —dijo Lee que seguía sin mirarme a la cara.

—Ya —dije. Me ardían los ojos.

Con evidente incomodidad, Lee se echó la mochila al hombro. Yo inspiré profundamente.

—Entonces, ¿nosotros...?

Sonó la campana.

—Tengo que irme —y empezó a darse la vuelta—. No quiero llegar tarde a clase del monstruo de Masterson.

—Claro —asentí—. No quiero entretenerte.

—Ni yo —dijo Lee y, supe que no me había imaginado la expresión de alivio que se dibujó en su cara cuando se dio la vuelta para irse—. Ya nos veremos —dijo mirando hacia atrás.

—Sí —me sequé rápidamente las lágrimas traicioneras que se habían deslizado por mi mejilla—. Ya nos veremos.

Me alegré tanto de ver a Nia y a Hal a la hora de la comida, que me entraron ganas de ponerme a gritarlo a los cuatro vientos.

En cuanto me senté con ellos, Hal empezó a hablar:

—Tengo un plan. Amanda quiere que la busquemos, y eso es lo que vamos a hacer. Quiero que cada uno haga una lista con los lugares a los que Amanda podría ir un viernes en la noche. Cada uno elegirá... Tres, sí, tres está bien. Y esta noche los visitaremos todos para tratar de encontrarla.

—¿Crees que todavía sigue en Orion? —preguntó Nia, que me dio un bocado de otro de los maravillosos sándwiches de su madre, este de salami con queso provolone.

—Bueno, aún sigue dejándonos mensajes —señaló Hal.

—Sí, pero a estas alturas ya podría estar perfectamente en París —dije—. O en Roma. O puede que haya ido a reunirse con su padre en Latinoamérica.

—De no ser porque su padre está muerto —nos recordó Hal.

—De no ser porque no lo está —dije yo.

—Vale —me interrumpió Nia—, me alegro de que hayamos aclarado eso. Pero, volviendo a tu plan, Hal, nueve lugares me parecen demasiado. ¿Crees que nos dará tiempo a verlos todos?

—Esa es la cosa —Hal se inclinó hacia delante, cada vez más entusiasmado con su plan—. No serán nueve lugares. Estoy seguro de que si cada quien elige tres, coincidiremos en bastantes de ellos. Me sorprendería que tuviéramos que ir esta noche a más de tres lugares o cuatro sitios distintos.

Pensé en lo que estaba diciendo Hal. ¿A dónde iría Amanda un viernes por la noche? ¿Tendría un grupo diferentes de amigo en Orion, con los que estuviera saliendo ahora en lugar de estar con nosotros?

—¿Pensáis que puede tener algo así como otra identidad? —pregunté. La sola idea me produjo un nudo en el estómago.

—¿Cómo sí fuera un espía? —preguntó Nia—. Bueno, si alguien puede hacer eso, sin duda es Amanda.

—No me refiero a algo tan extremo, sino más bien... ¿Y si ahora mismo se encuentra en otro instituto, sentada con sus amigos? Como si estuviera en un universo paralelo.

—Me pregunto si llevaré gafas en ese universo —murmuró Nia mientras jugueteaba con un mechón de su pelo.

—Ja, ja —le repliqué—. Lo estoy diciendo en serio.

Hal se presionó la frente con los dedos y soltó un gruñido.

—De ser así, nunca la encontraremos.

—Eso es lo que estoy diciendo —comenté.

—Pues yo no creo que sea así —afirmó Nia—. Ella tenía una vida aquí. Sí, a veces se saltaba las clases, pero no más de una o dos veces a la semana. Eso significaría que tendría que faltar al otro instituto cuatro o cinco días.

Pensé en la vez que, después de pasarnos la noche en vela mirando las estrellas, Amanda y yo hicimos pellas para dormir, y después nos fuimos a tomar café moca en el Solo Postres y a ver una reposición de *2001: Una odisea del espacio*. También recordé los retratos de Amanda que había dibujado Hal en los muelles Blatimore; puede que entonces también faltaran a clase. Nia, por su parte, no parecía ser el tipo de

persona que hace novillos, pero si alguien podía convencerla de que quebrantara las reglas, era sin duda Amanda.

Eso suponía al menos tres días en los que faltó al Endeavor para ir a otro instituto.

—La verdad es que si parece demasiado complicado matricularse en dos institutos diferentes y tratar de asistir a ambos —asintió Hal, y entonces, como si me hubiera leído la mente, añadió—: Especialmente si no está siempre en algunos de ellos.

La campana sonó y los tres nos levantamos para empezar a recoger nuestras cosas.

—¿Cuál es el plan? —pregunté mientras salíamos de la cafetería.

—Podemos quedar a las cuatro en la plaza —propuso Nia—. Está bastante céntrica.

—Vale —asentí—, suena bien.

Justo cuando pasamos junto a la zona de dirección, la puerta se abrió y apareció el señor Thornhill, que estaba hablando con un alumno al que no reconocí y con su madre, y cuando se dio la vuelta para volver a su despacho, nos vio.

—Vaya —dijo al tiempo en que hacía una ligera reverencia—. El señor Bennet, la señorita Rivera y la señorita Leary. Por lo que veo, pasáis mucho tiempo juntos como para haber repetido tantas veces que no sois amigos.

—Hola, señor Thornhill —Nia estaba sorprendentemente serena.

Lo miré brevemente, pero después aparté la mirada. No había vuelto a verlo desde que había leído la nota de mi madre, y me resultaba imposible no mirarlo de una forma diferente ahora que sabía que mamá le había pedido que cuidara de mí. ¿Por qué lo habría escogido a él? ¿Qué sabría Thonhill de mi madre, de mi familia y de mí, que yo no supiera?

Thornhill respondió al saludo de Nia con un tono suave y divertido.

—Seguro que estáis deseando que llegue mañana, para que pasemos otro rato juntos.

Mierda, el castigo. ¿Solo había pasado una semana desde entonces? Habían ocurrido tantísimas cosas que me había olvidado de que al día siguiente tendríamos que volver a la biblioteca.

Sin perder un segundo, Nia le respondió:

—No me lo perdería por nada del mundo, señor.

Hal también decidió intervenir:

—Es un plan estupendo para el sábado por la mañana, señor.

—Llevo esperándolo toda la semana —dijo con el mismo tono desenfadado.

Una sonrisa intentó asomar en la comisura de los labios del señor Thornhill, pero el subdirector no la dejó escapar.

—No he vuelto a saber nada de vuestra amiga desaparecida —dijo—. Reconozco que es un récord, incluso para mí. Espero sinceramente que uno de vosotros, o los tres, me cuenten algo pronto sobre su paradero.

—Estaría bien —dijo Nia sosteniéndole la mirada sin pestañar—. Si fuéramos amigos suyos, tal vez podríamos ayudarle —creo que no hay en el mundo nadie más descarado que Nia.

—Y si os das prisa en contármelo, los tres podríais pasaros la mañana del sábado durmiendo tranquilamente —dijo el señor Thornhill, que había hecho oídos sordos a la afirmación de que no éramos amigos de Amanda.

—Todo es posible —dijo Hal

—Nunca se sabe —añadí.

—Hmmm —refunfuñó el señor Thornhill—. Bueno, que tengáis un buen día.

Dicho esto, se dio la vuelta y desapareció en la zona de dirección. Nia se encogió de hombros cuando nos quedamos mirándola.

—Bueno, valió la pena intentarlo

Hal, Nia y yo nos despedimos. Me pasé la mayor parte de la tarde pensando en el señor Thornhill, mientras trataba de imaginarme dónde podría estar Amanda si aún siguiera en Orion. Caí en la cuenta del que el subdirector no habría expulsado nunca a Amanda, a pesar de que

incumplía todas sus normas sistemáticamente. ¿Y no era un poco extraño que, si tantas ganas tenía de saber dónde estaba, no llamara a sus padres? ¿Qué ponía en sus expedientes oficiales? ¿Por qué nos había castigado durante un mes cuando parecía saber que éramos inocentes? ¿Era esa su idea de cuidar a alguien?

Por millonésima vez, volví a pensar en la carta que Hal y yo habíamos visto en el coche. Deseé, más que cualquier otra cosa, poder leer su contenido.

Capítulo 30



Traducido por Dyanna

Corregido por LucyLightwood

A las cuatro en punto llegué con la bici a la plaza. No se me ocurrió ningún lugar además del Solo Postres para poner en la lista, pero Amanda había dicho que era su sitio favorito para ir a tomar un frappuccino, así que podía ser importante. También estaba la tienda en la que nos habíamos hecho el tatuaje de henna, pero me daba la impresión de que Amanda no debía de ir demasiado por allí. Una vez habíamos ido a dar una vuelta por Peak Park, y Amanda había dicho que, cuando atardecía, le encantaba sentarse en ese cenador que había junto al lago, así que el parque y el Solo postres fueron los dos lugares en los que consideré que podríamos encontrarla. Hacía un día estupendo, la primavera ya se notaba en el ambiente. Si había una noche perfecta para disfrutar de una taza de café al aire libre mientras veías una hermosa puesta de sol, tenía que ser esa.

Cuando Nia llegó, al principio me costó reconocerla. Llevaba un vestido corto negro, un jersey del mismo color, tacones y gafas de ojo de gato. También llevaba una larguísima boquilla (sin cigarrillo) entre los labios, pintados de un rojo brillante. No sé cómo se las había arreglado para montar en bici vestida así.

—Hola —me dijo, y se bajó de la bici con una elegancia de la que no la habría creído capaz.

—Hola —le respondí—. ¿A qué vienen esas pintas?

—Hoy hay un ciclo de cine dedicado a Audrey Hepburn en El Villa —dijo Nia refiriéndose al cine de Orion en el que Amanda y yo habíamos visto *2001*—. Si Amanda sigue por aquí, no se lo perdería por nada del mundo.

La piel de Nia era del color del caramelo, y sus ojos, perfilados con rímel, resaltaban muchísimo bajo sus elegantes gafas. ¿Cuándo se habría vuelto tan atractiva?

Al parecer, cuando no miraba nadie.

Por el contrario, yo llevaba unos vaqueros viejos y unas botas de senderismo por si decidíamos ocultarnos entre los arbustos para ver si Amanda aparecía por el cenador. Por si mi aspecto no fuera lo suficientemente encantador, me había metido uno de los bajos del pantalón por debajo del calcetín para montar en la bici, y mi sudadera tenía un enorme trébol en el pecho y en la espalda ponía La Taberna de Bill. Si Nia se parecía a Audrey Hepburn, yo parecía la hermana monstruito y harapienta de la actriz.

Poco después, Hall llegó a bordo de su bici. Lo reconocí, aunque también iba vestido de forma extraña.

—*Bonsoir* —dijo mientras se quitaba la boina de la cabeza para saludarnos. Llevaba una camiseta negra de cuello alto y vaqueros del mismo color.

—*Bonsoir* —dijo Nia, y ahora fue ella quien pregunto—: ¿A qué vienen esas pintas?

—Hoy hay un recital poético en Aqua —dijo Hal—. Era su cafetería favorita.

—¿Aqua? —pregunté—. Nunca me habló de ella. El Solo Postres era su sitio favorito para tomar café.

—Pero si ni siquiera tomaba café —replicó Nia sacándose la boquilla de la boca—. Decía que la cafeína es veneno.

—Estás de coña, ¿no? —Hal se ajustó la boina—. Amanda era capaz de beberse un café con leche doble sin pestañear.

—Escuchad: hagamos lo que hagamos, tenemos que estar en Peak Park al atardecer —intervine—. Allí hay un cenador al que le gustaba ir siempre que podía para ver la puesta de sol.

Sorprendentemente, ni Hal ni Nia respondieron con otro lugar al que ir a ver el anochecer.

—El sol se pone sobre las seis —dijo Hal encogiéndose de hombros—, así que aún tenemos tiempo para ir a alguna otra parte.

—Tócala Otra Vez. Sam —intervino Nia con su brusquedad habitual.

— ¿Perdón? —dijo Hal.

—Tócala Otra Vez, Sam —repitió Nia—. Era su tienda favorita de ropa *vintage*.

—¿Alguien conoce otra tienda de ropa *vintage* que sea su favorita? —preguntó Hal, y como negué con la cabeza, los tres nos montamos en las bicis y seguimos a Nia a través de la Calle Mayor. Pocas manzanas después, salimos a otra calle, y Nia empezó a guiarnos por un montón de callejuelas hasta que llegó un punto en que me desorienté por completo, y eso que llevo toda la vida viviendo en Orion. ¿Cómo habría encontrado Amanda esa tienda?

Tócala Otra Vez, Sam resultó ser una antigua casa victoriana parecida a aquella en la que Amanda me dijo que vivía, aunque esta estaba en peor estado, en tonos rosas y morados muy chillones, pero con la pintura bastante descascarillada. Aparcamos las bicis en el porche y nos dispusimos a entrar.

Pero cuando abrimos la puerta de la tienda, el tintineante sonido de la campana quedó ahogado por la voz de una mujer:

—¡Lo siento, está cerrado!

—¡Hola! —exclamó Nia, ya fuera porque no oyó lo que había dicho la mujer, o porque había decidido ignorarlo.

—Está cerrado —repitió la voz, y esta vez pude ver que correspondía a una mujer alta y negra que se encontraba en el otro extremo de la tienda.

Nunca había visto una habitación tan abarrotada de cosas. Había ropa repartida por todos los rincones, tanto en el suelo como en las paredes. Incluso había vestidos y zapatos colgando del techo, y mientras intentaba abrirme paso, me di un golpe en la cabeza con un par de botas blancas con plataforma.

—Hola —volvió a decir Nia—. Esperábamos que pudiera ayudarnos.

La mujer se acercó frotándose la cabeza, que debía de haberse rapado recientemente, como si en la tienda hubiera tanto polvo como ropa. Vestía con una chaqueta roja muy ajustada, al estilo de las de la portada del *Sgt. Pepper* de los Beatles, y unos pantalones de montar de seda con zafiros incrustados. En los pies llevaba unas zapatillas doradas que se retorcián en la punta para terminar en dos borlas.

—Me encantaría ayudaros —dijo la mujer—, pero hoy no puede ser. Estoy haciendo inventario. Pasaos por aquí mañana.

¿Inventario? ¿Cómo era posible hacer inventario en un sitio tan caótico? ¿Y en un solo día? Tras echar un vistazo a mi alrededor, calculé que harían falta diez personas trabajando veinticuatro horas al día para hacerlo, y aun así tardarían más de un mes en completar la tarea.

—En realidad no estamos buscando ropa, sino a una amiga —explicó Nia.

La mujer miró a Nia de arriba abajo, fijándose en su vestimenta *vintage* y en su boquilla de pega. Incluso estiró la mano para tocar la manga de su jersey negro.

—Hace poco vendí un suéter igualito a este —murmuró la mujer—. Chanel.

—¡Es este! —exclamó Nia, entusiasmada—. Me lo regaló mi amiga. Ahora la estamos buscando.

—Bueno, pues aquí no está —dijo la mujer señalando la habitación con el brazo.

Teniendo en cuenta lo abarrotada que estaba la tienda, no veía cómo podía estar tan segura de que Amanda, o cualquier otra persona, no anduviera escondida por allí.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó Hal con ansiedad—. ¿Ha estado por aquí recientemente?

La mujer también se fijó en la ropa de Hal antes de responder. Teniendo en cuenta que mis vaqueros y mi sudadera eran inequívocamente del siglo veintiuno, pensé que lo mejor sería no llamar la atención sobre mí.

—Vaya —suspiró mientras se frotaba un lado de la nariz—. Parece que ha venido muchas veces.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez? —insistió Hal—. ¿Esta semana, la anterior?

Se quedó pensativa unos instantes y después negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no me acuerdo. Ahora, si me disculpáis, tengo que volver al trabajo.

—¿Te dio alguna vez una dirección? —pregunté de repente—. ¿O pagó algo con una tarjeta de crédito?

Como esperaba, la comprobación de mi vestuario no fue tan exhaustiva como la de mis compañeros. La mujer me echó un vistazo rápido y después negó con la cabeza. Obviamente, no la había impresionado.

—De verdad que no me acuerdo. Y aunque pudiera, no estoy segura de sí debería decíroslo.

—Bueno, muchas gracias de todos modos —dijo Nia rápidamente—. Nos has ayudado mucho.

—Sí, gracias —dijo Hal.

Se había quitado la boina al hablar con ella, y ahora volvió a ponérsela. Incluso alguien tan guapo como Hal parecía un poco ridículo con boina, así que esperé que no se encariñase demasiado con ella.

—Bueno, pues eso ha sido todo —dijo Nia cuando salimos de la tienda—. ¿Atardecer?

—Atardecer —dijo Hal.

No sé qué esperaba encontrarme, pero cuando llegamos al cenador, estaba desierto. Nos quedamos vigilando en un banco, y durante la siguiente hora pasaron por él media docena de ancianos y un par de familias. Mientras los niños daban de comer a los patos, Nia, Hal y yo tratamos de pensar en lo que debíamos hacer para que la noche fuera lo más provechosa posible.

—Divide y vencerás —dijo Hal—. Yo iré al recital de poesía. Callie, tú irás a echar un vistazo al Solo Postres, y Nia, al ciclo de cine.

—Me parece que proyectan tres películas al mismo tiempo —dijo Nia—, así que mejor que meterme a ver una, me dedicaré a merodear por el vestíbulo a ver si la encuentro —después echó un vistazo a su reloj y añadió—: Debería irme ya, creo que ya ha empezado una de las películas. ¿Sincronizamos los relojes antes de marcharnos?

Comprobamos que nuestros relojes marcaban más o menos la misma hora, y decidimos que yo me quedaría allí hasta que el sol se pusiera completamente antes de dirigirme al Solo Postres. Como Nia tenía que estar en casa a las diez, Hal y yo nos reuniríamos con ella en el cine a

las nueve y media, y después esperaríamos a que terminara la última película antes de marcharnos.

Corno era previsible, Amanda no apareció por el parque; y cuando llegué al Solo Postres, lo encontré lleno de universitarios, pero tampoco había rastro de ella. Pedí un capuchino y me lo bebí tan despacio como pude, pero aun así, antes de las siete ya me lo había terminado. El estómago me rugía. Pedí otro café y me pregunté cómo me las iba arreglar para sobrevivir a base de brebajes con cafeína y galletitas durante las siguientes dos horas y media.

No sé si sería por efecto de la cafeína o porque había llegado con la esperanza de ver a Amanda, pero el caso es que a las ocho me moría de impaciencia por que apareciera, como si realmente hubiéramos quedado en el Solo Postres y se estuviera retrasando. Seguí consultando el reloj y observando la cafetería. Cuando las ocho se convirtieron en las nueve, empecé a incorporarme cada vez que se abría la puerta, pero siempre volvía a sentarme, decepcionada, al ver que el recién llevado no era Amanda.

Esperé hasta las nueve y cuarto antes de marcharme, tan alterada por el exceso de café que me preocupó que pudiera darme una taquicardia. Llegué al cine en menos de diez minutos, un tiempo récord teniendo en cuenta la distancia que separa la colina del centro. Creo que las ruedas de mi bici no tocaron el suelo más de una o dos veces durante toda la carrera.

Enseguida vi a Nia, que estaba en la entrada del cine. Estaba paseando bajo la marquesina, comprobando sin parar su reloj y las puertas de entrada. Cuando la llamé, vino corriendo a abrazarme.

—¡Dios mío, esto es una locura! —exclamó.

—¿El qué? —pregunté. Me temblaba todo el cuerpo. Como no comiera algo pronto, empezaría a levitar de un momento a otro.

—Aunque Amanda estuviera ahí dentro, va a ser imposible encontrarla
—dijo Nia levantando los brazos por la frustración.

—¿En serio? Nia, ¿de qué estás hablando?

Me agarró del brazo y me dio un tique.

—Mira.

Acompañé a Nia al interior del abarrotado vestíbulo y enseguida me di cuenta de lo que quería decir.

El interior del Villa estaba plagado de Audrey Hepburns. Los chicos que había vestían de forma normal —puede que con ropas algo más anticuadas de lo habitual—, pero todas las mujeres llevaban peluca, trajes *vintage* y boquillas, con o sin cigarrillo. El local estaba lleno de humo y había mucho ajetreo. Me di cuenta de que en la otra puerta había puesto una barra que normalmente no estaba en El Villa. Era como si nos hubiéramos metido en una de las fiestas de Desayuno con diamantes.

Me alejé de Nia unos pasos y, cuando me di la vuelta, no pude distinguirla entre la multitud. Cuando la vi, estaba de espaldas a mí, al lado de un cartel de Charada.

—Oye —le dije mientras tocaba la manga de su suéter negro—. Pensé que te había perdido.

Pero la chica que se dio la vuelta para mirarme no era Nia.

—¿Perdón? —dijo. Era bastante mayor que Nia, y llevaba un cigarro encendido en su boquilla. Me lanzó una bocanada de de humo a la cara.

—Eh... lo siento —dije tosiendo, y me marché.

Un segundo después, alguien me tiró de la manga, y cuando me di la vuelta vi que era Nia.

—Eres tú, ¿verdad? —pregunté.

—¿Ves lo que quiero decir? —dijo—. Esto es absurdo. Y encima, dentro de poco tengo que irme a casa.

—Vale, vale —traté de mantener la calma a pesar de que la cafeína me estaba revolucionando el organismo—, no pierdas los nervios. Vete un rato afuera y espera a que llegue Hal. Voy a dar una vuelta por el vestíbulo.

—No olvides que todavía hay gente dentro de la sala. Lo más probable es que aquí no haya más que un tercio de toda la gente que ha venido. Están esperando para ver la proyección de las nueve cincuenta.

—Sal —le dije con firmeza, sintiendo que ya empezaba a transmitirme buena parte de su nerviosismo.

Cuando Nia atravesó las puertas de cristal, empecé a pasear por el vestíbulo en busca de Amanda. Era como una pesadilla: dondequiera que mirase, había una mujer, o incluso algún hombre travestido, vestida como Audrey Hepburn. ¿Sería Amanda alguna de esas personas? El vestíbulo estaba lleno hasta los topes, y encima, cuando apenas había podido rodearlo una vez, empezó a salir más gente de la sala del segundo piso. No podía creérmelo. ¿Cómo me las arreglaría para moverme entre una multitud todavía mayor? Me sentí aliviada cuando, al mirar el reloj, me di cuenta de que tenía que salir a la calle para ver a Nia antes de que se fuera a casa. Hal estaba con ella, contemplando las puertas del vestíbulo. Los dos parecían muy abatidos. Mientras caminaba hacia ellos, giré la cabeza ligeramente para mirar el vestíbulo, y me di cuenta de por qué tenían esa cara. Desde fuera, la multitud que se había congregado en el cine parecía incluso más inescrutable que en el interior.

—Hola —dije.

—No hubo suerte en el recital de poesía —me comunicó Hal.

—Me tengo que ir ya —dijo Nia—. Lo siento mucho.

—No te preocupes —le dijo Hal meneando una mano—. Nosotros nos encargaremos.

Pero más que encargarnos de ello, todo apuntaba que terminaríamos fracasando irremediablemente. A las once menos cuarto, cuando terminó la última película, no estábamos ni un ápice más cerca de encontrar a Amanda.

Hal y yo nos miramos mientras salían del cine los últimos rezagados.

—Se acabó —comenté abatida.

Hal asintió.

—Le dije a mi padre que volvería a casa a las doce —afirmé.

La verdad es que, cuando salí de casa, no me había marcado ninguna hora para volver; pero dado que mi padre seguía sobrio y que me había dado dinero para mis gastos, me di cuenta de que lo menos que podía

hacer era decirle lo que iba a hacer. Esperaba que supiera apreciar este gesto. Sin salir de su taller, me dijo que me lo pasara bien.

—Una vez mencionó que había ido a un concierto en la sala Arcadia —dijo Hal—. No sé si lo conoces, es un garito que está en el centro.

—¿Quieres probar allí? —pregunté.

Hal se encogió de hombros.

—No tenemos nada que perder.

Cogimos las bicis y seguí a Hal hacia la carretera.

—Oye, Hal —le dije. El puso el pie en la acera y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Sí?

Levanté la mirada y añadí:

—Quizá sea el momento de decir adiós a esa boina.

—Entendido —sonrió y reanudó la marcha. Se quitó la boina de la cabeza y se la guardó en el bolsillo trasero, sin dejar de pedalear a toda velocidad.

Era la primera vez que iba al Arcadia, pero era evidente que Hal ya había estado otras veces. Cruzamos las calles de Orion, la mayoría desiertas, hasta llegar a un polígono industrial. La oscuridad y los baches de la carretera dificultaron bastante el trayecto. Cuando estaba a punto de decirle a Hal que se me habían quitado las ganas de ir hasta allí, estiró el brazo para señalar al frente y dijo:

—Ahí está.

Había una pequeña multitud congregada en torno a un almacén de ladrillo que no parecía muy diferente de los demás que había por la zona, a excepción de que la puerta estaba iluminada con luces de neón. En la pared había un cartel en blanco y negro que decía: «El punkrock es pa pringaos», y debajo venía la fecha de hoy. Al principio me pregunté quién habría decidido que el punkrock fuera para pringados precisamente ese día, pero entonces me di cuenta de que era el nombre del grupo.

Pagamos la entrada a un tipo que ponía los pelos de punta, con la cabeza rapada y un tatuaje de un lagarto alrededor del cuello, y después bajamos por una escalera oscura y desvencijada. Aunque el almacén parecía muy grande desde fuera, al final desembocamos en una habitación bastante pequeña, puede que como el vestíbulo de mi casa. Además, la banda estaba tocando a un volumen tan alto que inundaba toda la sala, y sentí que la música me retumbaba en las tripas. Hal me gritó algo, pero yo negué con la cabeza para hacerle saber que no le había entendido. Volvió a gritar varias veces, pero fue en vano. Entonces se señaló un ojo y después la sala, con lo que me di cuenta de que iba a echar un vistazo por allí. Asentí y levanté el pulgar, decidida a hacer lo mismo por mi cuenta.

La sala estaba tan abarrotada como El Villa, y la búsqueda que realicé entre la multitud fue tan infructuosa como había sido la anterior. En un momento dado creí ver a una chica de nuestra clase, una apasionada de la música que era bastante rara, pero cuando volví a mirarla no supe si se trataba de ella. Lo cierto es que la gente que frecuentaba el Arcadia se parecía tanto a esa chica, que todos podrían haber sido la misma persona. En cualquier caso, eso tampoco tenía mayor importancia.

Cuando regresé al lugar donde nos habíamos separado. Hal me estaba esperando. Acercó la boca a mi oreja y dijo:

—¿Nos vamos?

Asentí y empecé a seguirle por las escaleras. De repente, los cincuenta millones de tazas de café que me había tomado empezaron a pasarme factura. Durante un segundo, temí que pudiera tener un escape allí mismo. Tiré de la camiseta de Hal y le dije:

—Espérame fuera.

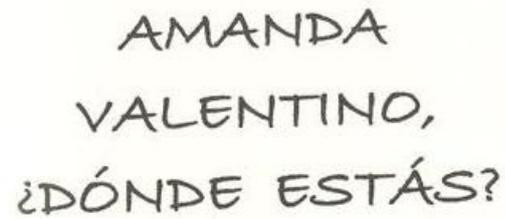
Desde luego, no iba a gritar con todas mis fuerzas que me estaba haciendo pis.

El hizo bocina con la mano en la oreja y negó con la cabeza. Señalé la salida y articulé las palabras «ahora voy». Hal asintió.

Tardé cinco minutos en encontrar el baño, y de no ser porque estaba a punto de hacérmelo encima, no me habría alegrado demasiado al verlo. El suelo estaba pegajoso, no había papel y el retrete no parecía precisamente esterilizado. En fin, cuando hay necesidad, hay necesidad.

Cuando volví a subirme los pantalones y me di la vuelta para tirar de la cadena, lo vi. Había un mensaje escrito en la pared, con un rotulador plateado que brillaba sobre los azulejos incluso bajo la tenue luz del baño.

Eran cuatro palabras escritas en mayúsculas:



AMANDA
VALENTINO,
¿DÓNDE ESTÁS?

Capítulo 31



Transcrito por Vannia

Corregido por Ana

Puede que si hubiera dormido bien aquella noche no me hubiera costado tanto levantarme a pesar del mal tiempo que hacía. Pero entre lo cansada que estaba, la gélida lluvia y el vendaval que había fuera, salir de la cama me parecía una misión imposible. Además, en cuanto me vi la cara, me entraron ganas de volver a arrastrarme dentro de la cama y quedarme allí metida para siempre. Tenía la piel muy pálida, casi grisácea, y unas ojeras espeluznantes bajo los ojos, como si la búsqueda de Amanda me estuviera convirtiendo en una especie de vampiro.

Después de ver el mensaje escrito en la pared, había salido a toda velocidad del baño, convencida de que encontraría algo que pudiera explicarlo. Pero nada había cambiado: la música seguía siendo ensordecedora y el público estaba compuesto por completos desconocidos. No había ningún indicio de que Amanda hubiera pasado por allí.

Pero lo había hecho. O, al menos, alguien que sabía que lo había hecho.

Subí corriendo las escaleras para reunirme con Hal y le conté lo que había visto. Él volvió a bajar y se dirigió al baño de chicos, pero no encontró nada escrito en las paredes, y la segunda vuelta que dio por el recinto resultó tan infructuosa como la primera.

—Al menos sabemos que alguien más la está buscando —dijo cuando regresó.

—Sí, ¿pero quién? ¿Y por qué?

Haber encontrado aquella pista tan diminuta era casi más frustrante que no haber encontrado ninguna. Me entraron ganas de arrancarme el pelo a puñados.

—Voy a mandarle un mensaje a Nia —dijo Hal al tiempo que sacaba su móvil—. Mierda, voy a llegar tarde. Oye, ¿te importa volver sola a casa?

Volver sola a casa me parecía el menor de mis problemas, así que le dije que no se preocupara y me monté en la bici, pensando que lo que necesitaba era una noche de sueño reparador para tratar de encontrarle sentido a todo lo que estaba pasando. Por desgracia, aquella noche no pude pegar ojo, y por la mañana estaba tan exhausta y confusa como desde el momento en que había comenzado esa pesadilla.

Un estado que no era el más idóneo para empezar el día.

Le había dicho a mi padre que tenía que ir pronto al instituto, pero cuando bajé todavía estaba durmiendo. Así que me puse el chubasquero de mi madre encima de la ropa y me subí a la bici. Hacía mucho frío. Los indicios de la cercanía de la primavera que habíamos notado el día anterior habían desaparecido con la tormenta. Pero ir en bici hasta el instituto era una tarea dura, así que cuando llegué al aparcamiento estaba sudando bajo las numerosas capas de ropa que me había puesto. Solo llevaba despierta una hora, pero lo único que me apetecía era darme otra ducha y volver a meterme en la cama.

Solo había unos pocos coches en el aparcamiento. Normalmente hay bastante movimiento en el Endeavor los fines de semana —ensayos, reuniones para el anuario, prácticas—, pero, al parecer, marzo era un mes con poco jaleo, o puede que aún fuera demasiado temprano para cualquier actividad escolar que no estuviera relacionada con un castigo. Vi el coche de Thornhill aparcado en su plaza habitual, y pensé en la carta. Si había un buen día para colarse en el coche del subdirector, sin duda era ese; pero en cuanto esta idea pasó por mi mente, decidí desecharla. ¿Qué pasaría si nos colábamos en su coche y no encontrábamos nada? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Colarnos en su casa?

Cuando abrí la puerta de la biblioteca, Nia y Hal ya estaban sentados en los mismos pupitres que la semana pasada. Había cuatro personas más, tres chicos y una chica, a los que no conocía de nada. Me pregunté qué habrían hecho para que Thornhill los trajera aquí. Nia, Hal y yo nos miramos, pero aunque Thornhill no estaba sentado en su mesa, tuve demasiado miedo de que nos pillara hablando. No les dije nada. Uno de los chicos estaba sentado en el pupitre en el que yo había estado la semana anterior, así que me dirigí hacia otro que estaba al final.

Cuando me senté, el reloj marcó las nueve. La chica empezó a revolverse en su asiento, pero nadie dijo nada sobre la tardanza de Thornhill. Era obvio que estaba en el edificio, pues había visto su coche. Dejé la mochila sobre la mesa y abrí el libro de biología, pero mi estado anímico no era el más apropiado para adentrarme en una lección sobre mitocondrias. Volví a mirar el reloj: eran las nueve y cinco. Dos de los chicos que había en el frente del aula empezaron a cuchichear. Estaba a punto de decirle algo a Nia cuando la puerta de la biblioteca se abrió y apareció el señor Richards, el jefe del departamento de gimnasia.

—¡Silencio! —ordenó, aunque fue innecesario, teniendo en cuenta que su llegada había producido un silencio absoluto—. Tengo que anunciaros algo. Ayer por la noche, el subdirector Thornhill se hirió, y ahora se encuentra en la UCI del Hospital General de Orion.

Sin querer, solté un grito ahogado.

—Dios mío —dijo la chica que había estado cuchicheando antes.

—¿Qué ha pasado? ¿Se va a poner bien? —preguntó Nia, y por su temblorosa voz me di cuenta de que la noticia del señor Richards la había inquietado tanto como a mí.

El señor Richards empezó a toquetearse la visera de su gorra de béisbol.

—Por el momento no sabemos nada sobre su estado, salvo que ayer le ingresaron. Había perdido la conciencia y, por lo que sabemos, todavía no la ha recuperado.

—¿Quiere decir que está en coma? —dijo Nia.

—Basta de charlas —zanjó el señor Richards—. El lunes por la mañana se emitirá un comunicado oficial sobre su estado. Estoy seguro de que sabremos muchas más cosas cuando la policía termine su informe.

¿La policía? ¿Por qué estaba la policía implicada? La mente me funcionaba a toda velocidad. El señor Richards dijo que Thornhill estaba herido. ¿Qué habría querido decir? ¿Se había caído? De ser así, no tendría por qué haber aparecido la poli. Y si solo hubiera sido un accidente, ¿por qué no lo había dicho el señor Richards?

¿Habría atacado alguien al subdirector?

De repente sentí mucho frío y me rodeé el pecho con los brazos, pero no sirvió para detener el agua helada que parecía correr por mis venas en lugar de sangre.

—Señor Richards —dijo Nia mientras el profesor de gimnasia se sentaba y abría una carpeta.

—¿Qué pasa ahora? —el señor Richards seguía irritado, pero levantó la mirada.

—Me he dejado el libro de historia en la taquilla. ¿Puedo ir a buscarlo en una carrera?

El profesor asintió con la cabeza y, teniendo en cuenta que solía ser un auténtico tirano, me sorprendió que accediera tan fácilmente. Me pregunté si él también estaría asustado por lo de Thornhill.

Nia salió disparada de su silla. Aunque estaba mucho más cerca de la entrada de la biblioteca que yo, rodeó su mesa y se acercó a la mía.

—Puerta principal, en dos minutos —murmuró.

También pasó junto a la mesa de Hal. Oí que se aclaró la garganta al pasar, pero no sé si pudo decirle lo mismo que me había dicho a mí. Después se marchó.

Mientras pensaba si debía transmitir a Hal el mensaje de Nia, este dijo:

—Señor Richards, Nia debe de haberlo olvidado, pero me prestó el libro que acaba de ir a buscar a su taquilla. ¿Puedo ir a decírselo y cogerlo de mi taquilla?

—Está bien, está bien —el señor Richards se deshizo de la pregunta de Hal como si fuera una mosca molesta y volvió a hundir la cabeza en sus papeles.

Un segundo después, Hal también estaba fuera de la biblioteca.

Yo seguía alterada por lo del señor Thornhill, y me costó concentrarme para buscar una excusa legítima que me permitiera salir del aula.

«Señor Richards, Hal y Nia están equivocados. Yo soy la que tiene el libro de Nia». «Claro, Callie, ve a reunirte con tus amigos».

Pasó un minuto; después, otro. Me estrujé el cerebro en busca de una razón creíble antes de probar con la que nunca falla.

—¿Señor Richards?

—¿Qué? —levantó la cabeza, exasperado.

—¿Puedo ir al lavabo?

—¡Ve! —dijo prácticamente con un grito.

Cuando pasé junto a su mesa, sentí curiosidad por ver qué tendría de interesante lo que estaba leyendo, como para que nuestras interrupciones no le parecieran sospechosas. Pero el papel que tenía delante no contenía más que un montón de equis, círculos, líneas y flechas, así que no pude descubrir qué era, y mucho menos por qué razón podría interesarle tanto a alguien.

Los pasillos estaban igual de desolados que la semana anterior, pero hoy había que sumar los aullidos del viento y el ruido de la lluvia al golpear contra las enormes ventanas. El cielo estaba tan oscuro que parecía que ya era por la tarde, y deseé que hubieran encendido las luces de los pasillos. Cuando me reuní con Hal y Nia en la puerta principal, estaba tan impactada por las noticias sobre Thornhill y por la soledad de los corredores, que sentí un inmenso alivio al estar junto a ellos. Tal y como había discurrido la mañana, no me habría extrañado que ellos también hubieran desaparecido de la faz de la Tierra.

En días como ese, podía ocurrir cualquier cosa.

Nia estaba sentada en el escritorio del encargado del vestíbulo. En cuanto me vio, se levantó de un brinco.

—Tenemos que meternos en su coche ahora.

—El ataque a Thornhill tiene que ver con Amanda —dijo Hal.

Hal estaba apoyado contra la pared, en una postura aparentemente relajada; pero al ver que estaba apretando los puños, comprendí que estaba nervioso.

—¿Qué? —retrocedí un paso—. ¿Sabéis algo más sobre el caso?

—No —dijo Hal—, solo es una corazonada.

No pude evitar sentirme irritada. ¿Hal había estado a punto de matarme del susto por una estúpida corazonada?

—No te ofendas, Hal, pero me parece que estás siendo un poco paranoico —dije. Me negaba a creer que alguien hubiera atacado al subdirector—. No sabemos nada, puede que simplemente se cayera al suelo después de tropezar con el cable del ordenador.

—Entonces explícanos por qué la policía está implicada —me retó Nia, que había seguido la misma línea de razonamientos que yo.

Pensé en mi padre y en lo mucho que odiaba a Thornhill sin, al menos en apariencia, ninguna razón en concreto. Puede que hubiera otros padres cuyos hijos hubieran perdido sus privilegios por su culpa (como en el caso de Heidi) o que hubieran violado su estricto código ético. Puede que asaltar con violencia al subdirector por haber expulsado a tu hija sea una reacción extrema, pero podría haber ocurrido perfectamente.

—Aun suponiendo que le hayan atacado, y repito que no sabemos si fue así —añadí rápidamente—, no hay ninguna razón para pensar que tenga algo que ver con Amanda. Hay unos ochocientos alumnos en el Endeavor. Tan solo con que un dos por ciento de ellos se metiera en problemas, y ya sabéis que es un cálculo bastante a la baja, estaríamos hablando de unos treinta y dos padres que podrían sentir algún resentimiento contra Thornhill.

—¿Cómo haces eso? —preguntó Nia, que me miraba como si me hubiera puesto a levitar.

—Esto no ha sido culpa de un padre furioso —dijo Hal, ignorando la pregunta.

—Y qué hay de ese... ¿Cómo se llamaba? —proseguí—. El padre de Don Marker. Pegó a otro padre en un partido de fútbol y al pobre hombre le tuvieron que dar puntos. Hay bastantes colgados en esta ciudad.

No añadí que nosotros éramos amigos de la que probablemente fuera la más chiflada de la zona: una chica que aseguraba ser nuestra amiga a la vez que nos mentía compulsivamente; una chica que nos rogaba que la buscáramos al mismo tiempo que se negaba a ser encontrada.

—Escuchad, chicos: por lo que a nosotros respecta, que fuera o no atacado por un padre es irrelevante —dijo Nia—. Si no se despierta del coma, la policía, o alguien más, registrará su coche en algún momento. Y cuando lo hagan, encontrarán la carta de Amanda.

—Si es que está ahí —señalé.

Nia me ignoró.

—Tenemos que saber qué le dijo. Tenemos que saber si Thornhill sabe algo de ella. Especialmente ahora que es posible que... Bueno, ya sabéis.

Hal y yo nos quedamos callados. Nia tenía razón. Aunque la teoría de Hal pudiera parecer absurda, los dos habíamos visto la carta. Y ahora que Thornhill estaba fuera de combate, alguien terminaría encontrándola.

—Escuchad: incluso aunque quisiera entrar en su coche —dije—, y no estoy diciendo que no quiera, ¿cómo se supone que vamos a hacerlo? ¿Es que acaso Amanda os dio a alguno la llave de un viejo Honda?

Sonriendo, Nia se levantó la camiseta. Sus pantalones, subidos por encima de la cintura, estaban sujetos por un cinturón del que colgaba una herramienta de metal bastante extraña.

—No —dijo—, y por eso he traído esto.

Hacía mucho más frío en la calle que cuando llegué, y la lluvia también había arreciado. Aunque es posible que solo fuera una impresión mía, teniendo en cuenta que me había dejado el chubasquero en la biblioteca. El caso es que, cuando llegamos al coche de Thornhill después de cruzar el aparcamiento, tenía el pelo aplastado contra la cabeza y ríos de agua helada empezaban a deslizarse por la parte posterior de mi cuello. Me pregunté cómo le explicaríamos nuestro aspecto al señor Richards cuando regresáramos a la biblioteca, calados hasta los huesos.

Nia nos había asegurado que su hermano usaba aquella herramienta mágica al menos una vez al mes, siempre que se dejaba el coche cerrado por dentro. Pero se tiró varios minutos deslizándola adelante y atrás entre el marco de la puerta y la ventanilla mientras nos mojábamos cada vez más. Se me ocurrió pensar que si la policía decidía registrar el coche de Thornhill, nada les impedía hacerlo ese mismo día. ¿Qué se supone que debíamos decirles si aparecieran de repente? Eso por no hablar de los miles de profesores, alumnos o padres que podrían entrar en el aparcamiento en cualquier momento y ver que estábamos intentando forzar la puerta del coche del subdirector.

De repente, como si mis pensamientos se hubieran materializado, unas luces brillaron sobre la verja de metal que rodea el terreno del Endeavor, y escuchamos el sonido de un coche que reducía la velocidad.

—¡Agachaos! —grité.

Hal y yo, que habíamos estado apoyados en la puerta del copiloto mientras Nia intentaba abrir la del conductor, rodeamos rápidamente el coche para acurrucarnos a su lado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nia.

Tenía los ojos muy abiertos, y supe que estaba pensando en lo que dirían el señor y la señora Rivera si el jefe Bragg apareciera de repente en su puerta con su hija esposada.

El coche pasó lentamente frente a nosotros hasta llegar a la rotonda. Escuchamos la voz de un niño que decía «¡Adiós, mamá!», y después el sonido de una puerta al cerrarse. Un segundo después, el coche prosiguió su camino por Ridgeway Drive.

—Dios mío —dijo Nia, y apoyó la frente en el coche.

—Tenemos que abrir esta puerta —dijo Hal—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Nia negó con la cabeza lentamente, sin separarla del coche.

Momentos después, se levantó y volvió a deslizar la fina pieza de metal entre el marco de la puerta y la ventana,

—Me tiemblan mucho las manos —explicó, pero cuando Hal hizo amago de acercarse, ella negó con la cabeza—. Hay que hacerlo de oído, sentir cómo entra y... —se mordió el labio inferior y entrecerró los ojos, como si estuviera en trance.

Hal y yo nos quedamos mirándola. Ya no sentía frío por toda la adrenalina que había descargado.

Supongo que Nia sintió cómo entraba, porque de pronto abrió los ojos y sonrió.

—¡Ya está! —dicho esto, accionó el picaporte y la puerta se abrió.

Esboqué una sonrisa que se sumó a la de Nia. Cuando se abrieron los cierres de seguridad, los tres nos metimos en el coche y cerramos las puertas inmediatamente después. Con la que estaba cayendo, aunque pasara alguien al lado del coche, no podría ver el interior. Aunque si la policía decidía presentarse para registrar el coche del subdirector en busca de pistas...

Aparté la idea de mi cabeza. Si hubiera querido distraerme, podría haber calculado las probabilidades, pero decidí decantarme por una solución más tranquilizadora: negar la evidencia.

El interior del coche de Thornhill seguía siendo un completo desastre, igual que el día que lo habíamos limpiado. Había montones de papel y cedés por todas partes, así como tazas de café, libros de texto e incluso un donut pasado, duro como una piedra, dentro de una bolsa que estaba debajo del asiento trasero.

—Al menos, nadie sospechará que el coche ha sido registrado —dijo Nia. Estaba examinando el suelo bajo el asiento del conductor, con la cabeza metida entre los pedales—. Me da que no tendremos que preocuparnos por ocultar nuestras pisadas.

Teniendo en cuenta que estábamos empapando el coche, esperé que tuviera razón.

Hal estaba acuclillado en el suelo debajo del asiento del pasajero, examinando una pila de periódicos en el mismo lugar donde creí haber visto la carta.

—Estaba aquí —dijo cuando llevaba la mitad de la pila—. Aquí es donde me pareció verla.

Nia interrumpió su búsqueda para mirar a Hal.

Pero aunque revisó la pila dos veces, no encontró el trozo de papel morado ni nada que pareciera ser una carta de Amanda.

—Mierda —dijo al fin—. Estaba seguro de que estaría aquí —empezó a golpear el asiento con los puños—. Mierda, mierda, mierda.

Me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento, así que lo solté.

—Escucha, que aún no la hayamos encontrado no quiere decir que no esté aquí. Tenemos que seguir buscando.

Para tratar de levantar el ánimo, me di la vuelta y empecé a revisar unas carpetas que había en el asiento contiguo. Eran del mismo tipo que las que había visto en el archivo del despacho de Thornhill, y por un momento pensé que quizá encontraría el de Ursula Leary. Pero no contenían más que una fila de números y letras en las etiquetas donde supuestamente debía estar el nombre de los alumnos. Aunque estaba segura de que esos archivos no tenían nada que ver con Amanda, aquellos misteriosos códigos despertaron mi interés. Estaba a punto de abrir el primero de ellos cuando, de repente, Nia soltó un grito.

—¡Mirad!

Estaba sentada en el asiento del conductor y tenía los brazos en alto. Tenía un sobre morado entre las manos, con la imagen de un coyote en la esquina superior izquierda.

—Dios mío —dije, a pesar de que no soy la clase de persona que utiliza esa expresión.

Aunque la teníamos delante de nuestros ojos, aquella carta me pareció tan irreal que temí que pudiera evaporarse en cuanto intentásemos tocarla. Me pregunté si Nia estaría pensando lo mismo, ya que no hizo ningún amago de abrirla. Nos quedamos inmóviles durante unos instantes que parecieron eternos, contemplando aquel papel morado.

Finalmente, Hal dijo:

—Ábrelo.

Con las manos temblorosas, Nia dio la vuelta al sobre y lo abrió. El reverso del sobre tenía una mancha de agua o café, y parte de ese líquido se había traspasado a la tarjeta que sacó Nia.

—Estaba debajo de la alfombrilla —dijo Nia, ya fuera por explicar la mancha o solo por romper el silencio.

La carta ya estaba fuera, y todos nos juntamos para mirar la letra de Amanda, que tan bien conocíamos.

—¿Peligro? ¿De qué peligro habla?

Holmes negó con la cabeza

con un gesto de gravedad.

—Si pudiéramos definirlo,

dejaría de ser un peligro —dijo.

Sir Arthur Conan Doyle.

Debajo de aquella cita, Amanda había escrito algo más. La letra era tan pequeña y enrevesada que al principio no pude leerla. Agarré a Nia por la muñeca y acerqué la nota para verla mejor.

Cuando lo hice, aquellas letras formaron tres palabras bien diferenciadas.

Ayúdenos, por favor.

No me había sentido tan asustada en mi vida. Levanté la mirada del papel y vi que Nia y Hal también me estaban mirando. Parecían tan asustados como yo. Nos quedamos en silencio unos segundos, y después empezamos a hablar todos a la vez.

—¿Por qué le pediría ayuda a Thornhill? Amanda lo odiaba —empecé.

—¿Y cómo es que Thornhill escondió la nota? —preguntó Hal—. ¿Por qué no acudió a la policía?

—¿Por qué no nos dijo que pensaba que Amanda estaba metida en problemas? —quiso saber Nia.

Como si aquellas preguntas nos hubieran dejado sin aliento, volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Creéis que pudo pensar que se trataba de una broma? —pregunté al fin.

—¿Una broma? —la voz de Hal se quebró al llegar a la segunda palabra.

Miré a Nia. Para mi sorpresa, tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—Tengo mucho miedo —dijo—. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo.

Estiré la mano para agarrar la suya.

—Yo también.

Nia agarró la mano de Hal con la que le quedaba libre. Un segundo después, Hal dijo:

—Yo también.

Solo se oía el rumor de la lluvia al caer sobre el techo. Cada pocos segundos, una fuerte racha de viento sacudía el coche. Nos quedamos callados, y ninguno parecía tener intención de querer salir de allí.

Capítulo 32



Transcrito por

Corregido por Coni

— ¡G uau!
— Lo sé
— Es increíble

— Desde luego.

— No puedo creer que haya podido hacer algo así. Solo tiene doce años.

— Espero que funcione.

Estábamos los tres sentados frente al ordenador de Hal, contemplando en la pantalla la imagen de una de las cartas del oráculo que tenía Amanda. Parecía imposible que apenas hubieran pasado unas horas desde que habíamos encontrado la carta que Amanda había enviado al subdirector Thorhill.

Alguien llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta. Era Cornelia que se quedó parada en el umbral.

— Hola —nos saludó.

— Esto es asombroso —dije—. Estábamos comentando que nos parecía increíble que supieras hacer cosas como esta.

Cordelia se encogió de hombros, y pensé en todas las veces que la gente se había sorprendido por mi habilidad para sumar un par de números rápidamente. Aunque normalmente te lo decían para hacerte un cumplido, a veces no podías evitar sentirte como un bicho raro.

— Si estáis preocupados por vuestra amiga, no sé por qué no vais a la policía —dijo Cornelia. Se acercó a nosotros y cogió una galleta de la caja de oreo que había al lado de Hal.

Nia y yo nos miramos. Habíamos hablado de ello en el baño del instituto, mientras nos secábamos frenéticamente debajo del secador la manos con la esperanza de que el señor Richards no se diera cuenta de que habíamos estado fuera. Nia dijo que en cuanto le contáramos a la

policía que casi todo lo que nos había dicho Amanda era mentira, probablemente pensarían que era una chiflada, y nosotros tres una panda de memos por habernos tragado los delirios de una pirada que aseguraba ser nuestra amiga.

Además, estaba lo del dinero, ¿qué pasaría si lo hubiera robado? ¿O si le hubiera dado al instituto una dirección falsa? ¿De cuántas formas había podido quebrantar la ley? Puede que el hecho de que tomaran por loca fuera lo mejor que podría ocurrir, porque también podría darles por querer buscarla para meterla en el calabozo.

—¿Hola? —dijo Cornelia al tiempo que se limpiaba unas migas de la camiseta—. Os he hecho una pregunta.

Hal me miró y después miró a Nia. Al ver que estábamos calladas, se limitó a decir:

—Es difícil de explicar.

—Cuando la gente dice que algo es difícil de explicar, lo que pasa es que no quieren contármelo —murmuró Cornelia, y cogió otra oreo.

—Sí, bueno —replicó Hal—. Seguro que puedes superarlo. Y ahora, veamos: ¿cómo hacemos que esto funcione?

Cornelia se inclinó y pulsó dos botones del teclado.

Cuando lo hizo, apareció en la pantalla un retrato de Amanda que había escaneado del cuaderno de Hal, junto con una foto del exterior de la tienda Tócala Otra Vez, Sam. En la pantalla había algunas palabras como «editar» y «texto», enmarcadas dentro de unas cajitas.

—Mirad —dijo—, así es como la gente entrará en contacto con vosotros. Y esto es lo que tenéis que hacer para responderles.

Empezó a mover el puntero por la pantalla, revelando nuevas cajas vacías y escribiendo cosas en ellas a medida que las abría. Después subió el puntero hasta la parte superior de la pantalla e hizo clic para abrir otra página con el encabezado Nuestras Historias, explicándonos en todo momento lo que estaba haciendo. Pero no pude concentrarme en lo que decía, y no solo porque fuera de las matemáticas sea una nulidad para muchas cosas. Mientras veía pasar a toda velocidad los dibujos de Hal, junto con fotos del coche de Thornhill, las citas de Amanda y otros datos que conocíamos sobre ella, pensé que era absurdo que no tuviéramos fotos de su rostro completo, sino solo

algunas en las que aparecía de espaldas o de perfil, o en las que se veía un fragmento de su pierna, su mochila o sus zapatillas. Cuando nos dimos cuenta de esto, Nia le pidió a su hermano que escribiera al editor del anuario (que, a pesar de ser un veterano de último curso, respondió inmediatamente al mensaje de Cisco Rivera) para que le diera su foto de Amanda; pero entonces descubrimos que Amanda había faltado el día que se tomaron las fotos de la redacción.

¿Una coincidencia? Me estremecí, sobrecogida al ver cómo no teníamos ni una foto donde se viera claramente a Amanda Valentino. Es sin contar las que ella misma hubiera podido destruir intencionalmente. Las palabras que leíamos en su carta respondían en mi cabeza como una voz en *off*: «¿Peligro? ¿De qué peligro habla? ¿Peligro? ¿De qué peligro habla?».

Y entonces, como si estuviera leyendo la carta en alto, empecé a susurrar las últimas tres palabras que había escrito Amanda.

Nia debió de oírme, porque me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Funcionará. Tiene que haber alguien ahí fuera que sepa algo.

Asentí.

—Pues, básicamente, eso es todo —dijo Cornelia. Pulsó otra tecla y apareció una nueva pantalla, una que no había visto antes—. Cuando estéis listos, pulsad «publicar» y dicho esto, cogió otra oreo del paquete.

—Gracias —dijo Nia.

—Sí —murmuré—, gracias.

—De nada —dijo Cornelia—. Me alegra servir de ayuda.

Cruzó la habitación en dirección a la puerta.

—Oye —le dijo Nia—, tengo una pregunta —Cornelia se dio vuelta—. ¿Como se te ocurrió el nombre?

Cornelia ladeó la cabeza y miró al techo mientras chupeteaba el contenido de la galleta.

—Bueno. Como esperaba, amanda.com y amandavalentino.com estaban cogidos. Entonces recordé lo que habías dicho sobre que era un

proyecto importante, así que... —se encogió de hombros y le pegó un bocado a la galleta.

—Entiendo —dijo Nia—. Bueno, gracias otra vez.

—De nada —respondió Cornelia.

Cuando cerró la puerta, Hal hizo girar su silla para mirarnos.

—¿Y bien? —dijo. Su rostro reflejaba la tensión a la que habíamos estado sometidos durante toda la semana.

—Si alguien tiene algún inconveniente, que hable ahora —entonó Nia—, o que calle para siempre.

Llevaba todo el día con una inquietud que se había asentado en mi estómago como si fuera algo que hubiera comido. ¿Y si esto no funcionaba? ¿Y si nadie más sabía algo de Amanda?

Como si me hubiera leído la mente, Hal dijo:

—No sé que me da más miedo: si que nadie sepa nada de ella, o que haya un montón de personas que sí.

—Bueno —dijo Nia—, no lo sabremos nunca si no les preguntamos.

Su voz parecía despreocupada, pero cuando bajé la mirada, vi que le temblaban las manos.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —dijo Hal.

Miró a Nia. Cuando esta asintió, me miró a mí. Durante un segundo, nos quedamos mirándonos a los ojos.

Pensé en todos los regalos que me había hecho Amanda. Y no estoy hablando solo del dinero y el tatuaje, sino de Hal y Nia, y que gracias a ella había sabido que en la vida se puede aspirar a algo más que a ser uno de los satélites de Heidi Bragg. La búsqueda de Amanda había cambiado mi vida a mejor. ¿De verdad iba a dejar de buscarla ahora que nos habíamos dado cuenta de que nos necesitaba? Si Amanda me había enseñado algo, era a ser una buena amiga. Y si había una cosa que necesitaba Amanda ahora mismo, era a sus amigos.

Sin dejar de mirar a Hal a los ojos asentí.

—Estamos de acuerdo.

Hal hizo girar de nuevo la silla para ponerse frente al ordenador y desplazó el puntero del ratón hasta colocarlo sobre el icono de «Publicar».

—Listos o no... —dijo Hal al tiempo que hacía clic.

En cuanto apretó el botón, la pantalla se redujo a una única línea de texto con un pequeño dibujo de un reloj al lado por el que se movía el minutero a toda velocidad. «Por favor, espere un momento mientras se carga www.proyectoamanda.com».

Un segundo después, la pantalla se llenó con la página principal de Proyecto Amanda. Sobre el diseño de Cornelia aparecía una única línea de texto: «Su página se ha cargado correctamente». Aquellas palabras permanecieron unos instante para después desaparecer, dando paso a una foto de Amanda en la que se veía parte de su rostro y brazo, con un muro de ladrillos de fondo. «¿Que ha pasado con Amanda?» preguntaba la pantalla. Y después añadía una petición: «¿Nos ayudas a encontrarla».

—Ya no hay marcha atrás —dijo Hal.

—Desde luego —dijo Nia.

Pero cuando las dos colocamos una mano en el respaldo de la silla de Hal y nos situamos detrás de él para contemplar la pantalla del ordenador tuve la sensación de que no era demasiado tarde para echarse atrás.

Lo había sido desde el mismo momento en que todo había empezado.

LA NOCHE EN QUE LANZAMOS NUESTRA PÁGINA WEB, APARECIÓ ESTE POST. LUEGO APARECIERON OTROS. ¡NO PODIAMOS CREERLO! ERAN RESPUESTAS DE TODO TIPO DE PERSONAS, PERSONAS QUE NO HABRÍAMOS IMAGINADO. COMO DECIA AMANDA, «LAS RESPUESTAS ESTÁN EN LOS SITIOS MÁS INESPERADOS». NOS GUSTÓ TANTO LO QUE DECÍA STACY EN SU POST, QUE LO HEMOS METIDO EN EL LIBRO CAMINO DE LA IMPRENTA.

HAL, CALLIE Y NIA.

PERO ¿QUIÉN ES REALMENTE ESTA AMANDA?

Subido: 31 marzo 7:17pm

Desde la primera vez que Amanda entró en mi clase de matemáticas, supe que no era una chica normal. Me pareció distinta a todo el mundo. Su inusual manera de vestir fue la primera y obvia pista de que se trataba de alguien de otro planeta. Se sentó cerca de mí, en mi diagonal. Pero, por timidez, nunca le dirigí la palabra. Bueno, sí la observé con atención.

Llamadme friki, pero me gusta estudiar a la gente. Creo que tiene que ver con mi pasión por la psicología. Parecía bastante reservada, y eso que no tenía nada de tímida. Hablaba con todos y con ninguno. Por lo que pude comprobar, era inteligente. En clase, siempre participaba y todas sus respuestas eran correctas. Pero era muy reservada. Desde su procedencia incierta hasta las sospechosas razones que la trajeron aquí, claramente parecía ocultar algo. Atraía a la gente que estaba a su alrededor. No he encontrado a nadie que la conozca y a quien Amanda le cayese mal. Aunque quizá nadie —ninguno de nosotros— la conozca realmente... ¿Quién es realmente Amanda?

Cuando desapareció, la verdad es que no me llevé ninguna sorpresa. Sobre todo teniendo en cuenta que, desde el principio, llevaba escrita en la frente la palabra «Problemas». Siendo tan peculiar, es inevitable que algún misterio la aceche.

Así que, por favor, contadnos, ¿que habéis visto de Amanda? ¿De qué habéis hablado con ella? Y lo más importante: ¿quién es? ¿Sabéis la respuesta? Me temo que yo estoy a años luz de ella.

Vuestra, Stacy <3

NOMBRE DEL PERSONAJE: Stacy

NOMBRE DEL PERSONAJE EN LA GRAN PANTALLA: Empollona

MIEMBRO DESDE: 31 marzo 2009

MI ROPA FAVORITA DE LOS MARTES: Tacones de 7 centímetros, vaquero pitillo, camisas estampadas, pendientes largos, dos anillos y una pulsera.

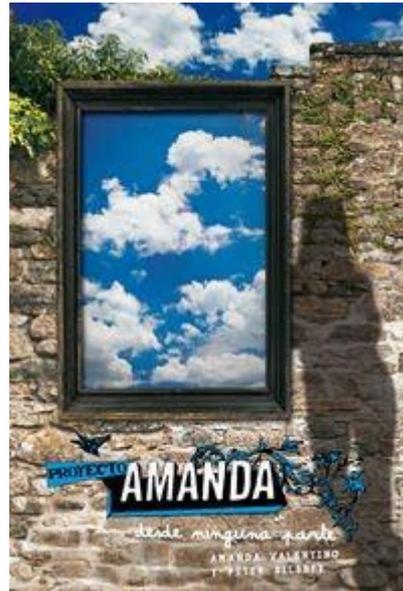
EL MEJOR DESAYUNO: Cereales, bagel con mermelada de fresa, melón, gofres, huevos fritos vuelta y vuelta.

SOBRE LA AUTORA: Lisa Sturm tiene 17 años. Va al instituto en Texas. Pasa la mayor parte de su tiempo libre leyendo. Espera convertirse en escritora algún día.

Nos vemos en...

Proyecto Amanda II:

Desde Ninguna Parte



Callie, Hal y Nia siguen intentando recomponer el puzle de Amanda, la chica misteriosa que les cambió la vida antes (y después) de desaparecer. En esta segunda entrega las cosas se complican: el subdirector del instituto ha sido agredido y está claro que a alguien no le hace ninguna gracia la investigación que los chicos se traen entre manos. Mientras tanto, en la web del Proyecto Amanda no dejan de aparecer comentarios... ¿Dónde está Amanda? ¿Y qué intenta decirnos con sus mensajes?

Sobre la Autora...

Melissa Kantor



Escritora americana, Melissa Kantor es conocida por sus novelas dedicadas a jóvenes adultos.

Su obra más conocida a nivel internacional es su serie de novelas Proyecto Amanda.



*Transcrito, corregido, y
diseñado en el blog...*

SWEET OBSESSION

<http://sweetobsession1.blogspot.com/>